



Pedro Olalla
**Historia menor
de Grecia**

Una mirada humanista
sobre la agitada historia de los griegos

Lectulandia

Historia menor de Grecia toma directamente las fuentes históricas para plasmar de forma literaria una reveladora colección de gestos humanos: decisiones, testimonios, ejemplos de conducta, personajes y hechos de la «segunda fila» de la historia, que ilustran de manera esclarecedora y emotiva la conformación y la supervivencia del espíritu humanista desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Aristóteles en el Ninfeo de Mieza, Polibio navegando hacia el exilio, Damaris en el Areópago, Athenais a las puertas de Jerusalén, Metodio en Moravia, Ibn Qurra en la lejana Carras, Pletón de regreso a Mistrás, Montaigne en su biblioteca de Périgord, Evliya Çelebi en Atenas, el capitán Leake en los montes de Arcadia, Delacroix en su estudio de París... Un vibrante relato de episodios menores sorprendentes y desconocidos, cuyos protagonistas no son los griegos ni los persas, sino todos los hombres. Su lectura nos alerta sobre la fragilidad de la cultura, sobre lo efímero de sus conquistas y la necesidad de defenderlas cada día que amanece. Nos ayuda también a comprender que la única civilización posible es la que une a los hombres contra la barbarie.

Pedro Olalla

Historia menor de Grecia

Una mirada humanista sobre la agitada historia de los griegos

ePub r1.0

Titivillus 29.06.2024

Título original: *Historia menor de Grecia*
Pedro Olalla, 2012
Retoque de cubierta: Editorial

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Cubierta

Historia menor de Grecia

Prólogo, por Nikos Moschonas

Mapas

Introducción

Costas de Jonia Oriental, mar Egeo, c. 750 a. C.

Pitecusa, mar Tirreno, c. 740 a. C.

Pastos de Ascra, monte Helicón, Boecia, c. 720 a. C.

Anáflistos, Ática, 525 a. C.

Turios, Magna Grecia, 443 a. C.

Atenas, 433 a. C.

Atenas, 431 a. C.

Atenas, ribera del Iliso, c. 420 a. C.

Susa, 341 a. C.

Ninfeo de Mieza, Macedonia, 339 a. C.

Tegea, Arcadia, c. 337 a. C.

Tierras altas del Indo, 327 a. C.

Alejandría, 295 a. C.

Alejandría, 230 a. C.

Mantineia, Arcadia, 222 a. C.

Alejandro, c. 210 a. C.

Istmo de Corinto, en el estadio, 196 a. C.

Demetria, 167 a. C.

Aguas del Jónico, 167 a. C.

Roma, 155 a. C.

Delos, c. 105 a. C.

Atenas, 86 a. C.

Rodas, 77 a. C.

Antigonia, antes Mantinea, Arcadia, c. 10

Dicearquía-Puteoli, navegando hacia Alejandro, 40

Atenas, al pie del Areópago, 51

Algún lugar del imperio, tal vez Roma, c. 70

Tiro, c. 90

Queronea, Beocia, c. 105

Puerto de Esmirna, 107

Racotis, Alejandro, c. 130

Alguna ciudad de la Hélade, tal vez Atenas, c. 150

Megalópolis, Arcadia, 174

Atenas, al norte de la Roca Sagrada, 267

Illiberis, Hispania, Baetica (actual Granada), c. 305

Eburacum (actual York), Bretaña, 306

Cesarea, biblioteca, 315

Constantinopla, Gran Palacio, 337

Escitópolis, Palestina, 359

Constantinopla, puerto de Bucoleón, 361

Aretusa (Siria), calles de la ciudad, 362

Antioquía, villa Marcelina, 363

Roma, sede episcopal, 367

Cesarea, Capadocia, 372

Tesalónica, a la orilla del mar, 380

Eurea, Tesprocia, 380

Antioquía, 386

Tesalónica, hipódromo, 390

Milán, catedral, 390

Constantinopla, calles de la ciudad, 395

Esparta, 396

Atenas, 402

Alejandría, 415

Constantinopla, 428

Constantinopla, 439

Palestina, riberas del Jordán, 443

Olimpia, 445

Ciro, Siria, 450

Stobi, Macedonia Salutaris, 492

Alejandría, 525

Constantinopla, 532

Ctesifonte, Persia, 533

Fortaleza de Portus, a orillas del Tíber, 546

Constantinopla, mar de Mármara, 553

Tierras de Acaya, c. 630

Chang'an ('Paz perpetua', actual Xi'an), China, 638

Monte Latmos, Theracesion, Caria, 644

Constantinopla, 740

Patrás, 805

Atenas, c. 815

Costas de Creta, 827

Bagdad, a orillas del Tigres, 853

Moravia, 885

Carras-Harran, c. 900

Constantinopla, 903

Tarso, Cilicia, 904

Arabia, c. 950

Isla de Proti, mar de Mármara, 1072

Toledo, reino de León y Castilla, 1144

Zara, costa dálmata, 1203

Aguas del Egeo, 1207

Nicosia (Chipre), 1231

Monasterio de San Nicola di Casole, Otranto (Italia), 1235

Adrianópolis, 1305

Aya Soluk, 1331

Milán, 1354

Venecia, 1359

Estives (Tebas), 1379

Rodas, 1382

Pera, Constantinopla, 1403

Tesalónica, 1433

Mistrás, 1439

Esparta, 1447

Despotado de Morea, 1451

Zollino, terra d'Otranto (Italia), 1491

Egeo norte, 1538

Quíos, 1555

Périgord, Francia, 1571

Valladolid, España, 1601

Constantinopla, 1606

Constantinopla, 1609

Esmirna, 1653

Cabo Matapán (Ténaro), 1667

Atenas, 1667

Atenas, 1673

Atenas, 1687

Trípoli de la Berbería, c. 1691

Naxos, 1700

Nausa, Macedonia, 170

Tepeleni, Epiro del norte, 1750

Mega Dendro, Apokouro, Etolia, 1779

Kalarytes, Epiro, 1800

Ioannina, a orillas del lago, 1801

Solos, montes de Aroania, Arcadia, 1806

Helesponto, 1821

Quíos, monte Epos, 1822

Markopoulo, Ática, 1825

Mesolongui, 1826

París, 1826

Damalás-Trezén, 1827

Exoyí, Ítaca, 1850

Stavrí, Mani, 1865

Hidra, 1918

Guioza (Mati), monte Oligirto, Arcadia, 1925

Atenas, 1943

Isla de Ischia (antigua Pitecusa), Italia, 1955

Índice de topónimos

Sobre el autor

καὶ νῦν φρόνιμος νέον ἄλγος ἔχει
[y ahora que es consciente tiene un nuevo dolor]

SÓFOCLES, *Ayax*, 259

PRÓLOGO

por NIKOS MOSCHONAS

Cuando hablamos de historia, acostumbramos a evocar los grandes acontecimientos que han determinado el devenir de la humanidad. Entendemos por *historia* el relato y la interpretación crítica de los hechos, unidos a la descripción de los contextos y a su correspondiente análisis. Así, la historia de un pueblo está hecha de aventuras, migraciones, incursiones, guerras, catástrofes, matanzas, esclavitud, saqueos, desastres naturales, hambre y muerte, pero también de paz, progreso, mitología, religión, filosofía, ciencia, ley, comercio y arte.

Durante mucho tiempo, la concepción histórica imperante fue la cronográfica y dinástica, la cual ubica los hechos en el tiempo asociándolos por lo general a los gobernantes. En el estudio de la historia, raras son las veces en que descorremos el velo de los acontecimientos para descubrir tras él los momentos invisibles de la acción de los hombres, los momentos del drama personal o colectivo de los protagonistas o de los simples testigos de los hechos. Sin embargo, cuando esto sucede, asistimos a grandes momentos de la existencia humana. Y a esto es precisamente a lo que aspira este libro de Pedro Olalla, *Historia menor de Grecia*. Un título elegante, lacónico y enérgico a la vez. Porque está claro que no se trata de una «historia griega» a pequeña escala, ni tampoco de un relato histórico convencional; se trata de un intento de poner de relieve estados psicológicos, deliberaciones solitarias, decisiones, actitudes, acciones. Conocedor de la historia y de sus fuentes, Pedro Olalla se acerca a la vivencia histórica y atrapa el devenir de los hechos, detectando y realzando los instantes y sucesos menores que la historia oficial no registra, precisamente por no tener cabida en ella. Cosas pequeñas, secundarias e ignoradas, que, sin embargo, encierran a menudo el germen de lo grande y de lo decisivo, *sostienen* los grandes acontecimientos históricos.

Historia menor de Grecia supone una detección, una recomposición y, hasta cierto punto, una restauración de los silencios de la historia griega, o, mejor dicho, de la del helenismo, juzgado en su devenir no sólo dentro de las

fronteras tradicionales del espacio griego sino también más allá de ellas, allí donde el espíritu helénico ejerció su influencia y conformó con ella otras culturas.

La mirada penetrante del autor recorre este camino desde los tiempos de Homero hasta los nuestros, desde la Jonia hasta la Magna Grecia, desde Atenas hasta el lejano Eburacum, desde Roma hasta Constantinopla, desde Antioquía hasta Cesarea, desde Bagdad hasta Mistrás, desde Quíos hasta Valladolid, desde Esmirna hasta Tepeleni. Allá donde se encuentra un rasgo de helenismo.

Lo grandioso y lo humilde, el cuestionamiento y el fanatismo, el nacimiento del arte de la palabra, la expansión de las colonias griegas, la guerra del Peloponeso, la dominación romana, la predicación de san Pablo en Atenas, las incursiones bárbaras, la cimentación del Imperio de Oriente, la destrucción de los santuarios antiguos, la persecución de los cristianos en tiempos de Juliano, la masacre del hipódromo de Tesalónica, las disputas dogmáticas y la guerra contra los herejes, la consolidación del poder papal, la influencia del espíritu griego en el Oriente islámico, la intelectualidad helénica en Italia, la diáspora griega en Occidente, la humillación bajo el yugo otomano... Si la historia es la ciencia que estudia obras y comportamientos humanos, el libro que ha escrito Pedro Olalla trata de historia «profunda», y el adjetivo *menor* no es derogatorio sino revelador, pues no alude al interés por lo secundario sino a la exploración y a la representación del lado más inaccesible del drama histórico.

N.M.
Historiador y director de investigación
Fundación Nacional de Investigaciones
Científicas de Grecia



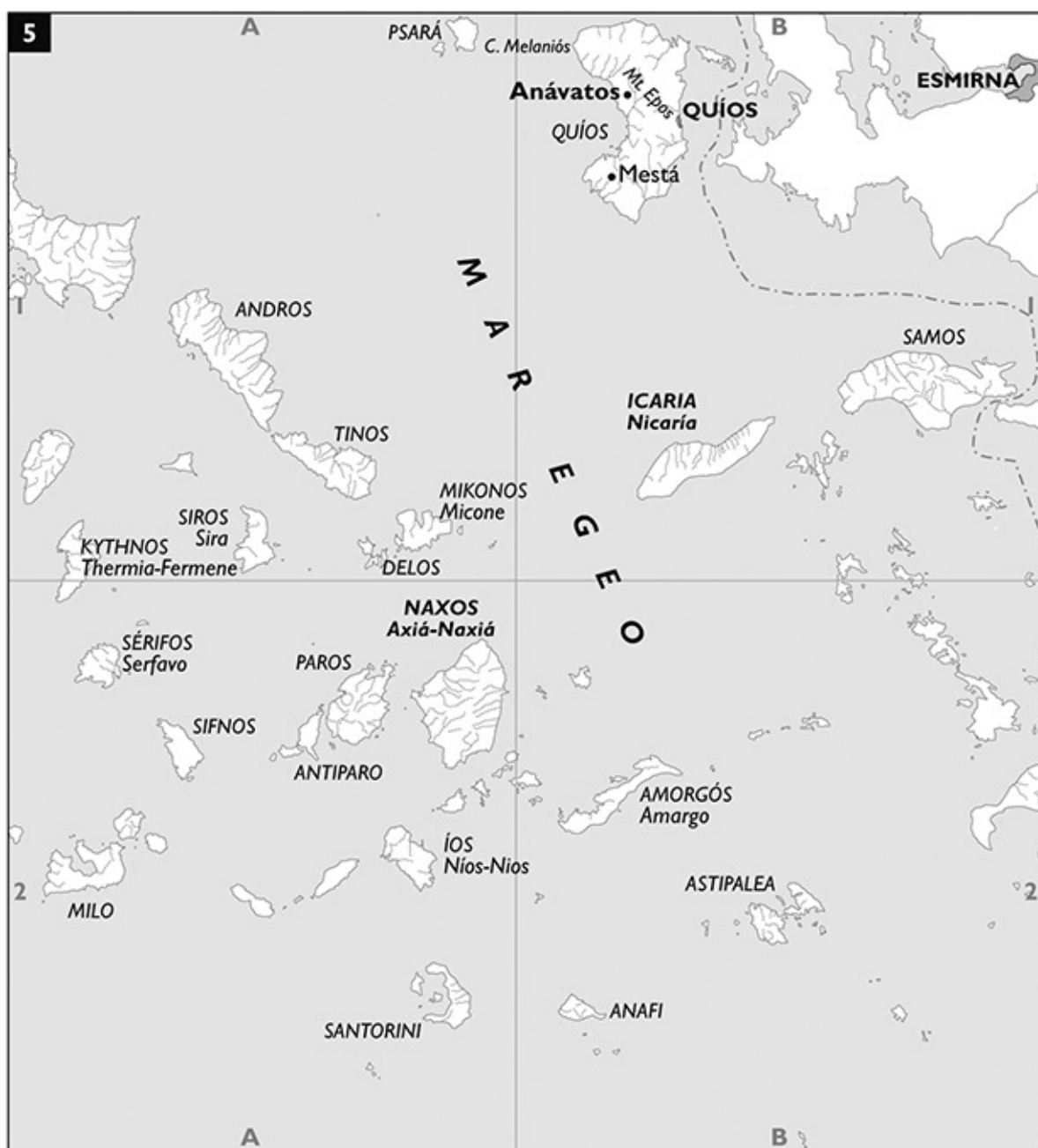












[Las referencias bibliográficas que aparecen al final de cada capítulo, divididas en fuentes primarias y secundarias, no se citan alfabéticamente].

INTRODUCCIÓN

... οὐτε ταῖς ἐπιφανεστάταις πράξεσι πάντως ἔνεστι δῆλωσις ἀρετῆς ἢ κακίας, ἀλλὰ πρᾶγμα βραχὺ πολλάκις καὶ ῥῆμα καὶ παιδιὰ τις ἔμφασιν ἦθους ἐποίησε μᾶλλον ἢ μάχαι μυριόνεκροι καὶ παρατάξεις αἱ μέγισται καὶ πολιορκίαι πόλεων.

[... pues no es en las acciones más ilustres donde se manifiesta la virtud o la vileza, sino que, muchas veces, algo breve, un dicho o una trivialidad, sirven mejor para mostrar la índole de los hombres que sangrientas batallas, nutridos ejércitos o asedios de ciudades].

PLUTARCO, *Vidas paralelas*
ALEJANDRO, 1.2

Sin duda con cierta ingenuidad, siempre he pensado que el fin de la historia es ayudar a mejorar el mundo. Y precisamente con esa ingenuidad—que me gusta creer que es la misma que ha impulsado a otros hombres a acciones desprendidas y valientes—está escrito este libro, esta historia de Grecia. Se llama *menor* porque no es una historia de los grandes personajes y hechos (o, al menos, no trata de ellos en la forma en que suele tratarse): esta *Historia menor* es una colección de gestos humanos en los que se demuestra la grandeza, la vileza o la contradicción.

La idea de la obra es recorrer la historia rastreando en esos gestos la formación y la supervivencia de una actitud vinculada a lo griego desde los lejanísimos días en que Homero comenzó la búsqueda de lo universal: la actitud humanista. Una actitud que, por supuesto, no es exclusivamente griega, que incluso ha sido reiteradamente traicionada por los griegos, pero que, sin duda, ha sido concebida, cultivada, defendida y recuperada, una y otra vez a lo largo de la historia, apelando de manera especial a lo griego.

Esta actitud de confianza en el hombre, en su capacidad y su conciencia para elegir libremente lo bueno, ha sido la fuerza que ha alumbrado la ética y ha defendido el pensamiento. Quienes la han cultivado no sólo han defendido lo que en su momento creyeron, sino la libertad y la dignidad de otros aún no nacidos, su posibilidad futura de conocer un mundo que no sea tan sólo el efecto de la represión y la mentira. Como es de suponer, esta actitud ha sido siempre de unos pocos: una actitud de resistencia frente a un entorno adverso y bárbaro. Sin embargo, cada vez que ha brillado a lo largo del tiempo en

medio del abuso, de la desmesura o el oscurantismo, la humanidad ha dado un paso hacia la sensatez, hacia la ponderación, hacia la dignidad del hombre por encima de credos o intereses.

Esta actitud humanista le debe mucho a Grecia, pero la deuda es recíproca. Grecia, como ideal, es una patria espiritual eternamente joven, una creación *in fieri*, un reto abierto que atraviesa la historia como una revolución permanente, o, más aún, como una permanente seducción hacia lo mejor. Esa Grecia es, sin duda, la que ha atraído siempre a los espíritus valiosos que la han perpetuado en el tiempo. Pero ¿en qué lugar de su historia habita ese ideal? Su historia—como la de todos los pueblos—no siempre ha sido luminosa y radiante: está llena de gestos de soberbia, de irracionalidad, incluso de barbarie. ¿De dónde, pues, ha conseguido levantarse ese espíritu capaz de seducir a los más generosos y a los más preocupados por lo humano? Yo creo que de gestos aislados, ni siquiera de seres ejemplares: sólo gestos aislados, destellos de nobleza que han dejado su huella unida tanto al éxito como al fracaso. En esos gestos ha sobrevivido ese espíritu. Por ello, contra lo que cabría esperar, *Historia menor de Grecia* no es en el fondo la historia de un país, de un pueblo o de un territorio. Al igual que en la *Historia* escrita por Heródoto, los protagonistas no son los griegos ni los persas: son los hombres, todos los hombres.

No es fácil escribir historia: lo más frecuente es que lo que teníamos por cierto se tambalee o resquebraje al penetrar un poco más a fondo en ello. La historia que nos cuentan aborrece a menudo los matices; y, sin embargo, los necesita para acercarse a la verdad. Por lo que hace a este libro, todo lo que en él se cuenta ha sucedido. Y si no sucedió exactamente así, al menos sí influyó en la historia posterior como si así hubiera sido, lo cual es asimismo una forma de suceder. Las fuentes son por lo general escasas, y las informaciones de contexto que yo he podido recabar no siempre me han favorecido de igual modo en el propósito de aproximar al máximo intuición y vivencia.

Este libro, que aspira a ser rigurosamente histórico en cuanto al contenido, quiere ser rigurosamente literario en cuanto a la forma. No pretende, sin embargo, ser una novela histórica. Si esta obra hubiera sido escrita en otra época, podría haber sido muy bien una tragedia, o un poema épico, o un diálogo, o una colección de cuentos ejemplares. Pedirle cuentas hoy como novela para probar su *literariedad* me parece un proceder injusto, propio de una época que magnifica el valor de la novela como género artístico ignorando la historia de la literatura. Es más, escribirla en estos tiempos evitando que sea una novela me ha parecido un reto tentador.

Por otro lado, aun tratándose de un discurso marcadamente literario, he querido incluir las fuentes documentales al pie de cada texto para hacer más consciente el hecho de estar leyendo historia e invitar al lector a contrastar lo dicho. Tal vez así, la historia pueda volver a ser esa aventura indagadora aprendida de Heródoto. He querido, en fin, hacer un libro que permita sentir y pensar al mismo tiempo: sentir hondo, pensar alto, y también hablar claro. Nada más le pido a la historia ni a la literatura.

No es seguro, no obstante, que con estos esfuerzos logremos ayudar a mejorar el mundo. No es seguro tampoco que la actitud humanista que esta obra explora y defiende acabe triunfando sobre el abuso y la barbarie. Pero sí es absolutamente seguro que el abuso y la barbarie triunfarán con más dificultad entre quienes han hecho suyo este espíritu que entre quienes lo ignoran o lo menosprecian. Trabajando en esta obra, creo haber aprendido que lo que ha hecho mejor al mundo es la voluntad y la integridad de algunos individuos; y que si hoy el mundo es en algo mejor que en el pasado, es porque ha habido hombres que en algún momento han preferido hacer lo que consideraban bueno, aunque hayan fracasado o sucumbido, o, mejor dicho, aunque en ocasiones su victoria haya sido tan sólo moral. Hoy, al igual que siempre, son progresistas quienes luchan contra la injusticia y la ignorancia, y son retrógrados quienes las favorecen por alguna razón.

Escribir este libro me ha hecho consciente de la fragilidad de la civilización, me ha recordado que sus conquistas son efímeras y han de ser defendidas cada día que amanece, me ha ayudado a entender que la única civilización posible y digna de tal nombre es la que une a los hombres contra la barbarie, y me ha enseñado de un modo extraordinario a ser humilde, la única lección que nos repite de continuo la historia.

PEDRO OLALLA
Atenas, 2012

COSTAS DE JONIA ORIENTAL, MAR EGEO

C. 750 ANTES DE CRISTO

Apoyado en su báculo, un aedo de mediana edad y cuerpo robusto avanza a zancadas sobre las rocas bajo las que se esconden los cangrejos y los pulpos. El agua que entra y sale de las oquedades acompaña el flujo de sus pensamientos.

El aedo ha repetido ante muchas audiencias las genealogías de los antepasados, las proezas de los que fueron a Troya y a la Cólquide, las leyendas de aquel puñado de hombres que en los tiempos antiguos vivieron contiguos a los dioses y que incluso llegaron a disputar con ellos su destino. Rasgando la lira o la cítara e improvisando con maestría sonoros hexámetros, ha evocado una y otra vez la aurora de los dedos de rosa, las carnes humeantes sobre los trípodes de bronce, la mirada distante de los dioses y la ruidosa caída de los guerreros muertos.

Últimamente, el aedo se siente arrastrado por una tentación desconocida. Quiere llevar los mitos y los versos de la larga tradición en la que se ha criado hacia un poema nuevo: un poema donde lo colosal, lo oculto y lo eterno aparezcan al lado de lo humano, donde la muerte de un enemigo sea narrada con el mismo dolor que la de un aliado, donde se muestre verdaderamente que no hay sobre la tierra nada más miserable y más grandioso que el hombre.

Para lo que se propone, no necesitará—como es costumbre—narrar una campaña de principio a fin. Le bastará con unos pocos días anteriores a la toma de Troya, y no será siquiera necesario describir la caída. Él prestará su voz para cantar la cólera de Aquiles, que arrastró al Hades las almas de tantos aqueos y troyanos. Si la Musa consiente, hará entender que la fragilidad y la grandeza del hombre van unidas inseparablemente; se esforzará en trazar una imagen del héroe sin perfilar netamente sus rasgos ni señalarlo nunca de manera inequívoca; dejará percibir sus brillos de excelencia confundidos a menudo con bajeza o con contradicción; y hará sentir que el éxito y el fracaso son en el fondo circunstancias ajenas a su verdadera condición. Aquiles llevará este mensaje, pero también Héctor, y los dioses que los miran luchar, y el caballo que predice la muerte del Pelida.

Ahora, resguardado del sol en una gruta donde huele a salitre y a algas, presiente que el poema que se propone componer está llamado a sustentarse en la escritura en vez de en la memoria, a cambiar la voz de los aedos por la de esos extraños dones con voz y pensamiento que Cadmo trajo un día a estas tierras. Su creación exige una osadía, tal vez un sacrilegio: dejar la palabra expuesta al silencio de la mirada.

Prudente y reflexivo, el aedo reconsidera nuevamente su propósito. La brisa racheada aventa duras gotas de mar. En los tiempos que vengan, aunque callen la cítara y la lira, aunque desaparezcan las naves y las guerras, su creación no dejará de ser eterna, y los hombres alcanzarán la altura de esos nuevos versos tan sólo el día en que tomen conciencia de la humildad de su naturaleza, en que se sientan seducidos por sí mismos hacia el bien, en que se sepan jueces solitarios de sus actos, en que compadezcan de veras la desgracia y el sufrimiento ajenos, y en que consigan asumir su destino en vez de soportarlo. Es dudoso, no obstante, que esto suceda pronto.

HOMERO, *Ilíada, Odisea*.
NONO, IV, pp. 260 y ss.

GRIFFIN, J., *Homer on Life and Death*, Oxford, Clarendon Press, 1983.
PARRY, M., *The Making of Homeric Verse. The Collected Papers of Milman Parry*, Oxford, Oxford University Press, 1971.
KAKRIDIS, I., *Ομηρικές Έρευνες*, Atenas, Βιβλιοπωλείον της Εστίας, 1944.
—, *Ξαναγυρίζοντας στον Όμηρο*, Atenas, Βιβλιοπωλείον της Εστίας, 1971.
WILLCOCK, M., «Homer», en Hornblower, S., y Spawforth, A. (eds.), *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 1996³.
KIRK, G. S., *The Songs of Homer*, Cambridge, Cambridge University Press, 1962.
ANDRONIKOS, M., «Η ελληνική γραφή», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 2, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

PITECUSA

MAR TIRRENO

C. 740 ANTES DE CRISTO

Hace ya más de una generación que los primeros griegos llegaron a esta remota isla de Occidente, a este volcán emergido del mar al que llamaron isla de los Monos. Las vides que plantaron entonces entre las cenizas han dado ya varias cosechas y abundantes primicias a Dioniso.

En estos años, los eubeos asentados sobre este peñón han construido sus casas con barro y con lava y han enterrado a sus muertos bajo túmulos de tierra cenicienta que, inevitablemente, semejan a su vez pequeños volcanes. Sobre yunques de piedra azul oscura han dado forma al bronce y al plomo, y en ágiles naves han traído hasta aquí aceite de los olivos de la lejana patria, vasijas de Atenas y Corinto, ungüentos de Fenicia e incluso escarabajos tallados de Egipto. Y de todo cuanto ha entrado en la isla han guardado constancia manejando con destreza el estilo como un arado que va y viene por huertos diminutos de cera o de barro.

A veces, con estas mercancías, han cruzado el brazo de mar que les separa de la tierra firme y han comerciado con los desconocidos. La tierra allí es también un campo de cráteres enormes que hace pensar en el maltrecho paraje donde nacieron los Gigantes. Pero, avanzando más allá de la playa, han alcanzado a ver varios lagos, y bosques espesos, y una llanura inmensa que por fuerza ha de ser fértil.

Ahora, dos hombres decididos han pensado que ha llegado el momento del salto. Megástenes de Calcis ha reunido a muchos compatriotas suyos dispuestos a lanzarse a la empresa de establecerse en la otra orilla e Hipocles de Cuma ha aceptado guiarles a cambio de dar a la nueva ciudad el nombre de su patria en Eubea. Cuma es un buen nombre para una tierra a la que se llega cabalgando las olas.

En un puñado de naves cruzan todos juntos el estrecho. Muchos miran al cielo, porque el oráculo de Apolo ha anunciado que una paloma les llevará hasta el lugar señalado para la fundación. Pero Megástenes e Hipocles confían también en que un estruendo de címbalos semejante al de los Curetes o los

Dáctilos les guíe a las entrañas de esta nueva tierra, pues este suelo extraño agitado por los terremotos y recorrido por el fuego ha de tener, sin duda, metales nuevos con los que hacer espadas, escudos y lanzas más duras que el bronce.

VELEYO PATÉRCULO, *Historia romana*, I, 4.

ESTRABÓN, V, 4.

DIONISIO DE HALICARNASO, VII, 3.

TITO LIVIO, VIII, 22.

RIDGWAY, D., *The first Western Greeks*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

BÜCHNER, G., y RIDGWAY, D., «Pithekoussai I», en *Monumenti Antichi dei Lincei*, IV, Roma, 1993.

COLDSTREAM, J., *Geometric Greece*, Londres, Methuen, 1979.

HAZELTON HAIGHT, E., «Cumae in Legend and History», en *The Classical Journal*, vol. 13, n.º 8, 1918.

Museo Archeologico di Pitheculae.

PASTOS DE ASCRA MONTE HELICÓN, BEOCIA

C. 720 ANTES DE CRISTO

Nubes oscuras avanzan por el cielo como mansos rebaños: vienen de arriba, de la fuente del Caballo, y su sombra las sigue a ras de suelo deslizándose sobre los carrascos y los acebuches. Sentado en su zalea, bajo una encina, un pastor encorvado las mira pasar. Cuando era niño llegó aquí con sus padres desde Eolia, huyendo de la pobreza. Le llaman Hesíodo, y esta montaña lo ha hecho poeta.

Hesíodo tiene un hermano, Perses, que ha conseguido escatimarle la herencia de sus padres comprando con regalos la voluntad de los que mandan y que hace años está dilapidando con la misma inconsciencia el fruto de ese sudor ajeno. Sin embargo, ni la codicia ni la prodigalidad de Perses han conseguido destruir en Hesíodo el afecto y el desvelo que desde niño siente por su hermano.

Aquí arriba, en el silencio y en la soledad de estos montes, Hesíodo ha aprendido de las Musas que el hombre no ha sido siempre tan infortunado como en este tiempo en que el mundo está regido por el hierro. Hubo otros hombres, otros metales más blandos y más nobles, otros tiempos más dignos de nostalgia. Pero, a lo largo de los años, la inconsciencia y la guerra han ido rebajando la estirpe de los mortales hasta su deplorable estado actual.

Las diosas de la montaña saben decir mentiras idénticas a las verdades, pero saben también, si lo desean, revelar al desnudo la verdad. Ellas, que enseñan la belleza y la armonía, le han revelado a Hesíodo el camino que conduce a los hombres a la única felicidad posible en la tierra. Se llama justicia, y es lo único que tienen para intentar una existencia feliz quienes han nacido en esta edad funesta. Ninguna otra esperanza puede haber para ellos que las conquistas de esa extraña fuerza que trata de imponerse sobre el abuso y la desigualdad; ningún otro amparo que el de esa violencia que hay que hacerse a uno mismo para obrar conforme a la verdad y dando a cada cual lo que merece. De ella vienen los bienes verdaderos, las sustanciosas bellotas de encina, la miel de la montaña, las ovejas que se encorvan bajo el peso de su

lana. Y el día en que ella falte—el día en que no haya renuncia a favor de lo justo y no tenga valor la palabra, la verdad, la piedad ni la vida—, Aidó y Némesis levantarán el vuelo con sus blancos peplos hacia las cumbres de los inmortales, abandonando para siempre al hombre, y esta estirpe de vidas efímeras conocerá su fin.

Pastoreando su rebaño, bajando despacio de la fuente a la majada, estas razones discurre Hesíodo para su hermano Perses, para los poderosos que gobiernan estos tiempos sin héroes y para los humildes y oprimidos que aún no tienen consciencia de su dignidad. Afortunado aquel a quien las Musas aman y ponen en su boca el dulce canto.

HESÍODO, *Trabajos y días*; y *Teogonía*.

LEKATSAS, P., *Ησίοδος*, Atenas, Ζαχαρόπουλος, 1941.

ROUSSOS, E., «Από τον Όμηρο στον Ησίοδο», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 2, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

OLALLA, P., y CARRILLO, R., *Ευδαίμων Αρκαδία. Η σαγήνη ενός μύθου στον πολιτισμό της Δύσης*, Atenas, Road Editions, 2005.

NAGY, G., «Images of Justice in Early Greek Poetry» en Irani, K., y Morris, S., *Social Justice in Ancient World*, Westport CT, Greenwood Press, 1995.

WADE-GERY, H. T., «Hesiod», en *Phoenix*, vol. 3, 3, Toronto, Classical Association of Canada, 1949.

LATIMER, J. F., «Perses versus Hesiod», en *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, vol. 61, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1930.

ANÁFLISTOS, ÁTICA

525 ANTES DE CRISTO

Según lo convenido con el maestro estatuario, esta mañana han llegado al taller los padres de Creso, el joven soldado de Anáflistos muerto en combate el pasado verano. Vienen a recoger la estatua funeraria que adornará la tumba de su hijo.

En la pequeña estancia dispuesta para la entrega, aquel inmenso bloque inerte traído desde Paros en barco y arrastrado hasta aquí sobre un carro de bueyes ha perdido su horizontalidad y su peso, se ha puesto sorprendentemente en pie apoderándose de la figura del muchacho, cobrando ligereza y vida ahora que ha pasado la muerte.

La visión de la estatua produce escalofríos. Por alguna razón, esta imagen de mármol no es como los colosos votivos del cercano santuario de Sunion, simbólicos y ausentes. Aquí, detrás de la sonrisa y la mirada, han quedado atrapadas la serenidad y la inocencia; ese pecho espacioso entregado a la luz parece aún lleno del aire limpio de la bahía; esos músculos nítidos y turgentes son, sin lugar a dudas, los de aquel muchacho que aún era un niño hace apenas tres años.

Pasados unos minutos, el lapicida entra en la sala con gesto reverente y solicita las palabras para grabar el epitafio. El padre le hace entrega de un trozo de papiro escrito la pasada noche. Su esposa y él han decidido que no habrá ningún elogio épico, ninguna alusión al valor o a la patria, ninguna mención al enemigo.

PÁRATE Y LAMÉNTATE ANTE LA TUMBA DEL DIFUNTO CRESO A QUIEN
ANIQUELÓ EN EL FRENTE EL FURIOSO ARES

Museo Arqueológico Nacional de Atenas, piezas 3851, 2720 y 3645.

TURIOS

MAGNA GRECIA

443 ANTES DE CRISTO

Hace meses que esta hermosa bahía está viendo nacer una nueva ciudad: lleva el nombre de Turios, tomado de la fuente que el oráculo de Apolo señaló para su ubicación, no lejos de las ruinas de la vieja Sibaris.

Desde el amanecer, las naves descargan materiales en el muelle y los bueyes acarrean fustes hasta el llano sobre el que se construye la nueva ágora. A lo largo de avenidas ideales trazadas a cordel sobre la hierba, cientos de obreros excavan cimientos y levantan muros de sillares, inmersos en una especie de delirio colectivo. Bajo este cielo azul y luminoso, nace esta primavera una ciudad con clara vocación panhelénica, una fundación alentada por el ímpetu democrático de Atenas, un buen lugar, en fin, para un apátrida viajero como el halicarnasio Heródoto, que ahora, desde esta colina que cierra por el sur el puerto, contempla pensativo el trajín de los canteros y los estibadores.

Heródoto abandonó la humilde Halicarnaso de muy joven, expulsado por conspirar contra el tirano impuesto por los persas. Pasó entonces a Samos, pero sus inquietudes le llevaron muy pronto a recorrer la costa de Anatolia y la del Ponto, a visitar las islas del Egeo, a internarse en Asia hasta llegar al Éufrates, a remontar el Nilo hasta la lejana Elefantina y a conocer Fenicia, Libia y buena parte de la Hélade. Estos últimos años ha vivido en Atenas, compartiendo la amistad de Sófocles y de algunos sofistas. Calladamente, Heródoto se enorgullece de sentirse ciudadano del mundo, como un día lo fueron Solón, el escita Anacarsis, el propio Homero.

Ahora, el viajero ha decidido establecer su residencia en Turios y dedicarse aquí a exponer en un relato en prosa lo que ha intentado descubrir durante todos estos años vagando por el mundo: la causa de las guerras de las que proviene su destierro, el origen profundo del enfrentamiento entre griegos y bárbaros.

Ha decidido que en su obra no habrá musas que narren sucesos heroicos. No compondrá una genealogía mítica, ni una epopeya; lo que escriba será

algo diferente: el resultado de sus indagaciones personales sobre lo ocurrido en el mundo durante el tiempo de los cuatro últimos reyes persas: Ciro, Cambises, Darío y Jerjes. Heródoto desea referir puntualmente lo que ha visto, lo que ha llegado a comprender mediante la razón y lo que ha recabado de testigos presenciales de los hechos y de sus herederos. Tampoco dejará de contar aquello que le han dicho como cierto aunque lo considere fruto de la fantasía, pues opina que negar la memoria a tales tradiciones no habrá de reportar más luz a la verdad en un futuro.

La obra que se propone compilar en esta nueva patria demostrará que, aun en la incertidumbre de lo humano, los sucesos que conforman la vida de los pueblos están, en gran medida, sujetos al valor y a la virtud de los hombres. Será una narración hecha sin acritud y con empatía, un gesto compasivo ante el sufrimiento y la desgracia de todos los que se ven envueltos en la guerra, una defensa de esa libertad por la que él mismo combatió de joven al tirano de su tierra natal, por la que huyó al exilio y por la que los griegos se enfrentaron a los persas en las batallas que ahora se dispone a contar.

A su llegada a Turios, resuelto a culminar su labor, Heródoto ha decidido que los protagonistas de ese insólito relato hecho a base de viajes y preguntas no serán los dioses ni los héroes, no serán sus compatriotas ni sus enemigos, no serán siquiera los griegos o los persas: serán los hombres, todos los hombres.

HERÓDOTO, *Historia*.

DIODORO SÍCULO, 12.10.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F., «Prólogo» a *Heródoto. Historia*, Madrid, Gredos, 1977.

MYRES, J. L., *Herodotus, Father of History*, Oxford, Oxford University Press, 1953.

MOMIGLIANO, A., IMMERWAHR, H. R., FLORY, S., *et al.*, *Ιστορίη. Ηρόδοτος. Δεκατέσσερα μελετήματα*, Atenas, Σμίλη, 2004.

GOULD, J. P. A., «Herodotus», en *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 1996³.

ATENAS

443 ANTES DE CRISTO

A esta hora en que comienza a declinar el sol, el viejo Anaxágoras ha recogido ya las pocas pertenencias que ha decidido llevarse consigo al exilio. Ahora, sentado ante la puerta de su casa, observando como siempre el cielo, mira pasar las golondrinas en su vuelo risueño y veloz. Mañana, al amanecer, vendrán a recogerlo los criados que Pericles ha dispuesto para que lo acompañen con discreción y con seguridad a Lámpsaco.

Cuando el filósofo llegó a la ciudad, hace ya casi treinta años, Pericles era sólo un muchacho que entraba bajo su tutela intelectual; ahora, a la hora de partir, aquel muchacho es el genio indiscutible de la democracia ateniense, el preclaro estratega que, hace unos días, ha tenido que salir en defensa de su viejo maestro para que quienes exigen que pague con su vida un supuesto delito de impiedad se conformen con una multa de cinco talentos y una ignominiosa condena al exilio. Atenas ha cambiado mucho en las últimas décadas, pero no lo suficiente para que alguien que sostiene que el sol es una masa de rocas inflamadas por el choque y la ruptura del éter no sea acusado de impiedad.

Anaxágoras deja una ciudad gobernada por el genio político de su discípulo Pericles, una ciudad que ha dado eco y reconocimiento al talento poético de su también discípulo Eurípides, una ciudad que, con el nuevo templo de Atenea, se ha convertido en capital indiscutible del espíritu griego. Pero las cosas, en el fondo, no han cambiado tanto. Atenas ha demostrado seguir siendo una ciudad tradicional, pía, supersticiosa y llena de fantasmas; fantasmas que, junto al templo de la diosa de la sabiduría, son invocados con solemnidad y sin rubor para desacreditar a cualquier disidente o a cualquier adversario político.

En sus últimas horas antes de partir para Lámpsaco, el maestro contempla desde lejos la Roca Sagrada. Con Anaxágoras, los atenienses envían al exilio al primer filósofo establecido en su ciudad, al primer hombre que, apartándose del lenguaje de los rapsodas, hizo circular una obra en prosa, al primero que se detuvo a indagar sobre el cielo y a escribir después un verdadero libro acerca de la naturaleza.

DIÓGENES LAERCIO, *Vida de los filósofos*.

DIODORO SÍCULO, XII, 39.

PLUTARCO, *Pericles*, 32.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata*, I, 78.

TOVAR, A., *Vida de Sócrates*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1984 (1947¹).

FAIRBANKS, A., *The First Philosophers of Greece*, Londres, Kegan Paul, Trench, Trubner & Co., 1898.

ATENAS

431 ANTES DE CRISTO

Son muchos los que esta mañana han bajado hasta la Puerta Doble a rendir homenaje a los caídos hasta ahora en las hostilidades contra los espartanos y sus aliados. Siguiendo la costumbre, los carros de las diez tribus han traído ya los féretros de ciprés hasta el lugar donde será erigido el túmulo común. El sol comienza a rebasar las suaves cumbres del Himeto y hace brillar la escarcha sobre la hierba.

Poco a poco, la explanada va llenándose de gente: familiares que acompañan los restos de los héroes, mujeres que profieren lamentos, ciudadanos, metecos, esclavos y, sobre todo, un elevado número de campesinos abatidos que aún no han abandonado la ciudad desde la retirada de los enemigos. Dentro de lo que cabe, se respeta el silencio. Los que van llegando buscan acomodo alrededor del túmulo, a la espera de que empiece el discurso. Dicen que esta vez será el propio Pericles quien pronuncie las palabras en honor de los muertos.

Desde la muralla, se ven todavía negros los campos de Acarnas y Egaleo. Los cipreses quemados jalonan el paisaje y un viento suave trae a la ciudad un olor a tizón, despertado hace días por las primeras lluvias. A finales de la primavera, la decisión de Pericles de no presentar batalla ante los espartanos acampados en las tierras de cultivo mantuvo a los agricultores encerrados tras los muros viendo cómo los trigos ardían en sazón. Sólo los viejos recuerdan haber visto algo así cuando las guerras con los persas.

La multitud murmura unos instantes mientras Pericles sube a la tribuna. Últimamente lo acusan de indecisión, de arbitrariedad, de haber provocado la guerra. El discurso se inicia con la esperada alusión a los héroes, pero las miradas de quienes escuchan comienzan a cruzarse cuando Pericles dice que los elogios sólo siembran recelo y que mejor sería honrar con obras a quienes con obras han dado muestra de su virtud. Luego, como es costumbre, menciona a los antepasados; pero pasa por alto las hazañas bélicas y se detiene sólo a recordar que, por su virtud, lograron dejar en herencia una patria libre.

Ahora comienza a hablar de la ciudad, de sus leyes cabales y modélicas, de la igualdad de todos ante ellas, de la valoración de cada uno en función de sus méritos, y del gobierno del Estado según los intereses de la mayoría y no los intereses de unos pocos. «El Olímpico» se muestra sereno, elocuente, noble, comedido. Habla de una ciudad abierta, sin recelo a lo extraño, de unos hombres dispuestos a gozar de la vida y a alejar lo penoso con el placer que traiga cada día, dispuestos a hallar modos de ofrecer al espíritu reposo y alimento. Algunos comienzan a inquietarse y vuelven la mirada hacia donde se encuentra Aspasia.

Pericles continúa hablando de hombres que aman la belleza sin apartarse de la sencillez y que cultivan el conocimiento sin abandonarse a la molición. De hombres a quienes la riqueza les brinda la posibilidad de obrar y no la de vanagloriarse, que se interesan de igual modo por lo público y por lo privado, que llegan al arrojo movidos por la libertad y la reflexión y no por la ignorancia, de hombres a los que no vivir para la guerra no les resta valor ni valentía.

Sus últimas palabras son para recordar a los presentes que por esos valores lucharon y murieron los que ahora son honrados en el túmulo, que ésta fue la ciudad por la que dieron su vida, y que su lucha no tuvo para ellos el mismo sentido que para quien no tiene ninguno de estos bienes que disfrutar ni que perder.

El discurso ha sorprendido a todos. Algunos no saben qué decir, otros vuelven a la ofensiva recordando lo ocurrido en Egina y en Mégara. Pero la mayoría de los que le escuchan volverán a confiar en él, sabiendo sin embargo que es un enorme riesgo asentar un Estado sobre la libertad y la virtud de los hombres, que las conquistas de que habla nunca estarán ganadas definitivamente, y que el invierno pasará y con la primavera volverá la guerra.

TUCÍDIDES, II, 18-35.

PLUTARCO, *Pericles*.

ATENAS

RIBERA DEL ILISO

C. 420 ANTES DE CRISTO

Sócrates y el joven Fedro han cruzado la muralla prolongando su paseo hasta el santuario de Pan en la ribera del Iliso. Sentados ahora bajo un enorme plátano, descansan y conversan a la sombra oyendo un bullicioso coro de cigarras. Hace un momento, con una sonrisa, Sócrates le ha contado a Fedro lo que dicen de estas pequeñas criaturas: que un día recibieron de las Musas el don de no necesitar alimento, el de pasar la vida entregadas al canto y el de comunicar a esas divinidades protectoras de la belleza y de la creación qué hombres les rinden culto en este mundo.

La relación de Sócrates con lo divino es un misterio no sólo para Fedro. Sócrates dice que hay que respetar y estimar lo invisible. Cree en un impulso religioso innato, natural, no revelado, no sujeto a dogmas y en continua evolución, en una fe íntima y asentada únicamente sobre la conciencia; y precisamente, porque se siente cerca de lo divino, aborrece de cuanta mezquindad humana se pone de por medio. Sin embargo, junto a esto, Sócrates estima conveniente que cada uno rinda culto a los dioses según el rito propio de su ciudad, que honre a todos los daimones y héroes, y que veneren en especial los santuarios e imágenes recibidos en herencia de los padres. El más animoso atleta de la razón admite ante ella una frontera, la piedad, y ese sincero sentimiento parece haber hallado en él una morada íntima y serena a salvo de los físicos jonios y los racionalistas ingenuos.

Desde hace ya un buen rato, junto al rumor del manantial de las Ninfas, Sócrates y Fedro ahuyentan el sopor de la siesta entregados al diálogo. Un discurso efectista de Lisias, el hijo del siracusano Céfalo, les dio primero pie para censurar a los sofistas que, interesadamente, ocultan la verdad tras la cortina de lo verosímil. Han hablado también del enamoramiento verdadero, ese delirio que envían los dioses y que inspira en las almas de quienes lo viven acciones mucho más nobles que la humana cordura. Acosando a la verdad con sus preguntas, Sócrates ha vuelto a defender que la virtud existe y que va unida a la capacidad de discernir el bien; y en estos momentos,

volviendo a Lisias y a los componedores de discursos, afirma ante su joven amigo que lo escrito sólo tiene valor si se ha logrado indagando sin prejuicio en la verdad, si el que escribe es asimismo capaz de someter a prueba lo que ha escrito, de defenderlo con la palabra viva, de mantener en movimiento lo que piensa y transmitir esa semilla a otros para que creen algo nuevo que les acerque a la felicidad.

Fedro, declarando que es bello lo que acaba de oír, pregunta a Sócrates qué nombre le daría a quien pone su afán en esa búsqueda de la verdad en libertad. Sócrates, considerando que el nombre de *sabio* es demasiado grande y propio sólo de la divinidad, propone, más humildemente, el de *amigo del saber: filósofo*. Luego, como el sol ya ha comenzado a declinar, sugiere despedir con gratitud a los dioses agrestes y regresar a casa.

«¡Oh, Pan amigo, y demás dioses de este lugar! Permitidme alcanzar la belleza interior, y que cuanto por fuera tengo sea de lo de dentro amigo. Que considere rico al sabio, y toda mi riqueza sea la que consigo pueda llevar un hombre sensato. ¿Pedimos algo más, Fedro? A mí con lo que he suplicado me basta».

PLATÓN, *Fedro*.

JENOFONTE, *Memorias*, IV.

TOVAR, A., *Vida de Sócrates*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1984 (1947¹).

THEODORAKOPOULOS, I., «Η ακμή της ελληνικής φιλοσοφίας», en *Ιστορία Ελληνικού Έθνους*, vol. 3-2, Atenas, Εκδοτική Αθηνών., 1975.

NEHAMAS, A., «Socrates», en *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 1996³.

SUSA

341 ANTES DE CRISTO

Hermias cree que la educación política es esencial para que todos los hombres puedan influir sobre la sociedad, que el poder debe ser puesto en manos de los más capacitados para discernir lo justo, y que es prudente y conveniente limitar el poder concentrado en los hombres para otorgárselo a la ley.

Hermias nació esclavo en Bitinia y fue castrado de niño; después fue helenizado y educado en Atenas, donde hizo suyas todas estas ideas junto a sus compañeros de la Academia de Platón; más tarde, el destino lo convirtió en heredero del trono de Atarneo, una hermosa tierra que, gracias a un pacto económico, su amo y maestro Eubulo consiguió liberar del control de los persas.

Hermias piensa que la legitimidad de un gobernante en el poder viene dada por la razón y la justicia, y que el mejor gobierno es el gobierno de unas buenas leyes. Por eso, a su llegada al trono, encargó a los filósofos Erasto y Corisco elaborar un código basado en las ideas que habían discutido en la Academia. Aquel esfuerzo alumbró un régimen tan justo que varias ciudades de la zona solicitaron ser admitidas en él y gobernadas por Hermias y por sus consejeros.

Hace unos años, cuando murió Platón, Hermias recibió en su casa a Xenócrates y a Aristóteles y los unió a su grupo de gobernantes filósofos poniendo en sus manos la administración de la ciudad de Asos. Pronto se les unió Teofrasto. Esos años en Asos fueron hermosos, y la ciudad resplandeció como nunca, con su ágora, su teatro, su templo de Atenea y aquel ir y venir de gente ilusionada sobre una colina que mira al mar.

Hermias sigue creyendo en el valor de todo lo que ha construido en pos de un ideal ético. Pero ahora Hermias no está en Asos, sino en Susa, más allá del Tigris, cautivo de los persas en las profundidades de Asia. El general Méntor de Rodas lo capturó hace meses a traición y lo entregó al Gran Rey Artajerjes; Méntor sirvió con ello a su amo persa, pero pecó contra Zeus Xenio y despreció la libertad de los hombres.

Ahora, Erasto y Corisco deploran la pérdida de Hermias en una Asos ocupada por los bárbaros; muy pronto, en Macedonia, Aristóteles recibirá noticia de su muerte y escribirá en su honor un himno a la virtud. Y mañana, aquí en Susa, tras semanas de humillación y de tortura, Hermias será crucificado.

DIÓGENES LAERCIO, *Vida de Aristóteles*.

ESTRABÓN, XIII, 610 y 614.

DIODORO SÍCULO, XVI, 52.

PLATÓN, *Epístolas*, VI.

ARISTÓTELES, *Política*.

ATENEO, *Banquete de los sofistas*, XV, 51.

HARPOCRATION, s.v. «Ερμίας».

JAEGER, W., *Aristoteles. Grundlegung einer Geschichte seiner Entwicklung*, Berlín, 1923.

[Existe traducción en castellano: *Aristóteles*, México D.F., FCE, 1946].

COPLESTON, F., *Greece and Rome. History of Philosophy*, vol. 1, Westminster, The Newman Bookshop, 1946.

URE, P. N., *The origin of Tyranny*, Cambridge, Cambridge University Press, 1922.

LUKÁCS, B., *Methodical Aristotle Studies. The companions of the father-in-law of Aristotle*, Budapest, Geonomy Scientific Committee of HAS, 2006.

NINFEO DE MIEZA

MACEDONIA

339 ANTES DE CRISTO

Alejandro era Aquiles; Hefestión, Patroclo; Filipo, el prudente Peleo. No hace siquiera tres años, cuando Aristóteles y los muchachos llegaron a este lugar, Alejandro y Hefestión aún eran niños que trepaban por las rocas y combatían a sus enemigos con espadas de madera jugando a este juego de héroes. Lo habían aprendido en Pela del risueño preceptor Lisímaco, que, adoptando para sí el nombre homérico de Fénix, había hallado en esta ficción un modo de exhortarles a la virtud.

De forma casi inadvertida, ha ido pasando el tiempo en este bosque de las Ninfas, y Alejandro, que no hace mucho cumplió los dieciséis, ha sido ahora llamado a la corte para asumir una difícil regencia en ausencia de su padre Filipo.

Desde hace unos días, Aristóteles dispone sus cosas para la partida. Recoge sus volúmenes, ordena empaquetar su equipaje, embala con cuidado los recuerdos de su encuentro con Lisipo y Apeles. Se ha propuesto pasar un tiempo en Estagira, su patria. Filipo la destruyó hace años, pero ahora, agradecido al filósofo por haber inspirado en su hijo el amor por el conocimiento, ha decidido reedificarla y restituirla a los antiguos ciudadanos, liberándolos de su condición de fugitivos o esclavos.

Sentado en una roca junto al sendero que lleva a la gruta sagrada, Aristóteles contempla una vez más la arboleda, las fuentes y el río que han sido en estos años su jardín y el escenario de los paseos y las conversaciones compartidas con el joven príncipe y los otros muchachos macedonios. Estos robles, nogales y plátanos han ofrecido su sombra a las lecciones de política, ética y retórica. Estas plantas han sido ejemplo de saberes de medicina y ciencias físicas. Oyendo correr el agua de estos manantiales, Alejandro y sus compañeros han conocido las tragedias de los atenienses, los diálogos del maestro Platón, los vibrantes epinicios de Píndaro. Esta hermosa estoa jónica adosada a la roca ha sido su refugio en el bosque, y las pequeñas grutas que la flanquean han hecho resonar con dulzura los ecos de la cítara y las flautas en

las gratas veladas del verano. Como Zeus y Dioniso, como Numa y Evandro, como los seres míticos a los que la divinidad ha reservado un destino elevado, Alejandro ha tenido también por nodrizas y maestras a las Ninfas.

Ahora, como la mayoría de las tardes, los muchachos han salido a montar a caballo y a ejercitarse en las armas y en la lucha bajo la tutela de un general, pues así corresponde a una educación pensada tanto para la palabra como para la acción. Mientras tanto, a la sombra de un plátano, haciendo anotaciones personales sobre el volumen de la *Ilíada* que ha pensado dejarle como obsequio a Alejandro, el estagirita se pregunta si ha sabido alcanzar en este tiempo en Mieza el único objetivo que daría sentido a las conversaciones, las preguntas, las lecturas y los experimentos: despertar en el alma de ese puñado de muchachos el asombro y el cuestionamiento, llegar a transmitirles un verdadero amor por lo humano.

Ptolomeo, Leonato, Hefestión y los otros muchachos seguirán su camino y es probable que nunca vuelva a verlos. Es probable también que nunca vuelva a ver al príncipe. Quién sabe lo que tejen las Moiras. Bajando la mirada, el filósofo moja de nuevo el cálamo, que se ha quedado seco, y vuelve al pasaje de Homero que le ha llevado hacia estos pensamientos:

Pasado un tiempo, temeroso por las naves aqueas,
el viejo auriga Fénix dijo, rompiendo en lágrimas:
«Si ya, preclaro Aquiles, has metido en tu mente el regreso,
y nuestras raudas naves no quieres defender
alejando de ellas el fuego destructor
porque la cólera se ha apoderado de tu alma,
¿cómo podría yo, hijo querido,
quedarme solo aquí, lejos de ti?
Pues contigo me mandó Peleo, el viejo auriga,
aquel día en que a ti desde Fúa te envió a Agamenón,
niño aún y ajeno a las guerras que a todos igualan
y a las asambleas donde se hacen ilustres los hombres.
Contigo me mandó para que te enseñara todo:
a ser en la palabra diestro y en la acción denodado.
Por eso, hijo querido, no querría apartarme de ti
ni aunque un dios en persona me prometiera raerme la vejez
y dejarme tan joven y lozano como cuando por vez primera
salí de la Hélade, de hermosas mujeres, ...».

PLUTARCO, *Alejandro*.

ARRIANO, *Anábasis de Alejandro*, IV-VII.

PLINIO EL VIEJO, *Historia natural*, IV, 17 y XX, 30.

HOMERO, *Ilíada*, IX.

PETSAS, F., *Ανασκαφαί Ναούσης*, Atenas, ΠΑΕ, 1963, 1968.

WILCKEN, U., *Alexander der Grosse*, 1931. [Existe traducción en inglés: *Alexander the Great*, Borza, 1967].
KANELLOPOULOS, P., «Η προσωπικότης του Μεγάλου Αλεξάνδρου», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

TEGEA, ARCADIA

C. 337 ANTES DE CRISTO

Desde que ha comenzado a esculpir los frontones, el maestro está absorto en su trabajo, ajeno a los remates de otras partes del templo que ha delegado ya en sus asistentes de Caria, silencioso, pensativo y atento, como si hubiera llegado de repente el momento de la verdad.

Hace unos años, la ciudad de Tegea le encargó erigir un nuevo templo para el culto de Atenea Alea, pues el antiguo había sido destruido por el fuego. Cuando comenzaron las obras, Escopas de Paros era un extranjero que venía de Asia precedido por su fama de excelente escultor y que aceptó este encargo sabiendo que tendría que crecer para llevarlo a cabo; ahora, es un maestro consumado que contempla con respeto y con vértigo los desafíos de su propia obra.

Escopas ha logrado lo que le parecía un reto inalcanzable: erigir un templo dórico en el corazón de la Grecia doria. Ninguno de sus maestros escultores le había preparado para tal empresa, por lo que, en un principio, decidió acercarse al modelo de la maravillosa creación de Ictino en Basas. Pero desde la construcción de aquella obra y de los otros grandes templos dóricos ha pasado ya un siglo, y nada es como antes.

Escopas ha afrontado el nuevo templo como una obra escultórica, como un encaje minucioso de calculados elementos que ha tratado con mimo y singularidad. Ha conservado el canon dórico en cuanto a los triglifos, las metopas y las veinte estrías de los fustes, pero ha reducido al mínimo la éntasis de las columnas para que el nuevo templo sea más ligero, menos condicionado por lo arcaico. Ha tomado de Basas el hallazgo genial de combinar los tres órdenes clásicos en un mismo edificio, pero ha subido las columnas jónicas a un segundo cuerpo de la *cella* metiendo por debajo otras corintias. Cada pieza de esta creación ha salido de su análisis y de su reflexión: los tambores que se detienen a apenas medio dedo del cilindro perfecto, las estudiadas volutas, las olas lesbias, los tallos estriados que se abren en minúsculos brotes de acanto. Nunca hasta ahora se había levantado en el Peloponeso un templo íntegro de mármol.

El nuevo edificio ha de albergar la venerada estatua de la diosa, dos nuevas imágenes de Asclepio y de Higía, y algunas reliquias antiquísimas, como los colmillos y la piel del jabalí de Calidón. Los frontones deben representar dos gloriosas acciones de los antepasados de esta tierra: la caza de la temible fiera calidonia por Atalanta y el resto de los héroes, y la lucha de Télefo contra Aquiles en Misia. Éstas son las escenas que el maestro esculpe desde hace varios días.

Ha decidido que el frontón oriental llevará al jabalí casi en el centro, representado en el momento en el que hiere gravemente a Anceo, príncipe de Tegea. Al otro lado de la fiera estarán Atalanta y Meleagro, rivalizando en el instante del golpe final. Más alejados, se verá a Teseo y a los Dioscuros; y a uno y otro extremo del frontón, se inclinarán las figuras de Telamón, Pileas, Yolao y los demás héroes.

En un recinto aislado del trajín de las obras, el maestro cincela sus cuerpos y sus rostros. El frontón es un espacio reservado a los dioses que, en ocasiones, éstos comparten con los héroes; pero en este templo—quizá el último dórico que se construya ya—los hombres subirán a ese espacio vedado de los seres divinos. Escopas está haciendo que sus caras se trasluzcan a través de las serenas expresiones de los inmortales. A golpes de cincel y de esmeril, graba sobre los rostros de los héroes la rebelión y el desencanto, les hunde las mejillas y los ojos para que aflore de su áspera piel el anhelo de algo irrenunciable, les separa los labios para dejar salida al sentimiento, perturba la entereza de las divinidades con miradas inocentes vueltas hacia lo alto.

Los semblantes de los antiguos héroes están siendo invadidos por los de los hombres, por los de aquellos que murieron en la locura que enfrentó a los griegos en el Peloponeso, en Leuctra, en la Guerra Sacra, en Queronea. La expresión de los rostros de piedra cae desde lo divino a un interior donde no hay plenitud ni equilibrio.

Silencio, polvo, esquivarlas. Durante las horas en que Escopas golpea y frota el mármol, retumba en sus sienes la voz de unos hombres que se retuercen para mirar al cielo y gritan en silencio: «Estamos aquí. ¿Qué hay de nosotros?».

PAUSANIAS, VIII, 45-47.

PLINIO, *Historia natural*, 36.31.

Museo Arqueológico Nacional de Atenas, piezas 179, 180 y 3602.

Museo Arqueológico de Tegea, piezas 59 y 60.

STEWART, A. F., *Skopas of Paros*, Park Ridge, Nueva York, Noyes Press, 1977.

- OSTBY, E., «Recent Excavations in the Sanctuary of Athena Alea at Tegea (1990-1993)», en Sheedy, K. A. (ed.), *Archaeology in the Peloponnese: New Excavations and Research*, Oxford, 1994.
- VOYATZIS, M. E., «The early sanctuary of Athena Alea at Tegea and other archaic sanctuaries in Arcadia», *Studies in Mediterranean Archaeology*, Gotemburgo, 1990.
- PETRONOTIS, A. P., *Τεγέας Μνημεία Αρχιτεκτονικά*, Θεσσαλονίκη-Τρίπολη, 2007.
- JOST, M., *Sanctuaires et cultes d'Arcadie*, París, J. Vrin, 1985.

TIERRAS ALTAS DEL INDO 327 ANTES DE CRISTO

A solas en su tienda, Alejandro se agita yendo de un lado a otro con pasos impetuosos, se detiene bruscamente y jadea, se hunde en sus pensamientos con los ojos helados y ausentes. Afuera, la noche inmensa ha borrado el llano, el bosque, las montañas del Himalaya, y ha dejado sólo el estruendo del río en el vacío.

Primero fue Filotas, luego Parmenión, después Clito y ahora Calístenes. Lo que no debía repetirse ha vuelto a pasar. Quizá sea el desgaste de todos en esta campaña que no parece que vaya a terminar jamás; el espíritu de Persia que se apodera de sus conquistadores; la locura sembrada por Dioniso. Pero ¿qué está pasando? ¿Acaso acabarán muriendo así también Leonato, Ptolomeo, el propio Hefestión?

La muerte de Calístenes pesa ahora sobre el rey macedonio del mismo modo que la muerte de Clito hace dos años, en aquella disputa acalorada en Marakanda, cuando una lanza salió de la mano de Alejandro y fue a parar al pecho de su fiel amigo. Clito murió por decir la verdad, por recordarle a Alejandro que debía sus triunfos al sacrificio y a la fidelidad de los macedonios y no a los aduladores persas a los que ahora debían dirigirse sus amigos de siempre para pedir audiencia con él. Murió por recordarle a su amigo de la infancia que, en su vanidad, había renegado de la paternidad de Filipo para hacerse llamar hijo de Amón-Zeus. Alejandro quiso entonces quitarse la vida con la misma lanza, pero se lo impidieron, y pasó tres días y tres noches encerrado en su tienda sin probar alimento y llamando a la muerte. Fue Calístenes quien lo sacó de allí, consolándolo con delicadeza y desvaneciendo con razones la pesadumbre que lo abatía.

Alejandro sabe que no hubo razones más allá de su cólera y su debilidad. Tal vez, en la ejecución de Filotas o en el asesinato de Parmenión hubo alguna razón de Estado que pudiera librarle de los remordimientos, alguna esperanza para el perdón. Pero no en el caso de Clito. Y ahora, Calístenes ha

muerto en la prisión a la que fue arrojado en primavera, cuando Alejandro dio crédito a quienes le acusaban de instigar a los jóvenes al regicidio.

La muerte de Calístenes ha despertado de nuevo a las Erinias. En los oídos de Alejandro resuenan las palabras con las que su amigo le increpaba aquella noche en Bactria, cuando él aceptaba complacido que sus aduladores se postraran a sus pies como ante un dios: «No te olvides de Grecia, Alejandro. Fue por ella por lo que te lanzaste a esta expedición. Por llevar a Asia lo valioso de Grecia, y no por convertir a Grecia en Asia». Como látigos restallan ahora aquellas frases proferidas mirándole a los ojos: «¿Acaso a tu regreso vas a pedir a los griegos, a los más libres de los hombres, que te rindan pleitesía como a un dios? ¿Es que piensas hacer una excepción con ellos, ofendiendo así a los macedonios? ¿O es que sólo a los bárbaros vas a exigir la adoración?». Alejandro se recuerda en aquella velada sacado bruscamente del sopor de la música y el vino: «Ciro y Cambises recibieron honores divinos, y no olvides que fueron humillados y vencidos. Cyrus por los humildes escitas, Jerjes por los atenienses y espartanos, Atajerjes por Jenofonte y los Diez Mil, y Darío por ti, Alejandro, que todavía no has sido adorado como un dios. No es a los reyes persas a quienes seguimos, sino a ti, al hijo de Filipo, descendiente de Heracles y de Éaco, cuyos ancestros vinieron de Argos a Macedonia y gobernaron a los hombres por la ley y no por la fuerza».

El rencor de Alejandro ha dejado morir a Calístenes, al encargado de contar sus hazañas, a aquel muchacho que un día llegó a Mieza acompañando a su tío Aristóteles y que había heredado de él su sagacidad y su elocuencia, aunque no su cautela. Calístenes era el espíritu más libre de los que acompañaban a Alejandro. Calístenes era el más libre de los hombres.

En esta noche sonora y húmeda, alejado de sus compañeros, doblado de dolor sobre un cojín de plumas, el joven rey comprende que ninguna virtud ni ninguna victoria en la guerra será más importante que su crimen. Cada vez que digan: «Alejandro acabó con Darío», responderán: «Y también con Calístenes y Clito». Cada vez que digan: «Él conquistó todo desde un rincón de Macedonia hasta las profundidades de Asia», responderán: «Sí, pero mató a Calístenes y a Clito».

ARRIANO, *Anábasis*, IV, 10-14.

PLUTARCO, *Alejandro*.

SÉNECA, *Cuestiones naturales*, VI, 23.2-3.

QUINTO CURCIO, VIII, 5-8.

ALEJANDRÍA

295 ANTES DE CRISTO

Recordando los años de Mieza y aquellos paseos por el santuario de las Ninfas, Ptolomeo quiso encontrar un preceptor que fuera para su hijo lo que para él había sido Aristóteles. Mandó entonces llamar a Teofrasto, sucesor del maestro al frente del Liceo, pero éste no quiso abandonar la escuela y le propuso al rey que confiara en su discípulo Demetrio. Así llegó a esta tierra Demetrio de Falero, un hombre caído en desgracia para quien Alejandría está siendo como un sueño.

Desde que está aquí, vive entregado por entero a los proyectos del monarca para la nueva capital. Como purificado por las aguas del Nilo, Demetrio ha dejado de ser el controvertido meteco que gobernó Atenas en nombre de un rey macedonio, y el «tirano» que se fue al exilio cuando llegó el «libertador» de la ciudad. Todo aquello ha quedado atrás. Los verdaderos demócratas de Atenas reconocen ahora que legisló con probidad, y los exaltados que fundieron sus estatuas para hacer orinales acabaron vendidos a su falso redentor. Aquí, en Egipto, Demetrio de Falero ha vuelto a ser el que fue siempre: el amante del estudio, de las leyes y de las Musas.

En los últimos meses ha ido tomando cuerpo la ambiciosa idea que Demetrio le ha sugerido a Ptolomeo para convertir Alejandría no sólo en capital de un poderoso reino, sino en capital de la civilización: reunir bajo la protección del palacio real todas las obras escritas en el mundo.

Todo está ya en marcha. El núcleo de este ingente proyecto será un santuario dedicado a las Musas que ya ha empezado a construirse. En él, las diosas de la creación y la belleza recibirán su culto en las bocas del Nilo como desde los tiempos más antiguos lo reciben en el valle del Helicón, en las suaves majadas donde Hesíodo pastoreaba su rebaño. Un sacerdote nombrado por el rey se encargará de los oficios. En lo demás, el Museo seguirá la pauta del Liceo ateniense: un tranquilo jardín para el estudio y la meditación, unos escaños donde reunirse a disertar, pequeñas estancias para acoger a los amantes del conocimiento, un amplio comedor común y, claro está, un armonioso pórtico que favorezca los encuentros y el diálogo.

Al otro lado del jardín, cerca del puerto, los obreros trabajan ahora en revocar por dentro los innumerables anaqueles del edificio que acogerá muy pronto los papiros que Demetrio se encarga de comprar y de clasificar sin descanso. Cuando el Museo comience a funcionar, las obras contenidas en estos frágiles soportes serán copiadas, restauradas, salvadas del olvido, cotejadas con otras como nunca antes ha podido hacerse, sometidas a un contacto que ha de engendrar sin duda algo nuevo. Épica, lírica, tragedia, historia, leyes, física, medicina... La labor es ingente, febril, casi un delirio, pero toda Alejandría lo es. La nueva biblioteca del rey Ptolomeo debe ser la memoria de los griegos; y no sólo eso, debe aspirar a contener además el saber reunido por los persas, por los indios, por los hebreos, así como los valiosísimos anales sagrados de los egipcios. Sólo así, la nueva creación será también la memoria de los hombres.

Hasta la fecha, Demetrio ha reunido veinte mil volúmenes, pero el rey quiere poner los medios para que lleguen a ser cientos de miles. Quién sabe lo que habrá de durar esta locura.

DIÓGENES LAERCIO, V (*Demetrio*).

JOSEFO, *Antigüedades judías*, XII, 12.

EUSEBIO DE CESAREA, *Preparación evangélica*, 8.1 (*Carta a Aristeo*); e *Historia eclesiástica*, V, 8.1-15.

IRENEO, *Contra los herejes*, III, 21.2.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata*, I, 22.

ELIANO, *Varia Historia*, 3.17.

ESTRABÓN, XVII, 1.8.

VITRUBIO, *Sobre la arquitectura*, 5.11.21.

TZETZES, *Prolegómenos a Aristófanes (Scholium Plautinum)*. *Papyrus Oxyrhynchus*, 1241.

EL-ABBADI, M., *Life and fate of the ancient Library of Alexandria*, París, UNESCO, 1990.

HADAS, M., *Aristeo to Philocrates*, Nueva York, Harper, 1951.

PARSONS, A., *The Alexandrian Library*, Londres, Cleaver Hume Press, 1952.

CANFORA, L., et al., *La véritable histoire de la Bibliothèque d'Alexandrie*, París, Desjonquères, 1988.

HANNAM, J., *The Foundation and Loss of the Royal and Serapeum Libraries of Alexandria*, Bede's Library, 2003.

ELLIS, W., *Ptolomy of Egypt*, Londres, Routledge, 1994.

ALEJANDRÍA

230 ANTES DE CRISTO

En Alejandría hay un hombre al que los más modestos llaman Pentathlos por su admirable destreza en todos los campos y los más envidiosos motejan con el nombre de Beta para recordarle que nunca será Alfa, que nunca será en nada el primero. Pentathlos, o Beta, se ha propuesto realizar un proyecto que todos tienen por imposible: calcular el tamaño del mundo.

Desde el tiempo de los filósofos jonios, nadie con dotes de razón pone en duda que la Tierra es una esfera, o al menos una figura de superficies curvas. Así lo prueba el hecho de que el cielo estrellado de Grecia sea diferente al de Egipto, de que la sombra que cae sobre la luna en los eclipses sea circular y de que, al avanzar en una nave por el mar, veamos antes en el horizonte las cumbres de las islas que sus playas. Sabemos que el mundo es una esfera, como lo son también los otros cuerpos celestes, pero desconocemos su tamaño.

Hoy, día del solsticio de verano, Pentathlos aguarda la llegada del mediodía sentado bajo un improvisado sombrajo de cañas junto a un poste espetado firmemente en el suelo. Ha leído que en la ciudad de Siena, a unos cinco mil estadios al sur de Alejandría, hay un pozo cuyo fondo iluminan los rayos del sol cuando llega este día del año sin proyectar ninguna sombra sobre sus paredes. En Alejandría no ocurre lo mismo, por eso el polifacético sabio aguarda ahora a que el sol alcance su cenit para medir el grado en que la sombra del poste se separa de la vertical absoluta. Según su teoría, multiplicando por los trescientos sesenta grados de la circunferencia la distancia que separa ambas ciudades y dividiendo ese total por los grados del ángulo que forme la sombra del poste sobre el suelo, podrá conocer el perímetro del planeta y, a partir de él, calcular su radio.

Llegada la hora, su compás revela la cifra de 7,2 grados. Pentathlos regresa rápidamente al cobertizo y, apoyando una tablilla sobre sus piernas, resuelve la ansiada ecuación: el contorno de la Tierra mide doscientos cincuenta y dos mil estadios.

Más tarde, ya de vuelta en su casa, piensa que la medición de un ángulo a partir de la sombra proyectada por un poste sobre el suelo no puede ser más

que aproximada; que, pese a sus intentos de obtener la información más fidedigna, tampoco conoce la distancia exacta que separa su poste de Alejandría del pozo de Siena; que ni siquiera puede comprobar que las dos ciudades se hallan exactamente sobre una misma línea imaginaria norte-sur; que no ha tenido en cuenta la altitud de una y otra sobre el nivel del mar.

A los ochenta y dos años de edad, Eratóstenes de Cirene —el apodado Pentathlos— se dejará morir de inanición sin conocer a ciencia cierta la exactitud de su cálculo. Dejará a las generaciones posteriores el revolucionario sistema de los meridianos y los paralelos, un libro sobre constelaciones y un hermoso poema sobre el cielo. Más de dos mil años después los hombres descubrirán por fin que la circunferencia de la Tierra es de cuarenta mil setenta y cuatro kilómetros, apenas unas cuantas jornadas a pie menor de lo que había calculado el inquieto indagador griego.

HERÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre el catalejo*.

CLEÓMEDES, *Teoría circular de los meteoros*.

BERGER, H., *Die geographischen Fragmente des Eratosthenes*, 1964 (1880¹).

HORNBLOWER, S., y SPAWFORTH, A. (eds.), *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 1996³.

OSSERMAN, R., *Poetry of the Universe*, Nueva York, Random House, 1995.

MANTINEA

ARCADIA

222 ANTES DE CRISTO

Mantinea ya no existe. La «amena Mantinea» alabada por Homero ha sido borrada en los últimos meses. Ahora, en su lugar, comienza a levantarse Antigonía, una nueva ciudad que lleva el nombre de quienes destruyeron la antigua y dieron muerte a sus ciudadanos.

La tragedia de Mantinea ha hecho llorar a toda Grecia. Ni siquiera en aquella ocasión en que Agesípólís de Esparta cegó el río Ofis y anegó la ciudad, la situación debió de ser tan dura para los mantineos. Entonces, al menos volvieron a sus casas después de unos años; ahora, los ciudadanos más notables han sido pasados por la espada y los demás, junto con las mujeres y los niños, están siendo vendidos como esclavos en territorio macedonio. Las tropas macedonias de Antígono Dosón y los soldados de la Confederación Aquea, comandados por el general Arato, han saqueado la ciudad y se la han regalado a los de Argos, que ahora envían colonos a poblarla. Arato, el azote de tiranos, el constructor de la Confederación Aquea, el liberador que restituyó en sus ciudades y sus bienes a los perseguidos de Sición y Cleonas, que ayudó a Atenas a sacudirse el yugo macedonio y que de joven alejó de la propia Mantinea al espartano Agis, destruyó la ciudad y supervisa ahora la nueva fundación.

Desde el amanecer llegan carretas de bueyes por la vías de La Escala y El Brezo. Esclavos extranjeros las descargan en la zona del ágora y una guardia aquea vela por el orden. Arriba, en la colina de Ptolis, Arato vigila los caminos desde su caballo. Recuerda bien cómo fueron las cosas cuando, hace cuatro años, tomó por vez primera esta ciudad. Los mantineos habían traicionado a la Confederación y se habían aliado con Esparta. Él tomó Mantinea por sorpresa y, en aquella ocasión, ordenó a sus soldados que mantuvieran apartadas las manos de lo ajeno y respetaran la propiedad y la vida de los ciudadanos. Con buenas razones, hizo a los mantineos volver a la seguridad de la Confederación Aquea, y aún recuerda el agradecimiento de aquellos hombres que acogían de buen grado en su casa a los soldados que

horas antes habían asaltado los muros empuñando las armas. Meses después, los propios mantineos solicitaron una guarnición aquea que les protegiera en caso de una represalia de Esparta, y él en persona organizó ese contingente con trescientos soldados de leva, añadiendo para mayor refuerzo doscientos mercenarios.

El año pasado, sin dar explicaciones ni dejar ocasión para la retirada, los mantineos dieron muerte a la guardia instalada por Arato y se aliaron nuevamente con los espartanos. Aquellos soldados a los que él había reclutado en las ciudades aqueas, aquellos trescientos muchachos que dejaron su casa y su familia para venir a defender la libertad de Mantinea de un posible abuso espartano, murieron como conejos en este llano amurallado. Ahora, sobre él se construye Antigonía. Quién sabe si todo ha terminado.

POLIBIO, II, 56-58.

PLUTARCO, *Árato*, 44-45.

PAUSANIAS, VIII, 8.2-12 y 10.5-9.

JENOFONTE, *Helénicas*, V, 2.1-7.

HOMERO, *Ilíada*, II, 607.

WALBANK, F. W., *Aratos of Sicyon*, Cambridge, Cambridge University Press, 1933.

FOUGÈRES, G., *Mantinee et l'Arcadie orientale*, París, 1898.

PAPAHATZIS, N., *Παυσανίου Ελλάδος Περιήγησης (Αρκαδικά)*, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1980.

ALEJANDRÍA

C. 210 ANTES DE CRISTO

La otra noche el aire era caliente y las muchachas que tocaban la flauta llevaban coronas de mirto. Cuando las miradas lo habían dicho todo, Dorís tomó de la mano a Dioscórides y juntos se deslizaron entre la música.

Días después, a la manera de Asclepiades y Calímaco, que escribieron bellos epigramas sobre noches de amor, Dioscórides trata de celebrar aquel momento con la joven Dorís: su aspecto de diosa, su entrega desprendida, su alegría inocente. Con un ligero movimiento de la mano, comprueba la cadencia de los versos que acompasa en su mente como un juego trivial, nocturno, solitario. A veces se sonríe, a veces se disipa, luego vuelve a empezar. Tal vez lo haría de otro modo—o tal vez no—si supiera que ese reflejo de la pasada noche sobre un frágil papiro ha de ser pronto el testimonio único de que existió Dorís, de que existió un día Dioscórides, y que el resto de sus gestos, de sus conquistas, de sus vidas, será borrado para siempre.

A Dorís, de nalgas sonrosadas, reclinada en el lecho la tuve
y fui inmortal entre sus tallos frescos,
pues a horcadas con sus muslos sublimes
me llevó sin desliz por la larga carrera de Cipris,
mirándome con ojos lánguidos, mientras, como hoja al viento,
temblaba enrojecida al galopar,
hasta que el blanco ímpetu surtió de los dos
y ella se derramó con el cuerpo rendido.

Anthologia Graeca, en especial, v, 55.

FRASER, P. M., *Ptolemaic Alexandria*, Oxford, Clarendon Press, 1972.

ISTMO DE CORINTO

EN EL ESTADIO

196 ANTES DE CRISTO

Tito Quincio Flaminio, flamante vencedor de las falanges macedonias de Filipo V en tierras griegas, medita una vez más la decisión que esta mañana, antes de entrar en el estadio, le ha confiado en secreto a su fiel pregonero para que sea anunciada cuando llegue el momento.

Comienza la prueba de *dolicos*. Tito sabe que sus detractores en Roma aún no le perdonan haber llegado a cónsul con sólo treinta años sin haber sido antes tribuno de la plebe, pretor ni edil; pero sabe también que dicho honor le fue en su día concedido por el pueblo, destinatario verdadero de su virtud de gobernante, y no por los poderosos, meros rivales de su gloria. A base de disciplina, sacrificios y esfuerzos, Tito cree haber forjado su espíritu para lo grande. Reconoce abiertamente su ambición, pero desprecia las acusaciones que a menudo recibe en este sentido porque sabe que ninguna proviene de alguien menos ambicioso que él.

Una mañana de niebla en las colinas de Cinoscéfalos le dio hace unos meses la victoria absoluta sobre los macedonios y su rey Filipo, émulo altivo de Alejandro. Atropelladamente, le asaltan todavía recuerdos de su paso por Tesalia y Beocia, de aquellas caras griegas que lo aclamaban como libertador, de la firma de paz en el valle de Tempe y de la ingratitud de sus propios aliados etolios, que interpretaron aquel generoso armisticio como una ocasión perdida de aplastar para siempre la amenaza de los macedonios. A él, a sus treinta y dos años, le cabe la gloria de haber ganado para la causa romana las tierras legendarias de la Hélade.

Ahora, presidiendo desde la tribuna los antiguos Juegos Ístmicos, sabe que el futuro de Grecia estará marcado por su voluntad. Se repite a sí mismo que si el valor y la prudencia son bienes escasos entre los hombres, más escasa aún es la justicia: pues los Agesilaos, los Lisandros, los Nicias y los Alcibíades supieron aprovechar bien el mando para hacer la guerra y destruir a sus rivales en tierra y mar, pero no entró en sus planes usar de la victoria para fines rectos y en beneficio de quienes tenían a sus órdenes. Piensa que,

exceptuando Maratón, Salamina, Platea, las Termópilas y las hazañas de Cimón en el Eurimedonte y Chipre, todas las demás batallas que Grecia libró lo hizo contra sí misma y para su esclavitud, que todos sus trofeos los erigió para su oprobio y su desgracia, y que causa común de todo ello fue siempre la vileza y la discordia de sus generales.

Las cartas llegadas del Senado expresan voluntades encontradas, pero respetan su decisión como cónsul y general triunfante. Tito sabe que hay algo que, en el fondo, satisfaría su ambición más que la gloria de haber vencido a los macedonios: el íntimo triunfo de reconciliar a los griegos.

Terminada la carrera de *dolicos*, el joven cónsul interrumpe los Juegos y hace una señal al heraldo. Éste, veterano de la campaña contra Aníbal en África, hace sonar la trompeta y el silencio se impone en el estadio. Después, con voz fuerte y solemne, proclama: «El Senado de Roma y el cónsul Tito Quincio Flaminio, su general, habiendo vencido al rey Filipo y a los macedonios, declaran a corintios, locros, focenses, eubeos, aqueos ftiotas, magnesios, tesalios y perreos libres de guarniciones romanas, exentos de todo tributo y no sujetos a otras leyes que las de sus propias patrias».

PLUTARCO, *Tito*.

POLIBIO, 18.20 y ss.

TITO LIVIO, 33.7 y ss.

DEMETRIA

167 ANTES DE CRISTO

En su periplo por las ciudades de la Hélade, el general y vicedónsul Lucio Emilio Paulo visita en estos días la hermosa Demetria, fundada hace poco más de un siglo por Demetrio el Sitiador y liberada ahora por su mano.

A sus sesenta años, Emilio es el gran triunfador. En cuestión de semanas, ha conseguido poner fin a la amenaza del rey Perseo y demostrar la superioridad de las legiones romanas sobre las legendarias falanges macedonias. Cuando en Roma aceptó el consulado para llevar a cabo esta campaña en la que otros habían fracasado repetidamente, dejó muy claro que recibiría de buen grado el consejo y la ayuda de quien quisiera sumarse a ella, pero que no permitiría a nadie ejercer las funciones de piloto quedándose en tierra. Ahora, después del éxito rotundo en la batalla de Pidna y de haber capturado con vida al fugitivo rey Perseo, Emilio se dedica a visitar los renombrados lugares de la Hélade en compañía de sus hijos, a quienes ha educado en la cultura griega al lado de gramáticos, sofistas, oradores, escultores, pintores, maestros de caza y adiestradores de perros y caballos.

Hasta el momento, ha visitado Delfos, donde ha erigido su propia estatua ecuestre sobre el pedestal que Perseo había preparado para colocar el monumento a su victoria. Ha visitado Libadea, con su reputado oráculo en las fuentes del río; ha estado en Calcis y Oropós, en la famosa bahía de Áulide, en la ciudad de Atenas. Ampliando hacia el Peloponeso su peregrinaje, ha admirado también el singular emplazamiento de Acrocorinto y las robustas murallas de Sición; ha sido testigo del noble poderío de Argos, de la belleza de Epidauro en primavera, de la austera majestad de Esparta a los pies del Taigeto, y ha visto en Olimpia la estatua colosal de Zeus, la maravilla que Fidias esculpió habiendo comprendido hasta el final a Homero. Y, por supuesto, también ha estado en Pela, la hermosa capital macedonia construida sabiamente sobre una laguna; en el reparto del grandioso botín de esa ciudad, confió todo el oro del tesoro real a los cuestores del erario y tomó para sí la biblioteca. En todas partes, Emilio ha sido recibido como un libertador, unas veces con mayor sinceridad, otras, con mayor servilismo.

Esta mañana, aquí en Demetria, ha recibido la noticia de que debe regresar al campamento instalado en Anfípolis para encontrarse con los diez emisarios del Senado que han venido de Roma a decidir sobre el futuro de la Macedonia conquistada. Emilio ha dado ya orden de que preparen la partida. Los festejos del triunfo en Anfípolis serán grandiosos; y más aún lo serán en Roma, cuando entre por el Tíber con sus naves cargadas de riquezas exhibiendo a Perseo como trofeo máximo.

En su triunfo, Emilio quiere mostrarse liberal y magnánimo con Grecia: desea reducir a la mitad el tributo que las ciudades sometidas pagaban hasta ahora al rey macedonio y distribuir entre todas el trigo de los graneros que Perseo había preparado para su largo plan de guerras. Quiere seguir los pasos de su predecesor Quinto Flaminio y despedirse de los griegos exhortándoles a mantener en la memoria la libertad recibida de Roma y a conservarla mediante buenas leyes y espíritu de concordia. Esto desea Lucio Emilio Paulo, un hombre que siempre se ha tenido por prudente y recto, que nunca ha ambicionado la riqueza y que ha aprendido a hablar el griego por educar en ese espíritu a sus hijos. Pero las intenciones de Roma son otras y el Senado no está dispuesto a repetir el error de Flaminio.

Ha llegado el momento de dividir Macedonia para impedir que vuelva a levantarse contra Roma, y las órdenes que traen los emisarios son claras: dejar el territorio repartido en cuatro estados federales a los que les esté vedado mantener entre sí relaciones políticas, reconvertir el ejército vencido en una mera guardia de fronteras, prohibir la tala de árboles con vistas a la fabricación de barcos y trasladar a Roma como precaución a todos los notables macedonios con sus hijos varones. Además, el sectario Carope, un griego del Epiro amigo de la causa de Roma, ha informado con detalle al Senado de la existencia de focos filomacedonios en numerosas ciudades de su patria y ha alertado sobre la conveniencia de un castigo. De este modo, y para compensar a un tiempo el descontento de las tropas con el extraño reparto del botín que Emilio ha arbitrado, el Senado ha resuelto entregar al pillaje las ciudades del Epiro y vender a todos los rebeldes como esclavos.

Camino de Anfípolis, ajeno a estas maquinaciones, Emilio contempla con deleite los cipreses y el mar. Grecia le ha dado ya la gran ocasión de demostrar su patriotismo y su valor; pero le tiene reservada aún la otra—más terrible—de demostrar de veras su filohelenismo y su filantropía.

PLUTARCO, *Emilio*, *Moralia*, 70 ab.

POLIBIO, XXIX, 16-17; XXX, 10-15; XXXI, 25 y XXXII, 2.5-6.

TITO LIVIO, XLIV, 36-37 y XLV, 6 y 28.

DIODORO SÍCULO, XXX, 22.1 y XXXI, 8.12, 9.1 y 11.2.

CICERÓN, *República*, I, 23-24.

LAZAROU, A., «Η κατάλυση του Βασιλείου των Μακεδόνων (189-167 π.Χ.)», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 5, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

FULLER, J. E. C., *The Decisive Battles of the Western World and Their Influence Upon History*, vol. 1, Londres, Cassell & Co., 2001 (1956¹).

MORFORD, M., *The Roman Philosophers. From the time of Cato the Censor to the death of Marcus Aurelius*, Londres, Routledge, 2002.

SHUCKBURGH, E. S., *A History of Rome to the Battle of Actium*, Nueva York, Macmillan, 1912.

AGUAS DEL JÓNICO

167 ANTES DE CRISTO

Una escuadra de naves romanas deja atrás el golfo de Corinto rumbo a Italia. En sus bodegas viajan hacinados más de mil ciudadanos relevantes del Peloponeso para ser juzgados en la capital. El juicio no será inmediato ni sumario: en Roma, estas cosas pueden tardar meses, años, a veces, lustros.

La primera noche en mar abierto trae a las naves un poco de silencio y sosiego. Cinco hombres, dos de ellos ancianos, reposan acostados junto al último tramo de la quilla; el que vela es Polibio, el arcadio, hijo de Lycortas, partidario de la neutralidad con macedonios y romanos.

Deja atrás una patria entregada al delirio de déspotas y de traidores. En el último año, la temeraria campaña de Perseo contra Roma costó la vida a veintidós mil macedonios y la libertad a once mil más; y no sólo eso: en represalia por haber apoyado a Perseo, Emilio Paulo entregó setenta ciudades del Epiro al pillaje de su soldadesca y vendió como esclavos a ciento cincuenta mil griegos.

El padre de Polibio acaba de morir. Todo el empeño del viejo Lycortas como hiparca de la Confederación Aquea había sido mantener con Roma una política de paz y un trato de igualdad, propósito en el que Polibio consideró prudente perseverar. Ahora, embarcado prisionero hacia un destino incierto pero sin duda injusto, se pregunta qué ha sido de los grandes espíritus de otros tiempos, qué ha sido de los nobles ideales que inspiraban la Confederación Aquea, si es verdad que ha muerto con Filopemen el último de los griegos. Porque la suerte de los mil ciudadanos deportados que ahora van rumbo a Roma en las bodegas de estas naves no es obra de un romano dolido y vengativo, sino de la inquina de un griego, del valiente y respetado Calícrates, notable de la Confederación Aquea, que redactó una lista con mil nombres que ya no le eran gratos y la entregó al poder extranjero instándolo a que alejara del Peloponeso a aquellos enemigos de Roma.

Ahora, quienes quedan en Grecia habiéndole acusado de tibieza y de neutralidad inspiran en Polibio un nuevo propósito: contar a las claras cómo y bajo qué forma de gobierno, en apenas cincuenta y tres años, casi todas las

tierras habitadas han sido conquistadas y sometidas al dominio único de los romanos.

POLIBIO, 1.1, 29.17.

PLUTARCO, *Emilio*, 16-23.

TITO LIVIO, XLIV, 36-43 y XLV, 35.1-2.

PAUSANIAS, VII, 10.5-12.

JUSTINO, XXXIII, 2-8.

ROMA

155 ANTES DE CRISTO

Si, en la agitación de un naufragio, dos hombres consiguen aferrarse a una tabla que a duras penas puede mantener a flote a uno de ellos, ¿cuál de los dos, conforme a la justicia, debe renunciar a salvarse? Si ambos tienen derecho a la vida, la justicia estará del lado de los dos al mismo tiempo. ¿Quién, pues, ha de vivir y quién ha de morir en ese caso?

Desde que hace unas semanas llegaron de Atenas los tres extranjeros que llaman filósofos, muchos jóvenes se juntan cada día en el foro a escuchar sus extraños discursos. Embelesados por la magia de esa elocuencia capaz de desarmar cualquier convencimiento, algunos han comenzado a abandonar sus hábitos por estar junto a ellos e incluso a descuidar sus ocupaciones más serias. Carneades, el académico, Diógenes, el estoico, y Critolao, el peripatético, han llegado a la ciudad para recurrir ante el Senado la desmedida multa de quinientos talentos que los jueces de Sición, designados por Roma, han impuesto a Atenas por sus hostilidades contra los habitantes de Oropós. Es la primera vez que llega a la ciudad una embajada de filósofos y su presencia está suscitando gran expectación.

De los tres, el más arrollador es sin duda Carneades, que ha venido dispuesto a demostrar a los romanos que su dominio sobre otras naciones está basado en la injusticia, pues afirma que la justicia natural no existe, y que la que hay es una convención entre los hombres, no exenta de virtud y generosidad, pero siempre propensa al pacto con los intereses de quien la define y la ejerce. En su primer discurso en el foro, Carneades deslumbró a los presentes con un brillante alegato a favor de la justicia. Al día siguiente, ante el mismo auditorio, pronunció otro discurso en contra. La revulsión y el desconcierto fueron tales que los tres extranjeros no han tardado en provocar la suspicacia de los magistrados.

Desde esta mañana, comparecen los tres ante el Senado, y el asunto de los talentos parece que va ya por buen camino. Oídas las razones sobre el conflicto de Oropós y sobre la abusiva sentencia de Sición, el interés de todos los presentes ha pasado a centrarse en la curiosa habilidad de argumentar de estos maestros griegos y en su capacidad de seducción por la palabra. Preside

la sesión el pretor Postumio Albino, que combatió a Perseo en Grecia junto a las legiones de Paulo Emilio. También está presente el propio Paulo, acompañado de su hijo Escipión y de otros ciudadanos que han trabado amistad con los griegos deportados a Roma a raíz de la batalla de Pidna. El erudito senador Gayo Acilio realiza las funciones de intérprete.

Los tres oradores resultan espléndidos, cada uno en su distinto modo de argumentar. Carneades ostenta un verbo amplio, pleno de dignidad y riqueza; Diógenes es escueto, lo que le hace a la vez tremendamente ágil y acerado; y Critolao sigue una pauta media entre los dos, temperada, elegante y calculadamente eficaz. Algunos de quienes escuchan, llevados también ellos del ímpetu retórico, los equiparan respectivamente con Ulises, Menelao y Néstor.

De repente, un hombre anciano se pone de pie y los murmullos se acallan en señal de respeto. Quien toma la palabra es Catón el Censor, un adusto varón de ochenta y cinco años a quien todos conocen y estiman por su larga trayectoria política, su influencia sobre la sociedad romana y su conocimiento de la tradición. Catón es también uno de los pocos ciudadanos romanos que ha dedicado esfuerzo y tiempo a conocer la lengua y los escritos de los griegos. En el silencio de la espaciosa sala, Catón recuerda a todos los presentes que el fin de la educación romana es formar a los líderes en el ejercicio de la política y las armas. Por tanto, es de los magistrados y de los militares de quienes los jóvenes deben aprender la honestidad, la lealtad, el valor, la justicia y todas las virtudes de Roma, evitando prestar oídos a las extravagancias y las dudas de los filósofos. Moviéndose con lentitud por el estrado, Catón habla de Sócrates como de un charlatán perverso que aspiró a tiranizar a su patria abominando contra las costumbres e inculcando en sus conciudadanos pensamientos contrarios a la ley. En una pausa y con rictus de conmiseración, menciona a los alumnos de la escuela de Isócrates, que permanecían en ella hasta llegar a viejos, como si fuera en el Hades y ante Minos donde hubieran de poner en práctica lo que allí aprendían.

Recuperando el gesto de rigor y elevando la voz en ocasiones, el anciano Catón advierte a los romanos de lo subversivo de esos discursos que ahora admiran, del peligro de su persuasión—mayor aún que el de su doctrina—y de los males que los filósofos pueden acarrear a la república. Y finalmente, en una última moción, propone que se dé pronta respuesta a la embajada de los atenienses y que se les envíe de vuelta a sus escuelas a confundir con sus brillantes pláticas a los jóvenes griegos, pues para él es evidente que, si nada

se hace por impedirlo, la perdición de Roma vendrá por la influencia de lo griego.

PLUTARCO, *Catón*, 22-23.

CICERÓN, *Sobre el orador*, II, 155-157 y III, 68; y *Sobre los oficios*, III, 114.

AULO GELIO, *Noches áticas*, VI, 14.

MACROBIO, *Saturnalia*, I, 5.

PAUSANIAS, VII, 11.5.

QUINTILIANO, *Institución oratoria*, XII, 1.35.

ELIANO, *Varia Historia*, III, 17.

PLINIO, *Historia natural*, VII, 112-113.

TITO LIVIO, *Períocas*, 53.

MORFORD, M., *The Roman Philosophers. From the time of Cato the Censor to the death of Marcus Aurelius*, Londres, Routledge, 2002.

LONG, A. A., *Hellenistic Philosophy: Stoics, Epicureans, Sceptics*, Berkeley, University of California Press, 1986.

DELOS

C. 105 ANTES DE CRISTO

Arriba en la colina, junto al Lago Sagrado, en una de las nuevas villas que se asoman al mar, un rico comerciante de origen calabrés observa desde su terraza la entrada de las naves al puerto. La nueva remesa que llega de Cilicia ha de ser abundante, pues ya han anclado veinte barcos y aún hay otros que esperan su turno retenidos en la bocana. Ciertamente, desde que Delos fue declarada puerto franco, la prosperidad ha asentado su nido en la cuna de Apolo.

Abajo, en el muelle, las naves comienzan a descargar la mercancía mientras la guardia de la isla acordona la zona. Los agentes del magistrado atienden velan por el orden y la seguridad en el desarrollo de las operaciones portuarias: son muchas las naves que cada semana llegan de Fenicia, de Siria o de Alejandría. La flota que ahora atraca viene de Coracesio, uno de los puertos que mejor abastece el exigente mercado de Roma. En la cubierta de uno de los barcos, una mujer siria sujeta a sus hijos de la mano con fuerza, pues la gente se agolpa para el desembarco y las rampas son estrechas y resbaladizas.

En el suntuoso pórtico occidental del ágora, la cancela de hierro que impide el acceso a la galería superior se abre con estruendo para dar paso al comerciante calabrés, que llega acompañado de su hijo y un risueño huésped venido de la lejana patria. Afuera, en la calle, queda el bullicio de las gentes que rondan cada día el mercado: buhoneros hebreos y fenicios, sacerdotes de cultos extranjeros, clerucos atenienses venidos a menos, bailarines y viejos borrachos. Cuando los guardias pasan el candado, dos enanos se suben a la reja para mirar adentro e imitan la atlética pose de la estatua del benefactor Gayo Ofelio, quien hace algunos años donó a la ciudad este lujoso pórtico adosado al viejo templo de Leto.

Pasado un rato, en los bajos del ágora, los encargados organizan la nueva mercancía para la subasta. La madre siria y sus dos hijos cruzan a paso rápido por la angostura que conduce al gran atrio central. Un funcionario situado al extremo va numerando a todos los que entran. Los tres corren al centro de la plaza, a colocarse en fila junto a otros muchos que también han venido en el

barco. Todos miran arriba, hacia la galería superior, obedeciendo la voz de los guardias. En el balcón, con una leve seña de su mano derecha, el comerciante de Calabria se adjudica satisfecho el primer lote.

ESTRABÓN, XIV, 5.2.

HATZIDAKIS, P., Δήλος, Atenas, Όλκος, 2003.

SOLIN, H., COARELLI, F., y MUSTI, D. (eds.), «Delo e l'Italia», en *Opuscula Instituti Romani Finlandiae II* 1982, Roma, Bardi, 1983.

COARELLI, F., «L'“Agora des Italiens”: lo statarion di Delo?», *Journal of Roman Archaeology*, 18, Portsmouth, 2005.

DUCHÊNE, H., y FRAISSE, Ph., *Le paysage portuaire de la Délos antique: Recherches sur les installations maritimes commerciales et urbaines du littoral délien*, París, Boccard, 2001.

BRADLEY, K., *Slavery and Rebellion in the Roman World, 140 B.C.-70 B.C.*, Bloomington, Indiana University Press, 1998.

ATENAS

86 ANTES DE CRISTO

Una columna de humo espeso sale del Odeón y llena de cenizas el cielo. La noche de ayer no ha terminado aún: después de amanecer, ha quedado vertida por el aire como una turbulenta riada de barro.

Los soldados romanos van y vienen por los pórticos del ágora apiñando a los supervivientes del asedio: esqueletos que han seguido con vida comiendo odres, cuernos, sandalias hervidas, incluso carne humana. Sila ha tomado la ciudad después de casi un año y considera una traición inexplicable esta obstinada resistencia de los atenienses, vendidos a la tiranía de una marioneta del rey Mitrídates del Ponto. Ahora, mientras los soldados acordonan a la gente en el ágora y organizan una venta de esclavos, los próceres Midio y Califonte suplican clemencia para la ciudad postrados a los pies de Sila y apoyados por el condescendiente silencio de los propios senadores romanos que han venido acompañando al general.

Anoche, las tropas romanas consiguieron finalmente entrar en la ciudad echando abajo un paño de muralla entre la puerta del Pireo y la Sacra. Comenzaron a oírse trompetas y clarines que, como las aguas de un diluvio, pronto se colaron por los callejones y los patios. El tirano Aristión corrió a buscar refugio en la acrópolis—donde ahora trata de resistir—, no sin antes prenderle fuego al Odeón para impedir que los romanos aprovechen la madera para hacer nuevas máquinas de asalto. Toda la noche se oyeron alaridos de muerte: a muchos los han acuchillado los soldados, pero otros muchos se han dado muerte a sí mismos teniendo por seguro que Sila hará con Atenas lo mismo que hizo Mummio con Corinto. Al traspasar el muro, Sila ordenó a sus tropas que cargaran por igual sobre hombres, mujeres y niños: así es como el Cerámico ha quedado inundado de sangre.

En una estancia de un pórtico del ágora, Sila reprime ahora su impulso de venganza. No puede comprender esta traición, no puede comprender que Atenas haya despreciado las buenas leyes que durante décadas la hicieron aliada pacífica de Roma y haya aceptado la tiranía de los bárbaros. Deambula por la sala en silencio. Suspira. Luego se asoma al corredor y ve una triste masa de hambrientos, un pueblo doblegado desde bastante antes de que diera

comienzo este asedio. Levantando la mirada del suelo ve la colina de Colono Agoreo, los serenos cipreses, el templo.

Pasado un rato, Sila se vuelve hacia los suplicantes y anuncia que ha tomado ya su decisión: perdonará a los vivos en honor de los muertos, dejará libres a quienes ya lo eran y, una vez que castigue a Aristión por hacerle la guerra, devolverá a Atenas las leyes que en su día le dieron los romanos.

PLUTARCO, *Sila*, en especial, 12-14.

APIANO, *Guerras de Mitrídates*, 28-39.

PAUSANIAS, I, 20.4-7.

VELEYO PATÉRCULO, II, 23. POSIDONIOS, *Frag.*, 221.

TITO LIVIO, *Períocas*, 81^a.

BADIAN, E., «Rome, Athens and Mithridates», *American Journal of Ancient History*, vol. I, Nueva Jersey, 1976.

FERRARI, L., *Philhellénisme et Imperialisme*, Roma, École Française de Rome, 1988.

BUGH, G. R., «Athenion and Aristion of Athens», *Phoenix*, vol. 46, n.º 2, Toronto, Classical Association of Canada, 1992.

RODAS

77 ANTES DE CRISTO

Hace unos días que un joven romano llamado Marco Tulio ha llegado a la isla acompañado de su hermano Quinto, su primo Lucio y un amigo cercano que se presenta como Rufo. Vienen de la costa de Asia, pero han estado también en Atenas, en la escuela de Antíoco, y su llegada a Rodas ha despertado gran expectación. Los alumnos del filósofo Apolonio se reúnen en la casa donde se alojan los recién llegados y les preguntan cómo están las cosas por Atenas, si han visitado Eleusis, si sigue funcionando la Academia, si es verdad que Sila taló los árboles del Liceo para construir arietes.

Esta tarde, Marco disertará frente a Apolonio para ser admitido en su escuela. Ahora que cae el sol, los discípulos han empezado a congregarse en el patio, bajo las higueras, a la espera de escuchar al extranjero. El maestro le ha rogado que hable en griego, pues no comprende bien el latín, y Marco ha visto en ello una oportunidad de ser juzgado con mayor indulgencia.

Desde niño, Marco vive enamorado de la filosofía. Primero le fascinó el epicúreo Fedro, al que escuchó disertar en Roma cuando tenía quince años. Después, asistiendo a las lecciones de Filón de Larisa, conoció el pensamiento político y moral de Platón, al que aún hoy sigue teniendo por un dios. Luego, con gran esfuerzo, se aplicó a traducir al latín las lecturas que más le conmovían, teniendo que forjar para ello voces nuevas que dieran el sentido de aquellas luminosas ideas. Su vocación social lo llevó a la oratoria, a defender las causas de los justos en el foro, pero la inquina de los protegidos de Sila no tardó en obligarlo a abandonar Italia. Así, hace casi dos años, desembarcó en Atenas, y luego pasó a Asia al encuentro de Jenocles, de Dionisio, de Menipo, hasta llegar aquí, a Rodas, a casa de Apolonio, tratando de aprender de los mejores maestros.

El discurso ha concluido con una afirmación medida, precisa, cadenciosa, seguida de un silencio brevísimo roto por un brioso aplauso. Los alumnos de Apolonio se levantan y acuden hacia Marco, lo felicitan estrechando sus manos y sus hombros, sonríen y hacen corrillos donde intercambian palabras de elogio. Sólo el maestro permanece callado, rodeado de algunos que lo miran disimuladamente sin atreverse a preguntar. Luego, al ver que la mirada

intranquila de Marco le busca esquivando cabezas, Apolonio se levanta y le dice: «Muchacho, te felicito y te admiro, pero lamento la suerte de Grecia viendo que los únicos bienes que nos quedan—la educación y la palabra—por ti van a pasar también a los romanos».

PLUTARCO, *Cicerón*, en especial, 4; *César*, 3.1; y *Sila*, 12.

QUINTILIANO, *Institución oratoria*, XII, 6.

CICERÓN, *Bruto*, 41, 91, 151, 316 y 325; y *Académica*, 2.35.

RAWSON, E., *Cicero, a Portrait*, Londres, Allen Lane, 1975.

HASKELL, H. J., *This was Cicero. Modern Politics in Roman Toga*, Londres, Secker & Warburg, 1940.

DAVIES, J. C., «Molon's Influence on Cicero», *The Classical Quarterly. New Series*, vol. 18, n.º 2, Cambridge, Cambridge University Press, 1968.

ANTIGONIA ANTES MANTINEA ARCADIA C. 10

El templo más antiguo y venerado de estas tierras es el de Poseidón Hipio. Dicen que lo erigieron los héroes Trofonio y Agamedes ensamblando la madera de los robles del vecino bosque de Pélagos en el tiempo en que los dioses tenían aún cabeza de animal.

Esta mañana de finales de otoño, Pítilo, ciudadano de Antigonía allegado al santuario del dios, dedica en el templo una inscripción en piedra con el nombre de sus esclavos liberados. Hace algún tiempo, siendo sacerdote Apolonio, le dio la libertad a su sirvienta Safo y al pequeño hijo de ésta, Onesíforo; ahora, durante el sacerdocio de Gorgipo, Pítilo ha liberado también a su esclavo Licoleón.

En los últimos tiempos, cada vez son más los ciudadanos que practican la manumisión. Las sangrientas revueltas del siglo pasado en tierras italianas alertaron sobre el peligro y la injusticia en todo el imperio: desde entonces, casi un millón de esclavos han sido liberados por sus amos.

Pítilo no cree que el mundo vaya a venirse abajo por actos como el suyo, ni siquiera que vaya a cambiar de manera sensible. Lo que sí cree que ha de cambiar es la vida de sus tres esclavos, por los que siente reconocido afecto, casi gratitud. Pítilo no espera otro cambio. Ya ha grabado la estela, ya la ha colocado en el recinto sagrado y ya ha abonado al santuario el impuesto correspondiente por la liberación. Y si restituir la libertad a los hombres le parece una acción conveniente y subversiva, no menos subversivo ni conveniente le parece comprometer a los dioses en la salvaguarda de dicha libertad.

Estela de la fuente de Nestani (IG V2, 274).
PAUSANIAS, VIII, 8.11-12, 10.2-3 y 11.1.

PAPAHATZIS, N., *Παυσανίου Ελλάδος Περιήγησις (Αρκαδικά)*, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1980.

LARSEN, J., «Freedom and Its Obstacles in Ancient Greece», en *Classical Philology*, vol. 57, n.º 4, Chicago, Chicago University Press, 1962.

DICEARQUIA-PUTEOLI NAVEGANDO HACIA ALEJANDRÍA

40

No se ven las villas. Ni la colina. Apenas se vislumbra la línea de la costa. Pero a Filón, de regreso a su patria en pleno invierno, el paso en barco frente a Dicearquía le despierta otra vez la rebeldía y la impotencia, otra vez la aflicción de los días pasados en ese lugar, aunque hoy no vea más que un lluvioso horizonte, una sombra azulada, un nombre que trata de ocultarse entre la niebla.

A principios del invierno la comunidad judía de Alejandría se decidió por fin a emprender por sí misma una embajada ante el emperador en busca de justicia. Los dos intentos anteriores, que apelaban a la intercesión del gobernador Flaco y del rey Agripa, fracasaron ante la indiferencia y la desidia de sus supuestos valedores. Esta vez, sin embargo, las propias víctimas han resuelto venir ante Gayo Calígula a denunciar la desmesura y el horror.

Hace unos meses, todos los judíos de la ciudad fueron expulsados de sus casas y acorralados en un solo barrio. Condenados al hambre mientras los campos estaban en sazón, sus perseguidores les obligaron con escarnio a comer cerdo crudo, los apalearon, los lapidaron y los torturaron acusándoles de no rendir culto a las estatuas del emperador. Luego comenzaron a quemarlos: mujeres, niños, familias enteras perecieron en las piras hasta que se acabó la leña seca. Al final, los tormentos llegaron al teatro: cruces, ruedas, fuego y espadas, mezclados con bailarines, flautistas y bufones. Así es como Filón se vio embarcado en esta misión a Roma, elegido por su probidad, por su conocimiento de los textos sagrados y porque, en estos días, no hay otro maestro de educación griega que pueda comparársele.

Fue ahí enfrente, junto a la playa de Dicearquía, mientras esperaban con ansiedad la demorada audiencia con Gayo, donde Filón y los demás recibieron de un hombre abatido la noticia que ha echado abajo toda esperanza de justicia: el templo de Jerusalén ha sido profanado y en el interior del tabernáculo—donde se guarda el arca santa del Testamento—Gayo ha

ordenado que se erija una estatua colosal de su persona con el solemne título de Júpiter.

Estas semanas en Roma han dado a Filón reiteradas ocasiones de contemplar la soberbia y la ridiculez de Gayo tratando de emular a los dioses y héroes. Lo ha visto disfrazado de Heracles, con una clava y una piel de león bañadas ostentosamente en oro. Lo ha visto danzar vestido de Mercurio con sandalias aladas, hacerse cantar himnos ataviado con los atributos de Baco y darse a la violencia gratuita armado como Marte y rodeado de sicarios asesinos. Lo ha visto incluso presentarse entre rayos de oro y otros grotescos artificios como una epifanía de Apolo. Sin embargo, no lo ha visto nunca procurar a la gente los auxilios propios del dios sanador ni las generosas hazañas de un Heracles u otros héroes. Para Filón, Gayo es un amo loco que abusa de sus súbditos para sentirse dios y que ha privado a Roma de la libertad de la ley.

Ahora que la embajada para pedir la libertad de culto se ha frustrado, Filón regresa a Alejandría y a su labor de siempre. Su ejercicio del pensamiento filosófico, unido a la lectura cuidadosa de los maestros griegos, le ha llevado a la audacia de interpretar el Pentateuco como una alegoría. Ahora cree en la existencia de un Dios supremo e inaprensible, para el que valen todas las formas y los nombres porque no tiene en realidad ninguno. Piensa que de él emana el Logos, su fruto primogénito, su esencia más cercana, el instrumento con el que crea el mundo, la fuerza mediadora con la que lo infunde. Cree que en el alma humana está el deseo de regresar a Dios, pero, a partir de un punto, se aparta humildemente de quienes piensan que esto puede alcanzarse por el conocimiento y está más con quienes simplemente abandonan su ser a la confianza en algo superior.

Por todo esto, Filón de Alejandría, pensando en la divinidad como en esta bruma inaprensible que le separa de la costa, abomina de quien no es humilde ante su sutileza, abomina de Gayo y de los soberbios que actúan como Gayo, y abomina también de los zelotes y los nazarenos y de su odiosa propaganda sobre el Reino de Dios en la tierra.

FILÓN, *Flaco; Embajada ante Gayo*.

FLAVIO JOSEFO, *Antigüedades judías*, XVIII, 8.1.

ROBERTSON, A., *The Origins of Christianity*, Nueva York, International Publishers, 1954 (ed. revisada de 1962).

HILLAR, M., «The Logos and Its Function in the Writings of Philo of Alexandria», en *A Journal from The Radical Reformation*, vols. 7-8, 1998.

BENAKIS, L., «Η ελληνική φιλοσοφία των πρώτων χριστιανικών αιώνων», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 6, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

RUNIA, D. T., «Philo of Alexandria and the Beginnings of Christian Thought», *Studia Philonica Annual*, 7, 1995.

ATENAS AL PIE DEL AREÓPAGO

51

Sentada junto a los últimos cipreses, donde la roca comienza a aflorar de la suave ladera, Damaris se pregunta por el extranjero de Tarso. Hace dos días que siente una intensa extrañeza, como un vértigo nuevo.

Sabe que el extranjero viene huyendo de Tesalónica y Berea. La semana pasada, al poco de llegar a Atenas, los judíos le acusaron de andar alborotando en las sinagogas, y los que frecuentan las viejas escuelas de la vía de las Panateneas, movidos por la curiosidad, lo invitaron a hablar en el Areópago.

Ella subió también a escucharle. Recuerda que el visitante se presentó haciendo referencia a su ciudad natal, a la que llamó «ciudad no exenta de renombre» con cierta ironía hacia los atenienses. Dijo que era judío de nacimiento y romano de ciudadanía; pero era evidente que su formación había sido griega, pues no hablaba con la rigidez de los mercaderes judíos de Cilicia, e incluso había citado en su discurso aquello de Árato sobre el parentesco entre dioses y humanos. El extranjero tenía dotes claras de orador: la argucia de aludir al «altar al dios desconocido», para decir después que ese dios al que los atenienses veneran sin conocer es el que él ha venido a anunciarles, no había sido sino un gesto de retórica.

Durante aquel discurso al atardecer, aquel hombre agitado puso excesivo énfasis en que el aspecto de la divinidad nada tenía que ver con las estatuas de los dioses; cosa que, por otro lado, cualquiera de los allí presentes hubiera estado dispuesto a aceptar. La gente empezó a levantarse y a rumorear cuando dijo que su dios juzgaría a los hombres por medio de un hombre y cuando habló de la resurrección de los muertos. La luz anaranjada encendía las rocas y nadie mostró mucho interés en la polémica. Unos pocos, como el juez Dionisio o ella misma, le creyeron; otros, no.

Damaris se pregunta ahora qué es lo que la ha movido a confiar en las palabras de aquel extranjero, de un hombre impulsivo y violento que—como él mismo había referido días antes en el ágora—se había dedicado a perseguir

sin tregua a los que consideraba enemigos de su fe, había capitaneado las cuadrillas que los incitaban a cometer blasfemia, que los apresaban en sus propias casas en la impunidad de la noche y los torturaban después en los sótanos de las sinagogas. Y todo para convertirse, tras una repentina visión de la divinidad, en ardoroso divulgador de la verdad de sus perseguidos, en apóstol de un hombre al que ni siquiera había conocido en vida, pero decía haber visto *resucitado*.

Sentada junto a los cipreses, moviendo entre los dedos sus aromáticas semillas, Damaris trata de saber qué es lo que la ha llevado a creer en Pablo de Tarso. Los plácidos encuentros con los continuadores del Jardín y los inhóspitos desvelos de numerosas noches la habían enseñado a pensar que el hombre cree en un dios al que no puede conocer. Tal vez fue esa actitud humilde ante el misterio, o la posibilidad de que aquel extranjero hubiera vivido la ansiada experiencia que a ella le había estado siempre vedada, lo que la había llevado a creer.

Hace dos días que aquel extraño visitante de Tarso había hablado libremente en Atenas ante un puñado de ciudadanos abiertos a escuchar cualquier idea nueva. Sin embargo, Damaris sospecha que, en cualquier otro sitio, tarde o temprano, acabará siendo lapidado por judíos o ajusticiado por romanos.

Hechos de los Apóstoles, VIII.3, IX.12, XVII.16-34, XXI.39, XXII.1-28 y XXVI.10-11.
ÁRATO, *Fenómenos*, 5.

ALGÚN LUGAR DEL IMPERIO, TAL VEZ ROMA

C. 70

Marcos—dicen que éste es su nombre—no es judío ni natural de Palestina. No ha sido discípulo de Jesús ni testigo presencial de sus actos. Sabe de letras poco más de lo justo, pero la tarea que ha asumido frente a sus hermanos en la fe no admite ya demora y él ha de arreglárselas con lo que está en su mano.

Todos los que hablan de Jesús de Galilea refieren anécdotas, parábolas, dichos y milagros, historias a veces confusas similares a las que se cuentan de Hillel, Gamaliel, Ben Zakkai y otros rabinos conocedores de la tradición. Algunos llaman a Jesús «Hijo de David», otros «Hijo del Hombre»; otros le dicen «el Ungido», «el Elegido», «el Amado». Hay algunos que afirman que era Elías, o Jeremías, o Juan el Bautista, u otro de los antiguos profetas redivivo. Los nazarenos, siempre subversivos, dicen que por su mano vendrá a la tierra el Reino de Dios, donde los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros. Éstas y otras aserciones confunden y ponen en peligro a las gentes de paz que creen en su resurrección y en su palabra, máxime en estos tiempos en que los judíos de Jerusalén se han levantado violentamente contra Roma.

Para Marcos y para los hermanos de su comunidad—como para los otros que en Antioquía o en Chipre han dejado de hacer sacrificios a los dioses antiguos—, Jesús no es el Mesías que esperan los esenios o los nazarenos para acabar con el poder de Roma, sino el Hijo de Dios, que murió y resucitó para la salvación tanto de los que son judíos como de los que no.

Jesús nació entre los judíos, pero está construyendo su Iglesia sobre la fe de los gentiles. Ellos, mejor que nadie, han comprendido su espiritualidad y han creído en su esencia divina. Ellos son los que están divulgando su palabra: Aquila en Corinto, Narciso en Atenas, Apeles en Esmirna, Apolo en Éfeso, Aristarco en Apamea, Tito en Creta, Andrónico en Roma... Marcos quiere ayudar a sus hermanos en la fe fijando por escrito lo que cree que es verdad de cuanto dicen sobre Jesús los que refieren los recuerdos de los apóstoles; quiere contribuir a la fe fijando en la lengua de las naciones lo que

en el fondo importa, más allá de los hechos de la breve existencia de Jesús entre los hombres. Para Marcos, lo que debe tenerse por verdad es que, desde el momento del bautismo, Jesús fue el Hijo de Dios, aunque después decidiera vivir sin revelar su identidad hasta el momento de resucitar y de subir al Padre. Él cree que lo importante es que el Espíritu divinizó a Jesús y le otorgó poder sobre los demonios, el mal y la muerte. Ésta es la esencia. Por eso ahora, Marcos toma el cálamo y, discerniendo entre los muchos dichos que llegan de Judea y otras tierras, empieza a escribir un valiente testimonio sobre la buena nueva de Jesús: un relato conciso que comienza aquel día en el Jordán, cuando, como paloma, el Espíritu descendió sobre él y Dios lo proclamó su hijo amado.

Evangelio según San Marcos.

Hechos de los Apóstoles, X, XI, XV y XIX.

Romanos, 16.

Το Συναξάρι της Ημέρας (4 Ιαν.).

EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, III, 39.

IRENEO, *Contra los herejes*, 3.1.1.

JUSTINO MÁRTIR, *Diálogo con Trifón*, 106.3.

ROBERTSON, A., *The Origins of Christianity*, Nueva York, International Publishers, 1954 (ed. revisada de 1962).

TURTON, M. A., *Historical Commentary on the Gospel of Mark*, www.michaelturton.com.

MENZIES, A., *The Earliest Gospel: A Historical Study of the Gospel According to Mark*, Londres, Macmillan, 1901.

GRANT, C. F., *The Earliest Gospel: Studies of the Evangelic Tradition at Its Point of Crystallization in Writing*, Nueva York, Abingdon-Cokesbury Press, 1943.

ZIZIOULAS, I., «Ελληνισμός και Χριστιανισμός: η συνάντηση των δύο κόσμων», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 6, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

TIRO

C. 90

Sobre delgadas láminas de papiro sujetas con clavijas a la mesa, el matemático y geógrafo Marino de Tiro anota con extrema precaución todas las cifras que van surgiendo de sus cálculos. Su empeño de estos últimos años es estudiar a fondo la astronomía matemática de Hiparco y corregir, basándose en ella, la medición y plasmación de la tierra habitada hecha por Posidonio hace ya más de un siglo.

Este verano, el testimonio de un marino griego venido de Oriente le está obligando a reconsiderar sus mediciones y a extender el ecúmeno hacia el este. Aléxandros, como se llama el atento navegante, refiere en sus anotaciones que al este de lo que se conoce como Gran Golfo hay una tierra inmensa que los chinos llaman la Cola del Dragón y una amplia bahía llamada Kattigara en la que éstos fondean sus naves. A decir de Aléxandros, el Gran Golfo es tan vasto que bien podría cubrir ciento sesenta grados de la circunferencia de la Tierra.

Estas informaciones tienen desconcertado a Marino. Desde que ha entrado el mes de junio, las tardes de canícula no le ayudan en absoluto a pensar. A veces, se despierta sudando en mitad de la noche y se abalanza sobre los papiros y la pluma seguro de haber visto en su sueño una posible solución. Estos últimos días, cansado ya de formular hipótesis sin demasiados datos, ha decidido reducir a setenta y nueve grados las dimensiones que Aléxandros atribuye al Gran Golfo y acomodarlo de este modo al resto de sus cálculos. Así, siguiendo en lo demás las extrañas noticias del navegante, Marino registra ahora en sus tablas las coordenadas de la costa de la llamada Cola del Dragón, reseña Kattigara como bahía de los Chinos—Hormos Sinón—y sitúa también dos significativos promontorios a los que denomina cabo del Sur y cabo de los Sátiros.

Su labor le dará justa fama entre los sabios que se ocupan de describir la forma de la Tierra. Más de medio siglo después, el gran Ptolomeo tendrá en muy alta estima el conjunto de su obra; pero también éste se topará con el problema del Gran Golfo y, para resolverlo, reducirá otra vez su dimensión dejándola tan sólo en ocho grados. El prestigio del sabio alejandrino y la

decadencia de los tiempos posteriores convertirán esta hipotética medida en una sólida verdad. Ateniéndose a ella, Agathodemon dibujará en su mapa los lejanos lugares referidos por Aléxandros; siglos después, Al Juarizmi y Al Masudi los copiarán a su manera en Bagdad; y aún con menos certeza los plasmará Martellus en la Florencia del Renacimiento.

Sin embargo, el navegante griego tenía razón: no son ocho grados sino ciento ochenta la anchura del Gran Golfo y la distancia que separa Asia de la Cola del Dragón; pero habrá que esperar aún mil quinientos años para volver a descubrir el Pacífico y la Tierra de Fuego y las costas de América del Sur.

PTOLOMEO, *Geografía* (Περὶ τῆς κατὰ Μαρίνον γεωγραφικῆς υφήγησις y Διόρθωσις τῆς κατὰ Μαρίνον του πλάτους τῆς ἐγνωσμένης γῆς διαστάσεως ἀπὸ τῶν φαινομένων).

AL MASUDI, *Kitab al Tanbih wa'l Israf*.

AL JUARIZMI, *Kitab Surat al Ard*, edición de Daunicht, H., *Der Osten nach Erdkarte al Huwarizmis: Beiträge zum historischen Geographie Asiens*, Bonn, 1968.

WALSPERGER, A., *Mapamundi*, Constanza, 1448, Biblioteca Apostólica Vaticana, Roma.

MARTELLUS, H., *Mapamundi*, Florencia, 1489, Biblioteca Nazionale Centrale, Florencia; British Library, Londres.

GALLEZ, P. G., *La Cola del Dragón. América del Sur en los mapas antiguos, medievales y renacentistas*, Bahía Blanca, Instituto Patagónico, 1990.

MŽIK, H., *Klaudios Tolemaios: Theorie und Grundlagen der darstellenden Erdkunde*, Viena, Gerold, 1938.

LENNART BERGGREN, J., y JONES, A., *Ptolemy's Geography: An Annotated Translation of the Theoretical Chapters*, Princeton, Princeton University Press, 2000.

IBARRA GRASSO, D. E., *La representación de América en mapas romanos de tiempos de Cristo*, Buenos Aires, 1970.

PORRO GUTIÉRREZ, J. M., «La cartografía ptolemaica del sureste asiático y su variante martelliana: planteamiento, consideraciones críticas y desarrollo de una hipótesis reinterpretativa», en *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 27, Madrid, 2001.

QUERONEA BEOCIA

C. 105

Rodeado de papiros en su grato rincón de Queronea, Mestrio Plutarco escribe para cumplir una promesa. Se la hizo unos meses atrás a la joven Clea, sacerdotisa de Dioniso en Delfos, cuando la muerte de su común amiga Leontis les llevó a una larga conversación sobre la virtud de las mujeres.

Flavia Clea tiene un espíritu hermoso y cultivado, como su madre Eurídice, como su abuela Clea (de quien tomó su nombre y su devoción dionisiaca), como la difunta Leontis, y como Timoxena, la esposa amiga con quien Plutarco ha compartido sus inquietudes de todos estos años. Plutarco ha disfrutado siempre de la compañía de mujeres valiosas; y, ahora que se ha comprometido ante Clea a completar por escrito aquella conversación en memoria de Leontis no exenta de consuelo filosófico, no titubea en absoluto sobre las razones que ha de exponerle.

Su alegato tiene por objeto demostrar algo que Clea ya sabe pero que todo el mundo se esfuerza en ignorar: que la virtud de las mujeres es la misma que la de los hombres. No lo piensan así los que dicen que la virtud de las mujeres es la rueca y el honesto retiro del gineceo, ni los que tienen a menos su compañía y su opinión, ni los que sostienen que la educación las hace peligrosas, ni por supuesto los que creen que la mejor mujer es aquella de la que nadie puede hacer ni reproche ni elogio.

Apartándose de estas patrañas arraigadas, Plutarco le pregunta retórico a su joven amiga cómo es posible concebir una virtud distinta para hombres y mujeres. ¿Acaso no es el mismo don el que hace profetizar a Bacis que el que hace hablar a la sibila de Delfos? ¿No son las mismas Musas las que inspiran los versos de Safo que los de Anacreonte? ¿No son los mismos el valor o la entrega si vienen de Héctor que si vienen de Andrómaca? Está claro que la virtud se expresa siempre de acuerdo con la naturaleza de cada individuo, pero no por ello es algo diferente en cada caso. Aquiles fue valiente, pero no al modo en que lo fue Áyax; Néstor y Odiseo obraron de manera distinta ante la dificultad, pero a ninguno se le niega haberlo hecho con sabiduría. Nada

hace necesario que las mujeres se comporten como hombres para poder reconocer en ellas la presencia del coraje, la lealtad o la prudencia.

Como si fueran cuadros y a manera de juego, Plutarco se complace en exponer para su amiga Clea momentos del pasado en los que las mujeres han sacado a los hombres del marasmo moral y han dado sobrado ejemplo de sentido político, de sagacidad y de templanza, de afecto por los niños y los débiles, y aun de fuerza y arrojo contra los enemigos. La imagina leyendo y sonriendo con complicidad, sentada en el pórtico de Átalo, bajo los cipreses del estadio, o en un rincón sombrío junto a la fuente de Castalia. Clea no necesita moralinas ni paternalismo. Ya en otra ocasión, disertando con ella sobre Isis y Osiris, llegaron juntos a la conclusión de que hombres y mujeres gozan del mismo acceso a la virtud, como sufren también de la misma carencia y anhelo ante los dioses.

PLUTARCO, *Moralia* (Γυναικῶν Ἀρεταί, Περί Ἰσίδος καὶ Οσίριδος, Παραμυθητικός πρὸς τὴν γυναῖκα, Γαμικά παραγγέλματα).

MENANDRO, *Frag.*, 702.

STADTER, Ph., «Philosophos kai Philandros. Plutarch's view of women in the *Moralia* and the *Lives*», en Pomeroy, S., *Plutarch's Advice to the Bride and Groom and A Consolation to His Wife*, Nueva York, Oxford University Press, 1999.

SWAIN, S., «Plutarch's Moral Program. Private lives and public lives», en Pomeroy, S., *op. cit.*

AGUILAR, R., «La mujer y el matrimonio en la obra de Plutarco», en *Faventia*, 12-13, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1992.

PUECH, B., «Prosopographie des amis de Plutarque», en *ANRW*, 2-36.6, Berlín, 1992.

PUERTO DE ESMIRNA

107

Desde que, hace dos días, la nave de la Cohorte Lepidiana ha anclado en el puerto camino de Roma, un grupo numeroso de seguidores de Cristo no se separa del lugar. Agasajan a los soldados con frutas y provisiones para el viaje, tratando así de que les dejen ver a Ignacio, el obispo de Antioquía, discípulo directo de Pedro y de Juan, a quien llevan encadenado a la capital.

Cautivo a bordo de la nave, con el cálamo y los papiros que le han proporcionado, Ignacio ha redactado ya tres cartas para las iglesias de Éfeso, Magnesia y Trales; en ellas, previene a su rebaño contra las crecientes herejías, les exhorta a mantenerse fieles a la tradición de los apóstoles, les ruega que apuntalen la amenazada unión de las iglesias y afirma con rotundidad, para quienes lo duden todavía, que la naturaleza de Cristo es divina y humana.

Ahora, con las últimas luces del día, escribe una cuarta epístola para hacerla llegar a la congregación de Roma por medio de los fieles que aguardan en el muelle. Ignacio sabe que su fin está cerca, al final de esta travesía, y lo único que ahora inquieta su espíritu es que un revés de la fortuna pueda privarle del martirio que le conducirá a abrazar al Salvador:

De Siria a Roma voy luchando con fieras por tierra y por mar, noche y día, atado a diez leopardos, a una guardia de soldados que se vuelven peores haciéndoles el bien, aunque de su ofensas saque yo mi lección, cosa que no me justifica. ¡Goce yo de las fieras que me están destinadas y que deseo hallar prestas a recibirme! Yo las halagaré para que me devoren sin tardanza, no hagan conmigo como con algunos a los que por temor no se acercaron. Si ellas no quieren, yo las obligaré. Perdonadme, pero conozco bien qué es lo que me conviene, y es ahora cuando estoy empezando a ser apóstol. Nada de lo visible o lo invisible vaya de mí a celarse porque yo alcance a Jesucristo. Fuego, cruz, manadas de fieras, separación de huesos, mutilación de miembros, trituración del cuerpo todo y tormentos del diablo caigan sobre mí sólo para que pueda hallar a Jesucristo.

El victorioso regreso de Trajano a Roma tras la conquista de la Dacia fue celebrado solemnísimamente con ciento veintitrés días de espectáculos. Diez mil gladiadores se enfrentaron a muerte en la arena y un millar de fieras fueron azuzadas contra los guerreros y los condenados.

EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, III, 36.

RACOTIS ALEJANDRÍA

C. 130

Aquí, en las colinas de Racotis, siempre se ha sabido que el alma es inmortal. Hace más de mil años, en el tiempo de los antiguos faraones, ya el propio Ramsés fundó un templo dedicado a Osiris, el guardián de la vida terrena que promete otra vida después de la muerte. A ese dios, muerto y resucitado, adoraban los pastores de bueyes que encontró aquí Alejandro cuando decidió fundar la ciudad. Los griegos dijeron que Osiris era otro nombre de Dioniso—el dios que fecunda la tierra y que conoce los secretos del mundo de los muertos—o tal vez otro nombre de Plutón.

Hoy día se alza sobre Racotis el grandioso santuario de Sérapis, el dios que Ptolomeo vio en sueños cuando quiso encontrar una divinidad que uniera a los egipcios y a los griegos. Dicen que su estatua vino de la lejana Sínope, en las costas del Ponto, y que tanto el sacerdote egipcio Manetón como el ateniense Timoteo reconocieron en esa efigie barbada y coronada con un cesto la imagen del verdadero Sérapis. Todo el mundo sabe que esa imagen de rasgos humanos es griega, pero el dios es egipcio en su esencia, pues Sérapis no es sino Osorapis, el buey Apis reunido con Osiris tras su muerte y convertido en Señor de la Eternidad. No en vano, hace poco han colocado en el templo de Sérapis una imponente imagen del buey Apis tallada en una roca de basalto negro, un animal brioso que celebra la vida con el disco del sol sobre las astas.

Estos días dedicados por tradición a las festividades de Sérapis, Racotis se inunda con la riada humana que baja por el Nilo y sube en procesión al santuario del dios. La gran escalinata es un camino que por sí mismo parece conducir al cielo; los gigantescos pórticos ofrecen la más bella sombra de Egipto; en el centro del atrio, las columnas de granito rojo se alzan como llamaradas sobre las cabezas de los peregrinos. Sérapis es un dios sanador, como Apolo o Asclepio, pero los fieles que acuden en masa a este santuario no vienen a sanar los males de su cuerpo sino a salvar su alma. Saben que, cuando se confiesen ante Sérapis y sean iniciados en su culto, serán

bautizados en agua tal como los antiguos faraones eran bautizados por los dioses, y así, cuando llegue el momento de su muerte, serán juzgados conforme a sus acciones y podrán acceder a la vida eterna sin necesidad de ser momificados.

Sérapis escucha como un padre las devotas plegarias de sus fieles. Buscando intercesión ante él, muchos rezan también frente a la imagen de su esposa Isis, que sentada en su trono como reina del cielo sostiene en su regazo al niño dios, al que los egipcios llaman Horus y los griegos, Harpocrates. Isis lo amamanta con ternura en sus pechos, y, como madre protectora, ofrece su amparo y su consuelo a los débiles y a los oprimidos, a los esclavos, a los pobres y a los pecadores.

Estos días, Racotis hierve de gentes de toda raza y condición. Arúspices y astrólogos merodean por las calles ofreciendo su ciencia, judíos de habla griega se acercan al santuario a escondidas de la sinagoga, y fieles y presbíteros de Cristo conversan en los pórticos con los sacerdotes del Serapion, quienes, pacientemente, se esmeran en hacerles entender cuestiones tan complejas como que Sérapis, Isis y Horus son una misma divinidad con una triple forma, o como que el buey Apis—que es una encarnación de Osiris—fue concebido por una vaca virgen cuando el fuego del cielo descendió sobre ella.

FLAVIUS VOSPICUS, en *Scriptores Historiae Augustae: Firmus, Saturninus, Proclus et Bonosus*, VIII, edición de Magie, D., Cambrigde, Harvard University Press, 1967.

TÁCITO, *Historias*, IV, 83-84.

PLUTARCO, *Sobre Isis y Osiris*; y *Moralia*, 361f, 362a y 718.

HERÓDOTO, II, 144 y III, 28.

DIODORO SÍCULO, I, 25.2, 84, 88, 96.4 y 98.

MENETÓN, *Frag.*, 76

ESTRABÓN, XVII, 1.6.

PLINIO EL JOVEN, *Cartas*, 2.

GABRIEL, R., *Gods of Our Fathers: The Memory of Egypt in Judaism and Christianity*, Westport CT, Greenwood Press, 2002.

FERNÁNDEZ SANGRADOR, J. J., *Los orígenes de la comunidad cristiana de Alejandría*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1994.

EL-ABBADI, M., *Life and fate of the ancient Library of Alexandria*, UNESCO, París, 1990.

GARDINER, A., «The Baptism of Pharaoh», en *The Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 36, Liverpool, Egypt Exploration Society, diciembre de 1950.

KAMIL, J., «Alexandria before Alexander», *Al-Ahram Weekly*, n.º 605, El Cairo, 26 de septiembre de 2002.

MCKENZIE, J., GIBSON, S., y REYES, A. T., «Reconstructing the Serapeum in Alexandria from the Archaeological Evidence», en *The Journal of Roman Studies*, vol. 94, Londres, Society for the Promotion of Roman Studies, 2004.

ALGUNA CIUDAD DE LA HÉLADE, TAL VEZ ATENAS

C. 150

Máximo nació en Tiro, la joya de Fenicia, pero hace años que vino a Grecia, donde decidió vivir, movido por su amor a Homero y Platón, por su vocación filosófica, por su deseo de servir y por otras razones más difusas y ocultas que le inquietan cuando se interroga sobre la libertad de sus actos.

En los últimos tiempos ha conseguido cierta fama y ello le ha animado a poner por escrito las ideas que, en muchas ocasiones, ha expuesto ante otros hablando de lo justo, de lo ético y del modo en que la reflexión nos ayuda a vivir con mayor dignidad y consciencia. Muchas de estas ideas le resultan obvias, pero Máximo sabe que la necedad amenaza a las ideas obvias tanto como a las complejas o a las subversivas.

Desde que ha comenzado a anochecer, reúne ejemplos de las múltiples formas con las que los distintos pueblos representan a la divinidad. Los griegos estiman que es apropiado hacerlo con apariencia humana, pues, no en vano, son los hombres, con su naturaleza racional, quienes mayor consciencia tienen de la existencia y de la necesidad de lo divino. Aun así, muchas gentes sencillas de esta tierra siguen comunicando con los dioses del modo en que lo hacían sus ancestros: consagrand a Pan un abeto, una vid a Dioniso o un timón a las divinidades de la mar. En Grecia, las fuentes de los montes siguen siendo santuarios apropiados para venerar a Ártemis, las cumbres, a Zeus, y muchos ríos como el Iliso o el Peneo son en sí mismos expresión de la divinidad.

Tampoco entre los bárbaros existe pueblo alguno que no haya sentido la necesidad de un símbolo visible que le permita rendir a los dioses los honores que les corresponden. En el fondo, es la debilidad de los hombres—alejados de la divinidad tanto como la tierra del cielo—la que hace necesarios los altares, las imágenes y los nombres. Los celtas adoran a Zeus en la forma de un roble, los peones veneran al sol como un pequeño disco colgado de una larga pértiga, los licios rinden culto al fuego y los frigios ofrecen sacrificios a las aguas del Marsias y el Meandro. En Egipto los dioses tienen forma de

toro, de chacal, de cocodrilo, y en Arabia los hombres dirigen sus plegarias a una piedra cuadrada que es sin duda la imagen de un dios.

Todos los dioses son igualmente cercanos o lejanos, todos son verdaderos, todos desconocidos. ¿A qué fin, pues, cuestionarse la pertinencia de representarlos bajo formas sensibles? Sólo podemos referirnos a lo que es inefable a través de las formas de nuestro propio mundo. Existe una divinidad, creadora de todo, más antigua que el sol o el firmamento, anterior al devenir y al tiempo. Incapaces de hacernos una idea de su naturaleza, buscamos un apoyo en los símbolos, en las figuras de los animales, los árboles, las fuentes o los montes. Hacemos como hacen los enamorados, que evocan a quien aman hablando de una lira o de una lanza, o de un puerto en el que hallar abrigo, o de otra cosa que pueda recordarlo. ¿Qué sentido tiene querer ser juez de lo correcto y de lo errado en este asunto? Basta con que el entendimiento humano capte la idea de la divinidad. Si a un griego es el cincel de Fidias lo que le ayuda a pensar en los dioses, si a un egipcio los reptiles del Nilo, si a otros pueblos el fuego o las aguas de un río, ¿quién soy yo—escribe Máximo—para oponerme a ello? Basta con que los hombres sepan que lo divino existe, basta su reverencia, su recuerdo.

MÁXIMO DE TIRO, *Disertaciones*, VIII.

COMBES-DOUNOUS, J. J., *Maxime de Tyr, Dissertations*, París, Bossange, Masson et Besson, 1802.

MEGALÓPOLIS ARCADIA

174

La Gran Ciudad es sólo un gran desierto. Así la vio Estrabón hace más de cien años y así la encuentra ahora Pausanias, un inquieto viajero de la lejana Magnesia de Sípilo que lleva ya dos décadas recorriendo palmo a palmo la provincia de Acaya, las afamadas tierras de la vieja Hélade.

La tormenta ha seguido su rumbo hacia el sur dejando tras de sí pesados nubarrones azules, olor a barro caliente y la extraña sensación de un segundo amanecer. Pausanias, cubierto con el pétaso húmedo y resguardado en un enorme pórtico vacío, ve amainar poco a poco la lluvia sobre el piso del ágora.

Así, contemplando la ciudad en ruinas anegada en los charcos, el viajero amante de las cosas antiguas cree llegar a entender por qué la fundación de Megalópolis fue un proyecto llamado al fracaso. Poco después de vencer a los lacedemonios en aquella famosa batalla de Leuctra, el tebano Epaminondas quiso hacer a los arcadios más fuertes ante una represalia de Esparta reuniéndolos en esta capital. Pero ese sinecismo iba en contra de su naturaleza libre y montaraz, y así parece que lo gritan hoy las ruinas de los santuarios trasladados aquí desde los montes, las viejas estatuas de Ártemis y Pan bajadas desde las cavernas y arrumbadas ahora entre escombros.

Del templo de la Madre de los Dioses sólo quedan en pie las columnas; el de Dioniso, el de Afrodita y el de Hera Teleia están por completo arruinados. En el centro del ágora, en el recinto sagrado de Zeus Liceo, han quedado tan sólo las águilas y una estatua de Pan rodeada de maleza. El santuario de Hermes Acacesio conserva únicamente una enorme tortuga de piedra. También a la intemperie, han quedado las grandes estatuas de Deméter y Core que esculpió Damofonte, los relieves de las Ninfas arcadias que criaron a Zeus y el colosal Apolo de bronce traído desde la cumbre de Bases al llano. Mirando hacia la izquierda, detrás de los archivos, se distingue el templo de la diosa Fortuna con su efígie de mármol, un signo manifiesto de este tiempo en que los hombres ya no consiguen ser ni devotos ni impíos.

Pese a todo, Pausanias se siente fascinado por Arcadia. Sus montes y sus desfiladeros le han brindado insólitos encuentros con santuarios, mitos y cultos antiquísimos de los que ya no queda huella en el resto de las tierras del imperio. Incluso, en estos días, indagando en lo que cuentan los arcadios sobre Crono y otras divinidades, ha llegado a pensar que aquello que hasta ahora le parecía ingenuidad y fábula tal vez encierre una sabiduría antigua, y, obrando en consecuencia, ha optado por atenerse a registrar en su obra lo que siempre se ha dicho de los dioses.

Desde que salió de Magnesia de Sípilo, Pausanias sabe que su misión es describir un mundo que pronto desaparecerá bajo la tierra. Durante los más de veinte años que lleva en los caminos, ha regido su tarea únicamente por la precisión, por el deseo de contribuir con la verdad a una labor que sabe bien que dejará inconclusa y que habrá de cerrarse, si es que llega a hacerlo, tan sólo con el paso de los siglos. Algunos de los que en realidad no le conocen le han sugerido a veces que, si lo que desea es ser benefactor, gaste su fortuna en algo que le depare con más seguridad una fama postrera. Pero Pausanias no busca ostentación de su persona a través de su obra, y sí ve en sus esfuerzos una forma de generosidad. Sabe que su propósito no exige un sello personal, sino un tono distanciado y discreto, y para ello trata de seguir el camino marcado con acierto por Heródoto y Diodoro Sículo. No se le oculta, sin embargo, que todo lo que cuenta en sus escritos es un inmenso vaciado que encaja con precisión en el molde de lo que no cuenta. Junto a la referencia esmerada de los caminos, junto a la relación exacta de las genealogías, junto a la descripción meticulosa de las estatuas o los exvotos de los templos, permanecen ocultos sus esfuerzos, sus angustias y sus alegrías. De forma muy consciente, silencia cada día la llamada de todo lo inmediato para atenerse a lo que ha de quedar, y calla también las experiencias que le depara el propio camino, las reflexiones solitarias de las noches y los amaneceres, los pensamientos surgidos de los muchos silencios y los otros senderos por los que, en ocasiones, le ha llevado el amor, la duda o la eterna búsqueda de los dioses.

Ahora, después de la tormenta, Pausanias anota con esmero los detalles del ágora de Megalópolis con un estilo marcadamente impersonal y anónimo, alejado de la retórica y del asianismo. Sabe que ya, tanto en su patria como en Pérgamo y Roma, algunos de los que se dedican a componer poemas épicos están haciendo mofa de su obra. Ignora, sin embargo, que llegará un momento en que lo que ahora escribe hará que vuelvan a la luz los restos soterrados de

la Grecia legendaria y que las refinadas creaciones de los hombres en honor de los dioses y héroes no sean sólo piedras anónimas y oscuras.

PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*, en especial, VIII, 30-33.
ESTRABÓN, VIII, 388.

ΠΑΡΑΗΑΤΖΙΣ, Ν., *Παυσανίου Ελλάδος Περιήγησις (Αρκαδικά)*, Ατνας, Εκδοτική Αθηνών, 1980.

ATENAS

AL NORTE DE LA ROCA SAGRADA

267

Desde primera hora de la mañana, se oyen repicar con insistencia los mazos de los canteros. El ruido de las piedras golpeadas emerge a la vez desde distintos puntos de la ciudad y se cruza en el aire luminoso y azul. Una de las cuadrillas ciudadanas formadas la tarde de ayer comienza a acarrear los mármoles del Ninfeo.

Los hérulos se han ido ya. Arrasaron hasta los cimientos la parte baja de la ciudad y continuaron camino del sur, sin interés alguno en mantener los territorios conquistados. Regresan ahora las últimas familias que huyeron a los montes de Parnes y Pentele cuando el enemigo se avecinaba por el campo de Renti. Se ha apagado ya la voz de Déxipo, que hace unas semanas exhortaba a los atenienses al patriotismo y al denuedo; si aún le quedan fuerzas al veterano estadista, algún día escribirá sobre el desastre.

Ahora, los atenienses que han sobrevivido a la catástrofe construyen en silencio un muro defensivo apilando tambores de columnas derribadas, arquivribas hermosos, ladrillos, guijarros. Hace apenas quince años, la vieja muralla que Temístocles había levantado para detener a los persas fue reconstruida en el vano esfuerzo de poner freno a los godos, que llegaban a Atenas tras haber saqueado Trebisonda, Bitinia, las costas de Asia y las islas del Egeo.

Ahora no hay tiempo ni recursos para grandes proyectos. Se ha decidido que el nuevo muro se ciña a la roca por el norte, puesto que un recinto reducido y compacto ofrecerá mejor defensa ante futuros invasores. Quedarán fuera el ágora, el odeón de Agripa y los antiguos edificios de la democracia. También el teatro de Dioniso, el odeón de Herodes y todas las construcciones del lado sur de la Roca Sagrada. Y, por supuesto, el templo de Zeus y las corrientes del Iliso y del Erídano. La nueva muralla se apoyará por el oeste en los cimientos del pórtico de Átalo, y por el norte, tendrá como lienzo la pared exterior de la biblioteca de Adriano. El peristilo de columnas frigias, el jardín y el lugar que ocupaban los libros quedarán del lado de fuera. Quienes saben

algo de las costumbres bárbaras del pueblo que ha arrasado la ciudad dicen que los hérulos saquean cuanto encuentran a su paso, matan a los suyos cuando enferman o envejecen y no permiten que las mujeres sobrevivan a sus maridos.

Antes de ponerse el sol, la cuadrilla que desescombra los restos del Ninfeo ha colocado en línea seis pedestales de mármol pentélico para cimentar lo que será una torre; entre estos bloques grandes y la trasera de la biblioteca de Panteno, han rellenado el hueco con cascotes de mármol tomados de la fuente y las cornisas del pequeño santuario de las Ninfas. Todos, incluso los que aún se resienten de alguna herida, se aplican con tesón a esta tarea silenciosa; pero ninguno ignora que, en el fondo, a pesar de este postrero sacrificio, la muralla, la biblioteca, la ciudad, acabarán siendo de nuevo destruidas.

WYCHERLEY, R. E., *The Stones of Athens*, Princeton, Princeton University Press, 1978.

CAMP, J. M., *The Ancient Agora. Excavations in the Heart of Classical Athens*, Londres, Thames and Hudson, 1992.

RUPP, D.W., *Peripatoi. Athenian Walks*, Atenas, Road Editions, 2002.

FEIJOO, B. J., *Teatro crítico universal I (voz del pueblo)*, Madrid, Cátedra, 1989.

ILLIBERIS, HISPANIA BAETICA (ACTUAL GRANADA)

C. 305

Todo adulto bautizado que cometa el crimen capital de ofrecer sacrificios a los ídolos no podrá recibir la comunión ni siquiera en peligro de muerte.

Todo cristiano que haya cumplido penitencia por un pecado de la carne y haya vuelto a recaer en la fornicación no podrá recibir la comunión ni siquiera en peligro de muerte.

Toda mujer que sin causa aceptable abandone a su esposo para unirse a otro hombre no podrá recibir la comunión ni siquiera en peligro de muerte.

Toda ama que golpee a su esclava causándole la muerte en menos de tres días hará cinco años de penitencia si no era su deseo matarla y siete si lo era, pudiendo recibir la comunión en este tiempo si se hallare un peligro de muerte.

El documento donde constan los cánones que han sido promulgados en este concilio reposa en una mesa sobre la que, uno tras otro, se inclinan a firmar los obispos presentes. Uno de ellos, Osio, firma ahora en sexto lugar. Para todos está claro que la comunidad cristiana, más allá del dogma, debe observar una recta moral y una severa disciplina para salvar su alma; para Osio, además, está claro que arbitrar sobre aquello que atañe a las almas es cosa que corresponde a los obispos y no a la jurisdicción del César.

Osio, cuyos antepasados vinieron de Egipto a estas tierras de Hesperia, es obispo de Córdoba desde hace diez años. Es joven y valiente, y el martirio al que le sometieron los soldados de Maximiano no ha conseguido sino confirmarle en la fe. Ahora, estampando su rúbrica sobre este documento que vela por las almas de los bautizados y los sitúa frente a la apostasía, el paganismo, la carne y el pecado, ruega a Dios le dé vida para seguir edificando la Iglesia de Cristo. Dios le dará cien años, y Osio, en su celoso empeño, combatirá a quien dude de la divinidad de Jesús, reunirá por vez primera a los obispos de todas las tierras, redactará el Símbolo de la Fe para unir a la Iglesia y conseguirá atraer al nuevo César hacia la noble causa de los cristianos.

«Cánones del Sínodo de Elvira», en Denzinger, H., y Hünermann, P., *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion Symbolorum, definitionum et declarationum de rebus fidei et morum*, Barcelona, Herder, 2000.

MENDOZA, F., *De confirmando Concilio Illiberritano*, Madrid, 1594.

ZÓSIMO, *Nueva historia*, II.

SOTOMAYOR, M., y FERNÁNDEZ, J. (eds.), *El concilio de Elvira y su tiempo*, Granada, Universidad de Granada, 2005.

GAUDEMET, J., «Le concile d'Elvire», en *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastiques*, París, Letouzey et Ané, 1963.

VIVÉS, J., «La ville et la diocèse d'Elvire», en *Dictionnaire d'Histoire et de Géographie Ecclésiastiques*, París, Letouzey et Ané, 1963.

MENÉNDEZ PELAYO, M., *Historia de los heterodoxos españoles*, vol. I, Madrid, BAC, 1998 (1880¹).

CHURRUCA, J., *Cristianismo y mundo romano*, Bilbao, Universidad de Deusto, 1998.

FLINT-HAMILTON, K., «Images of Slavery in the Early Church: Hatred Disguised as Love?», en *Journal of Hate Studies*, vol. 2, Spokane, Washington, Gonzaga University, 2003.

BRADLEY, K., *Slavery and Society at Rome*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

EBURACUM (ACTUAL YORK BRETAÑA

306

Aunque han pasado ya más de dos horas desde el amanecer, la niebla sigue pegada al suelo, a las raíces de los árboles, a las lonas del campamento. Anoche falleció Flavio Valerio Constancio, César de la Galia y la Hispania, valiente general amado por sus tropas. Las huestes que le han seguido y le han servido en sus últimas campañas contra los bárbaros y contra los usurpadores del poder permanecen acampadas alrededor del modesto palacio donde está custodiado su cuerpo. No sólo están aquí las tropas locales, sino también la flor y nata de las legiones de Occidente, así como los numerosos germanos que entraron a sus órdenes liderados por el bárbaro Croco.

Algunos oficiales entran y salen del sombrío edificio, y los rumores sobre la sucesión de Constancio corren esquivos por el campamento tropezando con los silencios y las miradas. Poco a poco, las tropas comienzan a inquietarse ante la perspectiva de que, probablemente, su destino pase ahora a manos de algún oscuro personaje de la corte a quien el soberano de Asia decida otorgar las remotas provincias de Occidente. Los ánimos se van encendiendo, los corrillos se mezclan entre sí y los rumores se convierten en voces que vienen del otro lado de la niebla.

De repente se escuchan los primeros vítores, y un grupo de oficiales levanta sobre sus escudos a un hombre vestido con un manto de púrpura. Es Flavio Valerio Constantino, el hijo de Constancio que, huido de la corte de Oriente por temor a una conspiración contra su vida, se unió a su padre el mismo día que éste zarpaba para Bretaña.

Ya todas las tropas aclaman con furor al nuevo César, al valedor de sus sudores y sus triunfos que han encontrado en la legítima simiente de Constancio. No saben todavía que el mundo entero se verá sacudido por la mano de ese nuevo príncipe; que pronto el elegido fundará una Nueva Roma en los confines de Europa y de Asia, y que, con él a la cabeza, las legiones del imperio combatirán y triunfarán enarbolando el estandarte cristiano de la Cruz. Constantino, esa figura esbelta que ahora se tambalea sobre los escudos,

será para la Historia *victoriosissimus et maximus piissimus felicissimus augustus*, «el príncipe y soberano designado por el Dios de todos los que existen», «el solo hombre a cuya elevación ningún mortal puede jactarse de haber contribuido».

EUSEBIO DE CESAREA, *Vida*, I, 24 y II, 24 y 28; y *Panegírico*, 2.

LANCTANCIO PLÁCIDO, *Instituciones Divinas*, VII, 26.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

COCHRANE, Ch. N., *Cristianismo y cultura clásica*, México D.F., FCE, 1949.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

CESAREA BIBLIOTECA

315

A la luz de un candil, en un extremo de la estancia silenciosa y oscura, Eusebio repasa meticulosamente el manuscrito de su *Crónica*. Hace un rato que su criado ha pasado a dejar un repuesto de aceite y a solicitar su permiso para retirarse a dormir.

Desde que falta su maestro Orígenes, Eusebio se sienta a trabajar en el que fue su escritorio, adoptando de manera inconsciente la misma encorvadura del viejo preceptor. Estos días, ha comenzado a revisar con entusiasmo la crónica que, hace años, compuso trenzando minuciosamente en una única secuencia cronológica los hechos del Antiguo Testamento con los anales de Oriente, Grecia y Roma. Sobre ese material, Eusebio se dispone a hacer ahora lo que nunca se ha hecho y ha llegado el momento de hacer: escribir la historia de la Iglesia de Cristo.

Con la ayuda de Dios, se internará en ese desierto no hollado comenzando por la propia figura del Salvador, a quien los justos y los piadosos reconocieron ya desde el principio de la Creación con los ojos puros de su mente. Después, consignará las sucesiones de los santos apóstoles y el número y los hechos de quienes han sido embajadores de la palabra de Dios. También dará noticia de aquellos que, llevados al extremo por la confusión y la novelería, se proclamaron a sí mismos instructores de una mal llamada ciencia y esquilmaron como lobos despiadados el rebaño de Cristo. Referirá puntualmente las calamidades que se abatieron sobre el pueblo judío tras atentar contra el Salvador, registrará el número y la índole de los ataques de los paganos contra la divina doctrina y dejará constancia de la grandeza de cuantos por ella afrontaron sangrientas torturas.

Durante el principado de Diocleciano, Eusebio ha visto el mal cebarse en los cristianos de modo tan insólito que supera toda imaginación: hombres descuartizados en los árboles, mujeres ultrajadas colgadas por los pies, soldados masacrando familias enteras hasta que sus espadas quedaban embotadas a fuerza de matar. Pero también ha visto el ímpetu y el fervor de

quienes creen en el Cristo de Dios; los ha visto saltar a proclamar su fe ante los mismos tribunales que dictaban sentencias de muerte sin la menor clemencia, y ha visto finalmente triunfar a la Iglesia y cumplirse el designio de Dios por el brazo del nuevo emperador Constantino. Por eso se le hace inaplazable comenzar esta *Historia*, porque los hechos vienen a demostrar que todos los sucesos desde el principio de los tiempos siguen el plan de Dios para la salvación. Por eso, como obispo que escribe la historia de la Iglesia, su fin no es la ecuanimidad en el relato de los hechos, sino la persuasión.

EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*.

CONSTANTINOPLA GRAN PALACIO

337

Desde antes del amanecer, el joven Constancio yace despierto en su lecho de palacio con la mirada perdida en el cielo púrpura del dosel. Ayer presidió las honras fúnebres de su padre, Constantino el Grande.

El cuerpo sin vida del emperador había pasado los últimos tres meses en un arca de oro expuesta en mitad del gran salón de palacio, donde en esos días de verano retumbaban los pasos y los silencios de cuantos cruzaban ante el féretro conjeturando cuál de los cinco jóvenes césares ocuparía el trono.

La mañana de ayer, Constancio encabezó el nutrido cortejo que salió de palacio acompañando los restos mortales de su padre. Escoltada por la guardia de lanceros y por la infantería, la pompa fúnebre abandonó la residencia imperial por la puerta de Halke, cruzó frente a la fachada del hipódromo y llegó hasta el viejo muro de la Bizancio de los megarenses; allí dobló hacia el este y, con el sol brillando sobre los estandartes, entró en el templo de los Santos Apóstoles. Una vez dentro, la comitiva se detuvo frente a los doce cenotafios que el emperador mandó labrar en honor a los doce discípulos del Señor. En medio de ellos, en el interior de un enorme sarcófago, quedó alojado el féretro de Constantino, el *Isapóstolos*, tal como él había dispuesto en un último acto de soberbia proporcional a su grandeza.

Ahora, tumbado en su lecho, el joven Constancio aprieta en el puño un trozo de pergamino y piensa en el futuro. Pronto, se dará a conocer la noticia de que ese enigmático pedazo de piel, donde se acusa de envenenadores a sus tíos Julio y Delmacio, apareció en el puño cerrado de su difunto padre. Pronto, Julio y Delmacio serán asesinados. Pronto, los hijos de éste último también serán pasados a cuchillo. Pronto, el joven Constancio será coronado emperador.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

NOCHRANE, Ch. N., *Cristianismo y cultura clásica*, México D.F., FCE, 1949.

HORNBLOWER, S., y SPAWFORTH, A. (eds.), *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 1996³.

ESCITÓPOLIS PALESTINA

359

Demetrio Citras, el anciano filósofo de Alejandría, yace en el camastro de su celda con el cuerpo terriblemente lacerado y el ánimo risueño pensando que mañana regresará a su patria.

Durante días, sus torturadores le han tenido largas horas amarrado al potro tratando de arrancarle sin éxito alguna confesión distinta a sus primeras declaraciones de inocencia. Como a todos los enjuiciados en este despiadado proceso, se le acusa de haberse servido del oráculo de Besa para conspirar contra el emperador Constancio, ante lo que él alega sin temor y con sinceridad que desde niño ha realizado sacrificios y ha consultado a la divinidad, pero nunca por ambición de cargos ni por curiosidad sacrílega.

Todo lo que está ocurriendo últimamente en Escitópolis comenzó hace ocho meses, cuando una mano perversa sustrajo del remoto oráculo de Besa en Abidós algunas de las listas con las peticiones y los nombres de los consultantes y las remitió al emperador. Constancio, sordo por costumbre ante asuntos de vital importancia pero blando como el lóbulo de la oreja ante ciertas cuestiones de índole menor, quiso ver en aquellas consultas auténticos crímenes de lesa majestad y puso el asunto en manos del escribano Pablo, un experto en tormentos al que invistió de plena potestad para administrar justicia.

Como la mayoría de los acusados proceden de las regiones de Alejandría y Antioquía, Pablo buscó un punto intermedio y estableció sus horrendas máquinas en esta pequeña ciudad de Escitópolis, rodeada por el desierto. Desde entonces, bajo el peso de grilletes y cadenas, han sido arrastrados hasta aquí ciudadanos de todos los rincones acusados de alta traición. Simplicio, el que fuera prefecto y cónsul, fue torturado y enviado al exilio. También lo fue Parnasio, el ex cónsul de Egipto, y el poeta y estudioso Andrónico, al que dejaron finalmente en libertad. En estos últimos meses, Pablo ha sembrado el terror desde Siria hasta el Alto Nilo. A algunos les confisca sus bienes, a otros

les hace sucumbir en los tormentos, y a cualquiera que lleve encima un amuleto lo decapita por brujo y nigromante.

Ahora, el anciano Demetrio regresa a Alejandría cubierto de llagas; y Pablo el escribano persiste en su furor, en mitad del desierto, como si todo el imperio hubiera suplicado con solemnidad la muerte de Constancio en el oráculo de Claro, en el antiguo oráculo de Delfos y en el roble sagrado de Dodona.

AMIANO MARCELINO, XIX, 12.

CONSTANTINOPLA PUERTO DE BUCOLEÓN

361

En toda la ciudad ha sido decretado el luto riguroso. A pie firme sobre la escalinata del puerto de palacio, Juliano aguarda en silencio la llegada de la nave que trae desde Cilicia el cuerpo sin vida del emperador Constancio, su primo, el hombre que lo envió al destierro con sólo cinco años, el asesino de su hermano, el asesino de su padre.

Las señales cadenciosas del faro se disuelven en la niebla de esta mañana de diciembre. El agua mueve con suavidad las algas que crecen en el último escalón. Como nuevo heredero del trono, Juliano recibirá solemnemente al féretro real, encabezará la marcha fúnebre hasta la iglesia de los Santos Apóstoles y presenciara con circunspección el sepelio de su primo Constancio. Ha decidido que ésta será su última misa, la última vez que entre en un templo cristiano.

Cuando sea investido, dejará de guardar en secreto su piedad por los dioses antiguos. Durante el tiempo de su confinamiento en Nicomedia y Capadocia, creció como huérfano rodeado de tutores y libros, aprendió a ser cristiano piadoso y aprendió a valorar a los clásicos. Los años de su adolescencia en Grecia—los más felices de su vida—los pasó frecuentando las escuelas de retórica y escuchando a los neoplatónicos. Sus años como César de la Galia y Bretaña le reputaron, contra todo pronóstico, como soldado valiente y como general de palabra. Ahora, esa nave cargada con un féretro trae a sus manos el poder sobre el mundo.

Juliano se ha propuesto regir su imperio desde la razón, ser un gobernante platónico, un príncipe filósofo como su admirado Marco Aurelio. Lo primero será tomar medidas para purgar de parásitos la administración y reprimir las prácticas corruptas de la burocracia. Asimismo, revisar todas las exenciones de impuestos concedidas a los ricos y sancionar con dura mano la connivencia entre éstos y los recaudadores imperiales. Su república ideal pasa por el refuerzo y el prestigio de la ciudadanía.

Junto a las perentorias medidas sociales y económicas, se impone de manera inaplazable rehabilitar el estudio de los clásicos y restaurar el culto de los dioses desatendido por sus predecesores. Juliano ha decidido que su proyecto de paz comenzará con un edicto de tolerancia: una llamada a la concordia que nadie deberá confundir con la autorización de políticas subversivas ni con el derecho de la chusma a tiranizar. Todos los cristianos que han huido al exilio por el apoyo de Constancio al arrianismo podrán regresar libremente a la patria y les serán restituidas las propiedades que les fueron confiscadas por ley. Del mismo modo, los sacerdotes perseguidos por los cristianos serán restituidos en sus dignidades y privilegios, y los templos destruidos serán reedificados a expensas de sus destructores.

Como filósofo, el deseo de Juliano es instruir y persuadir a los hombres a través de la razón, no con golpes, insultos y violencia física. Desea proteger a los creyentes no sólo de la inquina de sus enemigos, sino también de la violencia y el desorden que entre ellos mismos prevalece. Todo ello se le antoja justo al nuevo emperador platónico. Pero al pagano, al apóstata que ahora contempla en silencio el arribo de la nave al puerto, no se le oculta que, en el fondo, su plan de libertad acabará con la unanimidad de los cristianos, porque sabe por experiencia que no hay bestia salvaje tan hostil con el hombre como las sectas cristianas entre sí.

JULIANO, 376c, 436b y 438b-c.
AMIANO MARCELINO, XXII, 5.3-4.
SOZÓMENOS, V, 3-5.
SÓCRATES, III, 11.
FILÓSTRATO, VI, 7 y VII, 4.
TEODORETO, III, 1.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.
COCHRANE, Ch. N., *Cristianismo y cultura clásica*, México D.F., FCE, 1949.

ARETUSA (SIRIA)

CALLES DE LA CIUDAD

362

Desde que el emperador Juliano hiciera pública su apostasía del cristianismo, el fuego ha vuelto a arder en los altares de los templos antiguos y el humo de las carnes quemadas se eleva nuevamente hacia los dioses.

Una ruidosa turba de estudiantes avanza por una callejuela hacia el ágora de la ciudad. Llevan en alto a un viejo enjuto al que zarandean entre gritos y risas y al que hieren sin piedad con la punta de sus estilos. Es el obispo Marco, su maestro, que hace años prendió fuego al más grandioso de los templos de Aretusa, que huyó de la ciudad cuando el edicto de Juliano le obligó a restaurarlo y que ahora ha vuelto a ella decidido a entregarse a sus perseguidores.

Como cristiano y como sacerdote, Marco se niega a poner en pie una sola piedra del santuario pagano. En mitad del ágora, la gente, enfurecida, le desgarra las vestiduras, le tira de los pelos y las barbas, le arranca las orejas con cordones cortantes y lo arrastra por el suelo hasta arrojarlo finalmente a la cloaca. Cuando atado a una cuerda lo sacan de entre las inmundicias, el obispo porfía en su condena y su repulsa. Traen entonces un cubo donde traban una mezcla de miel y de garo, untan con ella al viejo y lo colocan dentro de una cesta de juncos suspendida en lo alto.

Todos los congregados miran hacia arriba con expectación, y comienzan a oírse murmullos cuando llegan las primeras avisvas. Al poco tiempo, el calor del verano, el olor a pescado del garo, el fuerte hedor de los excrementos y la golosina de la melaza convierten la cesta en un encarnizado avispero. A propuesta de algunos de los presentes, se le exige al obispo que pague sólo la mitad de las obras, y él contesta que, en la vida futura, serán ellos quienes habrán de retorcerse abajo, mientras él, en lo alto, conocerá la exaltación sublime. Horas después, cuando el gentío empieza a disiparse, le gritan que se avenga a pagar al menos una mínima parte. Él contesta que, tan impío como pagarlo todo, es dar un solo óbolo. Cuando el sol comienza a declinar, los

pocos que aún quedan en el sitio aflojan las maromas, hacen bajar el cesto y dejan irse a Marco.

Al anochecer, asomado al balcón de su residencia, el pretor Salustio, profeso de la antigua religión, piensa que las acciones de los exaltados alimentan la gloria de los mártires, y que esta tarde, en su ciudad, el imperio ha sido vencido por un viejo desnudo e indefenso.

SOZÓMENOS, V, 10.

TEODORETO, III, 3.

ANTIOQUÍA VILLA MARCELINA

363

Después de la calamitosa derrota de Juliano por el persa Sapor ante los muros de Ctesifonte, Amiano Marcelino ha conseguido regresar con vida a Antioquía, a su casa paterna, donde esta cálida noche de verano, sentado junto al pozo del patio, medita sobre lo único que ha sido en su vida desde que abandonó este hogar para servir a los príncipes: un griego y un soldado.

El horror ya ha pasado. Amiano ha sobrevivido a la dura campaña de los últimos meses en los desiertos de Mesopotamia, a las extremas privaciones del frente, al angustioso paso del Tigris sobre tablones y pellejos inflados, y a la tumultuosa retirada de las tropas perseguidas y pisoteadas por los elefantes. Ahora, el cuerpo embalsamado de Juliano ha encontrado por fin descanso en Tarso, al otro lado de la bahía, junto a las hermosas riberas del Cidno.

Amiano tiene el firme propósito de continuar un día la obra de su admirado Tácito, de poner por escrito las gestas de los césares desde el reinado de Nerva hasta lo que le toque vivir, ya que la fortuna parece decidida a convertirlo en un continuo testigo de excepción. La noche que murió Juliano, él estaba en su tienda, junto a los médicos que trataban de curar aquella fea herida de lanza abierta en el hígado, junto a los apenados filósofos que hacían que aquella estoica agonía recordara las últimas horas de Sócrates. Ahora, en el silencio de su patio, Amiano intenta traer a su memoria las últimas palabras que el emperador pronunció ante los íntimos, probablemente preparadas de antemano con esmero para cuando llegara el momento.

Recuerda haberle oído declarar que vivió detestando la corrupción y el despotismo, poniendo como fin de su gobierno la felicidad de su pueblo. Dijo también que obró en todo momento condicionando sus actos a las leyes de la prudencia, la justicia y la moderación. Que moría sin remordimiento, pues había vivido sin culpabilidad, y que aceptaba como favor de los dioses esa muerte temprana que le preservaba de la desgracia de malograr un carácter sustentado hasta entonces por la virtud y por la fortaleza. Después, dijo que daba gracias al Ser Eterno por haberle librado de perecer víctima de la

crueledad de un tirano, de la daga de un conspirador o de los tormentos de una penosa enfermedad. Confesó que las artes de la adivinación le habían señalado que su fin le llegaría por las armas, tal como ahora se veía cumplido. Más tarde, rompiendo un tenso silencio, inició una plática con Prisco y con Máximo de Éfeso sobre la naturaleza del alma, instándoles al regocijo y censurándoles el duelo ahora que la suya se separaba de su cuerpo.

Amiano, inclinado sobre el papiro, con el cálamo apoyado en los labios y la mirada perdida en los dibujos del pavimento de mosaico, sonríe imperceptiblemente. Por su recuerdo ha cruzado la imagen de un enérgico Juliano aquí en Antioquía, también de noche, semanas antes de partir hacia Persia, refutando con pasión en aquellas últimas veladas del invierno el monoteísmo soberbio y excluyente de judíos y galileos, yendo de un lado a otro de la estancia y lanzando al aire irónicas preguntas: ¿acaso la constitución de la ciudad, la belleza de las leyes y el cultivo de las artes liberales no son tenidas entre los hebreos por afanes penosos y bárbaros? ¿Veis que les haya concedido su dios el principio de alguna ciencia o saber filosófico? ¿Acaso pueden compararse los proverbios del sapientísimo Salomón a las exhortaciones de Demóstenes o Isócrates?

Amiano, consciente del valor de su proyecto, prepara con ecuanimidad y mesura la semblanza de un hombre al que admiró como estrategia y gobernante, al que secundó en su amor por la libre actitud de la filosofía, y al que censuró en su inclinación por los oráculos y por el elogio de los mediocres. Amiano, sentado junto al pozo de la casa paterna vacía, traza esta noche la semblanza de un hombre esforzado que en sus momentos fríos y serenos quería parecerse a Antonino, pero que en sus horas de ardor ansiaba parecerse a Alejandro.

AMIANO MARCELINO, XXV.
JULIANO, *Contra los galileos*.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹). [Existe traducción en castellano: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, trad. de J. Mor de Fuentes, Madrid, Turner, 2001].

ROMA

SEDE EPISCOPAL

367

Por fin se ha hecho justicia. A solas en el salón del trono, Dámaso relee una vez más el reciente edicto imperial que le confirma como papa. El soberano proceder del emperador Valentiniano ha puesto fin a las enconadas disputas de los últimos meses: ahora, Dámaso ocupa legítimamente la sede del apóstol San Pedro y su oponente Ursino ha sido enviado al exilio. Toda controversia ha quedado zanjada.

El pasado mes de octubre, a raíz de la elección de Dámaso como sucesor del difunto Liberio, una facción de descontentos reaccionó con violencia y consagró de forma irregular al diácono Ursino. A esto se sucedieron altercados e infamias, que acabaron en reyertas callejeras de cristianos. Una mañana, los partidarios de Dámaso salieron armados hacia la colina del Esquilino en busca de los heréticos secuaces de Ursino, refugiados en la nueva basílica que el propio Liberio había consagrado allí a la Madre de Dios. Ese día tuvo lugar una horrible masacre: quienes de noche recogieron los cuerpos contaron ciento treinta y siete cadáveres. Días después, Dámaso fue acusado de homicidio, pero sus amistades con el prefecto de la urbe y con las influyentes matronas patricias evitaron que aquella calumnia prosperase.

Ahora, el edicto imperial que Dámaso sostiene en las manos ha atajado también el juicio reabierto ante el nuevo prefecto y ha desestimado definitivamente a sus acusadores. Esa silla acolchada sobre la que descansa es el símbolo del trono de Pedro, a quien el propio Jesús—y no los concilios—designó *piedra* sobre la que su Iglesia habría de ser edificada. De Cristo, pues, recibe ahora su autoridad y su fuerza para imponer la primacía de la sede de Roma, su juicio y su perseverancia para combatir a los contumaces arrianos, su entereza para extirpar con mano firme el apolinarismo, el macedonialismo y cualquier herejía que amenace la verdadera fe. Roma ya no es la capital absoluta del imperio, pero él hará de ella la capital de la cristiandad. Él es el sucesor de Pedro, el Vicario de Cristo, y por su brazo será obrada esa misión.

Libello Precum (P. L., XIII, 83-107).

AMIANO MARCELINO, XXVII, 3.
MATEO, 16.18.

SHAHAN, Th. J., «Saint Damasus I, Pope» en *Catholic Encyclopedia*.
CAPURRO, M., *Venti secoli di papato*, www.capurromrc.it.

CESAREA CAPADOCIA

372

Desde que Basilio ha sido elegido obispo de Cesarea, los fieles han adquirido la costumbre de comulgar incluso cuatro veces por semana y las gentes que acuden a escucharle son tan numerosas que el propio Basilio, en sus homilías, a veces las compara con el mar.

Encerrado en su estudio, con un pequeño volumen de versos de Teognis de Mégara sobre sus rodillas, Basilio medita acerca de las enseñanzas de los antepasados y prepara con celo una cuidada alocución dirigida a los jóvenes.

Inevitablemente, evocando a Teognis, a Solón y a Pródico, le asaltan los recuerdos de sus años de estudio en Atenas, de los paseos por el Ágora jugando a ser filósofo, de los largos debates al pie del Areópago, con Gregorio, Juliano y los demás muchachos. De aquello hace ya más de veinte años, y aún no había llegado el desierto, las visitas a los monasterios de Egipto, Palestina y Siria, la fundación del hermoso cenobio a orillas del Iris, la determinación de servir a Dios desde la pobreza.

Basilio piensa que ninguna de aquellas lecturas de los antiguos le ha apartado nunca de su propósito de ser un buen cristiano, y se le antoja urgente defenderlas, ahora que las acciones del emperador Valente parecen ir encaminadas a acabar con el saber de los antepasados. Tristemente, los últimos años han conocido una escalada inmensa de violencia y de inquina contra quienes veneran a los dioses antiguos o recitan los versos de Homero. Cuando Basilio se estableció en el Ponto, de todas partes llegaban noticias de destrucción de templos y de quemas de libros a manos de católicos y arrianos; el mismo año en que se ordenó sacerdote, ardió la biblioteca de Antioquía; hace apenas dos años, el filósofo Simónides fue quemado en la hoguera, y Máximo de Éfeso, decapitado.

Basilio defiende la fe de Cristo y abomina de la molicie y el libertinaje que cantan algunos poetas antiguos; defiende el ayuno y la mortificación, que doman las pasiones brutales del cuerpo y acercan al hombre a la pureza del alma; lucha por permitir obrar en sí al Espíritu Santo y se afana por conocer y

practicar la virtud. Pero ¿acaso no hay virtud en Homero cuando describe a los ricos feacios admirando la excelencia y la nobleza de un Odiseo desnudo y náufrago? ¿No hay virtud en las palabras de Solón, que la definen como una posesión eterna frente a la veleidad de las riquezas? ¿No ostenta la virtud Teognis cuando ruega que le sea dado vivir con poco y apartado del mal?

Para Basilio, los jóvenes deben tomar ejemplo de las abejas, que liban sólo de las flores que endulzan su miel y rechazan las otras; deben escuchar la voz de los antiguos cuando ensalzan la virtud o condenan el vicio y, al igual que Odiseo, mantener sus oídos cerrados al canto de sirenas. Enemigo del fuego y amigo de la voluntad, Basilio toma el cálamo y escribe:

Si existe alguna afinidad entre los textos de los antiguos y los de los cristianos, el conocimiento de unos y de otros ha de sernos útil en nuestra búsqueda de la verdad; y si no existe, la comparación y la observación de sus contrastes no han de ser de menor provecho para el certero reconocimiento de la mejor de ambas literaturas.

SAN BASILIO EL GRANDE, *A los jóvenes* (Προς τους νέους, για την επωφελή μελέτη των ελληνικών κειμένων Ομιλίες Α' και Β').

THURSTON, H. J., y ATTWATER, D., *Butler's Lives of the Saints*, Christian Classics, Londres, 1976.

HORNBLOWER, S., y SPAWFORTH A., (eds.), *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 1996³.

TESALÓNICA

A LA ORILLA DEL MAR

380

Esta mañana el emperador ha vuelto a montar. Seguido por la guardia a una distancia prudencial, el joven Teodosio cabalga lentamente por la playa aspirando de nuevo los aires saludables del mar. La enfermedad que durante las últimas semanas lo mantuvo postrado fue tan demoledora que el príncipe, temiendo lo peor, mandó llamar al obispo Acolio para ser bautizado *in articulo mortis*.

Nada más salir de la pila, comenzó a ser visible su recuperación. Estos últimos días ha recobrado poco a poco el apetito y hoy ha subido de nuevo a su caballo. A sus treinta y tres años, Teodosio es ahora el primer príncipe bautizado en la verdadera fe de la Santa Trinidad.

Poco antes de caer enfermo, había sofocado con éxito la agresión de las tribus bárbaras en las riberas del Íster; ahora que se ha recuperado, podrá dedicar los meses de la primavera a restablecer el orden en el resto de Tracia. Apenas ha pasado un año desde el día de su coronación y Teodosio tiene aún muchos planes para consolidar la grandeza del imperio. La cercanía de la muerte y las conversaciones con Acolio le han hecho comprender que el Estado no puede continuar en el marasmo de los antiguos dioses ni en la indefinición en que ha vivido desde los tiempos de Constantino. Debe abrazar la verdadera fe, dejarse infundir por la divinidad. Sólo así será fuerte, unido y santo. Sólo así sus leyes podrán tener el fundamento de la admonición divina, y la ignorancia o negligencia de las mismas podrán ser sancionadas como sacrilegio. Sólo así podrá el príncipe participar de la santidad y conferirla después a sus actos.

Tiene razón el probo obispo al lamentar las disensiones que separan a muchos cristianos de las verdaderas enseñanzas de los apóstoles confirmadas en el credo de Nicea; pero ese mal pronto será atajado, pues Teodosio proveerá las leyes necesarias para la salvaguarda de la paz de la Iglesia y para que eunomianos, arrianos, maniqueos, apolinaristas y otras gentes díscolas no encuentren ocasión de entregarse a su locura. De hecho, ya tiene meditado el

edicto solemne que piensa dirigir al pueblo de Constantinopla y esta misma tarde, al volver a palacio, ha de dictarlo a los escribas:

Deseamos que todas las gentes gobernadas por nuestra clemencia profesen la religión que el divino apóstol Pedro dio a los romanos, y que es la que hoy profesan el pontífice Dámaso y el obispo de Alejandría Pedro, varón de santidad apostólica. Así, de acuerdo con la disciplina de los apóstoles y con la doctrina de los Evangelios, creamos en la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, iguales en majestad bajo la Santísima Trinidad. Disponemos que los que sigan esta ley sean llamados cristianos católicos; consideramos a los otros dementes y vesánicos, y ordenamos que sean infamados con el nombre de herejes y que sus conciliábulos no reciban el nombre de iglesias, pues han de ser castigados, primero por la venganza divina y después por nuestra iniciativa, que tomaremos de acuerdo con el arbitrio celeste.

Código de Teodosio, XVI, 1.2 y 5.7.

SOZÓMENOS, IV, 4.

SÓCRATES ESCOLÁSTICO, V, 6.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

COCHRANE, Ch. N., *Cristianismo y cultura clásica*, México D.F., FCE, 1949.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997. [Existe traducción en castellano: *Breve historia de Bizancio*, Madrid, Cátedra, 2000].

EUREA TESPROCIA

380

Después de largos meses de durísimo trabajo, Donato, obispo de la diócesis de Eurea, bendice por fin el nuevo templo construido en el lugar llamado Omfalia, muy cerca de las aguas del Aqueronte.

Una buena cuadrilla de canteros de la zona ha trabajado codo a codo con los clérigos en esta provechosa obra. Las losas que cubren el suelo, las columnas que sujetan la bóveda y las piezas de mármol del iconostasio han sido rescatadas por ellos de las viejas ciudades que destruyeron los romanos y acarreadas con esfuerzo hasta aquí a través de caminos y bosques.

La fama de santo de Donato ha reunido a numerosos fieles en la consagración del nuevo templo. Todos saben de su humildad, de sus buenas obras y de las muchas gracias que le ha concedido el Señor; hasta se dice que de Constantinopla han enviado un mensajero para convocarle al concilio de los Santos Padres.

Nadie en toda Tesprocia, ni uno solo de los presentes en esta ceremonia, desconoce el prodigio que realizó Donato en la fuente de Soreia, cuyas malas aguas traían la muerte a quienes por descuido bebían de ellas. Todos saben que, acompañado de sus clérigos, Donato se acercó montado en un asno al lugar donde manan las aguas y encontró allí anidada una terrible sierpe. Dicen que cuando la bestia intentó derribar de su montura al santo varón, éste le dio muerte con un solo golpe de su fusta, y que después, poniendo pie en tierra, dijo una oración, bendijo el agua y bebió de ella, exhortando a los demás a que no temieran e hicieran lo mismo.

De Fotice a los montes de Suli, todo el mundo conoce esta historia con mayor o menor detalle. Algunos dicen que la sierpe se enredaba con fuerza en las patas del asno; otros, que Donato le aplastó la cabeza con un báculo. Cincuenta años después de este suceso, Hermias Sozómenos, arzobispo de Gaza, informando al emperador Teodosio II sobre la santidad de los obispos de su reino, escribirá en su *Historia eclesiástica*:

En ese tiempo, en toda la ecumene, muchos eran los obispos renombrados; así Donato de Eurea, en el Epiro, de quien dicen que, entre otros muchos prodigios, realizó el de dar muerte a la serpiente que anidaba junto al camino de los llamados Puentes Bajos, la cual se arrojaba por igual sobre corderos, bueyes, caballos y hombres. A ella se fue sin empuñar espada, ni lanza ni hierro alguno, y, cuando ésta alzó la cabeza para atacar, hizo en el aire la señal de la cruz con dos dedos y después escupió. La saliva fue a dar a la boca de la bestia, que al punto cayó fulminada; y entonces pudo verse que su tamaño no era menor que el de los reptiles que se cuenta que existen en la India. Por lo que he sabido, aparejaron los lugareños ocho yuntas para arrastrar al bicho a un campo cercano y quemarlo allí, no fuera que al pudrirse corrompiera el aire y trajera la peste. Testigos de esto son los habitantes de Soreia, villa de Eurea, donde todo esto sucedió.

SOZÓMENOS, *Historia eclesiástica*, VII, 25.

Gran Santoral (Μέγας Συναξαριστής, Δονάτος ο Ευροιάς).

MOUSSELMIS, S., *Ο Αρχαίος Άδης και το Νεκρομαντείο της Εφύρας*, Ioannina, Εκ. Λ. Μ., 2004⁴.

—, *Αρχαιότητες της Θεσπρωτίας*, Ioannina, Εκ. Λ. Μ., 2004².

ANTIOQUÍA

386

Hace casi dos años, el prefecto pretorio Materno Cinegio salió de Constantinopla con la misión de cerrar los templos no cristianos, incautarse de los instrumentos de la idolatría o destruirlos, abolir los privilegios de los sacerdotes paganos y confiscar la propiedad de sus santuarios en beneficio del emperador, la Iglesia o el ejército.

Ahora, en manos de Cinegio y de su fanática esposa Acancia, aquella encomienda imperial se ha convertido en una correría impune en la que hordas de monjes exaltados irrumpen en los templos armados de bastones y barras de hierro, reducen con violencia a los sacerdotes y destrozan hasta los cimientos cada lugar que toman por asalto.

Comenzaron por Macedonia y Tracia, después cruzaron Anatolia y ahora llegan a Siria con intención de continuar hacia Palmira, Palestina y Egipto. Estos días han sido vistos en las afueras de la ciudad. Algunos sacerdotes y rústicos que han llegado a la capital como suplicantes dicen que los soldados y los monjes de Cinegio están talando el bosque sagrado de Ártemis, que han destrozado las estatuas de las hornacinas y que han prendido fuego al tejado del templo de Deméter y Core. Otros fueron apaleados la tarde de ayer tratando de impedir la destrucción del recinto sagrado de Pan y de las Ninfas.

En los campos de los alrededores de Antioquía, el prefecto pretorio Materno Cinegio entrega al hierro y a las llamas los santuarios ancestrales de los gentiles. Mientras, en una casa de la ciudad, el viejo maestro de retórica Libanio—prefecto pretorio él también a título honorario—escribe una cautelosa misiva al emperador Teodosio para hacerle entender que los templos son el alma del campo, que santifican desde el primer momento el lugar donde el hombre se instala, que en ellos depositan sus anhelos las gentes piadosas rogando a la divinidad por sus maridos, sus esposas, sus hijos y sus bueyes, y que, en el fondo, el propio Estado pone en peligro su despensa y sus arcas robándole a los hombres que cuidan de la tierra los dioses y las esperanzas.

LIBANIO, *Discursos*, 30 (*Sobre los santuarios*).

ZÓSIMO, *Nueva historia*, IV, 37 y 45.
Código de Teodosio, XVI, 10.9.
HIDACIO, *Crónica*, X.
TEODORETO, *Historia eclesiástica*, v, 21.

KAZHDAN, A. (ed.), *The Oxford Dictionary of Byzantium*, Oxford, Oxford University Press, 1991.
GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).
MATHEWS, J. F., «A pious supporter of Theodosius I», en *Journal of Theological Studies*, 18, Oxford, Oxford University Press, 1967.

TESALÓNICA HIPÓDROMO

390

Desde las últimas horas de la mañana, la vía Egnatia, los alrededores del palacio y las calles que suben desde el puerto han comenzado a llenarse de gente que viene hacia el hipódromo. El emperador Teodosio está ausente en Milán, pero ha dado su consentimiento para que se celebren las carreras previstas pese a los altercados que hace algunas semanas acabaron con la vida del general Buterico, jefe de la guarnición imperial.

Este godo cristiano, veterano de las guerras de Iliria, había encarcelado al mejor de los aurigas de la ciudad para vengar una afrenta personal (algunos dicen que el auriga se enamoró de uno de sus soldados y otros que trató de matarle cuando le sorprendió borracho en un tugurio). Hace apenas un mes el pueblo reclamó la libertad del atleta para verlo correr en el hipódromo, pero Buterico se negó a soltarlo. Todo el mundo empezó a protestar, y un grupo de exaltados—hartos de la presencia en la ciudad de esta guardia de bárbaros—tomó por asalto el cuartel y dio muerte a Boterico y a otros jefes.

Ahora las cosas parecen haber vuelto a la normalidad. Los mercaderes que han llegado con motivo de las fiestas han instalado sus puestos a lo largo del puerto. Hombres y mujeres, tesalonicenses y forasteros, se reúnen y se saludan en los jardines del hipódromo. Grupos de muchachos se agolpan a las puertas de entrada y corren por las galerías para coger los mejores asientos. Como es natural, la guarnición ha sido reforzada para garantizar el orden en los juegos: además de en las puertas, hay soldados en todos los accesos, en las bocas de los vomitorios, rodeando la pista y apostados a lo largo de la última grada.

La gente sigue entrando hasta que se cierran las cancelas de hierro. Los nuevos jefes de la guarnición imperial han recibido de Milán la orden de escarmentar al pueblo sedicioso y restaurar la autoridad. No hay tiempo para largos procesos en busca de culpables. Hasta el anochecer, aún quedan casi cuatro horas. Al menos siete mil ciudadanos serán pasados por la espada.

TEODORETO, V, 17.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Penguin Classics, Londres, 2001 (1776-1788¹).

COCHRANE, Ch. N., *Cristianismo y cultura clásica*, México D.F., FCE, 1949.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

MILÁN CATEDRAL

390

Ambrosio, obispo de Milán, ha pedido que le dejen solo. Acaba de despachar al taimado Rufino, ministro del emperador, quien le ha traído la noticia de que Teodosio viene en estos momentos hacia el templo, decidido a implorar la absolución.

Han pasado ocho meses desde aquella carnicería en Tesalónica de la que Rufino fue en buena medida instigador, y ocho meses también desde aquel día en que, a la puerta de la catedral, rodeado de una nutrida multitud, Ambrosio le negara al príncipe la entrada en la Casa de Dios y el sacramento de la comunión.

Al obispo le consta que sus severas amonestaciones han surtido efecto: sus reflexiones sobre la inconsistencia de la vida terrena, sobre la debilidad de ese cuerpo que ahora viste la púrpura imperial y sobre la comparecencia futura a las puertas del cielo con las manos manchadas de sangre de inocentes han calado muy hondo en el alma del emperador. Ambrosio se acerca con discreción a la celosía que mira a la antesala. Allí está Teodosio, postrado de bruces sobre el suelo, sin diadema que le ciña las sienes, descalzo y vestido con la arpillera de los penitentes.

Es Navidad y Ambrosio ha decidido otorgarle el perdón. Antes le exigirá que cumpla con su propia ley y que respete la demora de treinta días para la ejecución de toda sentencia de muerte, poniendo de este modo freno a su ira y dando tiempo a la llegada del arrepentimiento y al ejercicio de la gracia. El obispo no teme que le acusen de injerirse en el poder sobre el mundo; a fin de cuentas, quienes lo eligieron como prelado siendo gobernador de Emilia y de Liguria lo hicieron inspirados por su peso político para combatir el arrianismo, y no les importó que, en sólo una semana, pasara por los grados de catecúmeno, sacerdote y obispo. Teodosio se humilló ante él como ante un verdadero embajador del Cielo, cosa que nunca hubieran hecho muchos otros de menor dignidad. La batalla ya está ganada: es la primera vez que el poder espiritual ha sido afirmado con tanto valor frente al terrenal, y la primera vez

que un príncipe reconoce una autoridad mayor que la suya y acata de ella juicio y penitencia.

SOZÓMENOS, VII, 25.

TEODORETO, V, 17.

AMBROSIO, *Epístolas*, I, 51.

Código de Teodosio, IX, 40.13.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

COCHRANE, Ch. N., *Cristianismo y cultura clásica*, México D.F., FCE, 1949.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

CONSTANTINOPLA CALLES DE LA CIUDAD

395

Rufino, tras haber asesinado sin piedad a su rival Luciano en Antioquía, regresa a toda prisa a la corte para llevar a cabo su próximo plan. De todas las facciones enfrentadas del imperio, no hay ninguna que no le impute los más nefandos crímenes. Su elocuencia, su ambición y su falta de escrúpulos le han llevado en los últimos años hasta la dignidad de prefecto pretorio, y ahora, inclinado sobre el oído del joven emperador Arcadio—un muchacho torpe y desidioso de diecisiete años—, ejerce su influencia directa sobre el Sacratísimo Príncipe que gobierna las tierras y las vidas de los hombres desde las verdes riberas del Danubio hasta los arenosos confines de Etiopía y Persia.

Rufino llega a la ciudad dispuesto a casar a su hija con el emperador, a convertirse en padre de una nueva estirpe de príncipes y a salvar de este modo los escasos escollos que le separan del poder absoluto. Apenas han pasado tres meses desde el solemne entierro de Teodosio y ya sale por la puerta de palacio un bullicioso cortejo de eunucos con guirnaldas que llevan la diadema y la seda imperial a casa de la nueva novia. Al pasar por las calles, la gente los aclama alborozada, y los muchachos y muchachas se unen al séquito que anuncia el himeneo.

De repente, para sorpresa de todos los presentes, el cortejo entra en casa del difunto general Promoto y le entrega las prendas nupciales a la sensual y hermosa Eudoxia, la joven de flequillo de cortesana con la que Arcadio ha decidido casarse, instado por las apasionadas palabras del eunuco Eutropio durante la ausencia de Rufino. Informado de ello en sus aposentos de palacio, Rufino comprende la traición del ambicioso Eutropio, comprende la venganza silenciosa de los hijos del valiente Promoto—a quien él ordenó asesinar en el exilio—, comprende, en fin, que, como el gran Heracles, ha sido vencido por un enemigo muerto.

ZÓSIMO, *Nueva historia*, V.
Código de Teodosio, VI, 13.1.

CAMERON, D., LONG, J., y SHERRY, L., *Barbarians and Politics at the Court of Arcadius*, Berkeley, University of California Press, 1993.
MAYER, W., «Aelia Eudoxia», en *De Imperatoribus Romanis*, www.roman-emperors.org, 2002.
GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

ESPARTA

396

Sentados en las últimas gradas del teatro, sobre la falda de la colina de la Acrópolis, comparten el silencio y la desolación los primeros refugiados espartanos que han descendido del Taigeto ahora que las hordas de Alarico han abandonado la llanura. Son un grupo de hombres que han venido a comprobar si el regreso a la ciudad es seguro, a encontrar las ruinas de sus casas, a sepultar los cuerpos putrefactos de sus parientes y vecinos.

Durante más de un año, estuvieron llegando a la ciudad noticias escalofrantes del avance de Alarico hacia el sur. Primero, saqueó por completo las tierras de Tracia y Macedonia, matando a todo varón capaz de empuñar un arma y llevándose consigo a las mujeres y a los niños. Después pasó a Tesalia y a Beocia, dejando a los tebanos atrincherados en la Cadmea por su ardiente deseo de llegar cuanto antes a Atenas y al Pireo. Dicen que, sobre los muros de Atenas, vio alzarse con la égida a la diosa Atenea y al espectro de Aquiles como defensor de la ciudad, y que por ello ofreció a los atenienses un pacto y respetó sus vidas y sus bienes. Después arrasó Eleusis, y Mégara, y Corinto, y saqueó la Argólida entera sin que nadie opusiera resistencia.

Cuando los espartanos supieron que el príncipe de los godos estaba ya en Arcadia, consideraron prudente preparar la retirada a las montañas. Ahora que todo ha terminado, algunos de los hombres reunidos en las ruinas del teatro han comenzado a murmurar cómo no hubo un Leónidas ni unos trescientos espartanos que cortaran el paso en las Termópilas a un jefe bárbaro de veinticinco años; cómo no hubo en el desfiladero de las Rocas Escironias ejército capaz de detener a unas tropas que marchaban en fila de a dos; cómo no se agotó hasta el último recurso para impedir que Alarico y su pueblo cruzaran finalmente el istmo de Corinto.

Algunos hablan de la traición y la complicidad del procónsul Antíoco y el general Gerontio, meros ejecutores de las maquinaciones del prefecto Rufino desde Constantinopla. Otros deploran que el ejército del imperio haya quedado en manos de bárbaros convertidos en patricios, como el vándalo Estilicón, el visigodo Gainas o el propio Alarico, a quien Teodosio en persona

nombró general. Entretanto, una tribu de godos federados al imperio y liderados por su joven rey saquea sin piedad las ciudades más insignes de la antigua Hélade, masacra a una población que ha perdido el poder de defenderse y, con la ayuda de los monjes arrianos que alientan al neófito y devoto Alarico a la aniquilación del paganismo, expolia los santuarios, quema los templos y destruye cuanto no puede llevarse consigo.

Uno de los presentes habla de los tiempos en que Esparta no tenía muros. Desde el teatro, las cumbres del Taigeto aparecen nevadas. Sin duda, el invierno que se avecina será duro.

ZÓSIMO, *Nueva historia*, V.

EUNAPIO, *Vidas de filósofos y sofistas*, VII, 3 (Máximo).

CLAUDIANO, *Rufino*, II, 186; y *La guerra gética*, 611.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

ATENAS

402

Cuando hace unos días Sinesio de Cirene desembarcó en el puerto del Pireo, creía firmemente que su visita a Atenas le haría crecer en sabiduría al menos un palmo y un dedo. Sinesio va a cumplir treinta años y, salvo los tres últimos —en que ha servido a su ciudad como embajador en Constantinopla—, el resto de su vida lo ha pasado cazando, pescando, cuidando de su hacienda y estudiando todo libro que cae en sus manos. En Alejandría ha trabado amistad con la respetada filósofa Hipatia, que le ha enseñado matemáticas, astronomía y que el universo es una creación en armonía regida por un dios supremo. Esta amistad y esta fascinación por su maestra le abrieron hace tiempo el deseo de conocer Atenas.

Hoy maldice la suerte del capitán del barco que le trajo hasta aquí. Desde la casa junto al mar donde se aloja, en el demo de Anagirus, escribe a su hermano contándole que la ciudad no conserva otra cosa que el eco de sus gloriosos nombres. A sus ojos, toda Atenas semeja el pellejo de un animal sacrificado que evoca tristemente la criatura viva que fue. La filosofía parece haber abandonado su santuario. Se ha sentido tratado como un asno por los que se pasean con vanidad de semidioses por lo que queda de la Academia y el Liceo y saben de Platón y de Aristóteles menos que él. Al menos en Alejandría se aprecia la sabiduría de Hipatia.

Esta mañana fue a visitar el pórtico donde enseñaba Zenón, ansioso por conocer la cuna del estoicismo y admirar de cerca las famosas obras del pintor Polignoto. Pero las paredes del Pórtico Historiado están desnudas. Peor que desnudas: despojadas; porque el procónsul mandó retirar las pinturas, privando aún más al pueblo de la posibilidad de aprender. Ya no están Teseo ni las amazonas, ni los héroes de Maratón, ni los inmortales presenciando la caída de Troya. Si un día Atenas fue famosa por su sabiduría, hoy sólo puede serlo por la miel del Himeto.

SINESIO DE CIRENE, *Cartas*, 16, 54 y 136.

PAUSANIAS, I, 15 y 31.1.

GARZYA, A., *Opere di Sinesio di Cirene*, Turín, UTET, 1989.

BREGMAN, J., *Synesius of Cyrene: Philosopher-Bishop*, Berkeley, University of California Press, 1982.

ALEJANDRÍA

415

En efecto, los anaqueles están vacíos. Las zarzas, el silencio y el eco rodean hoy las ruinas de lo que fue la biblioteca del Serapion. A pocos metros de estas piedras caídas, la gente entra y sale de la iglesia de los Mártires, erigida hace unos veinticinco años por el obispo Teófilo y el emperador Arcadio. Desde que fueron traídas aquí las sagradas reliquias de san Juan Bautista y del profeta Eliseo, este templo es objeto de gran veneración.

El joven Pablo Orosio, de paso en la ciudad camino de Palestina y procedente de la lejana Hispania, merodea pensativo por estas salas desmoronadas y abiertas ahora al cielo. Le han dicho que era aquí donde estaban los libros de los antiguos y ha querido visitar el lugar. Él ha leído a Livio, a César, a Suetonio, y ahora tiene el propósito de escribir una historia que pruebe que es la mano de Dios la que determina el destino de las naciones. Porque es sabido que el poder sobre el mundo fue sucesivamente de Babilonia, de Macedonia, de Cartago y de Roma hasta llegar a manos de un príncipe cristiano, y por ello, contra las actuales calumnias de los paganos, los seguidores de Cristo deben demostrar que no ha sido su supuesta impiedad, sino la voluntad del Altísimo, lo que hizo que Alarico destruyera Roma hace ahora cinco años.

Desde esta colina se ve bien el mar, y toda Alejandría parece una playa de guijarros en vez de una ciudad. Preguntando qué fue de los papiros que había en estos nichos, Orosio se ha enterado de que han ido perdiéndose en los últimos años: algunos siguen en la ciudad, en manos de quienes han intentado conservarlos para volver a reunirlos algún día, otros han embarcado para Roma, otros para Constantinopla. Todo empezó cuando el obispo Teófilo obtuvo del emperador licencia para destruir este santuario.

Estos días, testigos presenciales de los que Orosio no duda en absoluto le han ido refiriendo los desmanes de aquellos años. La insensatez y la enajenación tomaron las calles. El obispo Teófilo llamó a los eremitas del desierto y profanó con ellos el santuario de Dioniso, haciendo escarnio público de los falos sagrados y de otros objetos de veneración. En respuesta, el filósofo Olimpio, otro exaltado, lanzó a sus seguidores a la caza de

cristianos y aquello terminó en una hecatombe. Durante meses los fanáticos paganos estuvieron atrincherados aquí, en lo que fue santuario del dios Sérapis, alimentando la venganza contra los devotos de Cristo. Daban batidas por las calles y volvían rápidamente a este bastión en la colina, donde torturaban a sus prisioneros y los hacían morir en la cruz. Las autoridades supieron actuar con prudencia y consiguieron establecer una tregua a la espera de la resolución del propio emperador. Nada más llegar ésta, ambos bandos se congregaron en el ágora para escuchar al heraldo imperial, y cuando los cristianos oyeron proclamar que Teodosio ordenaba la destrucción de todos los ídolos paganos, estallaron en gritos de júbilo y ya nada pudo detener a Teófilo.

El anfitrión que hospeda a Orosio en la ciudad, uno de los amigos fieles de Agustín de Hipona, le muestra al joven los enormes sillares de piedra que los cristianos no consiguieron remover del Serapion y que ahora sirven de cimientos a la iglesia de los Mártires. Este hombre le ha contado también algunas de las cosas que andaban de boca en boca los días posteriores al asalto al santuario. Los que entraron al templo con Teófilo decían que, al cruzar el umbral, las voces de la turba se acallaron por unos momentos ante la estatua colosal del dios. Nadie se atrevía a destruirla por si lo que creían los paganos era cierto y cielo y tierra volvían a sumirse en el caos del origen del mundo. Entonces, un soldado armado con un hacha se subió a una escalera y trepó por la estatua de Sérapis. De un golpe le cortó una mejilla, y al ver que no pasaba nada continuó golpeándola mientras la multitud se abalanzaba enloquecida sobre ella. Sus miembros mutilados fueron después quemados en el anfiteatro. La gente corría entusiasmada por las calles con los despojos menores del Serapion, pues los exvotos de oro y plata fueron apartados para ser fundidos y aprovechados por la Iglesia. Algunos paganos pensaron entonces que el dios se vengaría impidiendo la crecida del Nilo, pero, aunque con retraso, las aguas vivificadoras volvieron a inundar ese año los campos.

Volviendo a su interés por los libros, Orosio le pregunta a su anfitrión qué sabe de los miles de volúmenes que Séneca dice que ardieron cuando César mandó quemar la flota anclada en el puerto y el fuego se propagó a la ciudad. El alejandrino no sabe nada. De eso hace mucho tiempo y a él no le gusta hablar de lo que no conoce. Si lo supiera, le contaría ahora que entonces ardieron gran parte de los libros que los Ptolomeos habían conseguido reunir para el Museo. Le contaría que muchos de aquellos volúmenes fueron depositados aquí, en el recinto del santuario de Sérapis, y que a ellos vinieron a sumarse los de la famosa biblioteca de Pérgamo, que Marco Antonio le

ofreció como regalo a Cleopatra. Podría decirle que el Serapion se quemó varias veces—una de ellas, en tiempos de Cómodo—y que nadie sabe cuántos papiros ardieron en cada una de esas ocasiones. También habría de contarle que Caracalla retiró los fondos asignados por costumbre al Museo y expulsó del santuario a todos los sabios extranjeros. Le informaría de que el templo de las Musas y todos los palacios del Bruquión sufrieron sucesivamente los ataques de Galeno, los de Aureliano y la saña destructora de Diocleciano, quien después de ocho meses de asedio entregó la ciudad a las llamas. Y no le ocultaría, finalmente, que este mismo santuario del Serapion, cuyas ruinas contemplan ahora con curiosidad, fue saqueado cuando él era aún un niño por el obispo arriano Jorge de Capadocia, amigo de los libros sagrados, pero aún más amigo de la riqueza y de la represión.

De este modo, Orosio—que es un hombre cabal y abomina de alterar la verdad con especies extrañas—anota en las páginas de su historia del mundo tan sólo lo que sabe de cierto, pues considera honesto deplorar lo ocurrido con los volúmenes de la biblioteca a causa del saqueo del Serapion y elogiar a la vez la labor de quienes se han preocupado de salvarlos. Esto hace, aunque, al igual que su anfitrión, ignora hasta qué punto es un milagro que en Alejandría quede hoy algún papiro antiguo.

OROSIO, *Historias contra los paganos*, VI, 15.

TIRANIO RUFINO, *Historia de la Iglesia*, XI, 22 y ss.

AMIANO MARCELINO, XXII, 11. 3-11 y 16.15.

SÓCRATES ESCOLÁSTICO, III, 3 y V, 16.

TEODORETO, *Historia eclesiástica*, 5, 22.

HERMIAS SOZÓMENOS, *Historia de la Iglesia*, 7, 15.

EUNAPIO, *Vidas de los filósofos y los sofistas* (Antonio).

AFTONIO DE ANTIOQUÍA, *Progymnasmata*, 12.

EUSEBIO DE CESAREA, *Preparación evangélica*, 8.1 (*Carta a Aristeo*); e *Historia eclesiástica*, V, 8.1-15.

IRENEO, *Contra los herejes*, III, 21.2.

CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Stromata*, I, 22; y *Exortación*, 4.

DIÓGENES LAERCIO, V, 77-80.

ESTRABÓN, XVII, 1.8.

AULO GELIO, *Noches áticas*, VI, 27.

SÉNECA, *De la tranquilidad del alma*, 5.

JORGE SINCELO, *Crónica*, p. 282.

TZETZES, *Prolegómenos a Aristófanes* (*Scholium Plautinum*).

EPIFANIO DE SALAMINA, *Pesos y medidas*, XI.

DIÓN CASIO, XLII.

JULIANO, *Epístolas*, IX y XXXVI.

PLUTARCO, *Antonio*, 58.9.

EL-ABBADI, M., *Life and fate of the ancient Library of Alexandria*, París, UNESCO, 1992.

DEFERRARI, R., *Paulus Orosius, The Seven Books of History against the Pagans*, Washington, Catholic University of America Press, 1964.

- HADAS, M., *Aristeas to Philocrates*, Nueva York, Harper, 1951.
- PARSONS, A., *The Alexandrian Library*, Londres, Cleaver Hume Press, 1952.
- CANFORA, L., et al., *La véritable histoire de la Bibliothèque d’Alexandrie*, París, Desjonquères, 1988.
- HANNAM, J., *The Foundation and Loss of the Royal and Serapeum Libraries of Alexandria*, Bede’s Library, 2003.
- GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).
- CALTABIANO, M., «L’assassino di Giorgio di Cappadocia», en *Quaderni Catanesi di Studi Classici e Medievali*, 7, Trento, Università degli studi di Trento, 1985.

CONSTANTINOPLA

428

Hoy, diez de abril, ha llegado el gran día. Una inmensa multitud se ha congregado en los alrededores del templo para asistir a la consagración del nuevo obispo de la capital.

Desde que la Iglesia y el Estado se han acercado, las disputas dogmáticas sobre la naturaleza de Cristo se han convertido en luchas de poder, y las luchas de poder, en disputas dogmáticas sobre la naturaleza de Cristo. Por ello, hace tres meses, para no alimentar las enconadas disensiones y las rivalidades ya existentes entre los eclesiásticos de Constantinopla, el joven emperador Teodosio resolvió llamar a un clérigo foráneo para ocupar la silla del difunto Sisinio.

El elegido ha llegado ya. Se llama Nestorio y ha sido traído a la corte desde el remoto monasterio de Euprepio, en Antioquía. Viene reputado por su ascetismo y su elocuencia—dos buenas cualidades para el apostolado de la fe—y es seguidor del Credo de Nicea. A Teodosio le ha parecido un hombre medurado y capaz.

Tras la sagrada misa y el solemne ceremonial de investidura, todos aguardan expectantes la primera alocución del nuevo patriarca. Están presentes todos los eclesiásticos de la metrópoli, los candidatos rivales de la diócesis Felipe y Proclo, los cónsules Félix y Tauro, todos los dignatarios de la corte y el pueblo entero de Constantinopla. Tocado con los atributos de su dignidad, Nestorio sube al púlpito y, con su voz sonora y vehemente, dirige sus primeras palabras al emperador:

¡Oh, soberano! ¡Dame la tierra purgada de herejes y a cambio te daré yo el cielo! ¡Ayúdame tú a destruir a los herejes y tendrás mi ayuda para destruir a los persas!

SÓCRATES, *Historia eclesiástica*, VII, 29.

CONSTANTINOPLA

439

Todas las disputas sobre dogmas son innecesarias e injuriosas, sembradoras de una discordia que nunca ha de cesar porque emana en el fondo de envidias y odios personales ante los que ninguno de los litigantes está dispuesto a escuchar ni a ceder.

Con este espíritu ecuánime y sereno, Sócrates, letrado de Constantinopla, va dando fin al largo empeño de continuar hasta sus días la *Historia eclesiástica* iniciada por Eusebio de Cesarea. Acaba de cumplir sesenta años y se ha propuesto terminar su obra en esta primavera.

Releyendo algunos pasajes, Sócrates comprueba con orgullo que ha sabido plasmar en este escrito su condena a las controversias teológicas por la inquina y el odio que engendran. También le satisface no haber pecado de tibieza en su reprobación constante de la guerra. En cuanto al uso de las fuentes paganas, alega en su defensa que el propio apóstol Pablo las había leído y citado en sus alocuciones, y que el negligente rechazo que sus hermanos en la fe hacen de estos autores no lleva a los cristianos más que a la ignorancia y a la imposibilidad de debatir seriamente con los paganos cultos.

En definitiva, Sócrates sabe que esta *Historia* que pronto entregará a su mentor Teodoro ha sido escrita con honestidad, sentido de la justicia y vocación de imparcialidad; y que su profundo respeto por los cristianos piadosos y por los monjes probos incluso le ha llevado en ocasiones a censurar sin ambages a algunos altos dignatarios de la Iglesia, como Crisóstomo o Cirilo.

Precisamente ahora, antes de detenerse a releer, acaba de poner punto final al capítulo xv del último volumen de su obra con algo acaecido veinticinco años atrás que su conciencia le impide silenciar:

Hubo en Alejandría una mujer llamada Hipatia, hija del filósofo Teón, que alcanzó tales logros en la literatura y en la ciencia que llegó a aventajar a los demás filósofos de su tiempo. Admitida en la escuela de Platón y Plotino, explicaba los principios de la filosofía a quienes la escuchaban, algunos de los cuales acudían desde grandes distancias para recibir sus enseñanzas. Gracias a la serenidad y la desenvoltura que había adquirido con el cultivo de su espíritu, no era infrecuente verla en público en compañía de los magistrados, y jamás se sentía insegura en una asamblea de hombres, pues ella era entre todos la más estimada por su dignidad y su virtud. Pero aun así, fue víctima de las envidias

políticas de aquel momento. Dadas sus frecuentes entrevistas con el prefecto Orestes, el populacho cristiano propaló la calumnia de que era ella quien impedía a Orestes la reconciliación con el obispo. Así pues, algunos de aquéllos, impelidos por un celo fanático y brutal y capitaneados por cierto lector de nombre Pedro, la aguardaron emboscados a su regreso a casa y, tras sacarla con violencia de su carruaje, la condujeron hasta la iglesia del Cesáreo, donde la desnudaron por completo y la mataron cortándole las carnes con conchas. Después de despiezar su cuerpo, llevaron sus miembros mutilados al lugar conocido como Cinarón y allí los quemaron. Este asunto atrajo el mayor oprobio, no sólo sobre Cirilo, sino también sobre toda la iglesia de Alejandría. Y es seguro que nada puede estar más alejado del espíritu de la cristiandad que la permisividad con este tipo de masacres, contiendas y refriegas. Todo esto sucedió durante el mes de marzo, en tiempo de Pascua, en el cuarto año del episcopado de Cirilo, en el décimo consulado de Honorio y el sexto de Teodosio.

SÓCRATES, *Historia eclesiástica*.

DAMASCIO, *Vida de Isidoro*, citado en *Suda*.

JUAN DE NIKIU, *Crónica*, 84.87-103.

PALESTINA RIBERA DEL JORDÁN

443

La pequeña caravana que conduce a Eudocia desde Constantinopla hasta Jerusalén ha hecho un último alto junto al río, aquí donde comienza a divisarse la colina de Sión. Después de un largo y fatigoso camino, Eudocia llega por fin al destino de su último viaje. Sabe que será el último, porque ella ha decidido que lo sea.

Este retiro voluntario en Jerusalén es el mejor final que Eudocia puede darle a una vida guiada por el espíritu de la benevolencia y la fraternidad, a una historia—ya larga—que comienza cuando ella no era aún Aelia Licinia Eudocia Augusta, esposa del emperador Teodosio II, sino Athenais, la hija del sofista pagano Leoncio. Aquel lejano día en que ella sola se presentó en palacio llegada desde Atenas, su belleza, sus exquisitos ademanes y su impecable dominio de la lengua inflamaron el ánimo, primero de la princesa Pulqueria y, después, del joven soberano. Luego vino su bautismo, sus bodas, el nacimiento de la pequeña Eudoxia; y también los hermosos proyectos compartidos con Ciro de Panópolis, el prefecto pretorio de la ciudad, que dieron al Imperio cristiano su primer código histórico de leyes y a Constantinopla un centro de estudios comparable a las escuelas atenienses.

Ahora, Eudocia abandona la corte acusada de adulterio por la suspicacia de Pulqueria y desamparada por la debilidad de su esposo. En este mismo vado en el que abrevan las cabalgaduras, se detuvo también hace casi seis años, cuando peregrinó a los Santos Lugares en acción de gracias por el afortunado casamiento de su hija con Valentiniano. En aquella ocasión, financió con liberalidad la fundación de iglesias e instituciones de beneficencia y regresó a la corte con las sagradas reliquias de san Esteban, con las cadenas que soportó el apóstol Pedro y con la hermosa imagen de la Virgen pintada por el evangelista Lucas.

Ahora no habrá más viajes: unos fieles amigos, algunos libros amados y una morada discreta y apacible en las cercanías del sepulcro de Cristo. A la vuelta del tiempo y la fortuna, Eudocia vuelve a ser Athenais, lejos de su

patria, con la piel menos tersa, componiendo con versos prestados de Homero un largo poema sobre la vida de Jesús.

SÓCRATES, *Historia eclesiástica*, VII, 21 y 22.

IOANNIS MALALAS, *Crónica*, XIV.

ZONARAS, XIII.

Crónica Pascual (Πασχάλιο Χρονικό), A. D. 420 y 421.

BARONIO, *Anales Eclesiásticos*, A. D. 438 y 439.

USHER, M. D., *Homeric stitchings: the Homeric Centos of the Empress Eudocia*, Lanham MD, Rowman & Littlefield Publishers, 1998.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire*, Londres, McMillan & Co., 1923.

OLIMPIA

445

Omnibus sceleratae mentis paganae execrandis hostiarum immolationibus damnandisque sacrificiis ceterisque antiquorum sanctionum auctoritate prohibitis interdicimus cunctaque eorum fana templa delubra, si qua etiam nunc restant integra, praecepto magistratuum destrui collocationeque venerandae christianae religionis signi expiari praecipimus, scientibus universis, si quem huic legi aput competentem iudicem idoneis probationibus illuisse constiterit, eum morte esse multandum. dat. xviii kal. dec.

[A todos los de mente pagana e impía, autores de execrables inmoluciones de víctimas y demás condenables sacrificios de los antiguos, dirigimos nuestra prohibición, y por precepto de los magistrados ordenamos que todos sus santuarios, templos y lugares sagrados, si todavía permanecen íntegros, sean destruidos y purificados mediante la colocación del signo de la veneranda religión cristiana, y si, estando esta ley en conocimiento de todos, fuera probado fehacientemente ante un juez competente que alguien la ha infringido, sea éste castigado con la muerte].

Después de casi diez años desde el edicto promulgado por Teodosio y Valentiniano, por fin han empezado las obras para la construcción de la basílica de Olimpia.

Una pequeña cuadrilla de canteros descansa a mediodía sobre el estilóbato del antiguo templo de la Madre de los Dioses, de donde están sacando piedra. Mientras comparten el almuerzo, los obreros recuerdan que de niños venían a jugar a este lugar, que era como un bosque encantado, lleno de palacios en ruinas, monstruos de piedra y estatuas de los gentiles sin cabeza. Dos de ellos cuentan que, en verano, venían a bañarse a la fuente redonda y se tiraban desde el toro al agua; otro cuenta entre risas que un día lo apaleó su padre porque había llevado a casa una figura de mármol con los pechos desnudos; el más viejo dice que aún se acuerda, como si fuera hoy, del día en que todo el pueblo se congregó junto al gran templo para ver cómo los soldados sacaban la estatua de oro del dios.

Desde que Teodosio el Grande puso fin a los Juegos poco antes de morir, todo este fértil valle en la confluencia del Cladeo y el Alfeo se ha ido convirtiendo en una selva llena de lodos y despojos. Los edictos de Arcadio para la reparación de calzadas, puentes y acueductos autorizaron en su día a los vecinos a aprovechar la piedra de los antiguos edificios y a instalar en la zona un horno de cal. Ahora, tras varias semanas de labores de roza,

comienza a construirse una basílica sobre las ruinas del taller donde Fidias labró la estatua criselefantina de Zeus.

El nuevo templo utilizará como cimiento el grueso muro de sillares de la edificación anterior. Las paredes se levantarán de ladrillo, pero las columnas y los demás elementos de sostén se tomarán de los restos del santuario pagano. La nueva basílica tendrá tres naves, iconostasio de mármol y un ábside detrás del altar.

Dicen que el antiguo edificio fue templo común de todos los dioses de los gentiles, pero el obispo ha purificado ya el lugar para que puedan comenzar las obras. Algunos religiosos opinan que los templos antiguos podrían ser utilizados como iglesias en su forma original una vez consagrados por el signo de la cruz; pero, para la mayoría, lo más prudente es demolerlos y edificar sobre sus restos las nuevas iglesias, triunfar de esa manera sobre el error y la superstición, impedir que un segundo Juliano pueda algún día reabrirlos y restaurar el culto a las falsas deidades y a los demonios.

Código de Teodosio, XV, 1.36 y XVI, 10.16 y 10.25.

PAUSANIAS, V, 11 y 15.1.

CIRO SIRIA 450

Teodoreto, que a la muerte de sus padres repartió su fortuna entre los pobres e ingresó como monje en el monasterio de Nicerta, ha sido promovido contra su voluntad a obispo de la diócesis de Ciro. Su labor pastoral es dura: tiene a su cargo casi ochocientas parroquias y un buen número de cenobios y ermitas desperdigadas por las tórridas arenas del desierto. En su firme lucha contra los herejes, ha destruido más de doscientas copias del *Diatessaron*, esa perniciosa vulgarización de los Santos Evangelios que escribiera el asceta Taciano.

Cuando sus labores se lo permiten, Teodoreto se dedica con pasión a una misión que considera extremadamente urgente y necesaria: continuar demostrando, como Eusebio de Cesarea, que la historia humana no es sino una preparación al cristianismo que culminará con la segunda venida del Salvador. Hoy, su *Historia eclesiástica* ha llegado al momento de narrar para la posteridad la hora en que el emperador Juliano cae herido de muerte entre sus propias tropas, y de ilustrar con algún episodio verídico su actitud impía:

El nombre del autor de este certero golpe nadie lo ha sabido hasta hoy. Algunos dicen que fue obra de un ser invisible; otros, que fue uno de los nómadas a los que llamaban ismaelitas; otros, un soldado de caballería que no pudo aguantar los dolores del hambre en el desierto. Pero, ya fuera un hombre o un ángel quien empuñara el hierro, sin duda el autor de aquella hazaña fue un ministro de la voluntad de Dios. Cuentan que, cuando Juliano recibió la herida, empapó su mano en la sangre y, alzándola en el aire, gritó: «¡Has vencido, galileo!». De este modo, reconoció la victoria con una blasfemia. Hasta ahí llegó su presunción.

Juliano había dejado Édessa a su izquierda por estar adornada con la gracia de la verdadera religión; y, cuando en su vana locura, llegó a Carras, acudió al templo honrado por los impíos y, tras celebrar ciertos ritos con sus compañeros de sacrilegio, mandó sellar las puertas y apostó centinelas con orden de impedir el acceso hasta su regreso. Cuando llegaron noticias de su muerte y el reino de la iniquidad fue sucedido por el de la piedad, el santuario fue de nuevo abierto y en su interior fue hallada evidencia de la última acción valiente, sabia y piadosa del emperador. Una mujer colgaba de lo alto suspendida por el cabello y con los brazos extendidos. Los infames le habían abierto el vientre; y, supongo que, leyendo su hígado, habrían conocido su futura victoria sobre los persas.

TEODORETO, III, 20 y 21.

CEDRINOS, G., *Compendio de historias*, B' 2773-2774 y 2894-2897.

HORNBLOWER, S., y SPAWFORTH, A. (eds.), *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 1996³.

STOBI

MACEDONIA SALUTARIS

492

Ahora que el sol se ha puesto y el viento se ha calmado por completo, Juan Estobeo desciende lentamente por las gradas del teatro en ruinas y regresa a su casa. Esta montaña de mármoles quebrados es un buen sitio para pensar.

De camino a su estudio, ordena en su cabeza las reflexiones éticas de Demócrito que se dispone ahora a compendiar en la obra que, desde hace años, prepara con esmero para la futura educación de su hijo Septimio. Juan ha puesto a su hijo un nombre pagano, rebelándose contra el suyo propio y contra el desbocado fervor cristiano que invadió su ciudad cuando el obispo Budio regresó de Nicea y cuando Teodosio el Grande decidió visitarla.

Del antiguo filósofo atomista, Juan considera provechoso que Septimio llegue a aprender un día que no existen sanciones sobrenaturales para el comportamiento ético, que toda idea de justicia emana del fondo de nuestra propia racionalidad y condición humana.

La crestomatía a la que Juan dedica cada una de sus tardes reúne ya enseñanzas sobre el universo, la naturaleza, el cuerpo, el alma, las pasiones, el conocimiento, la justicia y la templanza, adquiridas todas ellas de la lectura y la meditación de varios centenares de autores antiguos, desde filósofos y poetas hasta historiadores, políticos y médicos. Encerrado en su estudio, oyendo al otro lado del patio los llantos del pequeño, Juan Estobeo ignora que gran parte de los conocimientos que ahora lee en sus viejos volúmenes pronto desaparecerán del mundo, y que será tan sólo su modesto esfuerzo lo que salve para una humanidad aún no nacida la ética de Demócrito, las curiosas respuestas de Tales, algunos apotegmas de los Siete Sabios o buena parte de los versos de Eurípides.

ESTOBEO, *Selecciones; y Antología*.

Suda, s.v. «Ιωάννης».

FOCIO, *Biblioteca*, cód. 167.

WISEMAN, J., *Stobi: a guide to the excavations*, Belgrado, 1973.

ALEJANDRÍA

525

Juan Filópono está contento con la decisión que ha tomado y que, sin duda, ha de cambiar profundamente su vida. Hasta ahora, que media los treinta, ha ocupado su tiempo junto al maestro Ammonio en estudiar gramática, aritmética, geografía y, sobre todo, física. Su gran pasión ha sido siempre la especulación acerca del universo, y en este sentido sus juiciosos comentarios a los postulados de Platón y Aristóteles han despertado muchas veces la admiración y el reconocimiento de los estudiosos de Alejandría y Atenas.

Últimamente, las exigencias de su propia razón le han llevado a buscar un terreno adecuado para el estudio de la metafísica y ha decidido abrazar la fe de Cristo.

Juan no lo sabe aún, pero el futuro le será propicio tras esta decisión. Pronto rebatirá a Aristóteles y a Proclo en sus afirmaciones sobre la eternidad del mundo, sostendrá con argumentos que el universo fue creado de la nada y declarará la limitación de la inteligencia humana para llegar a conocer la Causa Primera. Sus comentarios revisados a la *Física* de Aristóteles y su hipótesis del «ímpetu» de los cuerpos abrirán el camino para una nueva comprensión de la dinámica. Sus ensayos sobre Herodiano, Apolonio o Dionisio Tracio se convertirán en una referencia obligada para el estudio de estos autores, y las traducciones de todas sus obras al siríaco y al árabe llegarán a ser fuentes nutricias del saber islámico. Sólo su afirmación de la naturaleza divina—y no humana—de Cristo, tan peligrosamente próxima a la herejía de los monofisistas, hará que, tras su muerte, los teólogos cristianos condenen al anatema el conjunto de su obra.

JUAN FILÓPONO, *Sobre la eternidad del mundo; y Sobre la creación del mundo*.

HORNBLOWER, S., y SPAWFORTH, A. (eds.), *The Oxford Classical Dictionary*, Oxford, Oxford University Press, 1996³.

CONSTANTINOPLA

532

Las barcas de los ciudadanos refugiados en la orilla asiática del Bósforo han comenzado esta mañana a regresar a la ciudad. Aún humean las casas quemadas y las calles están llenas de escombros y de cuerpos que empiezan a pudrirse. Hace ahora una semana, la ineptitud y la displicencia del emperador Justiniano lograron lo imposible: unir a las facciones enfrentadas del pueblo en una verdadera insurrección.

Todo empezó el pasado domingo, en el hipódromo, al final de la primera carrera. Un portavoz de la facción verde se dirigió al palco imperial acusando de asesinato a los vénetos y de connivencia al propio Justiniano. Después, sintiéndose ignorados por el emperador, los verdes abandonaron en masa el hipódromo y los vénetos salieron detrás provocando una reyerta en las calles. El prefecto pretorio mandó cargar a la guardia, detuvo a siete cabecillas de ambos bandos, los sometió a un juicio sumarísimo y los llevó a Pera para su ejecución. Los cuatro primeros fueron decapitados de inmediato; pero, cuando estaban colgando a los otros tres, las sogas de dos de ellos se rompieron de forma milagrosa y los reos, perdiéndose entre la multitud, acudieron como suplicantes al monasterio de San Conón. Al anochecer, el prefecto los sacó de allí violando el asilo y los encerró en prisión, lo que afianzó una insólita alianza entre las dos facciones para reclamar su libertad.

Pasados dos días, en las carreras de los idus de enero, verdes y vénetos exigieron a voces la destitución del prefecto Juan de Capadocia y el indulto de los dos líderes a los que Dios había perdonado la vida. La petición se repitió al final de cada carrera hasta un total de veintidós veces, pero Justiniano no le prestó oídos. Esa misma noche, ardió por completo el palacio del pretor.

Al día siguiente, no habiendo recibido aún respuesta del emperador, el pueblo asaltó los arsenales y tomó las armas para hacer valer su petición. Verdes y vénetos campeaban por las calles gritando «¡A vencer!» aún con mayor violencia y rabia que desde las gradas del hipódromo. Las llamas no tardaron en alcanzar el templo de la Sabiduría Divina y las mismas puertas del Palacio Imperial.

La mañana del jueves, Justiniano reaccionó e intentó detener a la población sublevada enviando a su encuentro obispos y monjes cargados de reliquias que apelaran a su fe cristiana; como no resultó, horas después envió a tres mil mercenarios hérulos y godos al mando de Belisario y Mundo a sofocar la rebelión. La ciudad entera se convirtió en un campo de batalla: los hombres combatían en las barricadas, las mujeres lanzaban piedras desde las ventanas y los soldados respondían con flechas incendiarias. La guardia de palacio y las guardias privadas de algunos de los vénéto se unieron a los insurgentes y el ejército de mercenarios hubo de retirarse a los cuarteles derrotado. En medio de ese caos, los cabecillas prisioneros fueron fácilmente liberados.

El viernes por la mañana, un heraldo anunció en la plaza de Augusto el cese del prefecto pretorio, del cuestor y del prefecto urbano. Pero el pueblo sabía que las constantes arbitrariedades de la justicia, los abusos fiscales y la dilapidación del tesoro público no habrían de cesar con esas destituciones de emergencia y deseaba la caída del propio emperador. De este modo, los ciudadanos instaron al Senado a reunirse para deponer oficialmente a Justiniano y proclamar un nuevo príncipe. Durante la noche del viernes y todo el día del sábado, ardieron los baños de Zeuxipo, la biblioteca del Pórtico Real, las iglesias del centro y las calles que llevan al foro de Constantino en un delirio que parecía que nunca iba a acabar.

La mañana del domingo, el emperador compareció ante el pueblo reunido en el hipódromo y, con los evangelios en la mano, juró solemnemente deponer a sus ministros y otorgar el perdón a todos los rebeldes. Nadie confió en sus promesas. Huyendo de una lluvia de piedras y de insultos, Justiniano se refugió en el palacio dispuesto a escapar en secreto rumbo a Macedonia. Dicen que Teodora se negó a embarcar y que le disuadió de su empeño recordándole el antiguo adagio de que el trono es un honroso sepulcro.

A media tarde, cuando el pueblo se hallaba reunido en el hipódromo festejando la supuesta huida del tirano y proclamando nuevo emperador al patricio Hipatio, los mercenarios irrumpieron por sorpresa y acordonaron a todos los presentes en un infranqueable cinturón de hierro. La masacre duró hasta la noche. Hipatio y sus allegados fueron ejecutados a los pies de Justiniano, y sus cuerpos, arrojados al mar.

Las barcas de los refugiados llegan ahora a una Constantinopla en ruinas y llena de cadáveres. Unos dicen que han muerto treinta mil; otros, treinta y cinco; otros, cuarenta mil. En realidad, nadie sabe aún quién sigue vivo y quién ha muerto.

PROCOPIO, *Guerra contra los persas*, I, 26; e *Historia secreta*, VII.
IOANNIS MALALAS, *Crónica*, II.
ZONARAS, XIV.

CTESIFONTE

PERSIA

533

La lujosa caravana organizada por el rey para escoltar a sus huéspedes griegos de regreso a su patria ha abandonado esta mañana la ciudad de Ctesifonte. Cosroes Anushirawan, «el Bienaventurado», ha sido, en el fondo, un buen anfitrión.

Cuando, hace cuatro años, la política religiosa de Justiniano forzó el cierre de la Escuela de Filosofía de Atenas, Cosroes recibió a sus prestigiosos maestros con los brazos abiertos: los asentó en su fastuosa corte, asistió a sus lecciones y celebró grandes banquetes en su honor. Pero los filósofos, que han aprendido y enseñado en Atenas, no han conseguido en este tiempo adaptarse al mundo de los persas. Censuran la voluptuosidad y el lujo de la corte, se indignan ante la falta de justicia y la opresión, juzgan el trato entre los hombres como una mezcla innoble de servilismo y arrogancia, y abominan de la horrible costumbre de exponer los cadáveres a merced de los perros y los buitres. Incluso, comentan entre ellos que Cosroes, al que antes de venir imaginaban como la encarnación del probo gobernante de la república platónica, no es más que un hombre intolerante y cruel con ínfulas de sabio.

Ahora, los filósofos regresan a casa. El rey persa, deplorando su deseo de partir, ha querido ser garante de su libertad allá dondequiera que vayan. Así, en el oneroso tratado de paz que hace unos meses obligó a firmar a Justiniano, resolvió incluir una octava cláusula para garantizar la impunidad de los sabios en tierras romanas y la remisión de toda pena o acto de represalia sobre ellos.

Ahora, escoltados por soldados de la guardia real, regresan a las tierras de la Nueva Roma. Simplicio piensa quedarse en Carras con quien quiera acompañarle; Damascio dice que se instalará en Alejandría; Diógenes y Hermias aún no se han decidido; al viejo Isidoro le basta con no verse morir en suelo bárbaro, y Prisciano y otros más, que habían estado en Gundishapur, intentarán volver a Atenas.

Suda, s.v. «πρέσβεις».

Código de Justiniano, I, 9.9-10 y I, 11.9-10.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire*, Londres, McMillan & Co., 1923.

CHUVIN, P., *A Chronicle of the Last Pagans*, Cambridge, Harvard University Press, 1990.

CHRISTENSEN, A., «L'Iran sous les Sassanides», en *Annales du Musée Guimet*, Copenhague, 1971 (1936¹).

FREW, D. H., «Harran: Last Refuge of Classical Paganism», en *The Pomegranate*, 9, 1999.

HERTZBERG, W. D., *Geschichte Griechenlands unter der römischer Herrschaft*, III, La Haya, 1866-1875.

PAPARIGOPOULOS, K., *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους Γ*, Atenas, Κάκτος, 1992 (1885¹).

FORTALEZA DE PORTUS A ORILLAS DEL TÍBER

546

En el húmedo bastión de Portus, a las afueras de Roma, el ejército de Belisario permanece acampado a la espera de instrucciones mientras el general tracio se recupera de unas fiebres postrado en su lecho. Su esposa Antonina permanece a su lado, dándole de beber y colocándole compresas sobre la frente.

Esta mañana han llegado noticias de que Totila, el rey godo que hace unas semanas se apoderó de Roma, se dispone a arrasar la ciudad antes de continuar su marcha y ha comenzado ya a demoler los muros. Belisario no se ha mostrado sorprendido. El desastre viene anunciándose desde hace mucho tiempo: las tropas que guardaban la urbe estaban hambrientas y desesperadas, los patricios corrieron a salvar sus bienes y sus vidas, y el propio general Besas, que había estado más de un año esquilmando a la población, huyó a caballo por la puerta Flaminia dejando la ciudad a merced de los godos.

Totila entró en Roma sin encontrar resistencia. Autorizó el saqueo, pero, escuchando las súplicas del obispo Pelagio, respetó la virtud de las mujeres y las vidas de los pocos ciudadanos que aún quedaban allí. Luego envió una embajada a Constantinopla para ofrecer un tratado de paz como el que hubo en los tiempos de Anastasio y Teodorico y proponer una alianza contra los enemigos del imperio. Pero Justiniano evitó pronunciarse y la embajada ha regresado hace dos días diciendo que la guerra y la paz están ahora en manos de Belisario.

El general, incorporado levemente sobre el lecho, ha mandado llamar a un escribiente. Sabe que Totila destruirá la ciudad porque no tiene tropas para dejarla guarnecida tras su marcha. Con voz resuelta, aunque fatigada, dicta:

De Belisario a Totila. Salud. Si quienes dan a una ciudad hermosos edificios ganan reputación de sabios y de civilizados, los que causan su ruina y destrucción pasan a la posteridad como hombres necios y salvajes. De cuantas ciudades se yerguen bajo el sol, Roma es tenida por todos como la más grandiosa y relevante. Ella alcanzó su preeminencia no de repente ni por el genio de un solo hombre, sino en el curso de una larga historia en la que emperadores y nobles, empleando sus vastos recursos y reuniendo a artistas diestros de todos los rincones del mundo, hicieron poco a poco de

ella lo que tú ves ahora. Sus monumentos pertenecen a la posteridad, y todo ultraje que se cometa contra ellos será recordado con razón como una inmensa injusticia para con las generaciones venideras y la memoria de aquellos que los erigieron. Así pues, piénsate bien lo que te dispones a hacer. Si, saliendo victorioso de esta guerra, destruyes Roma, lo harás para tu propia pérdida; si en cambio la conservas, conservarás tu más preciada posesión. Y si es tu destino ser finalmente derrotado, tu rival te deberá gratitud si has perdonado a Roma, mientras que si ahora la destruyes no habría razón entonces para la clemencia. Y recuerda, por último, que está en juego tu reputación a los ojos del mundo.

Pocos días después, Totila proseguirá hacia el sur dejando la ciudad intacta y desierta.

PROCOPIO, *Guerra contra los godos*, III, 15-19.

BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire*, Londres, McMillan & Co., 1923.

CONSTANTINOPLA MAR DE MÁRMARA

553

La barca de palacio que transporta al historiador oficial Procopio de Cesarea avanza lentamente hacia la boca del Bósforo. Al oeste, se ve ponerse el sol tras los tejados de Hormisdas, los altos muros del hipódromo y las cúpulas del nuevo templo de la Sabiduría Divina.

Procopio acaba de entregar al emperador el último de los ocho volúmenes que componen su *Historia de las guerras de Justiniano*. En esta magna obra, han quedado narradas las campañas del valiente general Belisario, y plasmada para la eternidad la gloria del emperador Flavio Pedro Sabacio Justiniano, azote de los bárbaros, mecenas de la justicia y valedor de la verdadera fe de Cristo. Esta misma tarde, el historiador ha recibido un nuevo encargo: componer un panegírico en el que se detallen las grandiosas edificaciones que Justiniano ha mandado erigir en la capital y las provincias del imperio.

Durante estos últimos años en la corte—así como en el tiempo que, junto a Belisario, combatió a los persas, a los vándalos y a los godos—, Procopio se ha aplicado a una misión secreta a riesgo de su vida, a un empeño que no ha querido nunca posponer por si la muerte llegara a sorprenderle antes de haberlo consumado: relatar en una historia paralela las causas verdaderas y las acciones silenciadas allí donde en su historia oficial relata solamente hechos.

Sabe que, en vida del emperador, es imposible publicar la verdad de lo que ha sucedido; y que, si fuera descubierta su traición, sería condenado a la muerte más ignominiosa. Pero él, testigo directo de lo sucedido, considera que la historia ganará en justicia y en verdad a partir de su secreta labor. La historia debe conocer quién ha sido este príncipe: hipócrita, embustero, taimado, doble, cruel, experto en ocultar su pensamiento, impasible ante el dolor o la alegría, perjuro en sus más santos juramentos.

Al lado del emperador, Procopio ha conocido sus arbitrarios decretos para justificar el saqueo y el pillaje, sus estratagemas para desposeer a ciudadanos no ortodoxos de sus bienes legítimos y sus haciendas. A unos los acusa de politeísmo, a otros, de persistir en la herejía, de aprovecharse de muchachos,

de mantener amores con las monjas o de otras formas desviadas de contacto sexual; inculpa a quien le incomoda de provocar luchas entre facciones, de deslealtad hacia su persona o de cualquier otro cargo de su interminable catálogo de crímenes. A veces, por subterfugios de sus propias leyes, se ha convertido en heredero de personas fallecidas o ha heredado a los vivos alegando haber sido adoptado. Promulga obstinadamente edictos en contra de judíos, herejes y paganos, y envía agentes a los campos para forzar la conversión de los rústicos y provocar revueltas que siempre acaban en masacre.

Justiniano ha dejado grabado en su código que las mayores bendiciones concedidas al hombre por la gracia suprema de Dios son el sacerdocio y la monarquía, puesto que juntos cuidan de los asuntos divinos y humanos y, ambas instituciones, que provienen de una misma fuente, embellecen la vida de los hombres. Procopio, en su crónica inédita, ha escrito para hombres que no conocerá que si los crímenes de Justiniano y la difunta Teodora se confrontaran con todas las calamidades sufridas por Roma hasta la llegada de su reinado, podría comprobarse que han sido más los que han perecido por su mano que los que han sido condenados durante el resto de la historia.

PROCOPIO, *Historia secreta*.
Código de Teodosio; Digesto; y Novelas.

BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire*, Londres, McMillan & Co., 1923.

TIERRAS DE ACAYA

C. 630

Los más viejos aún cuentan historias de cuando estos bárbaros llegaron aquí, en los tiempos del rey Mauricio. Dicen que cruzaron en barcas desde el otro lado del golfo, obligando a la gente a huir en estampida. Los de Patrás se fueron a Calabria, a la ciudad de Regio; los de Corinto cruzaron a la isla de Egina; los lacones que pudieron alcanzar el puerto de Gitio llegaron a Sicilia; otros se echaron a los montes del Parnón y el Partenio, o buscaron refugio en el peñón que llaman Monemvasia. Al principio hubo sangre, cuentan que mucha sangre, pero ahora, con el paso del tiempo, la gente que no huyó de sus tierras ha vuelto ya a sus casas y a sus vidas, y los invasores esclavos y ávaros se han ido convirtiendo en extraños vecinos, en fantasmas que pueblan los bosques y los montes.

Poco a poco, los bárbaros van bajando a los valles, pero aún temen a las guarniciones asentadas en las costas. Algunos cristianos comercian con ellos e incluso les compran su ganado. Dicen que, al principio, los esclavos asaltaban las granjas y obligaban a los campesinos a entregarles los aperos de labranza. Ahora tienen los suyos: azadas de dos puntas, hoces de formas raras, rastrillos para campos llanos y otras curiosas herramientas que han traído del norte del imperio. Como son hábiles tallando la madera, en algunos arroyos han hecho unos extraños molinos que se mueven con la fuerza del agua.

En los últimos años, los hijos de los bárbaros han empezado a abandonar los usos de sus padres: ya no construyen casas hundidas en el suelo, han aprendido a utilizar el torno y han dejado de quemar a sus muertos. Está claro que el mundo está cambiando, y, si no fuera del todo increíble, se diría que estos bárbaros de las estepas perdidos en los montes de Acaya no tardarán incluso en olvidar su lengua y sus dioses.

Crónica de Monemvasia (Ms. Monasterio Iberos, con comentario de Aretas de Cesarea).

CONSTANTINO PORFIROGÉNITO, *Sobre la administración del imperio*, 217 y ss.

TEÓFANES, *Cronografía*; en De Boor (ed.), *Theophanis Chronographia*, 1: 486, Leipzig, 1883.

LAMBROS, S. P., «Το περί κτίσεως Μονεμβασίας χρονικόν», en *Ιστορικά Μελετήματα*, Atenas, 1884.

- , «Δύο αναφοραί μητροπολίτου Μονεμβασίας προς τον Πατριάρχη», en *Νέος Ελληνομνημων*, 12, Atenas, 1884.
- KOUGEAS, S., «Επί του καλουμένου χρονικού “Περί της κτίσεως της Μονεμβασίας”», en *Νέος Ελληνομνημων*, 9, Atenas, 1912.
- CHARANIS, P., «The Chronicle of Monemvasia and the Question of the Slavonic Settlements in Greece», en *Dumbarton Oaks Papers*, 5, Washington, Trustees for Harvard University, 1950.
- CURTA, F., y STEPHENSON, P., *South-eastern Europe in the Middle Ages, 500-1250*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.
- CHRISTOFILOPOULOU, A., «Εθνολογικά προβλήματα του 7^{ου} αιώνα», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 8, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.
- NYSTAZOPOULOU-PELEKIDOU, M., *Σλαβικές εγκαταστάσεις στη Μεσαιωνική Ελλάδα*, Atenas, Ίδρυμα Γουλιανδρή-Χορν, 1993.
- LEMERLE, P., «La chronique improprement dit de Monemvasie», en *Revue des Etudes Byzantines*, 21, París, 1963.
- AMARI, M., *Storia dei Musulmani di Sicilia*, Catania, 1933².
- VASI, L., «Notizie storiche e geografiche della citta e valle di Demona», en *Archivio Storico Siciliano*, nueva serie, año X, Palermo, 1885.

CHANG'AN
(‘PAZ PERPETUA’
ACTUAL XI'AN) CHINA

638

Según puede leerse en la *Memoria Ilustrada de las Regiones de Occidente* y en los libros históricos de las dinastías Han y Wei, el reino de Siria se extiende por el sur hasta el mar de Coral, limita al norte con las montañas de las Gemas, alcanza por el oeste los bosques floridos de la Frontera de los Inmortales y se abre por el este hacia vientos violentos y mares sin mareas. El país produce telas que resisten al fuego, incienso que vivifica, perlas que brillan como lunas y piedras preciosas que emiten un misterioso resplandor nocturno. No hay allí bandidos ni ladrones y las gentes disfrutan de la paz.

De esa lejana tierra ha llegado Alouben, guiado por las nubes azules y observando las señales del viento. Alouben ha venido a traer los libros sagrados que explican la Luminosa Enseñanza de Daqin. En ellos se lee que un ser dividido, en el que coexisten la naturaleza de dios y la de hombre, nació en Siria de una virgen, que unos persas acudieron a adorarle siguiendo una estrella que había proclamado el buen suceso, que de este modo se cumplió lo anunciado por los veinticuatro santos varones, que con sus palabras estableció grandes principios para el gobierno de familias y reinos, que venció a la muerte y a las tinieblas, y que, habiendo culminado así la manifestación de su poder, ascendió en pleno día al lugar de su verdadera condición.

Alouben—al que otros llaman Olopun—es un monje nestoriano de las tierras del oriente de Daqin, es decir, de las tierras del oriente del Imperio romano. Hace casi tres años, penetró en China por la frontera occidental acompañado de otros religiosos que portaban imágenes sagradas. Cuando el emperador Tai Zong supo de su presencia en sus dominios, envió a su ministro Fang Hiuen Ling acompañado de una nutrida guardia a escoltar a los extranjeros hasta la capital del imperio. Tai Zong ha requisado los libros sagrados y ha ordenado que sean traducidos en la biblioteca imperial. Desde

entonces, a la espera de que el emperador se pronuncie sobre la nueva fe, Alouben y los suyos viven fascinados en Chang'an.

La gran capital tiene un millón de almas, más que ninguna otra ciudad en el mundo. La protege una muralla cuadrada de más de cinco metros de altura y más de cinco millas de lado. En sus cuatro esquinas hay enormes parques con arroyos y estanques: el parque del Sol Naciente, el del Ocaso, el del río Serpiente—que verdea alrededor de un lago—y el de la gran pagoda de madera del último emperador Sui. Fuera de la muralla está el parque Prohibido, con su jardín de cerezos, su huerto de perales y su extenso viñedo. Enormes avenidas dividen la ciudad en nueve barrios, y cinco canales navegables la abastecen de frutas y hortalizas en verano, y de madera y carbón en invierno. Cada mediodía, se escuchan trescientos golpes de tambor que anuncian la apertura de los grandes mercados, y a la hora de su cierre, antes de anochecer, suenan trescientos golpes de gong. En los días de fiesta, que en estas tierras son muy numerosos, las grandes vías se llenan de acróbatas y músicos que desfilan en suntuosas carrozas tiradas por bueyes a los que engalanan con pieles de tigre o colmillos de elefante.

Al final de la vía Imperial, en su palacio, Tai Zong ha reunido esta mañana a los escribas. Ha entrado ya el tercer verano y, habiendo meditado largamente la lectura de los libros sagrados llegados de Daqin, el emperador ha decidido dictar un decreto:

El nombre del tao no es invariable; las formas del saber no son inmutables. Las enseñanzas que salvan a los hombres se establecen de acuerdo con su espacio. El virtuoso Alouben, del reino de Daqin, ha traído de lejos sus libros e imágenes sagradas y las ha presentado en nuestra capital. Habiendo examinado los principios de su religión, los hemos encontrado sumamente puros y naturales; indagando en su origen, hemos visto que arraigan sobre sólidas verdades; su ritual está libre de expresiones extrañas; su esencia está llamada a perdurar aun si su marco llegara a olvidarse; es beneficiosa para toda criatura y reporta a los hombres su valor. Sea, pues, difundida en el imperio y constrúyase un templo sirio en nuestra capital, en el distrito de I-ning May, y queden a su cargo veintiún sacerdotes. Cuando la virtud de la dinastía Chau conoció su declive, el jinete que montaba el buey azul partió hacia Occidente; ahora que brillan los principios de los Tang, brisas luminosas han venido a soplar al Oriente.

Monumento nestoriano de Singan-Fu. Estela de la introducción de la Luminosa Enseñanza de Daqin en China (*Daqin Jing jiao liu xing zhongguo bei*).

KIRCHER, A., *China Monumentis, qua Sacris qua Profanis, Nec non variis Naturae & Artis Spectaculis, Aliarumque rerum memorabilium Argumentis Illustrata*, Ámsterdam, 1667.

HORNE, Ch. F. (ed.), *The Sacred Books and Early Literature of the East*, vol. XII: *Medieval China*, Nueva York, Parke, Austin, & Lipscomb, 1917.

BILLINGS, T., «Jesuit Fish in Chinese Nets: Athanasius Kircher and the Translation of the Nestorian Tablet», en *Representations*, n.º 87, Berkeley, University of California Press, 2004.

SALISBURY, E., «On the Genuineness of the So-Called Nestorian Monument of Singan-Fu», en *Journal of the American Oriental Society*, vol. 3, Massachusetts, American Oriental Society, 1853.

BENN, Ch., *China's Golden Age: Everyday Life in the Tang Dynasty*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

MONTE LATMOS THERACESION, CARIA

644

Esta selva de rocas gigantescas como huevos de piedra lanzados desde el cielo recuerda, en cierto modo, las áridas laderas del lejano Sinaí. O, al menos, eso dicen algunos de los anacoretas de Oriente que, huyendo de los fieles de Mahoma, llegan ahora a este inhóspito lugar.

El mundo se está derrumbando. En menos de diez años, las tribus nómadas que siguen al Profeta han tomado Damasco, Jerusalén, Édessa y Cesarea, han derrotado a las tropas imperiales en el río Yarmuk y en Heliópolis de Egipto, han obligado a los cristianos a evacuar Alejandría y han conquistado las tierras de la Alta Mesopotamia y de Armenia. Si Dios no pone freno a este azote, los hombres del desierto acabarán con Roma e incluso con los persas.

Cuando todo empezó, los hermanos del monte Sinaí corrieron a ponerse bajo la protección del propio Mahoma, al que acogieron en el monasterio al poco de salir a predicar su nueva religión. De momento, un compromiso escrito, sellado con la huella de la mano del Profeta, ha conseguido que los árabes respeten el lugar donde Moisés vio la Zarza Ardiente y recibió los mandamientos del Señor. Pero la protección no atañe a los anacoretas ni a los monjes que viven fuera de los muros del recinto sagrado, y los musulmanes los están masacrando con mayor crueldad que los antiguos soldados de Diocleciano. Los pocos que no han encontrado el martirio huyen ahora hacia el norte; pero Palestina y Siria ya no son seguras, y por eso algunos, cruzando el mar, buscan refugio aquí, en los montes de Caria.

El mar llegaba antes hasta este lugar; pero un día comenzó a retirarse y quedó sólo un lago rodeado de silencio. Las torres derruidas de la orilla son las de la antigua ciudad de Heraclea, abandonada entonces. Lejos del Sinaí, este monte rocoso a cuatro días de marcha desde Los Palacios parece un buen lugar para buscar a Dios en soledad; para alcanzar una serenidad como la que Galactio y Episteme hallaron en la montaña hollada por Dios; para sumirse un

día en un sueño eterno más dulce que el que las fábulas de los paganos dicen que hizo dormir la Luna al pastor Endimión en una de estas grutas.

En el tiempo que quede, hay que empezar de nuevo. Pronto, en estas cavernas donde alguien pintó con tierra roja seres astados y extrañas figuras humanas, los eremitas pintarán a Dios en el trono del mundo, el bautismo de Cristo en el Jordán, la presentación en el Templo, la transfiguración en el monte Tabor y otras escenas de la vida de Jesús.

ESTRABÓN, XIV, 1.8.

KAEGI, W. E., *Byzantium and the early Islamic conquests*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

www.sinaimonastery.com (página web oficial del monasterio de Santa Catalina del Sinaí).

Trabajo de campo en la región de Kapıkırı, Bucak y Beşparmak Daga.

CONSTANTINOPLA

740

Estos últimos meses, ahora que la anarquía ha remitido y el acoso de los árabes parece haber cesado definitivamente, el emperador León III ha podido volver a dedicarse a la más noble de las misiones que corresponden a los príncipes: promulgar leyes buenas para la protección y el gobierno de sus súbditos.

Su nuevo código no agrada plenamente a la aristocracia ni al alto clero, pues restringe algunas de sus prerrogativas de clase y confiere a los siervos ciertos derechos propios de los arrendatarios libres. Pero el emperador ha obrado en beneficio de su pueblo y éste le pagará con más fidelidad que la de sus señores.

Además, las nuevas leyes se inspiran todas ellas en principios cristianos y tienden a velar por la familia y la moralidad limitando la dureza del castigo y respetando la vida del perverso, cuando es posible hacerlo, para dejar lugar al arrepentimiento, a la enmienda y a la conquista del perdón divino.

Así pues, desde ahora, el castigo de un hombre casado que cometa adulterio será de doce latigazos y pago de una multa; si el fornicador es soltero, será escarmentado con seis latigazos. El ayuntamiento carnal con una religiosa—ofensa manifiesta a la Iglesia de Cristo—se castigará cortando la nariz al reo. La misma pena se aplicará a padrinos y ahijados de bautismo que yazcan juntos sin haber contraído matrimonio, añadiéndose al varón la pena de destierro. El marido que consienta el adulterio de su esposa será flagelado y enviado al exilio, y la esposa adúltera y su cómplice perderán la nariz. El incesto entre hermanos y entre padres e hijos será castigado con la decapitación; la relación carnal entre otros grados de parentesco, con el corte de la nariz. El intento de aborto se penará con la flagelación y el exilio; el pecado nefando, con la emasculación, y la fornicación contra natura, activa o pasiva, con la espada.

LEÓN III, *Ecloga*.
Corpus Iuris Civilis.

FRESHFIED, E., *A Manual of Roman Law: The «Ecloga»*, Cambridge, 1926.

GEANOKOPLOS, D., *Byzantium*, Chicago, 1984.

PATRÁS

805

La noticia del milagro del santo apóstol y de la heroica resistencia de los habitantes de Patrás ha sido recibida en la corte con enorme júbilo. El emperador Nicéforo—que ha enviado al comandante armenio Escleros a combatir a los eslavos del Peloponeso—se maravilla de que sus súbditos de Patrás hayan conseguido repeler al enemigo sin contar siquiera con la ayuda de su gobernador militar, ausente en Corinto. Esta vez, el enemigo no vino del mar sino de tierra adentro: los eslavos bajaron de los montes e intentaron tomar la ciudad, pero el santo patrono protege a su pueblo y lo que parecía una tragedia ha acabado en gozo.

Hace días que la euforia recorre la ciudad, pues se ha propalado la voz de que el emperador hará volver a las familias de los que huyeron a Regio de Calabria cuando llegaron los primeros eslavos, y tomará medidas para hacer de Patrás una importante capital cristiana. De momento, el patriarca Tarasio ha confirmado la voluntad imperial de que la sede de Patrás sea promovida a metrópolis. Y eso no es todo: en agradecimiento a la intervención del apóstol, el emperador ha dado orden de que todos los rebeldes eslavos, con sus familias y sus bienes, sean adscritos como esclavos a la iglesia de San Andrés.

CONSTANTINO PORFIROGÉNITO, *Sobre la administración del Imperio*, 217 y ss.

Crónica de Monemvasia (Ms. monasterio Iberos, con comentario de Aretas de Cesarea).

TEÓFANES, *Cronografía*; en De Boor (ed.), *Theophanis Chronographia*, 1: 486, Leipzig, 1883.

LAMBROS, S. P., «Το περί κτίσεως Μονεμβασίας χρονικόν», en *Ιστορικά Μελετήματα*, Atenas, 1884.

—, «Δύο αναφοραί μητροπολίτου Μονεμβασίας προς τον Πατριάρχην», en *Νέος Ελληνομνημύων*, 12, Atenas, 1884.

KOUGEAS, S., «Επί του καλουμένου χρονικού “Περί της κτίσεως της Μονεμβασίας”», en *Νέος Ελληνομνημύων*, 9, Atenas, 1912.

CHARANIS, P., «The Chronicle of Monemvasia and the Question of the Slavonic Settlements in Greece», en *Dumbarton Oaks Papers*, vol. 5, Washington, Trustees for Harvard University, 1950.

CURTA, F., y STEPHENSON, P., *South-eastern Europe in the Middle Ages, 500-1250*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

CHRISTOFILOPOULOU, A., «Εθνολογικά προβλήματα του 7^{ου} αιώνα», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 8, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

- NYSTAZOPOULOU-PELEKIDOU, M., *Σλαβικές εγκαταστάσεις στη Μεσαιωνική Ελλάδα*, Atenas, Ίδρυμα Γουλανδρή-Χορν, 1993.
- LEMERLE, P., «La chronique improprement dit de Monemvasie», en *Revue des Etudes Byzantines*, 21, París, 1963.
- AMARI, M., *Storia dei Musulmani di Sicilia*, Catania, 1933².
- VASI, L., «Notizie storiche e geographiche della citta e valle di Demona», en *Archivio Storico Siciliano*, nueva serie, año X, Palermo, 1885.

ATENAS

C. 815

Ahora, él es el monje Eustracio, al que los albañiles saludan con respeto cuando, con su característico andar, se acerca a ver la marcha de las obras de este nuevo templo que se está levantando a sus expensas.

Antes, hace apenas unos años, él no era el monje Eustracio, sino Teofilacto Rangabe, nieto del emperador Nicéforo I, hijo del emperador Miguel Rangabe y él mismo coemperador junto a su padre.

Pero así es la vida. León el Armenio, un militar patricio a quien el abuelo de Teofilacto regaló dos palacios y a quien su padre nombró gobernador de Anatolia, usurpa ahora el trono imperial. La familia Rangabe ha sido condenada a un destierro monástico, reclusos todos en distintos cenobios de las islas del Mármara. Para quien es apartado del poder, la casa de Dios ha sido siempre un buen refugio.

La misma suerte que Teofilacto ha corrido su hermano Niceta, todavía más joven que él, y sus dos hermanas Georgo y Teófano, casi unas niñas. Un exilio similar sufrieron antes su tío Stauracio y su tía Teófano. Y antes, la emperatriz Irene—primera esposa de su abuelo Nicéforo—conspiró para el asesinato de su propio hijo, desterró aquí en Atenas a sus cinco cuñados y les sacó los ojos y les cortó la lengua.

Así es la vida. Ahora, lejos de la corte, mirando a los obreros que construyen su iglesia con las piedras de un santuario pagano, el joven monje Eustracio se pasea despacio, con su característico andar, castrado a cuchillo por el usurpador León para evitar que un día pueda ser elegido para el trono.

SCRIPTOR INCERTUS, en especial, 341, 10-11.

THEOPHANES ABBAS CONFESSOR, *Chronographia*.

THEOPHANES CONTINUATUS.

NICETAS DAVID PAFLAGÓN, *Vida de Ignacio*.

TOMKINSON, J., *Athens: the City*, Atenas, Anagnosis, 2002.

RUPP, D., *Peripatoi. Athenian Walks*, Atenas, Road Editions, 2002.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

COSTAS DE CRETA

827

La larga operación de desembarco ha terminado. La flota del califa regresa ahora a África dejando en las costas de Creta a quince mil musulmanes de la lejana al-Ándalus. Éste es el pacto que ha puesto fin a la contienda del cordobés Abu Hafs Umar con el gobernador de Egipto, Abdallah Ibn Yahar: dinero y traslado a una nueva tierra a cambio de dejar la Alejandría ocupada.

Sobre la arena de la playa, en los bancales del río, en los olivares que se asoman al mar desde el acantilado, cientos de familias montan ahora sus jaimas como en los tiempos de los antepasados nómadas. Los jinetes han acordonado una amplia zona para mantener a los infieles alejados. Desde una atalaya, el caudillo Abu Hafs observa el hormigueo de su pueblo con los ojos entornados por la brisa del mar.

Abu Hafs y su pueblo buscan la libertad. Cuando hace nueve años se instalaron en Alejandría, lucharon a muerte por hacerla independiente de los abasíes, pero la ciudad de las bocas del Nilo no es una presa fácil de arrebatarse a los poderosos. A ella llegaron expulsados de Córdoba por el tirano Al Hakam. Cuando se rebelaron contra su injusticia y su soberbia, contra sus veleidades de opresor, contra sus perversos espías y contra su guardia extranjera de mamelucos y esclavos, Al Hakam incendió el Arrabal, ordenó una matanza y un saqueo que duraron tres días y tres noches y, al final, para restablecer la paz, crucificó a todos los notables de la orilla norte del Guadalquivir y envió al exilio al resto de la población. Después mandó arrasar el Arrabal hasta los cimientos, quemar y arar la tierra y volver a convertirla en una era. Unos huyeron a Toledo, otros, a Fez; Abu Hafs y los suyos se refugiaron en Alejandría.

Mientras cae el sol, el caudillo de los recién llegados se pasea entre olivos mirando al horizonte. Es como si el mar llegara ahora a los campos de Córdoba. Esta vez serán libres. Primero conquistarán la isla, asaltarán sus aldeas y quemarán sus tierras para doblegar a los infieles y hacerles aceptar la sumisión. Después tomarán Handax, la capital, y fundarán en ella un nuevo Arrabal: el Arrabal de Handax, Rabat el Khandax. Seguidamente armarán una flota de cuarenta naves y empezarán a saquear las islas y las costas del norte,

a reunir para su pueblo inmensos botines y cautivos con los que comerciar en África y en Asia. Y entonces serán libres, y ni el emir de al-Ándalus, ni el califa de Egipto, ni el emperador de Constantinopla podrán detenerlos.

IBN KHALDUN, *Historia de los bereberes*, edición del Barón de Slane, París, 1969.

AL NUWARI, *Crónica*, p. 92.

IBN AL ATHIR, *Al-Kamil fi al-Tarikh*.

BEN HAIÁN DE CÓRDOBA, *Muqtabis II. Anales de los emires de Córdoba Alhaquem I y Abderramán II*, edición de Vallvé, J., Madrid, Real Academia de la Historia, 1999.

SKYLITZIS, I., *Crónica*, Biblioteca Nacional de Madrid, Νεοελληνική μετάφραση με τις μικρογραφίες του κώδικα της Μαδρίτης, Μίλητος, Atenas, 1998.

OCHOA BRUN, M. A., *España y las islas griegas. Una visión histórica*, Madrid, Biblioteca Diplomática Española, 2001.

GASPAR, M., «Cordobeses musulmanes en Alejandría y Creta», en *Homenaje a D. Francisco Codera*, Zaragoza, 1904.

SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C., «Españoles desterrados en Alejandría y Creta», en *Ensayo sobre historia de España*, Madrid, 1973.

RUIZ GIRELA, F., «El acontecimiento que desencadenó la Revuelta del Arrabal», en *Anaquel de Estudios Árabes*, 16, Madrid, 2005.

CHEJNE, A., *Historia de la España Musulmana*, Madrid, Cátedra, 1974.

MELO CARRASCO, D., «Un pequeño gran problema de la historia medieval», en *Notas históricas y geográficas*, 2, Valparaíso, Universidad de Playa Ancha, 2000.

NYSTAZOPOULOU-PELEKIDOU, M., «Η Ανόρθωση (802-945)», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 8, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

BAGDAD

A ORILLAS DEL TIGRIS

853

Hunayn Ibn Ishaq acaba de ser puesto en libertad. Asomado a la terraza del observatorio que él mismo proyectó junto a sus amigos, los hijos de Musa, respira el aire fresco de la mañana y contempla de nuevo las verdes riberas del Tigris, la puerta del Arco, la calle del mercado central. Es la segunda vez, en menos de un año, que la mezquindad de un rival o la cólera de un fanático lo llevan a prisión. El cristiano Hunayn, hijo de un boticario nestoriano, es un excelente médico; pero, además, es quien más y mejor ha traducido al siríaco y al árabe los libros de ciencia de los antiguos griegos.

Hace poco más de cuatro meses, uno de sus colegas médicos lo acusó de herejía, y el califa Mutawakkil, para probar ante el acusador que su siervo Hunayn era un buen nestoriano, le ordenó que escupiera sobre un icono de la Virgen Theotokos. Hunayn se negó a hacerlo, porque le pareció un gesto impropio de un hombre tolerante, y el califa se lavó las manos y remitió el asunto al obispo Teodosio. El obispo decidió flagelarlo y meterlo en prisión; poco antes de esto, el propio califa lo había encerrado por haberse negado a preparar venenos para eliminar a sus enemigos.

Ahora que un alto dignatario de la corte ha recobrado la salud gracias al tratamiento señalado por Hunayn, el médico hereje ha sido puesto en libertad. El califa le ha restituido los bienes y los libros que antes le había confiscado y ha condenado a los colegas que le difamaron a indemnizarle con la suma de diez mil dirhams.

Hunayn Ibn Ishaq vuelve a su botica y a sus manuscritos. Contemplando desde el observatorio la silueta de la Casa de la Sabiduría, añora los tiempos en que el difunto califa al-Ma'mun le encomendó su dirección, los tiempos en que los enviados de ese príncipe erudito compraban manuscritos griegos por las tierras de la Nueva Roma, los tiempos en que él y sus discípulos traducían con pasión aquellos textos inexplorados de Galeno, Hipócrates, Ptolomeo, Euclides y Aristóteles. Mutawakkil es un fanático y un sanguinario; pero, al menos, mantiene abierta la Casa de la Sabiduría, y aún hay que traducir parte

de los tratados de Galeno, la obra botánica de Dioscórides y terminar de verter al islam el curriculum médico de la escuela de Alejandría.

DE LACY O'LEARY, D. D., *How Greek Science Passed to the Arabs*, Londres, Routledge & Kegan Paul Ltd., 1979 (1949¹).

BERGESTRASSER, G., *Risalat Hunayn ibn Ishaq*, Leipzig, 1925.

MORAVIA

885

Metodio, obispo de Moravia, mira desde su lecho las montañas azules y se siente preparado para morir. La traducción de los últimos libros de las Sagradas Escrituras ha sido culminada por fin este invierno, su sepulcro en el templo está ya listo y ya ha nombrado sucesor a su discípulo Gorasdo. Su cuerpo esta cansado, su obra concluida y no hay razón para seguir sufriendo la discordia y la inquina.

Las montañas azules le recuerdan ahora su elegido retiro en el Olimpo de Bitinia. Tenía veinticinco años cuando sorprendió a todos renunciando a su cargo de gobernador de una esclavonia y marchándose a buscar a Dios a aquel apartado cenobio. Lo mismo hizo después su hermano Constantino, el menor y el más dotado de los siete: dejó la biblioteca de Santa Sofía y la secretaría del patriarca de Constantinopla y huyó en secreto a un monasterio del mar Negro. Seis meses lo estuvieron buscando para traerlo de vuelta a la ciudad y sentarlo en la cátedra de filosofía.

Metodio entorna los ojos y sonrío. Ahora sabe muy bien que Dios no estaba para ellos en aquellos montes. Primero fue el intento de catequizar a los árabes, luego a los jazaros, después a los eslavos: para él y su hermano, Dios ha estado siempre entre las gentes que el emperador temía como enemigos o deseaba como aliados.

Metodio habla el griego, el latín y el eslavo, pero su hermano Constantino conocía también el hebreo, el árabe, el siríaco y otras lenguas orientales. Esto les convirtió a la vez en apóstoles de Cristo y en embajadores del imperio. Cuando el difunto príncipe Rastislav le pidió al emperador Miguel que le enviara clérigos capaces de enseñar a su pueblo las verdades de Cristo en su lengua materna, la misión recayó sobre ellos. Metodio nunca ha olvidado aquel verano en que su hermano y él se prepararon para predicar en esta tierra. Los eslavos no empleaban la escritura, y a Constantino se le ocurrió usar las letras griegas para representar sobre el pergamino el habla de este pueblo. Hizo falta inventar nuevos signos para plasmar esos silbidos y chasquidos tan alejados de la articulación abierta y clara del griego. Combinando los trazos e imaginando formas para sonidos huidizos que nunca

habían sido escritos, los dos hermanos concibieron entonces una nueva escritura que llamaron *glagol*, que en eslavo quiere decir ‘palabra’.

Día y noche, se entregaron a trasladar a esa cifra el evangeliario, el misal y otros textos necesarios para la celebración de la liturgia. Los evangelios los tradujeron ya en Moravia, dictándolos a sus discípulos. Aquella empresa acercó a los eslavos al mensaje de Cristo, pero atrajo también el recelo y la ira del clero latino. Metodio recuerda las disputas eternas con los sacerdotes venecianos; recuerda a su hermano diciendo:

¿Por qué sólo en latín, en griego o en hebreo? ¿No os da miedo decretar tres lenguas y dejar al resto de los pueblos en la ignorancia y en la oscuridad? ¿Acaso no fueron cristianos los armenios, los ávaros, los sirios o los coptos, que en los siglos pasados alabaron a Cristo en su lengua? ¿Es que Dios no desea que su Iglesia sea universal?...

Vanos intentos cuando se choca con los intereses del Sacro Imperio Romano-Germánico en las tierras de la Gran Moravia.

Metodio recuerda también el odio con que su hermano y él fueron enviados a Roma para ser juzgados sobre su ortodoxia. Dios quiso que el papa Nicolás muriera antes de recibirles y que el nuevo pontífice Adriano les otorgara su bendición. En Roma tomó Constantino el nombre de Cirilo, ingresó en un convento y murió a las pocas semanas en la paz del Señor. Tenía sólo cuarenta y dos años. Metodio regresó entonces a esta tierra investido obispo de Panonia, y ese mismo año Ludovico el Germano la invadió y le sacó los ojos al príncipe Rastislav para poner en el trono a un partidario de las ambiciones de Occidente.

Un fraile entra en la estancia con algo de cenar, pero hace días que el obispo ha perdido el apetito. Tras aquella invasión, los clérigos latinos cayeron como halcones sobre Metodio y lo llevaron preso a Ratisbona acusándolo de predicar el evangelio fuera de su jurisdicción. Tras un juicio sumario, lo condenaron a cadena perpetua. Tres años tardó el nuevo papa Juan en sacarlo de la cárcel y restituirlo a la sede de Moravia. Desde entonces, su vida ha sido resistir y terminar la traducción de los libros sagrados. Suavemente, el fraile le acerca la cuchara a la boca. Metodio tiene la vista perdida en la ventana, en la lejanía, en las profundidades. Los latinos quieren las almas de Moravia para servir al reino de este mundo; el emperador de Constantinopla, también; y la Iglesia se está rompiendo, incapaz de cumplir con el mensaje ecuménico de Cristo.

Vida de Constantino.

Vida de Metodio.

JUAN VIII, *Industriae Tuae*, epístola pontificia, 880.

LEÓN XIII, *Grande Munus*, epístola encíclica, 1880.
JUAN PABLO II, *Egregiae Virtutis*, carta apostólica, 1980.
—, *Slavorum Apostoli*, epístola encíclica, 1985.

CARRAS-HARRAN

C. 900

A sus sesenta y seis años, Thabit Ibn Qurra ha sentido deseos de volver a la ciudad donde nació, ahora que en Bagdad han comenzado nuevamente a hostigarle para que abrace la fe verdadera del islam.

Bajo la luz azafranada del último sol, Thabit busca en Harran los escenarios de su infancia: el alto alminar de la Gran Mezquita, las ruinas del templo del dios Sin, la fresca ribera del Balikh. Han pasado casi treinta años desde que el sabio abandonó definitivamente esta ciudad y se instaló en Bagdad; en aquel tiempo, fueron las disputas con los exaltados de su propia tierra las que contribuyeron a su decisión de partir.

Los años que ha vivido en la capital del califa han sido prósperos e intensos: estudios sobre las órbitas de los planetas, los números reales, la trigonometría esférica y las secciones cónicas; tratados sobre la religión de los gentiles, los textos herméticos y los saberes esotéricos; apasionadas conversaciones con sus amigos y discípulos hasta bien entrada la noche. También en este tiempo le ha sido dado ver cumplido su verdadero sueño: la fundación de una escuela de filosofía en la Casa de la Sabiduría para traducir y comentar las obras de Euclides, Ptolomeo, Arquímedes, Aristóteles y los otros grandes sabios de la Antigüedad.

Ahora, bordeando lentamente la muralla, Thabit lamenta cómo se ha desvirtuado el espíritu de su ciudad en los años que ha pasado fuera. Harran había sido siempre una ciudad abierta en la ruta famosa de Nínive: el lugar donde Abraham tomó a Sara, donde murió el patriarca Terah, donde Asurbanipal gobernó a los asirios, donde Craso combatió a los partos y Galerio a los persas, donde fue asesinado Caracalla cuando se disponía a atacar a los medos. Aquí, los herederos del platonismo griego mezclaron su filosofía con las revelaciones de Hermes Trismegisto, con los saberes llegados de la India, de Marw y de Gundishapur. No hace aún un siglo que los beneficiarios de toda esa corriente espiritual tuvieron que adoptar el nombre de *sabianos*—el de la misteriosa secta que el Profeta menciona entre quienes serán juzgados por Alá—para librarse de ser exterminados como infieles por los brazos armados del Corán.

Thabit Ibn Qurra es un sabiano culto, un platonista a la manera de Harran, habla siríaco, griego y árabe, y huye de los excesos de los musulmanes, de los cristianos y de los propios sabianos de su patria. Muchas veces ha pensado — y ha llegado a escribir a riesgo de su vida— que es uno de los últimos depositarios del legado de los filósofos paganos, y que por ello lleva su carga con alegría y esperanza. ¿Quién sino el paganismo —dice Thabit— ha civilizado al mundo entero? ¿Quién ha construido las ciudades, sino los reyes y los nobles paganos? ¿Quién ha hecho navegables y seguros los puertos y los ríos? ¿Quién ha difundido los conocimientos ocultos? ¿A quién se ha revelado la divinidad por mediación de oráculos, sino a los más famosos de entre los paganos? Todo lo que sabemos lo sabemos por ellos. Ellos han descubierto el arte de sanar el espíritu y han dado a conocer el arte de curar el cuerpo. Ellos han enseñado a los hombres formas cabales de gobernarse y les han dado el bien supremo del conocimiento. Sin el paganismo, piensa Thabit, el mundo sería un lugar vacío y triste.

BARHEBRAEUS, *Crónica*, edición de Bruns, p. 176; edición de Bedjan, p. 168.
Corán, 2.62, 5.69 y 22.17.

FREW, D. H., «Harran: Last Refuge of Classical Paganism», en *The Pomegranate*, 9, Pueblo, Colorado State University, 1999.
SCOTT, W., *Hermetica: Introduction, Texts and Translation*, Boulder, Hermes House, 1982.
GREEN, T., *The City of the Moon God: Religious Traditions of Harran*, Leiden, Brill, 1992.
CHURTON, T., *The Golden Builders: Alchemists, Rosicrucians, and the First Freemasons*, Nueva York, Barnes and Noble, 2002.
DE LACY O'LEARY, D. D., *How Greek Science Passed to the Arabs*, Londres, Routledge & Kegan Paul Ltd., 1979 (1949¹).

CONSTANTINOPLA

903

Su reciente nombramiento como metropolitano de Cesarea ha gravado al monje Aretas con las obligaciones propias de un pastor de la Iglesia, pero no le ha apartado de la vieja afición que, desde que era un muchacho en la ciudad de Patrás, cultiva con tesón como si se tratara en el fondo de un secreto deber: proteger frente al olvido los escritos de los antiguos.

En los últimos tiempos, la pérdida ha sido incalculable. Armenia, Siria y Egipto llevan dos siglos en manos de los árabes, y quién sabe lo que habrá sido de los monasterios y las bibliotecas de esas tierras. Aretas no es el único que teme que Antioquía, Alejandría o el monte Sinaí se hayan perdido para siempre; por eso considera una labor inaplazable salvar de la barbarie y del olvido lo que aún queda en Anatolia y en el oeste del imperio.

Mientras escribe sus homilías contra la iconoclasia y sus comentarios al Apocalipsis, unas pocas personas de total confianza buscan para él manuscritos antiguos en los monasterios de la capital. Es una labor que debe ser llevada a cabo con discreción y con cautela. No en vano, a su maestro Focio le infamaron por su interés en estas cosas diciendo que había renegado de la Cruz y que de manos de un judío había recibido un amuleto que le abría las puertas a los secretos y las hechicerías de los paganos. Llegaron a decir incluso que era esclavo del mal y que, cuando ocupaba el trono del patriarca, un espíritu llamado Levufa le susurraba al oído versos de los idólatras.

En los últimos años, Aretas ha copiado o ha mandado copiar varios *Diálogos* de Platón y de Luciano, las *Categorías* de Aristóteles, la *Vida de Apolonio de Tiana* y algunas obras de Euclides y Elio Arístides. Todo lo que se dice en ellas le interesa en sí mismo y para su conocimiento sobre el hombre, como un valioso testimonio de otro tiempo y de otras vidas, como parte también de su presente, y no tan sólo como materia para refutar o como masa para consolidar los fundamentos de una formación cristiana.

El mes pasado, Aretas pagó trece monedas al copista que le transcribió la *Descripción de Grecia* de Pausanias y ocho monedas más al artesano que preparó el pergamino para la labor. Ahora, liberada la obra del frágil papiro que la sustentaba, Aretas pasa horas solitarias de intensidad y de emoción

leyendo sobre las tierras de la antigua Hélade y anotando al margen sus comentarios y sus indagaciones sobre las palabras, los lugares, las historias y los mitos.

PAPAHATZIS, N., *Παυσανίου Ελλάδος Περιήγησις* (introducción), Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1980.

KOUGEAS, S., *Ο Καισαρείας Αρέθας*, Atenas, 1913.

ANASTOS, M., «Λογοτεχνία», en *Ιστορία Ελληνικού Έθνους*, vol. 8, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

WILSON, N. G., *Scholars of Byzantium*, Londres, Duckworth, 1983.

TARSO CILICIA

904

Quienes tenían oro o lozanía para entregar a cambio de sus vidas han sido ya vendidos como esclavos o aguardan ahora aquí, hacinados en el puerto de Tarso; los otros, miles y miles, han muerto masacrados en las calles de Tesalónica. Apenas tres días fueron suficientes para acabar con todo.

La pasada madrugada del 31 de julio, cuando los agarenos consiguieron atravesar los muros y empezó la matanza, el lector eclesiástico Ioannis Kaminiatis se encontraba en una de las puertas de Poniente junto a su padre, su tío y dos de sus hermanos. En aquellos momentos de terror, tuvo la sangre fría de pensar que sólo el oro podría detener a los bárbaros y buscó un escondite apartado del alboroto de las calles donde aguardar a sus verdugos con la intención de negociar con ellos cuando se presentaran a matarles. Dios sabe cómo, aquella estratagema resultó, y los ahorros familiares les sacaron con vida de la ciudad tomada pisando sobre un amasijo de cadáveres. Ahora, cautivo en Tarso a la espera de ser canjeado por algún prisionero agareno, su pensamiento viene y va del sentimiento de desgracia al de fortuna, sin encontrar sosiego en ningún lado.

Hace un par de semanas, en el mercado de esclavos de Trípoli en Siria, Kaminiatis vio a un hombre que se dirigía a Antioquía con un puñado de compatriotas capadocios a los que había conseguido rescatar mediante pago. Como si ambos hubieran cruzado ante un espejo, los dos desconocidos descubrieron en el rostro del otro las huellas de su propia desgracia. No hubo ocasión para muchas palabras, pero el hombre de Capadocia le arrancó a Kaminiatis la promesa de contarle en una carta la pérdida de su lejana patria.

Sin pluma ni papel, en el vacío inmenso que ha quedado en su vida, Ioannis Kaminiatis escribe y borra desde entonces esa carta. A veces, describe la llegada de las naves agarenas al puerto, impulsadas suavemente por la brisa que baja del Olimpo. Otras, recuerda el ajetreo de las gentes el día anterior, hundiendo a la desesperada los barcos anclados frente al muro y arrojando al mar los enormes sarcófagos de los paganos para formar una barrera de

escollos ante el enemigo. Le explica entonces a su destinatario capadocio la inexperiencia militar, el miedo de sus conciudadanos acostumbrados a una vida muelle y la falta de previsión de una ciudad que nunca había sido atacada desde el mar.

A ratos, le vienen las imágenes terribles de los sarracenos y los ismaelitas rugiendo como jabalíes y troceando por las calles los cuerpos de los vivos para provocarles varias muertes en una; oye silbar aún los mandobles segando las cabezas de la multitud apelonada contra las puertas de la muralla; ve correr la sangre de la gran matanza que presenció en la iglesia de San Gregorio agarrado del brazo de los agarenos a los que había dado su dinero.

Hay momentos en que piensa en contar aquellas súplicas desesperadas dirigidas al protector de la ciudad, al valiente soldado san Demetrio: «No permitas que sea profanado tu sagrado templo. No permitas que esta nación de bárbaros se burle de nuestra fe preguntando dónde está ahora nuestro protector. Nosotros merecemos el castigo por los muchos pecados, pero al menos creemos en el Dios por el que tú has recibido el martirio y la gracia». Algunas noches, le tortura pensar que ni siquiera los virtuosísimos monjes nazarenos—entregados de corazón a las vigiliass, a la castidad y a la oración—fueron capaces de suscitar la compasión divina y recibieron como premio a su probidad la misma muerte que los pecadores.

Otras veces, Kaminiatis razona que, si llega a escribir esa carta, ha de incluir en ella lo que sabe de la terrible suerte de los cautivos que sobrevivieron al asedio. En la nave en la que él ha llegado a Tarso venían hacinados ochocientos, a los que custodiaban unos doscientos bárbaros. Pero de Tesalónica salieron cincuenta y cuatro naves agarenas y otros barcos cristianos que los infieles sacaron a flote y llenaron también de cautivos, la mayoría jóvenes. Al recuento que hicieron en Creta llegaron sólo veintidós mil, porque a los muchos que desfallecían los fueron tirando por la borda. Así perdió al menor de sus tres hijos; a los otros dos, a su esposa, a su madre y a dos de sus hermanos los embarcaron hace días en una nave de Sidón con destino a Siria.

Día tras día, unos y otros recuerdos se disputan espacio en esa carta que Kaminiatis le dicta a su silencio. Y cuando más sereno está su pensamiento, se dice a sí mismo que todo lo ocurrido no ha sido sino el justo castigo a una ciudad que se había entregado a la envidia, a la ambición, a la mentira, al odio y la carne, a una ciudad que conoció como advertencia la destrucción de la vecina Dimitriada hace apenas dos años y despreció, no obstante, la opción que se le daba al arrepentimiento. Y de este modo, sobreponiéndose al dolor,

Kaminiatis comprende que su testimonio ha de servir de ejemplo y escarmiento a la posteridad para luchar contra el pecado y asume ante sí mismo el compromiso de dar cuenta de lo ocurrido en la ciudad de Tesalónica en este año nefasto de 6412 desde la creación del mundo y de no abundar demasiado en detalles para que no parezca fantasía su relato.

Ioannis Caminiatae De Expugnatione Thessalonicae, edición de Böhlig, G., Corpus Fontium Historiae Byzantinae, IV, Berlín Walter de Gruyter & Co., 1973.

KAMINIATIS, I., *Εἰς τὴν ἄλωσιν τῆς Θεσσαλονίκης*, edición de Tsolakis, E., Κείμενα Βυζαντινῆς Ιστοριογραφίας, 10, Κανάκη, Atenas, 2000.

ARABIA

C. 950

Mediado el siglo cuarto de la Hégira, en un lugar desconocido de Arabia, una mano que, por alguna razón, no desea pasar a la memoria de los hombres compila saberes antiguos en una misteriosa obra titulada *Kitab Sirr al-Asrâr*, *Libro del secreto de los secretos*. Se propone encerrar en esas páginas todo lo que debe saber un rey: cuidar de sí mismo, organizar el Estado, administrar justicia, escoger con acierto a sus ministros, servirse con habilidad de sus embajadores, controlar a sus recaudadores de impuestos, gobernar con firmeza a sus generales, emplear con prudencia las artes de la guerra, y conocer las virtudes de las piedras y las plantas, la ciencia de los talismanes, los secretos de las estrellas y las inclinaciones de las almas.

El misterioso compilador dice que ese libro fue traducido del griego por el famoso Yuhanna Ibn al-Batrîq, quien lo encontró en el templo que Asclepio, el discípulo de Hermes Trismegisto, construyó para sí mismo en el monte de Libia, junto a la ribera de los cocodrilos. Finalmente, asegura que el libro no es sino la larga misiva que el sabio Aristóteles envió a su discípulo Alejandro-Iskandar cuando éste conquistó las tierras de los persas. La historia—que los reyes de siglos venideros conservarán como su más preciada joya—comienza así:

En el nombre de Alá, el Clemente, el Misericordioso.

Dios Todopoderoso salve a nuestro rey, guarde la gloria de todos sus aliados, confirme su reino en su fe y haga que nuestro soberano reine para la exaltación, la alabanza y el honor de su pueblo.

Yo, al servicio del rey, he llevado a cabo la obra que me fue encomendada: la búsqueda de un libro sobre el arte de gobernar. Dicho libro se llama *Secreto de los secretos*, y fue escrito por el príncipe de los filósofos, Aristóteles, hijo de Mahonet de Macedonia, para su discípulo, el emperador Alejandro el Bicorne, hijo de Filipo, rey de Macedonia. Aristóteles compiló dicha obra sintiendo ya su cuerpo envejecido, incapaz de viajar, cabalgar o atender a los asuntos que Alejandro le había encomendado. Pues Alejandro le había encumbrado por encima de todos los gobernadores y maestros, habida cuenta de que era hombre de excelente consejo, sobrada inteligencia y sutil entendimiento, entregado al estudio de las buenas y gentiles maneras y de los saberes espirituales, contemplativos y provechosos. Fue Aristóteles hombre sabio, amante de la razón y la justicia, reputado de cabal y veraz. Y así, muchos filósofos lo tuvieron por uno de los profetas.

Se dice que a sus manos llegaron muchas obras de los griegos que Dios le envió por el más excelente de sus ángeles, diciéndole: «Yo haré que en el mundo seas tenido más por ángel que por hombre». Obró Aristóteles en vida muchos prodigios y maravillas que serían ahora largos de contar, y hay quien sostiene que se elevó a los cielos en forma de columna de fuego. Mientras vivió,

Alejandro conquistó el mundo entero siguiendo su consejo. Y las tierras, sabiendo de su fama, se sometían a su imperio, como lo hicieron Persia y Arabia.

Y dicen que Aristóteles le dirigió a Alejandro muchas buenas epístolas por el amor que le tenía, y que, para darle a conocer todos los secretos, redactó la misiva que aquí se transcribe...

Kitab sirr al-asrâr, edición de Robert Copland, 1528, Cambridge University Library.
Corpus Hermeticum. Asclepios.

ROIG BERENGUER, J. D., *Sirr al-asrâr. Historia de un pseudo-Aristóteles árabe*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid, 1999.

DUNLOP, D. M., «The Translations of al-Bitrîq and Yahyâ (Yuhannâ) b. al-Bitrîq», en *Journal of the Royal Asiatic Society*, Londres, 1959.

GRIGNASCHI, M., *Remarques sur la formation et l'interprétation du «Sirr al-asrâr»*, Londres, The Warburg Institute, 1982.

RYAN, W. F., y SCHMITT, Ch., *Pseudo-Aristotle: The Secret of Secrets. Sources and Influences*, Londres, The Warburg Institute, 1982.

ISLA DE PROTI MAR DE MÁRMARA

C. 1072

En esta celda, el verano es un fogonazo brillante que no desaparece y que agita con agonía los recuerdos, los latidos y la respiración. Postrado en su lecho y empapado en sudores, Romano Diógenes ha pedido confesión.

Desde que hace tres años fue coronado emperador, Romano Diógenes ha liderado tres campañas contra los turcos selyúcidas, haciendo retroceder esa nueva amenaza hasta la frontera del Éufrates. El verano pasado, sin embargo, conoció la derrota en Manzikert, pero no fue su culpa. Su general Tarcaniotes le abandonó a traición antes de la batalla, privándole de la mitad de sus hombres; después, cuando llegó el momento decisivo, el comandante Andrónico Ducas se dio a la fuga llevándose consigo la retaguardia del ejército; y por si ello fuera poco, los mercenarios turcos se pasaron al lado de los selyúcidas y los soldados normandos decidieron no intervenir. Ante quienes le acusan de ambicionar la gloria militar a cualquier precio, Diógenes sigue gritando aún que nunca ha perseguido otra cosa con las armas que el bien de los romanos.

Romano Diógenes salió de aquel infierno de la estepa de Manzikert herido y prisionero, y al día siguiente fue obligado a arrodillarse ante el sultán. Alp Arslan, sultán de los selyúcidas, le pisó la cabeza en un gesto ritual, pero después lo tomó de la mano, le quitó las cadenas y lo llevó a su tienda tratándolo con gran caballerosidad y nobleza. Durante una semana compartieron la conversación y la mesa. Cuando el sultán Arslan le preguntó qué hubiera hecho con él el rey cristiano si en la batalla la suerte hubiera sido inversa, Romano confesó que le habría hecho azotar hasta la muerte. Después firmaron las paces: se acordó el pago de un rescate y un tributo moderado, se decidió que una de las princesas fuera entregada en matrimonio a un hijo del sultán y el emperador Romano Diógenes partió en libertad hacia Constantinopla con una escolta de dos emires y cien mamelucos.

Entusiasmado con su buena fortuna, el propio Diógenes redactó la misiva con la que la noticia de su liberación llegó a su esposa, la emperatriz Eudocia.

En cuanto se supo que seguía con vida, la corte entera comenzó a murmurar y el consejero Miguel Psellos expresó con acierto lo que estaba en la mente de todos: que el emperador no debía volver. En cuestión de días, Miguel Ducas se atrajo a la guardia imperial y se hizo coronar emperador por el patriarca. La emperatriz Eudocia, desconfiando incluso de su propio hijo Miguel, huyó aterrorizada a un monasterio, donde fue tonsurada sin demora y conminada a tomar los hábitos. A los pocos días, instigado por la familia Ducas, Miguel mandó un ejército al encuentro de Romano Diógenes.

Tras varias batallas en situación desesperada, Diógenes se rindió finalmente ante el traidor Andrónico, renunciando a su trono y prometiendo retirarse a algún cenobio bajo la sola condición de que su vida fuera respetada. De Adana hasta Cotieo—unas quinientas millas—, Diógenes hizo el viaje de regreso en hábito de monje, montado en una mula, enfermo del vientre y expuesto al escarnio por las tierras que había defendido de los selyúcidas. En Cotieo se recibió una funesta orden salida del consejo de Miguel Ducas, dicen que inspirada por su tío Juan. Desoyendo las súplicas de los arzobispos y las gentes, unos esbirros le dieron cumplimiento: tumbaron a Diógenes en el suelo, lo ataron a cuatro estacas y se subieron a un escudo colocado en su pecho. Al tercer intento, un judío torpe le sacó los ojos con un hierro candente.

Así es como Romano Diógenes ha llegado hasta aquí, hasta esta celda de este monasterio de la isla de Proti, donde la humedad y el calor del verano le sumen aún más en su agonía ciega, donde los gusanos han anidado en las heridas de sus cuencas vacías y donde esta mañana ha recibido de Miguel Psellos—el consejero que con su mano izquierda gobierna realmente el imperio—una carta en que le congratula en su ceguera porque es signo evidente de que el Altísimo le considera digno de una luz superior.

MICHAIL DE ATALIA, *Historia*, 93 y ss.

MICHAIL PSELLOS, *Crónica*, VI, 264 y ss.

IOANNIS SKYLITSIS, *Compendio de historias*, 841 y ss.

IOANNIS ZONARAS, *Epítome de historias*, 703 y ss.

LAURENT, J., *Byzance et le Turcs Seldjoukides dans l'Asie Occidentale jusqu'en 1081*, Nancy, Berger-Levrault, 1919.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

TOLEDO

REINO DE LEÓN Y CASTILLA

1144

Gerardo lleva meses fascinado por la nueva ciudad. Viene de Cremona, en Lombardía, huyendo de la mezquindad de los que allí se tienen por sabios y de las estériles disputas entre güelfos y gibelinos. Toledo ha sido para él una elección consciente, y en tardes como ésta, buscando manuscritos por las bibliotecas que dejaron los árabes, Gerardo tiene la certeza de no haber errado.

Gerardo quiere aprender la lengua árabe. Tiene treinta años y se entrega a este afán con la avidez y la alegría de un niño que está rompiendo a hablar. Toledo es el lugar idóneo para ello: una antigua corte visigoda que ha vuelto a los cristianos después de más de tres siglos de esplendor musulmán. La mayoría de los árabes se fueron cuando el rey Alfonso tomó la ciudad, pero aún quedan en ella multitud de cristianos y judíos que conocen la lengua de los antiguos moradores. Gerardo busca su compañía y su consejo.

Hace poco, le han presentado al arzobispo Raimundo y ha conocido la biblioteca de la catedral, que fue la que alojaba la Mezquita Mayor. Guiado por sus nuevas amistades, también ha visitado a todos los aficionados a los libros que viven en la judería o fuera de los muros de la ciudad. Oye con atención lo que cuentan de los escritos del médico Avicena y le maravillan las ilustraciones con las que el cirujano Al Zahrawi describe operaciones delicadas en los genitales, el tratamiento de partos complicados o la extracción de un feto muerto.

Esta mañana ha visto la obra de la que todos hablan: *Kitab al-Medjisti*, el *Libro Mayor* del sabio Ptolomeo, en el que se refieren los secretos del sol y de la luna, de los cinco planetas y de las estrellas. Gerardo ha concebido el sueño de trasladar al latín ese tesoro, algo que nunca ha sido hecho. Sabe que en estos manuscritos árabes dispersos por Toledo duermen las obras de los antiguos sabios griegos: la matemática de Euclides—de la que incluso ya ha leído algún fragmento—, la física de Aristóteles, los comentarios de Alejandro de Afrodisia, las obras que en Bagdad tradujeron Ibn Ishaq e Ibn

Qurra. Si gracias a él esos libros pudieran ser leídos en Castilla o Italia, cobraría sentido haber abandonado Cremona.

PIPINI, *Crónica*, en Muratori, *Script. rer. Ital.*, vol. IX.

BURNETT, Ch., «The Coherence of the Arabic-Latin Translation Program in Toledo in the Twelfth Century», en *Science in Context*, 14, Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

ZAIMECHE, S., *Aspects of the Islamic Influence on Science and Learning in the Christian West*, Manchester, Foundation for Science Technology and Civilisation, 2003.

GARCÍA-JUNCEDA, J. A., «La filosofía hispano-árabe y los manuscritos de Toledo», en *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, vol. III, Madrid, Universidad Complutense, 1983.

HASKINS, C. H., *Renaissance of the Twelfth Century*, Cambridge, Harvard University Press, 1995 (1927¹).

JOURDAIN, A., *Recherches critiques sur l'âge et l'origine des traductions latines d'Aristote*, París, 1819¹.

LECLERC, N. L., *Histoire de la médecine Arabe*, París, Ernest Leroux, 1876.

BUSARD, H., «Euclid. The First Translation of Euclid's "Elements", Commonly Ascribed to Adelard of Bath», en *Studies and Texts*, 64, Toronto, Pontifical Institute of Mediaeval Studies, 1983.

ZARA COSTA DÁLMATA 1203

Desde el día de San Martín, los cruzados que se dirigen a Jerusalén permanecen acampados en el puerto de Zara, un lugar que, pese a lo ocurrido, resulta bastante adecuado como cuartel de invierno.

La expedición no ha comenzado bien. La desgracia empezó ya a fraguarse en Venecia, el día de San Juan. Las tropas reunidas allí no llegaban a un tercio del número previsto para ir a la conquista de los Santos Lugares; y, sin embargo, cumpliendo con su parte, los venecianos ya habían dispuesto la gran flota acordada para el traslado de las huestes a Egipto y esperaban ansiosos el pago de los ochenta y cinco mil marcos de plata. Aunque los caballeros cruzados vaciaron por completo sus arcas, apenas treinta y cuatro mil pudieron juntarse. Fue entonces—con el ejército hambriento y hacinado en el Lido—cuando, no sin disensión, se aceptó la audaz propuesta del dogo de Venecia para saldar la deuda contraída: conquistar esta ciudad de Zara, aliada últimamente con el rey Emico de Hungría, y devolverla a la jurisdicción de la Serenísima República.

Venecia ya ha recuperado su plaza en Dalmacia, pero la excomunión del papa se cierne ahora sobre las cabezas de los cruzados que han osado tomar parte en este saqueo de una ciudad cristiana. Simón de Montfort—que se negó al pillaje—permanece acampado con sus huestes fuera de la muralla. Balduino de Flandes, Goeffroy de Villehardouin y el conde de Saint Pol ocupan las casas de la media ciudad que ha sido convertida en cuartel. El dogo de Venecia, aunque ciego y anciano, se pasea cada mañana junto al mar como un león celoso de su territorio. Todos esperan a que el caudillo Montferrat regrese de su viaje a Germania, a que pase el invierno, a que las cosas tomen por fin un rumbo.

Ayer, una embajada venida de la corte germana de Suabia trajo una noticia que ha vuelto a hacer que la discordia deambule por el campamento. El rey Felipe, a quien ahora visita Montferrat, envía una misiva diciendo que su cuñado Alejo tiene la solución para llevar a buen fin la cruzada. Alejo

Ángel es un príncipe de Oriente, hijo del emperador Isaac II, el desafortunado que hace siete años perdió los ojos y el trono de Constantinopla a manos de su propio hermano. El año pasado, Alejo escapó de la cárcel en la que estaba recluido por su tío y fue a recabar la ayuda del papa para restaurar en el trono a su padre; ahora, parece pretender la del rey Felipe de Germania, casado con su hermana Irene.

Simón de Montfort y el abad de Vaux se niegan a aceptar la propuesta del príncipe. Dicen que contradice en la esencia el espíritu de la cruzada y advierten que, de seguir considerándose, volverán con sus tropas a casa. No sería extraño que muchos de los soldados peregrinos que han dejado sus hogares para liberar de los infieles el sepulcro de Cristo acabaran uniéndose a ellos y desertando de la expedición.

Pero, por otro lado, el joven Alejo ha encontrado un fuerte valedor en la persona del anciano dogo, que hace ver a todos que la oferta del príncipe es seria y generosa: si los cruzados desvían sus ejércitos hacia Constantinopla y lo reponen por las armas en el trono de su padre, él promete la entrega inmediata de doscientos mil marcos de plata, una flota para invadir Egipto, provisiones para todas las tropas, un nuevo contingente de diez mil soldados y una guardia de quinientos caballeros consagrados de por vida a la custodia de los Santos Lugares. Y lo que es más, si es repuesto en el trono que ahora usurpa su tío, el príncipe Alejo jura poner fin al largo cisma de la Iglesia de Cristo sometiendo a su pueblo a la legítima supremacía de la Iglesia de Roma.

NICETAS CHONIATES, *Crónica*.

GEOFFROY DE VILLEHARDOUIN, *De la Conquête de Constantinople*, XVII-XVIII.

ROBERT DE CLARI, *La Conquête de Constantinople*, XIII.

GUNTHER, *Historia Constantinopolitana*, VI.

Crónica de Morea (Ms. Havniensis, 57, edición de Kalonaris, P., Atenas, 1940).

INOCENCIO III, *Epístolas*, 86, 87 y 88.

RUNCIMAN, S., *A History of the Crusades III*, Cambridge, Cambridge University Press, 1954.

NORWICH, J. J., *A short history of Byzantium*, Nueva York, Knopf, 1997.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

QUELLER, D., y MADDEN, Th., *The Fourth Crusade. The Conquest of Constantinople*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1997.

PHILLIPS, J., *The Fourth Crusade and the Sack of Constantinople*, Londres, Pimlico, 2005.

ZAKYNTHINOS, D., «La conquête de Constantinople en 1204, Venise et la partage de l'Empire Byzantin», en *Venezia dalla Prima crociata alla Conquista di Costantinopoli del 1204*, Florencia, Sansoni, 1965.

OIKONOMIDES, N., «Η Δ' Σταυροφορία και η άλωση της Κωνσταντινουπόλεως», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 9, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

AGUAS DEL EGEO

1207

Ocho galeras arrendadas en el arsenal de Venecia avanzan rumbo sur por las aguas tranquilas del Egeo. En ellas, viajan hacia un sueño Marco Sanudo y otros esforzados caballeros de la nobleza veneciana. Por fin ha sido dado el permiso para emprender la conquista de las islas que corresponden por derecho a los cruzados.

La espera ha sido incierta y larga. La vergonzosa huida del emperador griego, la forzada coronación del príncipe Alejo, sus pomposas promesas largamente incumplidas y su grotesca muerte estrangulado en una celda, forzaron finalmente a los cruzados a tomar Constantinopla y a proclamar al conde latino Balduino de Flandes nuevo emperador de Oriente. De esto hace ahora tres años. Aquella misma primavera quedaron repartidos los derechos de conquista sobre las tierras del imperio: un cuarto para el emperador y el resto a partes iguales para Venecia y los cruzados francos. Después de tantas privaciones, los caballeros de Cristo tienen por fin ahora su resarcimiento y su parte en la gloria.

En virtud de esa acertada partición, el viejo dogo Enrico Dandolo ha alcanzado la dicha de morir coronado «Déspota de Romania» y «Señor de Un Cuarto y Mitad del Imperio romano». Por otro lado, Bonifacio de Montferrat, jefe de esta venturosa expedición, ha entrado triunfante y aclamado como libertador en las ricas tierras de Tracia y Macedonia, en la hermosa Tesalónica, en Tesalia y Beocia. Son tan grandes sus predios que, por diez mil marcos, ha accedido a vender a Venecia la isla de Candia con todas sus ciudades. Los caballeros que le han servido bien se cobran ahora sus feudos: ha dejado a Guy Pallavicini como señor de las Termópilas, a Autremencourt le ha dado el Parnaso y Salona, a Otón de la Roche le ha concedido Atenas y Tebas, y a Villehardouin le ha encomendado la conquista de toda la Morea. Embriagados por su buena fortuna, algunos caballeros creen que por los dominios que ahora les corresponden corren incluso las aguas del Nilo y del Éufrates.

Ahora que la esperada venia ha sido dada, todo caballero veneciano que desee ser vasallo del nuevo emperador es libre de acometer por sus medios la

conquista de las islas del Archipiélago. Marco Sanudo, sobrino del viejo dogo Dandolo, llevaba mucho tiempo esperando este día y ha tomado a crédito estas naves para ganar también su feudo. Su ilusión es fundar un ducado con sus propios vasallos y limpiar este mar de piratas. Con él va su primo Marino, los hermanos Andrea y Geremia Ghisi, Ravano dalle Carceri, Philocalo Navigaioso y otros compañeros de armas que han querido seguirle en esta empresa. Sin apartar la vista del sereno horizonte, Sanudo piensa casi en voz alta: «Primero tomaremos Naxiá; pero después conquistaremos Paros, Melos, Sifnos, Nío, Thermia, Sira, Tinos, Andros...».

«PARTITIO TERRARUM IMPERII ROMANIAE»

[Partición de las tierras del Imperio romano].

Partitio terrarum imperii Romaniae.

Crónica de Morea (Ms. Havniensis, 57, edición de Π. Καλονάρου, Atenas, 1940).

NICETAS CHONIATES, *Crónica*, 387 y ss.

GEOFFROY DE VILLEHARDOUIN, *De la Conquête de Constantinople*, op. cit., 159 y ss.

DANIELE BARBARO, *Crónica*.

FOTHERINGHAM, J. K., *Marco Sanudo, Conqueror of the Archipelago*, Oxford, Clarendon Press, 1915.

SLOT, B. J., *Archipelagus turbatus: les Cyclades entre colonisation latine et occupation ottomane*, I, Leiden, Nederlands Instituut voor het Nabije Oosten, 1982.

LURIER, H. E., *Crusaders as Conquerors: the Chronicle of Morea*, Nueva York, Columbia University Press, 1964.

MILLER, W., *The Latins in the Levant, a history of Frankish Greece (1204-1566)*, Londres, John Murray, 1908.

CARILE, A., «Partitio terrarum imperii Romaniae», en *Studi Veneziani*, 7, Pisa, 1965.

OIKONOMIDES, N., «La décomposition de l'Empire byzantin à la veille de 1204 et les origines de l'Empire de Nicée: à propos de la Partitio Romaniae», en *xv^e Congrès International d'Etudes Byzantines, Rapports et co-rapports*, Atenas, 1976.

ZAKYNTHINOS, D., «La conquête de Constantinople en 1204, Venise et la partage de l'Empire Byzantin», en *Venezia dalla Prima crociata alla Conquista di Costantinopoli del 1204*, Florencia, Sansoni, 1965.

GIBBON, E., *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, Londres, Penguin Classics, 2001 (1776-1788¹).

MALTEZOU, Ch., «Λατινοκρατούμενη Ελλάδα», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 9, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

STURDZA, M. D., *Dictionnaire historique et généalogique des grandes familles de Grèce, d'Albanie et de Constantinople*, edición del autor, París, 1983.

NICOSIA (CHIPRE)

1231

Hace cuarenta años, el rey Ricardo «Corazón de León» conquistó esta isla y se la vendió a la Orden del Temple por cien mil denarios de oro. A los pocos meses, los templarios se fueron acosados por el pueblo y la isla pasó a manos del caballero franco Guy de Lusignan. Éste la llenó de colonos latinos que habían fracasado en las cruzadas y que al llegar aquí se vieron convertidos en señores y terratenientes. Después subió al poder su hermano Amaury, que invitó al papa de Roma a extender su jurisdicción sobre la isla y pronto fue reconocido en Occidente como legítimo rey de Chipre y de Jerusalén.

Hace treinta y cinco años, se fundó en esta isla la diócesis latina, con arzobispo en Nicosia y obispos en Amocosto, Lemesós y Pafos. Como la Iglesia necesita recursos materiales para preservar su independencia, se dotó a la latina con predios y prebendas de la ortodoxa.

Hace nueve años, el cardenal mandado por el papa y los grandes maestros del Temple y de San Juan organizaron un concilio para resolver los conflictos entre las dos Iglesias de Chipre: los asuntos de tierras quedaron bien zanjados a favor de la Iglesia latina, y los obispados ortodoxos pasaron de ser quince a ser cuatro, todos con nueva sede fuera de la isla. Desde que los francos mandan en Chipre—y, más aun, desde que los cruzados han tomado y saqueado Constantinopla—, los padres latinos velan por el alma de sus hermanos cristianos de Oriente.

Por eso, hace tres años, los predicadores latinos visitaron a los monjes del monasterio de Kantara y conversaron con ellos acerca del uso del pan fermentado en la eucaristía. Por eso hace tres años que los once hermanos de Kantara y otros dos más del monasterio de Maqueras sufren tormento y prisión en esta cárcel de Nicosia. Por eso hoy, 19 de mayo, bajo la acusación de herejía sancionada por el papa Gregorio IX, los doce religiosos recluidos—uno de ellos ha sucumbido ya en el calabozo—serán despojados de sus hábitos, atados por los pies a los caballos, arrastrados por el lecho seco del río Pedieo y arrojados finalmente a la hoguera. Grave, en efecto, es el castigo; pero más grave aún es el pecado que por él purgan y su porfía en el error y la insolencia que muestran ante Dios.

PAPADOPOULOS, Th., «Μαρτύριον Κυπρίων», en Περιοδικός «Απόστολος Βαρνάβας», Αναμνηστικός τόμος (1918-1968), Nicosia, 1975.
—, «Το μεσαιωνικό βασίλειο της Κύπρου (1192-1489)», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 9, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.
ΚΑΚΚΟΥΡΑΣ, G., Το μαρτύριο των Αγίων 13 Οσιομαρτύρων της Μονής Καντάρας, Nicosia, 2002.
HILL, G., *A History of Cyprus II (1192-1432)*, Cambridge, 1948.

**MONASTERIO
DE SAN NICOLA DI CASOLE
OTRANTO (ITALIA)**
1235

Las costas de Otranto, de este apartado promontorio donde termina Italia, son una larga hilera de colinas áridas asomadas al mar. Sin embargo, cuando a la tarde comienza a declinar el sol, este suelo pedregoso dulcifica mágicamente su aspereza, el viento se detiene y quedan en el aire las esencias del hinojo y la jara.

El abad Nectario y su amigo ateniense Georgios Vardanis han salido a pasear hace ya un rato por los alrededores del monasterio. Es una despedida: mañana, Vardanis regresará a su sede de arzobispo en Corfú, recuperado sólo en parte de las dolencias que le han impedido continuar el viaje para entrevistarse con el papa y el emperador Federico. Antes de este silencio poblado de cigarras, uno de ellos ha dicho que quién sabe si volverán a verse. Los dos son ya ancianos, y con sus barbas y cabellos blancos, sentados frente al mar, parecen profetas.

Estos días, han tenido ocasión de hablar de los recuerdos y de las inquietudes sin tener que recurrir a las cartas. Nectario le ha contado a su amigo los detalles de su reciente controversia con el papa Gregorio hasta conseguir que revoque su decreto de nulidad sobre el bautismo de los griegos. Ahora, el bautismo ortodoxo se considera nuevamente válido, aunque los sacerdotes digan «el siervo de Dios se bautiza» y no «yo te bautizo». Todo un logro, tratándose de un papa que acaba de fundar un tribunal para entender en delitos de fe que llama Santo Oficio de la Inquisición.

También en estos días han vuelto a hablar del tema del *filioque*. Ambos coinciden en que podría superarse fácilmente—al menos, en cuanto al asunto del pan ázimo—; pero lo grave es que no hay disposición. Y, más allá de los asuntos religiosos, estos días han sido especialmente gratos por las veladas compartidas con los discípulos de Nectario que escriben poemas en griego. Son pocos pero buenos amigos, implicados en los asuntos del momento e

interesados en el conocimiento de los antiguos: el notario Giovanni Grasso, su hijo Nicola y el inquieto joven Giorgio di Gallipoli.

Nectario lleva ya quince años de abad en este monasterio. Todo este tiempo, ha tratado de cultivar el espíritu de oración, trabajo, estudio y frugalidad de los primeros monjes griegos que llegaron aquí huyendo de los iconoclastas y se quedaron a vivir en cabañas y cuevas. También se ha desvelado por el acercamiento entre Constantinopla y Roma, empeño que le ha enseñado mucho sobre la mezquindad de los hombres. Pero, sobre todo, ha mantenido vivas en este remoto paraje la escuela griega y la biblioteca de manuscritos orientales, dos instituciones únicas en todas estas tierras azotadas por las invasiones bárbaras y por las luchas entre güelfos y gibelinos. La escuela lleva setenta y cinco años enseñando el griego, el *trivium* y el *quadrivium*; en el escritorio, se vierten al latín las obras de los padres griegos y al griego las de los latinos; y en la biblioteca, para la que Nectario ha reunido códices insólitos en sus múltiples viajes, se conservan, junto a los manuscritos de autores cristianos, los textos de Aristóteles y de Galeno, las tragedias de Sófocles y Eurípides, las odas de Píndaro, los *Fenómenos* de Árato, la *Alejandra* de Licofrón y una copia personal de la *Ilíada* de Homero. Se da cama y comida a quien desee venir a leerlos.

LÀUDANI, M., «Leonzio Pilato e la cultura “bizantina” dell’Italia meridionale nell’età dei Paleologi (1261-1453)», en *Porphyra*, n.º 7, Venecia, 2006.

—, «Persistenze culturali greco-classiche e bizantine nell’Italia meridionale tra l’VIII ed il XIV sec», en *Porphyra*, n.º 6, Venecia, 2005.

PERTUSI, A., «Bisanzio e l’irradiazione della sua civiltà in Occidente nell’alto medioevo», en *Scritti sulla Calabria greca medievale*, Soveria Manelli, 1994.

—, «Aspetti organizzativi e culturali dell’ambiente monacale greco dell’Italia meridionale», en *Scritti sulla Calabria greca medievale*, Soveria Manelli, 1994.

—, «Italo-greci e bizantini nello sviluppo della cultura italiana dell’Umanesimo», en *Scritti sulla Calabria greca medievale*, Soveria Manelli, 1994.

GIGANTE, M., et al., *Poeti bizantini di Terra d’Otranto nel secolo XIII*, Nápoles, 1979.

DAQUINO, C., *Bizantini in Terra d’Otranto – San Nicola di Casole*, Leche, Capone Editore, 2000.

GIANNELLI, C., «Un documento sconosciuto della polemica tra Greci e Latini intorno alla formula battesimale», en *Orientalia Christiana Periodica*, x, Roma, 1944.

ADRIANÓPOLIS

1305

Miguel Paleólogo se tiene a sí mismo por un príncipe prudente y sagaz. Esta noche, como solemne despedida, agasaja en su mesa de palacio al victorioso mercenario Roger de Flor y a los principales caballeros de la Compañía Catalana que se disponen a partir para Galípoli después de dos semanas de visita en su corte.

Miguel Paleólogo y su padre Andrónico deben a estos valientes guerreros las grandiosas victorias obtenidas sobre los turcos en estos últimos dos años. Aún recuerda Miguel con espanto las recientes derrotas de su ejército en Magnesia y en las costas de Nicomedia, y la horrenda visión de las naves del emir Osmán adentrándose peligrosamente en el mar de Mármara. Sin embargo, desde que cuentan con la ayuda de Roger, todo ha cambiado. Este temible ejército de apenas seis mil hombres ha hecho retroceder a los turcos al interior de Asia. En su primer ataque dieron muerte a trece mil enemigos, en el segundo a veinte mil, en un tercero a dieciocho mil. En apenas dos años, han limpiado de turcos Anatolia y los han masacrado en las faldas del monte Tauro. ¡Mucho más tardaron los romanos en derrotar a Mitrídates y ganar para el imperio todo ese territorio! Pero dicen—y es cierto—que los soldados de Roger que llaman *almogávares* son capaces de ensartar en sus lanzas a los caballos que vienen a la carga, que no hay golpe que sus hachas no den en carne y que sus pesadas mazas rompen los cascos de los enemigos y hacen salir los sesos por las orejas.

Hace dos años, cumpliendo con su pacto, el emperador Andrónico nombró megaduque a Roger de Flor y le dio por esposa a la joven princesa María. Ahora, para recompensarle por sus extraordinarios triunfos, le ha nombrado César del imperio y ha dejado en feudo a sus caballeros de Cataluña y Aragón las tierras conquistadas en Asia. Ahora, quienes están sentados a la mesa de Miguel Paleólogo ya no son mesnaderos latinos en busca de fortuna, sino nobles del imperio; ya no es Roger un simple mercenario, sino un César y un miembro respetable de la casa real.

Miguel y su padre siempre han confiado más en tropas extranjeras que en los propios súbditos para velar por su seguridad. Pero Miguel es un hombre

prudente y piensa que los males que pueden corromper el imperio hay que atajarlos de raíz, y que es deber penoso de los príncipes tomar las grandes decisiones que provocan aflicción y censura pero que, al cabo, vuelven a llevar las aguas desmadradas a su curso.

Las carnes se han enfriado ya en los platos y las copas rebosan de vino nuevamente. A una señal imperceptible, se abren de par en par las puertas de la estancia e irrumpen en ella los mercenarios alanos y los turcopoles. Gircón, el capitán de los alanos, va directamente hacia Roger y le abre las espaldas a cuchilladas. El resto de la tropa se abalanza sobre los caballeros ebrios y desarmados y sus cabezas comienzan a rodar entre las viandas. La sangre huye impetuosa de los cuerpos mutilados y se estrella contra las armaduras y los rostros de los verdugos. Los emperadores Miguel y María se escabullen entre el tumulto y desaparecen tras una cortina.

La matanza continúa en las calles, donde las huestes de Roger descansan confiadas, y se extiende después a los caminos y las aldeas próximas. Siguiendo el plan trazado, las tropas del imperio cabalgan ahora hacia Galípoli, donde esperan dar muerte al resto de la compañía mercenaria y atajar para siempre esta amenaza.

Eso ha previsto el príncipe, para que nadie le haga sombra en su imperio. Pero no ha previsto, sin embargo, que todo el pueblo de Galípoli morirá a manos de los mercenarios acosados; que esas fieras que mantenían a los turcos alejados de la capital se irán hacia el oeste arrasando cuanto encuentren a su paso; que quemarán el Monte Santo y las llanuras macedonias y los campos de Tesalia; que no tendrán clemencia con ningún romeo entre los Dardanelos y el Ática; que tomarán Atenas, y su pendón ondeará sobre la Acrópolis hasta la muerte de sus nietos. De ahora en adelante, los griegos gritarán «¡Piedad!», y los almogávares, «¡Venganza!». El Occidente será devastado, Osmán quedará libre en el Oriente, y Miguel Paleólogo, si llega a comprender, sabrá que en esta acción ha perdido su imperio.

MUNTANER, R., *Chronica, o descripcio dels fets, e hazanyes del inclyt Rey don Jaume Primer*, Valencia, 1558 (Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).

PACHYMERIS, G., *Corpus Bonnense Historiae Byzantinae*, Bonn, 1835.

GRIGORAS, N., en *Corpus Bonnense Historiae Byzantinae*, Bonn, 1835.

MONCADA, F. de, (1586-1635), *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, Madrid, Espasa Calpe, 1943.

ZURITA, J., *Anales de la Corona de Aragón*, edición de Canellas, A., Zaragoza, 1976.

RUBIÓ I LLUCH, A., *La Acrópolis de Atenas en la época catalana*, Barcelona, 1908.

LAIYOU, A., *Constantinople and the Latins. The Foreign Policy of Andronicus II (1282-1328)*, Massachusetts, 1972.

MORFAKIDIS, M., «La presencia catalana en Grecia: relaciones entre griegos y catalanes según las fuentes», en *Relaciones inéditas entre España y Grecia*, Atenas, Instituto Cultural Español Reina Sofía, 1986.

AYA SOLUK

1331

El joven tangerino Abu Abdullah Muhamad Ibn Batutta, peregrino a La Meca, llega a la ciudad de Aya Soluk. Salió de su casa a los veinte años, y hoy, a los veintisiete, ha alcanzado ya una merecida reputación de viajero.

Al día siguiente de su llegada, lo recibe en su fortaleza el propio Aydinoglu Mehmed Bey, emir de los selyúcidas que gobiernan estas tierras desde la muerte del último sultán. El soberano agasaja al viajero con exquisitos manjares y una túnica de seda adornada con brocados de oro. Luego, cómodamente reclinados, le ruega que le hable de Marruecos, de Damasco, de Jerusalén, de las lejanas tierras de la dinastía Il-Khanate y de la maravillosa Isfaján. El joven Ibn Battuta deleita a su anfitrión con sus noticias sobre estos lugares y otros territorios musulmanes que ha visitado, sin olvidar Adén—con su increíble puerto en el cráter de un volcán sumergido—ni los esmeraldinos arrecifes de coral de Mombasa.

Cuando comienza a atardecer, el emir acompaña al viajero en un paseo sobre los altos muros del castillo. Allí le cuenta que la fortaleza fue de los cristianos hasta que Chaka Bey la tomó hace ahora veintisiete años—los mismos de su joven huésped—y le cambió el intrincado nombre de Agios Theologos por el de Aya Soluk. Desde las almenas, se ve la gran mezquita que, hace sólo unos meses, ha sido construida aprovechando el templo en el que los cristianos enterraron al santo que escribió el evangelio. Mehmed alaba con orgullo los bellísimos mármoles y las once cúpulas de plomo bajo cada una de las cuales ha ordenado construir un aljibe. El viajero asiente y reconoce no haber visto otra mezquita igual en el mundo.

Después, desde la torre norte, Mehmed muestra a Ibn Batutta la extensión de sus predios, que alcanzan más allá de donde llega la mirada. Orgulloso de su estirpe, refiere las conquistas de sus antepasados y explica al extranjero cómo, por la virtud y el sacrificio de los selyúcidas, las tierras de los persas desde el lejano Índico hasta esta orilla del Mediterráneo han sido conducidas a la verdadera fe del Profeta. A sus pies se extiende la fértil vega del Caustro, las casas de la ciudad, un bosque de mármoles antiguos y las aguas estancadas de un puerto desaparecido que algunos dicen que se llamaba Éfeso.

Al día siguiente, Ibn Battuta se une a la caravana que marcha hacia el norte, y antes de abandonar la ciudad, en el mercado, compra una hermosa joven griega por tan sólo cuarenta dinares.

IBN BATTUTA, *Rihla Travels in Asia and Africa 1325-1354*, edición de Gibb, H. A. R., Londres, Broadway House, 1929.

GIBB, H. A. R., *Mohammedanism and historical survey*, Nueva York, Galaxy, 1962.

FOSS, C., *Ephesus after Antiquity*, Cambridge, Cambridge University Press, 1979.

KOESTER, H., *Ephesos, Metropolis of Asia*, Cambridge, Harvard Theological Studies, 2004.

MILÁN

1354

A las afueras de la ciudad, junto a la puerta Vercellina, una casa adosada a la muralla y flanqueada por dos torreones aloja desde hace unos meses al poeta Petrarca, a quien el poderoso arzobispo Visconti retiene en Milán como un lujoso adorno de su corte. Las ventanas se abren a una hermosa campiña y al fondo del paisaje se recortan las cumbres nevadas de los Alpes.

Desde que está aquí, sus amigos de Florencia no han dejado de enviarle cartas censurándole su permanencia al lado de un reconocido tirano. Todos apelan a su espíritu republicano y pacifista, y hasta el propio Boccaccio le ha escrito en tono condenatorio preguntándole qué ha sido del Silvano que habitaba en las montañas de Vaucluse y que ahora ha encerrado a las Ninfas en ese *rus in urbe*, en ese calabozo guardado por un déspota. Para su desgracia, hace sólo unas semanas que Petrarca recibió la noticia de que su amado refugio de Vaucluse ha sido saqueado y quemado, y de que sólo la previsión de los guardeses ha logrado salvar en el castillo algunos de los manuscritos de su valiosa biblioteca. Desde entonces, aún se le ve más abatido.

Esta mañana, sin embargo, Petrarca ha recibido una inmensa alegría. Unos mensajeros han traído un regalo que le envía desde Constantinopla su amigo Niccolò Sigeros. Petrarca conoció a Sigeros hace menos de un año, en Aviñón, cuando este griego de origen se presentó ante el papa tratando de influir para la reconciliación de la Iglesia. El poeta le rogó entonces que intentara encontrar en los monasterios de Constantinopla alguna de las obras perdidas de su admirado Cicerón. Hoy, en vez de ese encargo, Petrarca ha recibido de Sigeros un manuscrito con dos obras desconocidas en Occidente y de talla infinitamente superior: la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero.

Sentado en su escritorio, el poeta recorre con la vista los textos ilegibles de ese códice mientras redacta emocionado una sincera carta de agradecimiento. Todos los autores antiguos admiraron a Homero, pero ningún latino sabe hoy de sus poemas más que por los libros acerca de Troya. Petrarca, claro está, los ha leído todos. La antigua *Ilias Latina* atribuida a Silio Itálico, la larga prosa del *Excidium Troiae*, la *Ephemeris belli Troiani*

del cretense Dictis y la *De excidio Troiae Historia* de Dares de Frigia, testigos ambos de la famosa guerra. También conoce bien los que fueron escritos por autores cristianos, como el *De bello Troiano* de Iosephus Iscanus o el famosísimo *Roman de Troie* de Benoît de Saint-Maure.

Ahora, con los escasos rudimentos de griego aprendidos un día del monje calabrés Barlaam, Petrarca intenta descifrar lo que ocultan los intrincados caracteres, libar algunas gotas de la magia vertida en esas palabras por quien dicen que fue el más grande de todos los poetas. Pronuncia lentamente: μῆνιν ἄειδε θεὰ Πηληϊάδεω Ἀχιλῆος... Reconoce con satisfacción el nombre de Aquiles. Reconoce los nombres de los dioses y héroes, pero no puede en absoluto comprender el sentido. Si pudiera, descubriría que los versos de Homero no dicen lo que cuentan de Troya las obras que ha leído: que aquella antigua guerra no tuvo su origen en la expedición de los Argonautas, que Medea no era una dama vestida de armiño, que Anténor no fundó Venecia, que Príamo no erigió un monasterio para honrar la memoria de Héctor y que la digna Hécuba nunca llamó Satanás a Eneas.

PETRARCA, *Epístolas familiares*, XVIII, 2 y XXIV, 12.

HOMERO, *Ilíada y Odisea*.

SILIO ITALICO, *Ilíada Latina*.

ESTACIO, *Tebaida*.

Excidium Troiae.

Ephemeris belli Troiani.

De excidio Troiae Historia.

JOSEFO ISCANO, *Sobre la guerra de Troya*.

SAINT-MAURE, B., *Roman de Troie*.

Liet von Troye.

WÜRZBURG, K. von, *Buch von Troye*.

COLONNE, G. delle, *Historia Destructionis Troiae*.

LÓPEZ EIRE, A., *Introducción a Ilíada*, Madrid, Cátedra, 1989.

CAMPBELL, Th., *The sonnets, triumphs and other poems of Petrarch*, Londres, Bell & Sons, 1879.

BLANCO, J., «Un diccionario geográfico del siglo XIV», en *Revista Pharos*, vol. 9, n.º 1, Santiago de Chile, 2002.

LÀUDANI, M., «Leonzio Pilato e la cultura “bizantina” dell’Italia meridionale nell’età dei Paleologi (1261-1453)», en *Porphyra*, n.º 3, Venecia, 2006.

SCOTT, J. A., *Homero y su influencia*, Buenos Aires, 1946.

CURTIUS, E. R., *Literatura europea y Edad Media Latina*, México D.F., FCE, 1955.

VENECIA

1359

Maniobrando con pericia entre los postes, evitando el impacto con los sillares sumergidos cubiertos de algas, hincando con decisión la pértiga en las aguas turbias, un barquero del Torcello conduce a Giovanni Boccaccio por los canales de Venecia.

Boccaccio viene de visitar a Petrarca en Milán. Lo dejó con buen ánimo, en buena salud, ordenando sus cartas y sus poemas en lengua vulgar, recuperado ya de la enojosa herida que le produjo la caída de un códice y que a punto estuvo de obligar a los médicos a amputarle la pierna.

El encuentro con el maestro resultó alentador, aunque sus reconvenciones sobre galanteos y enamoramientos incomodaron en más de una ocasión al impetuoso Boccaccio. Ardiente de entusiasmo, el florentino le mostró a Petrarca el ingente trabajo que viene realizando acerca de los dioses de los gentiles y le informó con emoción de los más de mil lugares de la geografía antigua de los que ha conseguido reunir noticias fidedignas. Paseando por la campiña milanesa, oteando desde la muralla, comiendo junto al fuego de la chimenea, Boccaccio le habló al poeta de los montes Citerón y Liceo, le mencionó las fuentes Aganipe e Hipocrene, le dijo que tiene contados más de seiscientos ríos y le refirió muchos nombres extraños de bosques, lagos, pantanos y mares que ha hallado últimamente revisando los textos de Pomponio Mela, Plinio y Tito Livio. En los silencios, sin embargo, cuando las miradas seguían hablando, ambos veían asomarse una apremiante conclusión: para conocer el mundo antiguo es necesario traducir a Homero.

Juntos han concebido un plan: encontrar a Leonzio Pilato y convencerlo para que acabe la labor que ha dejado inconclusa. Pilato es un extraño calabrés que se jacta de tener antecedentes tesalios. Fue alumno del monje Barlaam, pero nunca siguió la senda monástica. Pasó unos años en la isla de Creta y luego regresó a Venecia, donde Petrarca lo conoció el invierno pasado y le encargó que tradujera la *Ilíada*.

Pilato no pasó del libro quinto y no se ha vuelto a saber de él. Se supone que sigue en la ciudad, pero es posible que haya cumplido su deseo de peregrinar a Aviñón. El plan es encontrarlo, disuadirle de la idea de

trasladarse a esa corrupta Babilonia de Occidente y ofrecerle una paga en el *Studio* de Florencia para que se dedique a traducir a Homero y a enseñar a unos buenos discípulos el griego. Eso hay que conseguir, porque en Italia no hay una cátedra de griego desde los tiempos de los antiguos, porque desconocemos la lengua de nuestros evangelios y porque no es posible seguir adelante sin poder leer siquiera las obras que instruyeron a Ennio, a Cicerón y a Virgilio.

Por los canales de Venecia, siguiendo las indicaciones de Petrarca, Boccaccio pregunta por un *grico* llamado León, Leontius, Leonzio...

BOCCACCIO, G., *De Genealogia Deorum Gentilium; De montibus, silvis, fontibus, lacubus, fluminibus, stagnis seu paludibus et de diversis nominibus maris*, edición de Mondadori, Milán, 1996.

PETRARCA, F., *Espístolas familiares*, XVIII, 2 y XXIV, 12.

LÀUDANI, M., «Leonzio Pilato e la cultura “bizantina” dell’Italia meridionale nell’età dei Paleologi (1261-1453)», en *Porphyra*, n.º 7, Venecia, 2006.

—, «Persistenze culturali greco-classiche e bizantine nell’Italia meridionale tra l’VIII ed il XIV sec», en *Porphyra*, n.º 6, Venecia, 2005.

PERTUSI, A., *Leonzio Pilato tra Petrarca e Boccaccio*, Florencia, Olschki, 1964.

BLANCO, J., «Un diccionario geográfico del siglo XIV», en *Revista Pharos*, vol. 9, n.º 1, Santiago de Chile, 2002.

PASTORE STOCCHI, M., «Il primo Omero del Boccaccio», en *Studi sul Boccaccio*, v, Florencia, 1968.

GIOFFRÈ, S., *Leonzio Pilato*, Soveria Mannelli, 2005.

CAMPBELL, Th., *The sonnets, triumphs and other poems of Petrarch*, Londres, Bell & Sons, 1879.

ESTIVES (TEBAS) 1379

Tres generaciones han pasado ya desde que aquellos mercenarios de la Compañía Catalana se rebelaron contra el señor Gautier de Brienne y se apoderaron del ducado de Atenas y de las tierras que ahora llaman Neopatria. La tiranía y la opresión han sido tales desde entonces que los antiguos señores francos de Brienne y la Roche son recordados ahora por los viejos como amos bondadosos y benévolos.

Este lugar, Estives, es un infierno donde la vida depende de los caprichos de una estirpe de locos. Los descendientes de aquellos mercenarios almogávares se han vuelto con el tiempo más sedentarios que sus padres, pero ahora que han dejado de arrasar nuevas tierras se matan entre ellos y esquilman la que tienen bajo sus pies. A nadie que no sea de su sangre le permiten poseer un palmo de tierra, y no se casan nunca con los lugareños para no debilitar la unidad de su casta. Han proclamado su lengua catalana como lengua oficial de sus dominios griegos y gobiernan el Ática y Beocia con arreglo a lo que llaman las sabias costumbres de Barcelona. De este modo, mandan a su antojo sobre un pueblo de siervos al que hacen trabajar en el campo y en las manufacturas de seda y del que toman a quien quieren para venderlo como esclavo a comerciantes y piratas de Mallorca, en el mercado que han abierto al otro lado de los montes, en el puerto de Livadostro. Por eso ahora, sin levantar la voz, muchos de los griegos que viven sometidos en Estives ven como redentores a esas desconocidas tropas que desde hace días, al otro lado de los muros, luchan contra los catalanes por rendir la ciudad.

El ataque ha llegado por sorpresa y el gobernador Ballester no se halla en la ciudad. Los catalanes rechazan a los invasores desde la muralla, resistiendo a la espera de refuerzos de Atenas. Bolas de fuego caen desde lo alto e incendian los tejados de las casas. El pueblo corre a las cisternas e intenta sofocar las llamas pasándose barreños de agua. El desconcierto se apodera por momentos de señores y siervos, y entre las voces de los que corren por los pasadizos y las callejuelas comienza a repetirse la palabra *traición*. Unos

gritan con odio el nombre de Micer Aner, otros acusan al arzobispo Simón Atumano, flechas y piedras vuelan sobre las cabezas mientras por las esquinas comienzan a sonar los nombres de los confabulados. Antes de que lleguen los refuerzos del sur, gentes del interior abren las puertas a los invasores.

Los nuevos amos son los mercenarios de la Compañía Navarra, otro ejército de aventureros al servicio de los nobles agraviados de Occidente. Vinieron a ganar para Juana de Sicilia las tierras de Albania; después, a hacer valer los derechos sucesorios de Jaime de Baux sobre el principado de Morea y el trono de Bizancio; y ahora, mercenarios al servicio de sí mismos, conquistan las tierras de Beocia y Tesalia.

El nuevo señor de la ciudad de Cadmo se llama Juan de Urtubia, y no traerá tampoco la paz a los tebanos. Muchos de ellos morirán en estos días por su espada o huirán a Negroponte a buscar nuevos amos. Y los otros, los griegos que se queden en Estives, serán espectadores mudos de cómo dos magníficos ejércitos de la lejana Hispania que han hecho temblar con su arrojo y fiereza a los sultanes turcos y a los emperadores de Oriente se aniquilan mutuamente en una necia guerra civil a miles de millas de sus patrias, quién sabe si vengando los antiguos agravios entre los reinos de Aragón y Navarra o sólo arrebatándose con furia la gloria y el botín de este castillo y estos predios que fueron del famoso rey Edipo y del valiente general Epaminondas.

RUBIÓ I LLUCH, A., *Conquista de Tebas por Juan de Urtubia*, San Sebastián, 1923.

—, *La Acrópolis de Atenas en la época catalana*, Barcelona, 1908.

MERCATI, G., *Ricerca storica con notizie e documenti sulla vita dell'Atumano*, Roma, 1916.

GÓMEZ DE ARTECHE, J., «Los navarros en Grecia y el Ducado catalán de Atenas en la época de su invasión», en Rubió i Lluch, A., *Boletín de la Real Academia de la Historia*, n.º 26, Madrid, 1895.

CATEURA, P., «Mallorca y Grecia en la Edad Media», en *Relaciones inéditas entre España y Grecia*, Atenas, Instituto Cultural Español Reina Sofía, 1986.

MONCADA, F. de (1586-1635), *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943.

JACOBY, D., «Catalans, Turcs et Vénitiens en Roumanie (1305-1332): un nouveau témoignage de Marino Sanudo Torsello», en *Studi Medievali*, 3.^a, 15, Spoleto, 1974.

RODAS

1382

Habiendo decidido ya el regreso a la corte papal de Aviñón, Juan Fernández de Heredia, gran maestre de los Caballeros de San Juan, saborea la dulzura de sus últimas semanas en Rodas. La primavera es hermosa en la isla. Desde lo alto del castillo, aún se ve el mar más profundo y azul que desde el puerto, se oyen las voces de los niños que juegan junto al muro golpeando espadas de madera y se ven avanzar por el cielo enormes nubes blancas y doradas, castillos también ellas más inaccesibles y sutiles.

Tanto quienes conocen de verdad a Heredia como quienes no han oído de él otra noticia que los rumores de sus detractores piensan igualmente que este recio caballero de barba canosa vestido de negro hasta los pies es el verdadero soberano de Aragón, la verdadera cabeza de la Iglesia y el árbitro definitivo de los destinos de la Europa cristiana.

A sus setenta años ya cumplidos, Heredia sabe bien quién es y quién ha sido. En Aviñón, murmuran nuevamente sobre la utilidad de su presencia en la ciudad, pero él la gobernó con tanto tiempo atrás y erigió las murallas que ahora la defienden. Ha sido embajador de cuatro papas y de dos reyes de Aragón, y para todos ha pescado con provecho en los ríos revueltos. Como soldado de la cristiandad, combatió al sultán Murat en Adrianópolis, reconquistó Lepanto a los albaneses y los turcos, defendió con valor el golfo de Arta, ganó Corinto y mantuvo al islam hasta el día de hoy alejado de Morea y de Rodas. Y como gran maestre de los Hospitalarios, ha conseguido que la Orden se mantenga aún unida ante las enconadas disputas entre Aviñón y Roma. A su edad, ya no le ciegan los brillos del poder ni le arrastran los señuelos de la vanidad, y no fía en lisonjas de nadie, pues le ha tocado en una misma vida ser prisionero de turcos y prisionero de cristianos.

En los últimos años, la idea de que la memoria de las cosas pasadas podría dar entendimiento a las presentes y discreción al proceder con las futuras ha llevado al gran maestre Heredia a la tarea de recopilar una ingente cantidad de manuscritos que guarda repartidos entre Rodas, Aviñón y el castillo de la Orden en Caspe. Unida a este sentir, su estancia en Rodas le ha despertado

una ambición que no ha tenido nunca ningún otro magnate del Occidente cristiano: indagar en la historia de los griegos a través de sus escritos.

Poco a poco, el dignatario extranjero ha aprendido la lengua que habla el pueblo y se ha iniciado también en la de los antiguos. Y, últimamente, ha traído a la isla a un filósofo llamado Demetrio Kalodikis para que vierta la gramática antigua a la lengua vulgar, y a un predicador con don de lenguas vivas—obispo en Adrianópolis—para que pase la versión del sabio al habla de Aragón. Heredia confía en que juntos puedan pronto concluir su trabajo y dar a conocer a los reinos de Europa la crónica del historiador Zonarás, los hermosos discursos de Tucídides y las vidas escritas por Plutarco. A punto de partir para Aviñón, este plan alimenta sus sueños y le lleva a pensar en la compilación de nuevas obras que averigüen el pasado de Occidente. A la ambición de la que se le acusa, le bastaría con que los tiempos venideros conservaran su memoria vinculada a este empeño.

Ms. 1568 (s. xv) Biblioteca Riccardi, Florencia, citado por Schiff, M., en *La bibliothèque du marquis de Santillane*, París, 1905.

NÚÑEZ, G., «Juan Fernández de Heredia, político, humanista y filoheleno», en *Relaciones inéditas entre España y Grecia*, Atenas, Instituto Cultural Español Reina Sofía, 1986.

OCHOA, M. A., *España y las islas griegas. Una visión histórica*, Biblioteca Diplomática Española, Madrid, 2001.

VIVES, J., *Juan Fernández de Heredia, Gran Maestre de Rodas*, Barcelona, 1925.

SERRANO Y SANZ, M., *Vida y escritos de D. Juan Fernández de Heredia*, Zaragoza, Universidad Literaria de Zaragoza, 1913.

DELAVILLE LE ROUX, J., *Les Hospitaliers à Rhodes jusqu'à la mort de Philibert de Noailac (1310-1421)*, París, 1913.

HERQUET, K., *Juan Fernández de Heredia, Grossmeister des Johanniterordens (1377-1396)*, Mühlhausen, 1878.

NIETO SORIA, J. M., «Las inquietudes historiográficas del Gran Maestre hospitalario J. F. de Heredia», en *La España Medieval*, 22, Madrid, 1999.

PERA

CONSTANTINOPLA

1403

Ya va mediando el mes de noviembre y las cosas se ponen cada vez más feas para internarse por el Bósforo hacia el mar Mayor, que, por lo que cuentan, es un mar redondo sin otra entrada ni salida que esta boca y se alza traicionero con la tramontana del invierno arrojando las naves contra las costas.

A la espera de una galera que pueda llevarlos hasta Trapisonda, los embajadores del monarca español Enrique III permanecen retenidos en Pera desde hace dieciocho días. Son fray Alonso Páez—maestro en teología—, Gómez de Salazar—oficial de la guardia real—y Ruy González de Clavijo—jefe de cámara de su majestad. Su misión es llegar a la corte del gran Khan Timur, señor de los mongoles y emperador de Samarkanda, conocido en Occidente como Tamerlán. Si este arriesgado empeño prosperara, el rey Enrique obtendría la ayuda del invencible príncipe de Asia para combatir a los turcos.

A los ojos de Clavijo, la ciudad de Pera es a Constantinopla lo que Triana a Sevilla: un hermoso arrabal separado de la urbe por el puerto y los navíos. Sentado junto al brasero, el castellano anota con esmero todas sus impresiones como ha venido haciendo desde que dio comienzo el viaje, pues, que se sepa, ningún otro cristiano de Occidente ha compuesto un retrato cabal de estas tierras de griegos por las que ahora transitan rumbo a Oriente. De camino hacia aquí, ha visto emocionado en la isla de Cetul el templo que Paris derrocara cuando robó a Helena; y, más adelante, frente a la ínsula del Tenio, los pedazos de muros derruidos de la que fuera la ciudad de Troya.

Hace catorce días, el emperador Manuel II recibió a los embajadores castellanos en audiencia privada sentado sobre una piel de león. En ese encuentro supo del interés de sus huéspedes por las cosas notables de la ciudad y encomendó a un hombre de su casa llamado micer Hilario Genovés que anduviera con ellos y les mostrase cuanto quisieran ver. Desde entonces, Clavijo transita extasiado ante las maravillas de Constantinopla.

Día tras día, visita las más hermosas iglesias: todas con sus mármoles de jasper, sus gráciles cúpulas, sus mosaicos de oro y esmaltes. Todas con la efigie del Dios Padre contemplando la tierra desde el cielo. En estos días, a Clavijo le ha sido dado ver las más santas reliquias de la cristiandad. Ha visto los dos brazos de san Juan el Bautista: guarnido el izquierdo de oro y piedras preciosas, e incorrupto y fresco el derecho, a falta del pulgar que, a decir de los monjes, le fue cercenado en la ciudad de Antioquía por una doncella del tiempo de los gentiles, que con él dio muerte al dragón al que iba a ser arrojada. Vio también las parrillas en que fue asado san Lorenzo, y los huesos del apóstol Andrés, y la cadera de santa Catalina, y el hábito del bienaventurado san Francisco. Por todas partes tesoros asombrosos: un arca con los huesos de los Inocentes, el brazo guarnecido del protomártir san Esteban, tres cabezas de las Once Mil Vírgenes, la mano de santa Ana y la vera cruz en que Cristo fue puesto, que hizo traer entera desde Jerusalén la pía santa Helena, madre de Constantino.

El primero de noviembre, con gran ceremonia en la iglesia de San Juan, el emperador hizo abrir en honor de sus huéspedes un arca sellada que contiene lo que muy pocos hombres han visto: el pan que el jueves de la Última Cena dio Jesús a Judas, una ampolla con la Sangre Real que manó del costado del Señor cuando Longinos le asestó con la lanza, un cendal colorado con las barbas que le mesaron los judíos estando en la cruz, la esponja con que le dieron la hiel y el vinagre, el manto que se echaron a suertes los caballeros de Pilatos y otras santas reliquias ante las que todos los presentes lloraron compungidos e hicieron oración.

Estos días, yendo de un lado a otro, micer Hilario les ha mostrado también a los embajadores castellanos el campo que llaman del Hipódromo, donde los caballeros celebran las justas, la gran aguja de piedra que se alza sobre un bloque de mármol, las tres culebras de bronce que fueron colocadas allí por un encantamiento, una cisterna antigua en la que caben juntas cien galeras y, lo más importante, la colosal estatua ecuestre del emperador Justiniano, que edificó el gran templo de la Sabiduría Divina y que alcanzó inmensa y merecida fama combatiendo a los turcos de su tiempo.

De todas éstas y otras maravillas ha de dejar Clavijo constancia en su crónica, porque no caigan en olvido y más cumplidamente se puedan contar y conocer.

CLAVIJO, R. G., *Vida y hazañas del gran Tamorlan* (Sevilla, 1582), edición de López Estrada, F., *Ruy González de Clavijo. Embajada a Tamorlán*, Madrid, Castalia, 1999.

TESALÓNICA

1433

«Dios está con los turcos». Como un intruso loco e incendiario, este pensamiento se ha ido colando en la conciencia de los griegos desde que las tropas del sultán Murat tomaron la ciudad hace casi tres años. Desde entonces, los cristianos caen día tras día como corderos degollados y hasta la propia iglesia de San Demetrio ha sido ya convertida en mezquita.

Esta misma mañana, los invasores han vuelto a celebrar con gran júbilo nuevas conversiones de cristianos al islam. El trato denigrante, los impuestos tiránicos, los despiadados tormentos y la sinrazón de toda esta injusticia hacen desfallecer la fe de quienes tienen más débil la carne. En los tiempos que corren, y a juzgar por los hechos, no es la opción más difícil aceptar que no hay dios sino Alá.

Hasta hace un rato, aún andaba de un lado para otro por las calles el cortejo de címbalos y trompas aclamando a los nuevos prosélitos. Como es costumbre, primero los llevaron al juez de asuntos religiosos para que proclamaran ante la multitud que Alá es el único dios y Mahoma su profeta. A las mujeres que renegaron de Cristo, el juez les cortó el ceñidor y, formando con él una cruz sobre el suelo, les obligó a pisarlo tres veces en señal de abjuración. A los hombres, les cambió el turbante azul de los siervos cristianos por el blanco de los musulmanes libres y los mandó después a la mezquita para que les hicieran la circuncisión. Hasta allí los llevaron a todos a caballo, escoltados y aclamados por los derviches, como entrando triunfantes en el Reino de los Cielos. Finalmente, haciendo una colecta entre los musulmanes ricos, los han agasajado con valiosos regalos. Ahora, quienes antes eran Kostas o Giannis se llaman Kosta Veled-i Mihal o Yani Veled-i Yorgi, o simplemente han adoptado el nombre de Abdullah, común a casi todos los conversos. En adelante, todos los neófitos probarán su fe delatando las traiciones de los infieles y castigando con tormentos su soberbia.

Junto a los muros del Heptapyrgio, que tantas veces salvaron la ciudad, algunos *rayades* preguntan ahora a un cura viejo si es cierto o no que Dios está con los turcos, que todo lo que ocurre es un castigo a los cristianos por su porfía en el pecado y que la Segunda Venida está cerca. El cura, cabizbajo,

dice tan sólo que hay que perseverar en la fe, porque la carne es débil pero el espíritu está pronto. Uno de los presentes, por su parte, vaticina que, si los turcos toman Constantinopla, los griegos dejarán de ser cristianos y su esencia se disolverá en el islam.

SCHILTBERGER, J., *Reisen des Johannes Schiltberger aus München in Europa, Asia und Africa von 1394 bis 1477*, Múnich, 1859.

BROCQUIÈRE, B., *Voyages d'outremer et retour de Jérusalem en France par la voie de terre pendant le cours des années 1432 et 1433 par Bertrandon de la Brocquière, conseiller et premier écuyer tranchant de Philippe le Bon, duc de Bourgogne*, París, 1804.

VAKALOPOULOS, A., «Η θέση των Ελλήνων και οι δοκιμασίες τους υπό τους Τούρκους», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 10, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

—, *Ιστορία του Νέου Ελληνισμού*, Tesalónica, 1964.

MISTRÁS

1439

Después de un año largo en tierras de Toscana, el viejo filósofo Jorge Gemisto regresó ayer noche a Mistrás. Esta mañana soleada de junio, los olivos del valle, el aire del Taigeto y las mansas aguas del Eurotas le confirman con un dulce silencio que está otra vez en casa.

Su reciente enfermedad y su condición de octogenario le han permitido regresar al Peloponeso antes de la firma oficial del decreto de unión entre la Iglesia griega y la latina. Pletón—como gusta llamarse últimamente el filósofo, paganizando su nombre de Gemisto—sabe perfectamente que esa firma se estampará sobre papel mojado; pues, aunque la unión de todos los cristianos en una misma fe sería algo posible de alcanzar, la unión política de las Iglesias es un conflicto de intereses mundanos en el que nadie está dispuesto a ceder.

Marcos, Besarión, Escolario, Demetrio, Isidoro y José se han quedado en Italia junto al emperador Juan, discutiendo sobre cuestiones dogmáticas e intentando ganarse al papa como aliado contra el Turco. Pletón ha vuelto a casa, desanimado por la disensión entre los suyos, pero esperanzado por el nuevo contacto con los sabios latinos al margen del concilio.

Los meses en Florencia han sido hermosos para Pletón por el encuentro con un puñado de hombres valiosos, ávidos de conocer a los antiguos griegos. Dos de ellos le conmovieron de manera especial presentándose ante él como alumnos de su viejo discípulo Manuel Crisoloras: uno se llama Bruni, y está escribiendo la historia de Florencia con un insólito criterio secular; el otro, Hugo Bensio, es médico y trabaja sobre textos de Hipócrates y de Galeno. También ha conocido a Paolo Toscanelli, matemático y astrónomo de la Signoria, y al gran Cosme de Medici, al que todos respetan como a un soberano.

Durante el tiempo que ha pasado en Florencia, todos le han agasajado con su interés y sus preguntas; todos andaban a su alrededor agitados por la curiosidad haciéndole parecer un Sócrates. En esos múltiples encuentros, Pletón se dedicó a exponerles las ideas de su admirado Platón—al que apenas conocen aún—y a mostrarles un nuevo Aristóteles genuinamente griego,

purgado de escolástica y averroísmo. Sus lecciones atraían cada día a más gente, desde consumados estudiosos de la lengua latina hasta muchachos jovencísimos de increíble talento, como el hijo de Sanseverino o el del médico de los Medici.

Durante las semanas que una indisposición lo mantuvo apartado de las charlas, el maestro escribió para ese auditorio de entusiastas un tratado sobre las diferencias entre el pensamiento de Platón y el de Aristóteles. En esos días extraños y febriles, consiguió también convencer al poderoso Cosme de la necesidad de fundar una Academia como la del filósofo ateniense para el cultivo de saberes que tengan por objeto al hombre en el mundo.

Esta mañana, ya de vuelta en Mistrás, el octogenario Pletón vuelve a pensar que quizá llegue un día en que el mundo no se halle dominado por los dogmas del cristianismo o del islam, en que la tierra esté a disposición de quien se comprometa a cultivarla con su esfuerzo, en que los gobernantes lo sean por sus méritos y no por sus riquezas, y en que la educación haga a los hombres conscientes de su dignidad.

GEMISTOS, G., *Obras* (Προς τον βασιλέα Μανουήλ Β' τον Παλαιολόγον επιστολή. Περί ων Αριστοτέλης προς Πλάτωνα διαφέρεται. Προς τας υπέρ Αριστοτέλους Γεωργίου του Σχολαρίου Αντιλήψεις. Νόμων συγγραφή).

WOODHOUSE, C. M., *George Gemistos Plethon, The Last of the Hellenes*, Oxford, Clarendon Press, 1986.

THEODORAKOPOULOS, I. N., *Πληθώνεια*, Atenas, Εταιρεία Λακωνικών Σπουδών, 1977.

BENAKIS, L. G., «Πλήθων-Γεμιστός Γεώργιος», en *Παγκόσμιο Βιογραφικό Λεξικό*, Atenas, 1988.

ZAKYNTHINOS, D. A., *Le despotat grec de Morée (1262-1460)*, Atenas, 1932¹.

SKOUTELLAS, Ch., *Γεώργιος Γεμιστός-Πλήθων*, Atenas, Δημιουργία, 1999.

ESPARTA

1447

η πολις
ξεναρχιδαν δαμιππου
γυμνασιαρχουντα
αξιως της πολεως ευνοιας
χαριν
οι συναρχοντες της πατρονομιας
προσδεξαντο το αναλωμα

[La ciudad | a Xenarquidas, hijo de Damippos, | recto gimnasiarca, | por su entrega a la ciudad | a expensas de sus coarcontes | en el consejo de Patronomos].

El huésped extranjero de Constantino Paleólogo ha descendido esta mañana hasta las ruinas de la ciudad antigua, donde ahora, sentado en el suelo, copia en un grueso cuaderno las inscripciones de los pedestales que asoman entre la hierba agostada. A unos cuantos pasos de distancia, se oyen los golpes de la hoz con la que el joven Laónico Calcocondiles, un muchacho ateniense versado en letras griegas y latinas, va desbrozando las viejas piedras que aún quedan por examinar. Su padre conoció al extranjero tiempo atrás, en otro de sus viajes a estas tierras, y puede que Laónico deba a aquella amistad el amor por las virtudes de los antiguos que su padre se ha esmerado en inculcarle.

El viajero que ahora copia en silencio las inscripciones de estos pedestales no es un demente ajeno a los asuntos del mundo. Muy al contrario, quienes lo conocen hablan de su gran habilidad en el comercio, la política y la diplomacia. Se llama Ciriaco de Ancona, y llevó las finanzas y proyectos civiles del actual papa Eugenio cuando éste era tan sólo el cardenal Gabriel Condulmer, gobernador papal de su ciudad. Dicen que fue Ciriaco quien en verdad aconsejó al pontífice la celebración del último concilio para reunir a las Iglesias. Y también dicen que, por consejo suyo, el emperador Juan emprendió la cruzada para expulsar al Gran Turco de Tracia. Gobernantes y magnates de toda la cristiandad han confiado en su criterio, e incluso la

ciudad de Famagusta, en Chipre, le ha dado potestad para impartir justicia de acuerdo con los principios del derecho romano.

Laónico ha escuchado de su padre que Ciriaco de Ancona quedó huérfano a la edad de seis años, y que su madre le buscó tutores que lo educaran en las letras y en las buenas maneras hasta que, pasado un tiempo, se lanzó a perseguir su fortuna por Sicilia, Alejandría, Creta, las islas del Egeo, Asia Menor, Damasco, Chipre, Tracia, y hasta en la corte de Constantinopla.

Ahora, Ciriaco de Ancona ha venido a Morea para aplicarse a una tarea que le parece inaplazable: rescatar del olvido las huellas y el ejemplo de los antiguos, alentar a los gobernantes a su conservación e intentar renacer en sus valores.

Una vez más, el extranjero se levanta despacio y se vuelve a sentar junto al siguiente pedestal. En su macuto lleva copias manuscritas de Ptolomeo y Estrabón, con las que ha recorrido las últimas semanas las tierras de Laconia hasta el Ténaro rastreando las huellas físicas de los antiguos griegos. Se asombra de que los habitantes de estas tierras llamen «Spartovuni» o «Mysistrati» a la gloriosa Esparta, «Los Palacios» a la noble Mileto o «Kastrí» a la sagrada isla de Delos. Dice que, en nuestro tiempo, la virtud de los hombres está aún más arruinada que los vestigios pétreos del pasado.

Ciriaco ha decidido pasar el invierno en la biblioteca de los Paleólogos, en compañía del sabio Gemisto Pletón. Aquí espera leer y anotar todo lo que le sea posible, completar la copia de Estrabón que comenzó en Constantinopla con la ayuda de su escriba Agaliano, descubrir algún secreto más de esos desconocidos geógrafos antiguos que calcularon el tamaño del mundo y concluyeron que se llega a Asia tanto por levante como por poniente. Ciriaco quiere despertar esos saberes para llevarlos a Occidente, y ruega a Dios que le conceda ayuda, y también a las Ninfas y a las Musas.

*... favete coeptis, iam conflata vela,
del fedel vostro Anconitan giocondo,
che'l nobil mondo antico al nuovo exvela...*

[...favoreced la empresa, hinchada ya la vela, | de vuestro fiel anconitano alegre, | que el noble mundo antiguo al nuevo muestra...].

D'ANCONA, C., *Kyriaci Anconitani Itinerarium*, Diario v y Carta 30, Florencia, 1742.
SCALAMONTI, F., *Vita viri clarissimi et famosissimi Kyriaci Anconitani*, edición de Mitchell & Bodnar, Filadelfia, 1996.

BODNAR, E. W., y FOSS, C., *Cyriac of Ancona. Later travels*, The I Tatti Renaissance Library, Cambridge, Harvard University Press, 2003.

MITCHELL, Ch., «Archeology and Romance in Renaissance Italy», en Jacob (ed.), *Italian Renaissance Studies*, Londres, 1960.

DESPOTADO DE MOREA

1451

De la capital del imperio ha llegado una carta que alivia la conciencia del oficial Manuel Raúl Oises, diligente gobernador local del sur del despotado de Morea. La escribe de su puño y letra el mismísimo Jorge Curtesio Escolario, juez en los tribunales de la corte y consejero teológico del difunto emperador Juan. Sin duda esta misiva servirá para acallar a los murmuradores que acusan a Oises de fanatismo y de crueldad.

Últimamente, desde que Constantino abandonó Mistrás para ocupar el trono del imperio, las gentes de Morea se han radicalizado en sus posturas a favor de la ortodoxia o de la unión con la Iglesia latina. Y en esta confusión, han alzado la voz algunos herejes que, apelando a los viejos filósofos, intentan despertar los demonios de los gentiles.

Fue precisamente el juicio y la condena de uno de estos agitadores lo que atrajo la crítica sobre el recto proceder de Oises. Hace unos meses, Oises prendió al apóstata Juvenal en una de sus declamaciones públicas. Lo juzgó, lo declaró culpable y, para que su condena sirviera de castigo ejemplar, le cortó las orejas y la lengua, le quebró los brazos y las piernas y lo arrojó con vida al mar. Ahora, la carta de Escolario disipa finalmente su vacilación, avala su sentencia y le insta sin ambages a seguir reprimiendo con la misma firmeza cualquier rebrote del diabólico paganismo.

Patrología Griega, CLX.

RUNCIMAN, S., *Mistra: Byzantine Capital of the Peloponnese*, Londres, Thames and Hudson, 1980.

ZOLLINO
TERRA D'OTRANTO
(ITALIA)
1491

El joven estudioso Sergio Stiso aloja estos días en su casa paterna de Zollino al renombrado sabio griego Jano Láscaris. Emocionado por la presencia de su huésped, Stiso no se separa de él ni un momento, colmándolo de atenciones y aprovechando cualquier ocasión para hacerle preguntas y dejarse arrullar por su hermosa plática griega.

Láscaris va de camino a Oriente, a buscar manuscritos antiguos para la biblioteca de los Medici y a intentar rescatar a algunos niños con talento para que puedan formarse en Florencia y servir después de maestros de griego. En una confidencia, el huésped le ha revelado a su solícito anfitrión que Lorenzo el Magnífico le ha encomendado también otra misión: comprobar el estado de Constantinopla y evaluar *in situ* la viabilidad de una cruzada para recuperar las tierras cristianas. Desde aquel funesto mayo de 1453, los otomanos no han dejado de avanzar hacia Occidente: se han apoderado de Tracia, Macedonia, Tesalia y el Epiro; han arrasado Serbia, Bosnia, Herzegovina y Albania; han tomado Mitilene, el ducado de Atenas, las islas del Jónico y casi todo el Peloponeso. En Florencia se dice que, si esto sigue así, se borrará de su lugar de origen el elemento griego y todo el Oriente dejará de ser cristiano.

Cómo no, las palabras y la inquietud de Láscaris han avivado en su anfitrión horribles recuerdos. Hace ahora once años, Stiso fue víctima y testigo del desembarco de los turcos en su tierra de Otranto. Un 28 de julio, dieciséis mil soldados invadieron estas costas y arrinconaron a la población en la pequeña ciudadela. Un capitán llamado Zurlo organizó la defensa con cuatrocientos hombres mal armados. Tras quince días de asedio, las tropas de Ahmet Pasha consiguieron entrar, mataron a todo varón de más de quince años y esclavizaron a las mujeres y los niños. A los que estaban refugiados en la catedral junto al arzobispo Agricoli les ofrecieron abrazar el islam, y, como se negaron, los llevaron al cerro de Minerva y los decapitaron. Serían unos ochocientos. Stiso lo recuerda bien, porque él mismo, que por suerte no se

hallaba en la ciudad de Otranto, se sabe un superviviente fortuito de aquella masacre. Durante todo el invierno no se habló de otra cosa. Los príncipes cristianos, aterrorizados, no lograban ponerse de acuerdo para detener al enemigo, y hasta llegó a correr el rumor de que el papa se disponía a abandonar Roma y a refugiarse en Aviñón. Todas estas imágenes cruzan ahora aleteando por la mente de Stiso, que, para no romper la alegría de este encuentro, silencia sus recuerdos detrás de una mirada acuosa y, forzando la voz, le pregunta a su huésped de nuevo por Florencia.

Láscaris le habla de la corte de Lorenzo el Magnífico y de los interesantes trabajos que se están llevando a cabo en la Academia. Evoca las primeras lecciones de Leonzio Pilato y de Manuel Crisoloras, el buen recuerdo que aún queda del viejo «Pletón», e informa a su anfitrión de la excelente edición de Homero que ha realizado en la ciudad Calcocondilis. Tras una breve pausa para recordar, le menciona también la sentida muerte de su maestro Besarión, quien tuvo siempre claro que la única salvación para los griegos era unirse a Occidente. Hablando del amado maestro, Láscaris le comenta al joven Stiso que un tal Aldo Manuzio ha comenzado a editar en Venecia con ayuda de la imprenta los valiosos manuscritos griegos que Besarión donó a la Serenísima República para la fundación de la biblioteca de San Marcos.

Dejando la copa al borde de la mesa, Stiso se levanta de su asiento y va hacia el fondo de su biblioteca. Pronto vuelve abrazado a dos códices que deposita suavemente sobre las rodillas de su huésped. Son dos de los antiguos manuscritos que, a riesgo de su vida, consiguió salvar de la abadía de Casole cuando los turcos tomaron Otranto. El fuego destruyó casi todo lo que había entonces en la biblioteca del cenobio. Pero una gran parte—quinientos treinta y tres volúmenes griegos y trescientos latinos—se la había llevado Besarión para su biblioteca personal años antes. Quién sabe, tal vez Dios le había revelado al cardenal la inminente destrucción de la tierra helenófona de Otranto.

Jano Láscaris parte para Oriente. Casi cuarenta años después, Sergio Stiso será llamado a Roma para dirigir la Biblioteca Vaticana. Pero ya será tarde y el anciano maestro de Zollino delegará el honor en un discípulo.

CAPPELLO, A., *Zollino. Arte, società e cultura in un percorso storiografico*, Lecce, Del Grifo, 1999.

DAQUINO, C., *Bizantini in Terra d'Otranto – San Nicola di Casole*, Lecce, Capone Editore, 2000.

CORTI, M., *L'ora di tutti*, Lecce, 1962.

PERTUSI, A., «Italo-greci e bizantini nello sviluppo della cultura italiana dell'Umanesimo», en *Scritti sulla Calabria greca medievale*, Soveria Manelli, 1994.

GIANNAKOPOULOS, K., *Έλληνες λόγοι στη Βενετία*, Atenas, Φέξη, 1965.

KNÖS, B., *Un ambassadeur de l'hellénisme. Jean Lascaris*, París, Les Belles Lettres, 1945.

TSAGKAS, N., *Ιανός Λάσκαρις. Πρεσβευτής των ελληνικών γραμμάτων στη Δυτική Ευρώπη*, Atenas, Πελεκάνος, 1993.

EGEO NORTE

1538

Ochenta naves de la flota imperial surcan las aguas del Archipiélago rumbo a la isla de Sciotos. En la capitana, la gruesa figura de Khair ad-Din asomada al castillo de popa impone a su alrededor un halo de respeto y silencio.

Khair ad-Din, «Bondad de la Fe», es el nombre honorífico que le dio Solimán a este señor de los mares cuando, hace cinco años, en una solemnísimas ceremonia en Topkapi, lo nombró almirante de la flota imperial y gobernador del Norte de África. Hasta entonces, Khair ad-Din era tan sólo Yakupoğlu Hızır, el hijo de un jenízaro y una cristiana nacido en Mitilene y metido a pirata junto con sus hermanos Oruç e Ilyas. Eso sí, antes de ser nombrado almirante, Hızır ya había asaltado y saqueado todas las costas del sur de España, las ciudades de Valencia y Alicante, el peñón de Gibraltar, los puertos de Provenza y de Marsella y numerosas playas de Liguria, Toscana, Campania y Sicilia; ya había destruido los puertos de Mallorca, Menorca y Mesina; ya había hecho suyas las islas de Elba, Montecristo y Lampedusa y construido su palacio privado en los acantilados de Capri; ya había capturado y hundido decenas de galeones españoles y de naves de la Orden de Malta; ya había hecho batirse en retirada al propio Andrea Doria con cuarenta galeras y se había asomado con su flota a las mismísimas bocas del Tíber poniendo en alerta la ciudad de Roma. Como todos saben, antes de ser respetado en la Sublime Puerta como el almirante Khair ad-Din, Hızır ya era temido en el Mediterráneo entero como el implacable pirata Barbarroja.

Ahora, mientras la brisa de la primavera refresca en la cubierta el rostro de Hızır, el aire enrarecido sofoca en las bodegas los cuerpos de los esclavos cristianos que reman desnudos sujetos con cadenas a los bancos. Los galeotes de la flota reman noche y día alimentados por un trozo de galleta. Cuando llevan a remo un par de semanas, las picaduras de las pulgas y las chinches ya no consiguen traspasar su piel, retostada al calor como el pellejo de un cochinitillo asado. Si alguno se detiene a jadear, el capataz le abre los lomos azotándole con una gruesa cuerda empapada en agua de mar, y al que se muere lo tiran por la borda sin demora ni ceremonia alguna. Por eso, cada

año, se impone renovar el cuerpo de remeros de la flota imperial como ahora se dispone a hacer Hızır.

El año pasado, por estas fechas, el almirante batió los campos de Corfú y se llevó de ellos a miles de cristianos para su propia flota. Después hizo lo mismo en Parga, Paxoi, Zante y Serigo. En octubre, capturó a seis mil *rayades* en Egina y, antes de que entrase el invierno, realizó prendimientos masivos en las islas de Siros, Gioura, Sérifos, Íos, Anafi, Astipalea y Amorgós. Cuando llegaron las primeras nubes, desembarcó en la base de Constantinopla y en los astilleros del Cuerno y Nicomedia a dieciocho mil cautivos hacinados que no tardaron en contraer la peste. La epidemia se propagó tan rápido entre aquellas gentes exánimes que los vivos no daban abasto para enterrar a los muertos y las costas se llenaron de cadáveres flotantes.

Ahora, mediado ya el mes de junio, las ochenta naves capitaneadas por Hızır se dirigen veloces hacia las Espóradas del Norte para dotar la flota de nuevos galeotes, pues está en los planes del almirante poner asedio a Retimno, La Canea y Candia y derrotar de nuevo a Andrea Doria si los venecianos consiguen unir al papa y al emperador Carlos V contra los intereses del sultán.

VAKALOPOULOS, A., *Ιστορία του Νέου Ελληνισμού*, Tesalónica, 1964.

BRADFORD, E., *The Sultan's Admiral: The Life of Barbarossa*, Nueva York, 1968.

ZAKYTHINOS, D., *Corsaires et pirates dans les mers grecs au temps de la domination turque*, Atenas, 1939.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

QUÍOS

1555

Por fin le ha sonreído la fortuna al español Pedro de Urdemalas, médico y botánico, políglota estudioso de Galeno y Dioscórides y esclavo huido de los turcos.

Hace unos días, llegó a la isla disfrazado de monje en un navío que atracó en el puerto del Delfín. Desde que huyó del palacio de Çinán Bajá en Constantinopla, se ha escondido de sus perseguidores en el Monte Santo, ha naufragado en las costas de Tasos, ha vuelto a naufragar en Lemnos y ha escapado de piratas y corsarios en Sigri y otros puertos. Ahora, los cristianos de Quíos lo tienen escondido junto a otros fugitivos en el pequeño monasterio de Sancto Sidero, a las afueras de la capital.

En Sancto Sidero hay solamente un monje, pero todos los días sube de la ciudad un hombre que, a cuenta del erario público, trae alimentos para los refugiados. Se llama Petros Lombardiaris.

Desde que el extranjero está en la isla a la espera de un barco que lo lleve a Sicilia, sube también todos los días un miembro de la Signoria genovesa a darle plática, pues han sabido que el fugitivo es hombre principal y que, estando en poder de los turcos, ayudó a los embajadores quiotas a negociar con el bajá y a conseguir lo que no hubieran conseguido nunca sin su ayuda. Por eso, aunque lo tienen recluido en este monasterio para mantenerlo oculto de los turcos, lo agasajan como si se tratara del libertador de la patria.

Pedro de Urdemalas dice que Quíos es el paraíso terrenal. No hay en Valencia ni en Plasencia frutales tan hermosos y abundantes como los de este auténtico vergel. Las calles de la capital le recuerdan a Génova, y si los genoveses son gente razonable y bondadosa, los quiotas le parecen los más caritativos y virtuosos de la cristiandad, capaces de arriesgar su fortuna y sus vidas por socorrer a los cautivos que se escapan del turco y devolverlos a sus patrias.

Pero de todo lo que ha visto y oído en estos días de boca de sus anfitriones genoveses, Urdemalas tiene por maravilla la forma en que la isla se mantiene libre del yugo otomano pagando con un líquido que mana de los árboles como regalo de la divinidad. La almástiga, que así se llaman las lágrimas que llora

en esta tierra el lentisco, tiene virtudes higiénicas y medicinales, y al botánico extranjero le han explicado que se produce sólo aquí, en un pedazo de terreno de apenas cuatro leguas que les renta a los cristianos de esta isla entre quince y veinte mil ducados cada año. En ocasiones, el Gran Turco ha tratado de llevarse los árboles a sus dominios, pero allí no prosperan; y, como por milagro, las raíces silvestres sacadas de otras zonas comienzan a soltar la preciada resina en cuanto son plantadas en este diminuto territorio.

De manos de Nicolao Grimaldo, uno de los siete de la Signoria, el ilustre huésped prueba hoy por vez primera la codiciada almástiga de Quíos. Tras un breve silencio, frotándose el polvillo de los dedos y entornando los ojos, alaba ante su anfitrión el aromático sabor de ese bocado mínimo y cristalino que ahora presiona levemente entre sus dientes. Grimaldo sonríe complacido. Mientras tanto, en el patio del cenobio, Petros Lombardiaris carga el mulo con las garrafas vacías y emprende el camino de vuelta.

Lombardiaris, natural del pueblo almastiquero de Mestá, baja por el sendero pedregoso pensando que los señores genoveses le hablarán a su huésped de las virtudes de la almástiga, de las muchas rentas que deja cada año a la compañía comercial de la Mahona y de la gran bendición que Dios le dio a la isla con esta resina. Pero no le dirán—como él haría si pudiera hablar—que el pueblo está forzado a cultivarla, a producir la cantidad que ellos estiman de antemano, a vivir en poblados que son al tiempo fortaleza y prisión, y que del fruto de su esfuerzo no pueden los griegos retener ni un puñado; porque por un puñado cortan los Giustiniani una oreja, por poco más, las dos o la nariz, o te ciegan un ojo, o te cuelgan del árbol que cultivas. Así que el extranjero se marchará de Quíos sin comprender del todo que la almástiga no es más que una moneda, y que, en esta isla, la libertad de los genoveses se compra con la libertad de los griegos.

ANÓNIMO, *Viaje de Turquía* (1557), edición de García Salinero, F., Madrid, Cátedra, 1986.

ARGENTIS, Ph., *The occupation of Chios by the Genoese and their administration of the island (1346-1566)*, Cambridge, Cambridge University Press, 1958.

ZOLOTAS, G., *Ιστορία της Χίου*, Atenas, Σακελλαρίου, 1921.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

PÉRIGORD FRANCIA

1571

Hace ya mucho tiempo, su abuelo hizo fortuna comerciando en arenques y compró este castillo en Périgord. Después, su padre fue soldado en Italia y, a raíz de su trato con los humanistas, decidió convertir a su hijo en un sabio. Ahora, Michel Eyquem, hijo de Pierre y nieto de Ramon Eyquem, pone fin a una brillante carrera en leyes y a doce años de parlamentario en Burdeos y se retira al castillo familiar de Montaigne.

Michel acaba de cumplir los treinta y ocho años y le ha parecido un buen momento para cambiar de vida. Hace ya más de dos que enterró a su padre, y en los últimos meses, merodeando a solas por la biblioteca, su recuerdo le asalta más que nunca. Al poco de nacer Michel, su padre quiso que conociera bien a quienes más habrían de precisar su ayuda en el futuro y lo envió a pasar los tres primeros años de su infancia a la cabaña de unos campesinos de la más humilde condición. Después le puso un preceptor al que dio orden de que le hablara al chico solamente en latín, pues era su deseo que aprendiese la lengua de los clásicos como una lengua viva y se educara en ella antes incluso que en la suya propia. También le puso un músico, que junto a su maestro le acompañaba a todas partes cargando risueño con su espineta. Cuando llegó el momento, lo mandó a cursar leyes a Toulouse y, hace apenas dos años, murió sin la ilusión de ver a su hijo coronando con éxito la traducción de la *Theología Naturalis* de Raimundo Sabunde que él mismo le había encomendado.

Ahora Michel de Montaigne, convertido de verdad en un sabio, se pregunta por el verdadero sentido del saber. En todos estos años, ha conocido a muchos a quienes el conocimiento no ha hecho sino más fatuos y más vanidosos, cuando no más perversos. Sabios con la memoria henchida y el juicio hueco. Sabios que se pasean orondos con las panzas repletas de un alimento que nunca han digerido y que en modo alguno ha nutrido su cuerpo. Adeptos que desde la escolástica y el dogma alimentan la discordia y el

oscurantismo. Sabios que saben acatar preceptos, pero no desarrollar actitudes. Sabios que no lo son para consigo mismos.

Montaigne es ahora un hombre que tiene por divisa la humildad y la duda. Se ha propuesto dedicar sus energías y su tiempo a un propósito que considera propio de quien disfruta del conocimiento y que llama llanamente *ensayo*: tratar de hacer una lectura del mundo desde su propio juicio; adiestrarse en un cuestionamiento abierto que le lleve a encontrar razones para preferir un comportamiento a otro, y que le haga consciente de que tales razones no son algo trascendente sino inmanente al hombre; hallar, en suma, una conducta ética justificada únicamente desde el interior de sí mismo.

Enfrentado a una página en blanco, Montaigne se pregunta ahora quién es mejor sabio y no más sabio, a quién ha hecho mejor el saber. Y en su intento de responder a esta pregunta recuerda gestos y palabras de su admirado Plutarco, de Platón, de Aristón de Quíos, de Quilón el Lacedemonio, de Jenofonte, de Agesilao, de Sócrates... También un raro verso salvado del olvido por Estobeo: ὥς οὐδέν ἢ μάθησις ἢν μὴ νοῦς παρῇ, «no es nada el aprender si no crece el espíritu».

MONTAIGNE, M., *Essais*, en especial, I.25-27. [Existe traducción en castellano: *Los ensayos*, prólogo de Antoine Compagnon, ed. y trad. de J. Bayod Brau, Barcelona, Acantilado, 2007].

VALLADOLID

ESPAÑA

1601

Frankiskos Georgiou ha vivido entre los turcos desde que, siendo niño, fue entregado como tributo al sultán hasta que ahora, a la edad de treinta años, ha conseguido escapar de su cautiverio en un barco francés. Hace tres meses desembarcó en Marsella; de allí pasó a Zaragoza, donde la Santa Inquisición lo confirmó en la fe cristiana; y ahora, para poner remedio a su necesidad, llega a la corte de Valladolid a solicitar del rey Felipe III empleo en las galeras de Sicilia. Es gracia que espera merecer del católico soberano después de haber vivido tantos años cautivo entre infieles, perseverando en secreto en la fe de Cristo.

Junto a Frankiskos, varios suplicantes más esperan su turno en la plaza de San Pablo esta mañana de julio. Las cosas van despacio en esta soleada ciudad castellana adonde acaba de ser trasladada la capital del imperio. Pasadas las dos, en una sala espaciosa y oscura, un escribiente transcribe con paciencia la historia que Frankiskos se esfuerza en referir con gestos expresivos y palabras extrañas:

Fran(cis)co Jorge, de nación griego, natural de la ysla de Chipre, dice que siendo de edad de quince años le tomaron los turcos de cassa de sus padres y le llebaron a Constantinopla con otros muchachos de la dicha ysla por el tributo que de derecho se le da al Gran Turco, para que con su tienpo les sirvan de soldados, que en Constantinopla en lengua turquesca los llaman geniseros del Gran Turco, por donde a bibido por espaçio de quinze años debaxo de llebar los bestidos de genisero y serbir al Gran Turco en todo lo que se le encargaba, acordándose sienpre que era cristiano e hijo de padres cristianos. Si bien fingidamente haçía algunas çirimonias a la usanza turquesca (hera todo para dar a entender que hera del todo buen turco), mas como el corazón tenía sienpre en la fee de Cristo nuestro Redentor. Con su tienpo, quando ellos le tenían ya por suyo, se encomendó a la gloriosa Virgen María le alcançese graçia y fabor mediante el Espíritu Santo, puso en efeto lo que tanto deseaba y se embarcó en un nabío de françeses, donde bino a salbamiento asta Marçella, y de Marçella a benido a esta corte a tomar la absolución de los señores Ynquisidores, la cual presenta a Vuestra Magestad por el mucho deseo que a tenido y tiene de acabar sus días en serviçio de Dios y de Vuestra Magestad. No estante que el dicho suplicante hes buen maestro del ofiçio de calafate y muy práctico en las cosas de la mar, por donde sirbirá a Vuestra Magestad en todas las cosas que serán neçesarias al serviçio rreal de Vuestra Magestad, y allándose muy pobre y con estrema neçesidad por los muchos gastos que a tenido en pagar a los françeses, para que le llebasen a bibir y morir en la santa fe católica, dio todo lo que tenía. Por donde suplica a Vuestra Magestad sea de su rreal clemençia darle una ventaja sobre las galeras del rreyno de Ciçilia a Vuestra Magestad bien

bista justamente con la merced que de la clemencia de Vuestra Magestad se espera que de la merced que Vuestra Magestad le hiziere, lo recibirá a grasia particular de las rreales manos de Vuestra Magestad.

Dénsele cuatro escudos al mes en la marina de Nápoles.

A 7 de Septiembre de 1601

Archivo General de Simancas, E 1693 y E 1967

HASIoTIS, I. K., *Πηγές της κυπριακής ιστορίας από το ισπανικό αρχείο Simancas*, Nicosia, Κέντρο Επιστημονικών Ερευνών Κύπρου, 2000.

CONSTANTINOPLA

1606

Monsieur de Breves sabe que éste es su último invierno en Constantinopla y, de un tiempo a esta parte, ha comenzado a sentir que los veintidós años que ha pasado aquí se alejan ya de él como una lenta nave hacia el horizonte. Durante los últimos quince, ha servido a Francia como embajador ante la Sublime Puerta. El horror, la injusticia y la arbitrariedad que ha visto en este tiempo le han dejado una indignación y una experiencia que, a su entender, debe emplear ahora en atraer al rey de Francia hacia la única empresa capaz de hacer cambiar al mundo: la unión de todas las potencias cristianas para derrotar al sultán.

El exhaustivo informe que ahora ocupa sus días advierte a Enrique IV de la desgracia que caería sobre Europa sólo con que el sultán decidiera invadir la diminuta república de Ragusa o plantar unas cuantas galeras en las costas africanas de Porto Farín. Tomando la primera de estas plazas—una villa sin murallas al pie de una amenazante ladera rocosa—, los turcos cerrarían la puerta del Adriático y Venecia se iría a la ruina perdiendo de inmediato Creta y sus posesiones en el Heptaneso. Con cuarenta galeras en Porto Farín, dejarían aislado el reino de Sicilia, y Malta y las Baleares perderían su comercio y su libertad. Por suerte para los príncipes cristianos, la fe de los otomanos les lleva a combatir primero a los herejes persas en Oriente.

Monsieur de Breves revela también que la mayor debilidad del sultán es la corrupción que devora su imperio. Todos los administradores están implicados en la intriga y el robo, los cargos se compran y se venden, y el sistema feudal que antaño daba integridad y poder a los ejércitos es ahora un edificio carcomido hasta los cimientos. La guardia de jenízaros que hace temible al Turco no escapa tampoco a esta depravación, pues los niños otomanos que los padres infiltran en las levass haciéndolos pasar por hijos de cristianos quieren después medrar en el poder y se dan a la crítica y a la insumisión.

Con todo, el sultán es el único príncipe capaz de reunir dos e incluso tres ejércitos de doscientos cincuenta mil hombres y de armar una flota como nunca ha existido en número de barcos y cañones. Y esto deben saberlo las

naciones cristianas para convencerse de la necesidad de una alianza única y general. De Breves sugiere que Venecia aporte doscientas galeras y seis galeones como los que dieron a la Liga Santa la victoria en Lepanto; que el rey Felipe añada cien galeras más de las que tiene ancladas en los puertos de España, Sicilia, Nápoles y Génova; que el rey de Polonia apoye en la sublevación a los soberanos de Bogdonia, Valaquia y Transilvania; que Francia contribuya firmemente con tropas y pertrechos; que Su Santidad y el resto de los príncipes de Italia reúnan cuantas naves puedan y que Inglaterra y los Países Bajos brinden apoyo táctico a la empresa con sus poderosas flotas mercantes. Sólo así hay esperanza de que el sultán sea vencido y se retire para siempre al interior de Asia.

En sus paseos vespertinos, viendo los alminares que profanan el templo de la Sagrada Sabiduría, el viejo diplomático conspirador imagina una armada grandiosa anclada en la bahía de Mesina. Imagina el asalto a los fuertes de Metone y Corone, la liberación de las plazas de Quíos, Mitilene y Ténedos, y el paso abierto hacia los Dardanelos. Otras veces, proyecta una ofensiva simultánea a través de Bulgaria hasta Adrianópolis, o la conquista de las costas del Danubio para dejar sin suministros a Constantinopla. Imagina, al paso de la flota, la jubilosa rebelión de todos los cristianos sometidos: los cosacos de las estepas, los armenios de Asia, los coptos de Egipto, los maronitas del Líbano...

Bien sabe De Breves que serán los griegos los primeros en sumarse con arrojo a la batalla; y aconseja por ello al rey de Francia que los trate como a hermanos en la fe, que honre a sus venerables sacerdotes, que invista capitanes a sus bravos caudillos y que castigue con mano dura a quienes alenten la inquina contra ellos. Vuelve a llover y el viejo diplomático recorta su paseo. No parece saber, sin embargo, que es imposible la unión de los cristianos por encima de sus ambiciones y rivalidades, que no hay redención sino cambio de amo en los lances del imperialismo, y que los griegos nunca serán libres si no es venciendo al tirano con sus propias fuerzas.

DE BREVES, *Discours abregé des asseurez moyens d'anéantir et ruiner la monarchie des princes ottomans*, edición de Jacques du Castel, París, 1628.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶ (1973¹).

CONSTANTINOPLA

1609

Todos los males y las calamidades que oprimen al pueblo cristiano en nuestro tiempo son el justo castigo a sus muchos pecados que la divinidad inflige por la mano de los turcos. El sultán y sus ministros son respetuosos con la fe de sus súbditos cristianos, porque así dispone el Corán que sea todo musulmán con las gentes del Libro. Los señores otomanos permiten a la Iglesia la celebración de todos los misterios, y protegen con sus leyes los privilegios y los bienes que en justicia le corresponden. La enemiga de la Iglesia ortodoxa es la Iglesia latina, que la acusa de faltar a la verdad de Dios y desea su subordinación y su sometimiento al papa. La misión de la Iglesia es la salvación de las almas, y a esa misión no se oponen las leyes del Estado otomano ni el proceder de quienes lo administran. El reino de Cristo no es de este mundo. Dése a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.

Éstas y otras razones se escuchan cada día en los pulpitos de las iglesias, en los sermones de los predicadores callejeros, en las conversaciones de los notables y en los asertos resignados del pueblo. La Iglesia debe conciliar la opresión de los tiranos, las disidencias en su seno y el desencanto existencial de sus fieles para poder perdurar entre los otomanos. Y ha encontrado argumentos teológicos para ello. Entretanto, en una estancia del barrio del Fanar, el patriarca Neófito II redacta una misiva secreta que sus agentes se encargarán de hacer llegar a Felipe III, el muy católico rey de España:

Gloria y honra de Dios, Serenísimo Rey Emperador de España. Tiempo ha que, por muchos, sabemos de la recta voluntad y el deseo, inspirados por Dios en tu corazón, de liberar esta renombrada, famosa y real ciudad junto con el resto de estas tierras, para lo cual te has estado preparando largamente. No sabemos, empero, de la causa que impide tal empresa, a no ser nuestros propios pecados. Por ello te rogamos y te suplicamos que tengas compasión y liberes al pueblo de Cristo, siguiendo tú Su ejemplo, y ganes así gloria y crezca en el siglo la fama de tu nombre. Pero no te retrases, y lo que tengas que hacer hazlo pronto, no sea que estas bestias salvajes y estos perros rabiosos acaben por completo con nosotros. Por ello rogamos, por ello suplicamos. Dios Todopoderoso engrandezca y aumente tu reino y someta a tu poder todas las naciones bárbaras e infieles.

PATRINELIS, Ch., «Η οργάνωση του Γένους υπό τους Τούρκους και η επιβίωσή του», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 10, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

HASLUCK, F. W., *Christianity and Islam under the Sultans*, Oxford, 1929.

PAPADOPOULOS, T., *Studies and Documents Relating to the History of the Greek Church and People under Turkish Domination*, Bruselas, 1952.

ESMIRNA

1653

Las lluvias de enero han dejado la ciudad cubierta de lodo. Una de las cuadrillas que reparan los desperfectos en la vía del puerto ha encontrado, entre un derrumbe ocasionado por las aguas, una estatua de mármol que representa a una mujer con el cabello recogido y un pecho descubierto.

Sin duda, es cosa de los antiguos. El capataz ordena que la saquen de los escombros y la pongan en pie. Viste una túnica ligera, algo así como una gasa húmeda que se adhiere a su vientre y sus muslos, y en la mano izquierda sujeta un cántaro de agua. El paño mojado que uno de los aprendices restriega por su rostro deja al descubierto una leve sonrisa y una mirada serena perdida en el suelo.

De un solo golpe, el capataz le rompe la nariz con su piqueta. Los demás comienzan a tirarle cascotes sin demasiada buena puntería. Luego, desde más cerca, le golpean el rostro con las palas y le arrancan los dedos y el brazo levantado. Es sabido que los demonios se cuelan en los cuerpos sin alma de las estatuas y hostigan a los hombres desde ellas, y que sólo mutilándolas y rompiendo sus rostros se consigue que huyan y que busquen refugio en otro lado.

LABAT, J. B., *Mémoires du Chevalier d'Arvieux*, París, 1731.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

CABO MATAPÁN (TÉNARO)

1667

En este mar, ya no hay más que piratas. Ahora que los vientos de marzo traen la primavera y los primeros barcos, los mainotas bajan otra vez a montar sus celadas a los escondrijos de las rocas.

Hace cien años, en los tiempos de Barbarroja y Solimán, los piratas acabaron con la gente de más de veinte islas del Archipiélago y hubo que repoblarlas con colonos. Serigo y Serigetto quedaron desiertas; los turcos y los africanos despoblaron Engía, Fermene, Serfavo, Nicaría y Samos; Nío, Amargo, Antiparo y Micone sufrieron además las incursiones de los francos. Hoy día, todo el mar de aquí a Constantinopla es un nido de víboras: la costa de África vive de la rapiña, venecianos y turcos utilizan a los corsarios para minar sus flotas mutuamente, y piratas argelinos, tunecinos, malteses, ingleses, franceses, italianos y españoles tienen a sus espías y a sus comisionistas en las islas y están compinchados con comerciantes que compren los botines en Milo y en Argentiera y con traficantes que compran los esclavos en los puertos de la Berbería. Se supone que el papa de Roma condena la piratería, pero los grandes piratas latinos reparten sus robos con los capuchinos y los jesuitas y negocian de igual a igual con reyes y sultanes.

Antes, eran los extranjeros los que llegaban en los barcos a sembrar el terror entre los griegos; ahora, también los griegos han aprendido a traficar en la misma moneda. Los sfakiotas han bajado del monte y se han echado a la mar, Tino es un refugio de piratas cristianos al amparo de la Serenísima República y la isla de Nío se ha convertido en la «Pequeña Malta». Pero lo peor está aquí, en el sur de Morea, en estos pedregales apartados de la Maina, porque los mainotas se han vuelto piratas y ya no se respetan ni a sí mismos. Aquí, Theodoros vende a la mujer de Anapliotis y Anapliotis a la de Theodoros, los de un pueblo venden a los del otro por odios de vecinos, y mientras unos corren a esconder en los montes a las muchachas y a los niños, los otros corren a venderlos en los puertos. Antes se decía que Lepanto era el «Pequeño Argel», ahora llaman a Vítulo el «Gran Argel».

Estos días, como es costumbre ya a principios de cada primavera, los mainotas bajan a las costas y se apostan en los disputados escondrijos a la espera de que los vientos del cabo lancen contra las rocas algún navío. Los curas tienen asignadas sus propias «casillas» para la vigilancia, pues a la Iglesia le corresponde el diezmo de todos los botines. Hay bandas que dejan de señuelo a algún viejo que inspire confianza a los infortunados y los atraiga tierra adentro ofreciéndoles agua. Otros acechan a los náufragos desde los mismos cantiles donde rompen las olas, agazapados en las rocas con el cuchillo entre los dientes. Si los apresados son turcos, los venden a los cristianos; si son cristianos, a los turcos.

MÜNSTER, S., *Cosmographia: Beschreibung aller Länder*, Basilea, 1544.

CORONELLI, P., *Parte Meridionale dell'Arcipelago*, Venecia, 1696.

GUILLETIERE, G., *Lacédémone ancienne et nouvelle*, París, 1675.

LEVIS, W. H., *Levantine Adventure. The Travels and Missions of the Chevalier d'Arvieux (1653-1697)*, Londres, 1962.

COVEL, J., *The Diaries of Doctor John Covel (1670-1679)*, Londres, 1893.

VAN EGMOND, J., y HEYMAN, J., *Travels through Europe*, Londres, 1892.

GOUFFIER, Ch., *Voyage pittoresque de la Grèce*, París, 1782.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶ (1973¹).

VAKALOPOULOS, A., *Ιστορία του Νέου Ελληνισμού*, Tesalónica, 1964.

ZAKYTHINOS, D., *Corsaires et pirates dans les mers grecs au temps de la domination turque*, Atenas, 1939.

ATENAS

1667

Ayer, a la caída de la tarde, las tropas del sultán llegaron a Atenas. Vienen por tierra desde Constantinopla y no se detendrán más de dos o tres días, pues su destino es ir a reforzar el extenuante asedio de Candia.

Escoltado por una guardia de jinetes y rodeado de un cortejo de jóvenes esclavos, ha llegado también el oficial Evliya Çelebi, pariente lejano del gran visir, que desde hace treinta años se dedica a recorrer el mundo recogiendo informaciones para la Sublime Puerta.

Evliya Çelebi está fascinado por Atenas. Como de costumbre, ha registrado ya en sus notas el número de casas, de mezquitas y de baños, reseñando que en esta ciudad no hay viviendas de adobe ni madera, sino que todas son de piedra bien labrada, con cubiertas de teja y con aljibe para recoger el agua de lluvia. También ha reparado en que las esposas de los infieles que han prosperado en el comercio salen a la calle sin velo y ataviadas con extraños tocados que compran a los francos y que adornan con plumas de pavo real. Y, atendiendo a su consabida debilidad, el oficial Çelebi ha elogiado también los encantos de los muchachitos y las niñas de los cristianos, que aquí son como hadas, con caritas de ángel, mejillas plateadas y boquitas pequeñas y tiernas como un bocado de calamar.

Esta vez, el viajero otomano, que casi siempre mira con desprecio las obras de los infieles y pecadores, se ha visto atrapado en el embrujo de esta ciudad llena de maravillas de los tiempos remotos. Preguntando a los turcos que la habitan, ha sabido que su fundación se remonta al viejo sabio Salomón, quien llegó a este lugar cruzando los aires abrazado a su amada Belquís. Ha sabido también que Atenas es llamada «la Ciudad de los Sabios Antiguos» porque en ella vinieron a juntarse siete mil filósofos de las distintas ciencias tratando de encontrar un remedio para evitar la muerte; y que, aunque no lo hallaron, sí alcanzaron a descubrir la cura para más de un millar de enfermedades y a conocer la dieta y los hábitos sanos que les llevaron a vivir trescientos años. Guiado por quienes tienen fama de saber de las leyendas de los griegos, el oficial recorre las calles topando a cada paso con columnas de mármol y con estatuas que figuran criaturas extrañas y admirables. Algunas

de ellas sonríen dulcemente, y otras paralizan a quienes las observan con terribles miradas; pero todas parece que están vivas, y cuesta creer que hayan sido hechas por la mano del hombre.

Esta tarde, al declinar el sol, Çelebi ha subido al castillo y ha descubierto una ciudad que no cabe en su informe y que la premura de su paso no le permite asimilar. Ha admirado el elegante mirador de las doncellas, se ha recreado en las figuras de los guerreros desnudos que combaten a los hombres-caballo y ha preguntado por la causa del terrible derrumbe de las columnas de la escalinata de entrada. Sus guías le han contado que, hace ahora treinta y siete años, un rayo hizo estallar la artillería concentrada en ese bastión causando la muerte del agá del castillo y de varios miembros de su familia. También le han dicho que, como el agá Yusuf había reunido en ese punto una batería de cañones para masacrar a los cristianos congregados en la cercana iglesia de San Demetrio, todos los infieles—e incluso algunos turcos—piensan que el rayo que cayó aquella noche fue enviado contra la soberbia por la mano divina.

Al final, el oficial ha entrado en el gran templo y ha quedado extasiado por el resplandor. Jamás había visto un interior con una luz tan pura. El techo y las paredes de la sala son de un mármol tan fino y transparente que la luz hace flotar al peregrino y lo eleva hacia Dios. Allí ha rezado en silencio durante largo tiempo.

Al salir y asomarse a los muros, el sol ya estaba sobre el mar. Çelebi ha confesado entonces a sus acompañantes que, en todos sus viajes por los siete países del mundo, todo lo que ha visto es casi nada si se compara con las maravillas de Atenas, y que ningún viajero debe jactarse de conocer el mundo si no ha venido a visitar esta ciudad. Luego, bajando por la ladera, ha rogado a Alá que este antiquísimo lugar de oración mantenga hasta el fin de los tiempos su integridad y su belleza.

ÇELEBI, E., *Narrative of Travels in Europe, Asia and Africa in 17th century*, by Evliya Efendî, edición de Hammer, J., Londres, 1846-1850.

COLLIGNON, M. M., *Le consul Jean Giraud et sa relation de l'Attique au XVII^e siècle*, París, 1913.

BIRIS, K., *Ο Εβλιά Τσελεπή στην πόλη της Αθήνας*, Atenas, 1947.

—, *Τα Αττικά του Εβλιά Τσελεπή*, Atenas, 1959.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

ATENAS

1673

Los muchachos han echado a correr hacia el bazar del Trigo y una de las chicas ha conseguido escabullirse por un oscuro callejón. A las otras tres las ha atrapado la patrulla de ronda. El capitán ha ordenado a los esbirros que las aten y ha mandado a uno de ellos a buscar una partera. Ahora, en unas escaleras entre los baños públicos y la iglesia del Santo Ceñidor, soldados y arrestadas esperan rodeados de un húmedo silencio por el que asoman sus cabezas la lascivia y el miedo.

En Atenas, velan por la justicia y el orden el agá del castillo, el cadí, el cecayá, el serdar y el voivoda. Todos son respetados por su severidad, pero el más poderoso y temible es el voivoda, a cuyas mazmorras van a parar cada noche los que son detenidos por las patrullas de ronda. Allí, si son varones, los jenízaros les azotan con varas en las plantas de los pies; y, si son mujeres, les fustigan las nalgas por encima del chintianí. Después, el voivoda fija un precio para su rescate, porque el voivoda cobra por todas las detenciones que se realizan, sean justas o injustas. También se beneficia del impuesto por cabeza, de cuanto se carga o se descarga en el puerto, de los derechos de pastoreo en los olivares y las viñas, de lo que sale de los hornos de cal y de los talleres de alfarería, de lo que producen los gusanos de seda y las abejas del Himeto, del diezmo de todos los cultivos y de lo que dejan quienes mueren sin herederos o sin hijos varones.

Según las leyes para la salvaguarda de la moral, las muchachas que son sorprendidas hablando con varones no son conducidas directamente a la prisión. Por eso ahora, la patrulla espera en la calle con las tres detenidas. Cuando llegue la partera, les abrirá las piernas para saber si aún tienen intacta su virginidad. Si la conservan, volverán a sus casas con una buena reprimenda; si no, serán vendidas como esclavas por veinte o veinticinco piastras, de acuerdo con sus cualidades.

COLLIGNON, M., *Le consul Jean Giraud et sa relation de l'Attique au XVII^e siècle*, París, 1913.

MOTRAY, A., *Voyages en Europe, Asie et Afrique*, La Haya, 1727.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

ATENAS

1687

Desde hace cinco días, las descargas de la artillería retumban en la roca de la Acrópolis y en las colinas de las Ninfas y las Musas como truenos furiosos de una tormenta atrapada entre montañas. Parece que, por fin, le ha llegado a Atenas la hora de la libertad.

El poderoso ejército de mercenarios del norte armado por Venecia ha conquistado en los últimos meses los fuertes de Nauplia, Patrás, Lepanto, Corinto y buena parte de Morea. Hace menos de un año, el metropolitano Jacobo y los notables atenienses ofrecieron a los venecianos dinero y sumisión para que vinieran a tomar la ciudad, y ahora ya están aquí: la noche del domingo desembarcaron en el puerto del Pireo más de diez mil soldados acaudillados por el conde sueco Otto Königsmark, un temible jinete rubio vestido de acero. Cuando los turcos los vieron acampados en el Olivar, evacuaron a mujeres y niños y se atrincheraron en la fortaleza. La mañana del lunes, sin perder un momento, el heroico almirante Francesco Morosini comenzó a instalar la artillería en las colinas de enfrente de la Acrópolis. Los turcos, por su parte, aprestaron todos sus cañones en el lado oeste y, para ampliar el campo de tiro, derribaron el templo de las cuatro columnas que estaba a la derecha de la entrada. Desde el martes no ha parado el fuego cruzado.

Hoy viernes, la situación ha empezado a preocupar al almirante, porque los otomanos siguen resistiendo en el castillo y es posible que mañana mismo les lleguen los refuerzos que han salido de Tebas. Por eso, desde que hace unas horas ha recibido la noticia de que el enemigo ha almacenado pólvora y municiones en el antiguo templo de Minerva, Morosini ha ordenado reubicar las lombardas e intentar hacer blanco sobre el polvorín. La noche ha comenzado ya a caer.

De repente, un estallido inmenso rompe la oscuridad y hace que todos los soldados se cubran las cabezas y se tiren al suelo. El cielo se ha rasgado como un saco de piedras sobre la llanura. ¡El castillo está ardiendo! Una nube de azufre llega hasta las colinas. Se oyen gritos de pánico y voces confusas. ¡Ha sido San Celice! ¡La lombarda del conde San Celice ha alcanzado de lleno el

polvorín! ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Viva santa Bárbara! ¡Viva la nostra Repubblica!

El fuego en la Acrópolis durará dos días. Los supervivientes del castillo, que han recibido una lluvia de mármol y cadáveres, resistirán aún un día más entre los escombros y las brasas. Después se rendirán. A principios del invierno llegará la peste. Con la primavera, seiscientas familias atenienses huirán a Morea y a las islas temiendo represalias de los turcos. El diez de abril, abatido y resignado, Francesco Morosini abandonará una Atenas desierta y embarcará con tres leones de mármol hacia Venecia.

WALDSTEIN, C., «Views of Athens in the year 1687», en *The Journal of Hellenic Studies*, vol. IV, Londres, 1883.

DIONADO, P., «Εκθεσις περί πολιορκίας των Αθηνών υπό του Μοροζίνη», en *Νέος Ελληνομνήμων*, vol. 20, Atenas, 1926.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 19996(19731).

HASIoTIS, I., «Οι Έλληνες και οι πόλεμοι μεταξύ οθωμανικής αυτοκρατορίας και ευρωπαϊκών κρατών», en *Ιστορία του Ελληνικού Έθνους*, vol. 11, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

TRÍPOLI DE LA BERBERÍA C. 1691

Ay de mí, amor mío. Me han roto la vida, amor, y no soporto tu pérdida ni la de las chiquillas. Ay, Liana mía, mi corazón, ay, oro mío, luz de mis ojos. Piedad te ruego, Dios, que no justicia. Con todo, Gloria a Ti, y hágase tu voluntad, Señor, y no la mía. No hay palabras que digan en qué tormentos vivo. Ayuda, por Dios te lo pido, ayuda y no lágrimas. Aguza el ingenio, amor. Coge cuanto tenemos, prendas, huertos, la viña, y todo lo que quieras, y reúne dineros y díselo al señor Tzane Batí, que le hable a la Pialédena del rescate, que le dé los dineros y le insista para que escriba aquí diciendo que los tiene y me libere y vuelva. Si otros son pobres, también nosotros lo seremos. No dejes que me pierda, amor, y compadéceme y sácame de aquí. Dale amor a las huérfanas que tienes en tus brazos, a Florenza y a la pobrecilla Vasilikí, y no las abrumes con tristezas, que ya tienen bastantes mis ojos, que corren como ríos y no puedo pararlos, y sangra mi corazón y hierve como un perol, pero Gloria a Ti, Señor.

Hace treinta y siete días, fue capturado al alba por una galeota corsaria cuando faenaba con su bote a una milla de la isla de Icaria. Lo desnudaron y lo molieron a palos. Luego le preguntaron si tenía a alguien que pudiera pagar por su vida y contestó que tenía a su gente en Axiá, aunque eran todos pobres. La galeota pasó de largo las islas de Axiá y de Paros y atracó en Amorgós. Allí los corsarios capturaron a cinco lugareños y a cinco monjes que andaban en los campos y zarparon después rumbo a Santorini. Hasta llegar aquí, a las costas de África, todo han sido latigazos, patadas, chinches, agua podrida y pan mohoso. Treinta y cinco días con sus noches hacinado con otros cautivos en un rincón de una bodega sin poder estirar por completo las piernas.

Ahora, en una celda del mercado de esclavos de Trípoli, un pescador de la isla de Axiá confía su suerte a una desesperada carta que ignora cuándo y cómo llegará a su destino y que entrega a un apresurado carcelero que se lleva también el quinqué y que le deja a oscuras con el sofoco de sus pensamientos.

ΜΑΡΚΟΠΟΛΙΣ, Μ., «Συμφοραί Ναξίου τινός συλληφθέντος υπό πειρατών», en *Ναξιαίων Ημερολόγιον του δισέκτου έτους 1896 υπό Γ. Ι. Βυρίνη*, Naxos, 1895.

SIMOPOULOS, Κ., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

VAKALOPOULOS, Α., *Ιστορία του Νέου Ελληνισμού*, Tesalónica, 1964.

ZAKYTHINOS, D., *Corsaires et pirates dans les mers grecs au temps de la domination turque*, Atenas, 1939.

NAXOS

1700

Los vigías han dado la noticia de que la flota del pachá se aproxima a la isla y todos los hombres de la capital han acudido sin demora al puerto para aclamar al gobernante a su llegada agitando sus gorros colorados.

En Naxos, las familias latinas habitan en la ciudadela y las griegas ocupan el espacio que va desde los muros hasta la costa. Ningún ortodoxo comparte la misa ni la confesión con un cura latino, y los latinos han pedido dispensa del papa para casarse con sus primos carnales porque los católicos núbiles son cada vez menos y antes se casaría un noble de la ciudadela con una aldeana católica que con una princesa ortodoxa.

A las familias nobles de uno y otro lado les gusta la ostentación del lujo: salir a la calle en sus cabalgaduras seguidas por un séquito de sirvientes descalzos que portan a la vista el ajuar de la casa, o hablar a viva voz de ventana a ventana sobre las exquisitas codornices o el asado de caza que unos y otros fingen haber comido.

En días como hoy, sin embargo, cuando la nave de alguna autoridad de los turcos se acerca a la bahía, todos dejan su pompa y sus tocados de terciopelo y bajan hasta el puerto luciendo el gorro rojo de los súbditos cristianos. El sultán los ama como a siervos leales y sumisos, y no teme que pueda sorprenderle en la isla la traición ni de latinos ni de griegos, pues unos y otros son, de manera recíproca, los más celosos delatores de sus malos actos.

La visita de esta flotilla de inspección no durará más de dos o tres días. Las autoridades harán su trabajo, recaudarán los impuestos que marca la ley, recibirán algún regalo en señal de buena voluntad, embarcarán pertrechos y algún que otro esclavo y se harán finalmente a la mar. Luego los naxiotas se quitarán el gorro y volverán a los asuntos y a los signos de su dignidad, pues no en vano unos llevan la sangre de los Giustiniani, de los Sommaripa o los Grimaldi, y otros son vástagos directos de los Paleólogos y los Comnenos.

TOURNEFORT, P., *Relation d'un voyage du Levant*, París, 1717.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶ (1973¹).

NAUSA MACEDONIA 1705

Los hombres corren a sus casas y las mujeres abrazan a los niños y cierran con presteza las contraventanas. Envuelta en un estruendo de cascos de caballos y casacas de malla, la guardia de jenízaros avanza por las callejas de la villa conduciendo a empellones a los rebeldes apresados en el monte Vermión. Los sucesos acaecidos durante el pasado carnaval han dado origen a esta aleccionadora venganza.

Panayotis, Andreas y otros cuantos vecinos corren calle abajo hostigados por los jinetes con los brazos atados a la espalda. Hace meses se echaron al monte junto al *armatolós* Karadimos después de asesinar al capitán de la patrulla turca que venía a reclutar a los niños para la guardia del sultán. Al final de la calle, Panayotis se lanza por unas escaleras sin poder apenas apoyarse en su pierna derecha. Se sumó a la revuelta para que no se llevaran a su hijo y volvería a hacerlo si pudiera. Este tributo humano es indignante, y los cristianos del imperio lo vienen soportando desde hace ya más de tres siglos, junto con el secuestro de las niñas para los harenes.

Los caballos escupen espuma. Panayotis sangra por un oído y tiene roto el labio. Odia y compadece a los jenízaros que vienen fustigándole porque son los hijos robados de los griegos, el satánico invento de la Gran Puerta para que sus oficiales sean elegidos entre esclavos adoctrinados y deshumanizados y no entre hombres libres que puedan dar origen a una dinastía militar. Ahora llegan todos a la plaza vacía. Las órdenes del capitán turco resuenan como látigos en las esquinas y se oye pronunciar el nombre de Silahdar Ahmet Çelebi, el oficial asesinado. Algunos de la guardia descabalgan y se aproximan a los prisioneros. Panayotis sabe que va a morir y reza sin palabras a Dios y a la Virgen. Ignora, sin embargo, que su cabeza será enviada a Tesalónica y expuesta en una pica para advertencia y escarmiento de padres indóciles.

Archivo Histórico de Veria (Βέροια).

- VASDRAVELLIS, I., *Οι Μακεδόνες κατά την Επανάστασιν του 1821*, Tesalónica, Εταιρεία Μακεδονικών Σπουδών, 1967³.
- ΠΑΡΟΥΛΙΑ, V., «The Impact of Devshirme on Greek Society», en Rothenberg, G., *et al.*, *East Central European Society and War in the Pre-Revolutionary Eighteen Century*, Nueva York, 1982.
- , *Ursprung und Wesen der «knabenlese» im Osmanischen Reich*, Múnich, 1963.
- VRYONIS, Sp., «Seljuk Gulams and Ottoman Devshirmes», en *Der Islam*, vol. 41, 1965.
- BAITSIS, T., *Γιανίτσαροι και Μπούλες της Νιάουσας*, Tesalónica, Όμιλος «Γενίτσαροι και Μπούλες» της Νάουσας, 2001.
- BOSTOM, A. G., *The Legacy of Jihad*, Nueva York, Prometheus Books, 2005.

TEPELENI

EPIRO DEL NORTE

1750

Los cormovitas del norte del Epiro, que han tenido siempre fama de duros y de indoblegables, conservan en su tradición la memoria del antiguo oráculo de Dodona.

En el estrecho paso que va de Tepeleni al puente, junto a un viejo roble hueco, varios hombres esperan apostados a ambos lados del camino. El cura que viene con ellos se ha agazapado en el interior del árbol en cuanto ha divisado las mulas que acaban de doblar el recodo de abajo. Ahora, en la oscuridad, el corazón le late con fuerza y el crucifijo le brilla sobre el pecho.

Dentro de unos momentos, cuando los bandoleros salten de su escondrijo al camino, la voz del oráculo decidirá la suerte de los transeúntes. Si son musulmanes, el dios ordenará que sean despojados de sus ropas y colgados del árbol; si son cristianos de algún pueblo enemigo, exigirá que sean arrojados al río; si son hombres con suerte, continuarán su viaje a pie, sin mulas ni pesados pertrechos.

LEAKE, W. M., *Travels in Northern Greece*, vol. 1, Londres, 1835.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (333-1700)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

MEGA DENDRO APOKOURO, ETOLIA

1779

La noticia de la muerte del predicador Patrokosmás en las tierras del norte del Epiro ha llegado ya hasta Mega Dendro, su pueblo natal. El duelo es grande, la indignación, profunda, y en toda la región no se habla de otra cosa.

Sentado bajo un árbol, mirando la laguna serena, su hermano Crisanto relee las últimas cartas del difunto recibidas a principios de verano. El bueno de Cosme consiguió plenamente su propósito en la vida: ser a la vez apóstol de la fe y apóstol de la escuela. Allá donde llegaba, plantaba una cruz y se ponía bajo ella a predicar con humildad. Crisanto no le siguió en sus viajes, pero recuerda bien aquella noche en Mavro Mandili, cerca de Preveza, en la que Cosme congregó a una multitud de más de seis mil almas. Los incrédulos abrazaban la fe, los pecadores se abrían al arrepentimiento, los ricos auxiliaban a los pobres y los ladrones devolvían el robo. Rogaba Cosme a Dios que en todos ellos arraigara la paz, el amor, la concordia, la calma, el calor de la fe y el consuelo de la confesión.

Muchas de aquellas cruces que plantó se han convertido hoy en escuelas, pues el monje de Etolia advertía que cada pueblo debe tener escuela antes que fuente, ya que más urgente que atender a la sed del cuerpo es atender a la del alma. En la reciente carta que ahora despliega con cuidado Crisanto, su hermano le participa gozoso que, en las treinta regiones que ha visitado hasta el momento, ha dejado fundadas doscientas escuelas de primeras letras para que los niños aprendan el griego, porque en la lengua griega vive nuestra Iglesia. Ha fundado escuelas porque en la escuela aprendemos qué es Dios, qué es la Santa Trinidad, qué son virtud y maldad, ángeles y demonios, paraíso e infierno. Y al tiempo que lamenta que el linaje de los griegos haya caído en la ignorancia, afirma que sólo se levantará apoyado en las sólidas enseñanzas de la ortodoxia cristiana.

El hermano de Crisanto Dimitriou recorrió Grecia fortaleciendo con sus palabras a quienes, fatigados y abrumados, se dejaban atrapar por el islam, recordándoles a cada paso que la fe de los cristianos ortodoxos píos es la

única buena, verdadera, divina, celestial y santa, y que todas las demás son falsas y falaces, obra infame del Diablo. Cosme exhortó desde el ejemplo a cultivar el alma con la palabra divina y a someter la carne con ayunos, vigiliass y mortificaciones, porque el alma es lo único valioso y el cuerpo es un lobo, un puerco, una fiera, un león.

También, en sus predicaciones, el bienaventurado Cosme nos previno contra los judíos, que vocean que Cristo es un bastardo, la Virgen una puta y el Evangelio el libro del Maligno; que beben a escondidas la sangre de los niños cristianos, contaminan la carne del mercado y mean en el vino y en la boca de los peces que les venden después a los griegos. Y una cosa más se atrevió a revelarnos sin temer por su suerte: que el Anticristo es el papa de Roma y el Gran Turco que gobierna sobre nuestras cabezas.

Las noticias que llegan del norte dicen que los judíos acusaron a Cosme de espía de los rusos, que Kourt Pachá lo prendió en Kolikontasi y que, al día siguiente, sin juicio ni condena, lo colgaron de un árbol y arrojaron su cuerpo desnudo al río Apsós. También dicen que, tres días después, el párroco de ese lugar encontró su cadáver y le dio cristiana sepultura junto al templo. Algunos hablan de su memoria como si fuera un santo. Cuando eran niños, aquí en el pueblo, Cosme y Crisanto nadaban en el lago, andaban juntos al molino y ayudaban a su padre a tejer sacos.

COSME EL ETOLIO, *Enseñanzas*.

EVANGELIDIS, T., *Κοσμάς ο Αιτωλός*, Volos, 1912.

METALLINOS, G., «Κοσμάς ο Αιτωλός», en *Πάπυρος, Larousse, Britannica*, vol. 30.

KALARYTES

EPIRO

1800

Sentado en el sillón de su consultorio, el nuevo médico de Kalarytes sujeta en sus manos la infusión de hierbas que, desde hace años, acostumbra a tomar a media tarde. La doncella acaba de retirarse.

Le habían dicho que en estos pueblos de la montaña es difícil encontrar servicio, porque las mujeres no quieren ser criadas y sólo trabajan en sus casas. El nuevo médico, que viene de Corfú y está hecho a los usos de fuera, contrató ayer mismo a esta muchacha de Tríkala que le recomendaron en el mercado de los jueves.

Desde que comenzó a trabajar esta mañana, le ha parecido un poco reticente; y, ahora que lo piensa, se da cuenta de que, al servir hoy el almuerzo, tenía una mirada de recelo.

La sirvienta acaba de despedirse. Hace un momento, cuando el doctor tocó la campanilla por segunda vez, la muchacha apareció con la infusión y la dejó en la mesa. Luego, mirándole desde la puerta, dijo: «Adiós, doctor. Las campanas son para las ovejas y las cabras».

LEAKE, W. M., *Travels in Northern Greece*, Londres, 1835.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (1800-1810)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

IOANNINA

A ORILLAS DEL LAGO

1801

Nada más desembarcar, la patrulla se ha retirado hacia el cuartel dejando a dos soldados al cuidado de las barcas. El más joven de ellos no tiene más de veinte años; el más veterano, Vasilis el Arvanita, lleva ya tiempo al servicio del visir. Hace frío y los graznidos de las aves del lago todavía no han roto el silencio. Ahora que empieza a amanecer, comienzan a esfumarse con las nieblas las terribles imágenes de la pasada noche, un infierno que parecía que nunca iba a acabar.

Resguardados los dos junto al embarcadero, el muchacho le pregunta a Vasilis si sabe de verdad por qué las mataron. Vasilis dice que por putas; aunque después, como dejándose llevar por las ganas de hablar, cuenta algo de los celos de la nuera del visir porque su marido Muhtar tenía por amante a una de las condenadas, la Frosyni que todos conocen.

A Vasilis se le ha quedado la escarcha en la barba y, después de sacudírsela, continúa diciendo que, cuando la otra noche salieron con el propio visir a prender a todas esas mujeres, fue porque el amo no puede ignorar que su nuera es hija de Ibrahim, el pachá de Verati, y es su deber restablecer su honor. El Arvanita conoce bien a Alí Pachá.

Al muchacho le impresionó cómo las mujeres se agarraban a las canoas cuando las arrojaban al lago. Según el veterano, todo ese escándalo—y el peligro de zozobrar en mitad de la tormenta—podía haberse ahorrado si las hubieran tirado metidas en sacos como hacen en la capital. Entre las diecisiete condenadas había cristianas y turcas. Estaban las Selekopoulas—las cuatro hermanas costureras—, y también una criada de Frosyni, que no quiso abandonar a la señora cuando fueron a sacarla de su alcoba. Hace dos días, Alí Pachá mandó prenderlas a todas por atentar contra las buenas costumbres. Como esa misma noche no dio tiempo a ajusticiarlas, hubo que retenerlas un día en el castillo y esperar a la noche de ayer. Ahora todo ha acabado.

Después de un rato de silencio, el muchacho pregunta a Vasilis quién era aquella del vestido verde que parecía embarazada.

«¡Ah, sí! La mujer de Giagkos, uno de Kalarytes al que el amo suele hacerle favores. Y no preguntes más, que se lo merecían. Eran todas unas putas».

HOBHOUSE, J. C., *A journey through Albania and other provinces of Turkey in Europe and Asia to Constantinople during the years 1809 and 1810*, Londres, 1813.

LEAKE, W. M., *Travels in Northern Greece*, Londres, 1835.

BARTHOLDY, K. M., *Voyage en Grèce, fait dans les années 1803 et 1804*, París, 1807.

COCKERELL, C. R., *Travels in southern Europe and the Levant, 1810-1817*, Londres, 1903.

SMART HUGES, *Travels in Sicily, Greece and the Albania*, II, Londres, 1820.

POUQUEVILLE, F., *Voyage de la Grèce*, I, París, 1826-1827.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (1800-1810)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

SOLOS
MONTES DE AROANIA
ARCADIA
1806

Hace tres días, llegó aquí arriba, a la remota aldea de Solos, un joven capitán inglés llamado William Martin Leake. Los firmanes del sultán que trae en su macuto le han asegurado de inmediato un trato de favor por parte de los lugareños y un cálido refugio en la mejor casa del pueblo. El extranjero viene acompañado de un topógrafo cargado de extraños artefactos y de un hábil dibujante alrededor del cual se han congregado los hombres y los niños para ver cómo hace aparecer en el papel la imagen de los montes y cómo la hace desaparecer después, siempre que lo desea, frotándola con lo que dice ser la linfa de un árbol de la India.

Leake es un hombre de increíble sagacidad y talento. Tiene veintinueve años y ya lleva doce al servicio de Su Majestad en difíciles misiones por tierras de la India, Asia Menor, Egipto, Palestina y, últimamente, las regiones más occidentales del Imperio otomano. Tal como van las cosas, Napoleón es una seria amenaza para los intereses de la corona británica, por lo que al joven Leake le ha sido encomendada una labor de acercamiento y apoyo a la Sublime Puerta: entablar amistad con el gobernador Alí Pachá y colaborar en la mejora de su artillería, explorar las regiones de Albania y la Morea, elaborar mapas de las costas y las zonas estratégicas del interior, plasmar con precisión los caminos y pasos que conducen a Constantinopla y aconsejar a los turcos que instalen una división atrincherada en Corinto para controlar el paso por el istmo. Todo, claro está, porque Inglaterra no puede consentir un desembarco de los ejércitos franceses en esta zona estratégica del Mediterráneo.

Cuando comparte pan y cebolla con los presbíteros o los notables de los pueblos, Leake está convencido de que los griegos han sido traicionados por las grandes potencias y de que éstas tienen el deber moral de devolver a Grecia su libertad. Pero, a menudo, desengañando a sus sencillos anfitriones de sus falsas esperanzas, les recuerda que todas las potencias actúan siempre

conforme a sus propios intereses, que un general ruso o francés no habrá de ser más respetuoso con la libertad de los griegos que los gobernadores del sultán y que hasta el propio Napoleón ha despreciado el principio revolucionario de soberanía de los pueblos para hacerse coronar emperador.

Leake conoce el latín, el griego antiguo y el que hoy en día se habla en estas tierras. Desde que era un muchacho, ha combinado el ejercicio de las armas con el estudio solitario de la Antigüedad. No es partidario del expolio de Grecia, aunque hace cuatro años la fortuna le llevó a naufragar en el barco en que lord Elgin enviaba a Inglaterra las estatuas robadas a los griegos.

Las órdenes expresas recibidas del primer ministro lord Harrowby dejan en la labor de diplomacia y espionaje del capitán Leake una ventana abierta a sus sueños: «Siempre que ello no le aparte del objeto primordial de su misión —reza el mandato de Downing Street—, recogerá observaciones de la topografía general de Grecia a fin de que el gobierno y el pueblo británicos adquieran puntual conocimiento de esta interesante región». De este modo, desde hace ya más de dos años, Leake y sus asistentes vienen peinando los caminos y los montes de la Hélade tras los restos de la venerada Antigüedad. Con increíble meticulosidad, recorren el terreno tomando referencia exacta de todo lo que ven: una fuente, un arroyo seco, un puente, una columna antigua, una cabaña. Con Pausanias y Estrabón como guías, identifican las actuales cañadas y senderos de mulas con las antiguas vías por donde marcharon las tropas de Esparta o de Tebas; señalan los escenarios de las grandes batallas narradas por los historiadores clásicos; restituyen su nombre antiguo a numerosas montañas y ríos; dan con el paradero de ciudades devoradas por el bosque y averiguan a qué diosa o qué dios pertenecen las piedras de un sinfín de santuarios caídos en el olvido tiempo atrás. Una labor que aún está por hacer y que les sitúa a cada paso ante el choque impactante entre la sorpresa del hallazgo y las expectativas de la búsqueda, ante una nueva emoción estética inflamada y superada por la intelectual.

Esta mañana, una estatuilla femenina de mármol hallada por un lugareño en el arroyo que corre junto a Mesorrugui ha hecho a Leake confirmarse en su hipótesis de que este pueblo y el de Solos están asentados sobre las ruinas de la antigua Nonacris, la ciudad sagrada de los arcadios. El capitán inglés ha leído en Heródoto y Pausanias que los jefes arcadios se reunían aquí para prestar juramento de alianza, y que después, a semejanza de los dioses olímpicos, lo ratificaban sobre una cascada de aguas funestas a las que daban el nombre de Estigia. Ayer mismo, Leake y sus compañeros visitaron la cascada que algunos llaman Mavroneri y otros Drakoneri, y que a todas luces

debe de ser la Estigia de los antiguos. Los del pueblo dicen que sus aguas son malas en el tramo que corre por el interior de la garganta, y el oficial inglés corrobora en Pausanias que estas aguas eran mortales para los hombres y los animales, corroían el vidrio, la cerámica, la piedra y los metales, y sólo podían ser contenidas en un casco de caballo. Con profunda emoción, recuerda haber leído también en Plutarco el rumor de que con ellas habían dado muerte a Alejandro Magno.

Día tras día, Leake se aparta más y más de los lugares estratégicos y se adentra en los montes convertido en geógrafo, arqueólogo y lingüista. La opresión, la penuria, la decadencia y el desconocimiento que encuentra por doquier van cambiando sin duda la imagen que tenía de Grecia; pero, a la vez, su apasionado estudio autodidacta, su infatigable labor de rastreo y su generoso esfuerzo por llenar un vacío que le parece injusto y deplorable harán también que pronto cambie para siempre la imagen que Grecia tiene de sí misma.

LEAKE, W. M., *Travels in Morea*, Londres, en especial, III, 167-170, 1830.

—, *Peloponnesiaca*, Londres, 1846.

—, *Supplement to Numismata Hellenica*, prólogo, Londres, 1859.

MARSDEN, J. H., *A brief memoir of the life and writing of the late Lieutenant-Colonel William Martin Leake*, Londres, 1864.

PAUSANIAS, VIII, 17.6 y 18.1-6.

HERÓDOTO, IX, 74.

PLUTARCO, *Alejandro*, 77.4.

HOMERO, *Ilíada*, II, 755, VIII, 366-369, XIV, 271 y XV, 37-38; y *Odisea*, v, 184-186 y x, 514.

HESÍODO, *Teogonía*, 785-6 y 805-6.

SIMOPOULOS, K., *Ξένοι ταξιδιώτες στην Ελλάδα (1800-1810)*, Atenas, Στάχυ, 1999⁶(1973¹).

PAPAHATZIS, N., *Παυσανίου Ελλάδος Περιήγησις (Αρκαδικά)*, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1980.

HELESPONTO

1821

Una nave de la flota del sultán cruza el Helesponto rumbo a Lemnos. Asomado a la popa, Hatzi Khalil, suprema dignidad religiosa de los otomanos, ve alejarse en la niebla las torres de Galípoli. Desde que la noticia del levantamiento de los súbditos cristianos en Moldavia ha llegado a la Gran Puerta, las cosas han ido muy deprisa.

El sultán tiene miedo. La noticia de que el iniciador de la revuelta de cristianos—un griego llamado Ypsilantis—sea general del ejército ruso le ha hecho sospechar que el zar está detrás de esa proclama de revolución y que, en realidad, ha puesto en marcha una ofensiva para destruir el imperio del islam.

Hace apenas dos semanas, los estudiantes de las escuelas coránicas y algunos ulemas exaltados se echaron a las calles de Constantinopla pidiéndole a Mahmut la guerra santa. El sultán ordenó de inmediato la movilización general. Ha cerrado las escuelas y los locales públicos, ha puesto en alerta a los jenízaros y ha dado orden a todo musulmán de preparar las armas, de rogar al profeta y de observar con suma cautela todos los movimientos de los infieles. Asimismo, para impedir la fuga de cualquier sospechoso, ha decretado que las familias griegas dispersas por el Bósforo se trasladen de inmediato al Fanar, donde ha extremado la vigilancia de la guardia.

Hace diez días, cuando la aversión contra los ingratos cristianos comenzaba a desbordarse, Hatzi Khalil fue requerido por el propio sultán para que emitiera de inmediato un llamamiento a la guerra santa y autorizara el exterminio de todos los infieles. Khalil, aconsejado por su conciencia, solicitó un plazo de reflexión. Esa misma tarde, mandó llamar al médico personal del patriarca y le interrogó sobre la posible relación de Su Santidad con los insurrectos. Unas horas después, el propio patriarca Gregorio se personó ante él acompañado del patriarca de Jerusalén y de los grandes dragomanes Konstantinos y Nikólaos Mourouzis. Durante toda la entrevista, Khalil vio en aquel hombre de ademanes resueltos y mirada profunda una desesperada entrega por salvar a su pueblo de la cólera de Mahmut. De su boca escuchó las palabras que él mismo hubiera dicho de haber estado en su lugar, y no

necesitó más argumentos para creer en su inocencia y admirar en secreto su valentía y generosidad. Pero sí le pidió una prueba de peso para convencer de la inocencia de los griegos al sultán.

Pasados dos días, en un encuentro cargado de silencios y miradas, el guía otomano del islam recibió de manos del patriarca Gregorio una carta de excomunión dirigida por el sínodo contra todos los insurrectos. Con ese documento, Khalil se atrevió a denegar al sultán el llamamiento a la guerra santa. Lo hizo porque el Corán no permite que el castigo de los culpables recaiga sobre sus parientes inocentes y porque todo musulmán debe saber que, a los ojos de Alá, vale más una hora de justicia que sesenta años de reverencia y oración.

Ayer por la mañana, recriminado con dureza y destituido de su dignidad, Khalil embarcó para Lemnos. Ahora, de camino al exilio, piensa si su entereza conseguirá salvar alguna vida, si el nuevo guía espiritual podrá negarse a bendecir una matanza, si alguien impedirá que los cuchillos y las sogas salgan a hacer justicia por las calles y las casas. A bordo de esta nave, ignora aún que, al alejarse de la costa, los soldados que le custodian le darán muerte por la espalda y arrojarán su cuerpo al mar cumpliendo con la orden secreta del sultán.

FILIMON I, *Δοκίμιον Ιστορικόν περί της Ελληνικής Επαναστάσεως*, Σούτσα - Κτενά Μωραϊτίνη, Atenas, 1859-1861, edición de Εταιρεία Ελληνικών Εκδόσεων, Atenas, 1967.

MAVROKORDATOS, G., *Περιοδικό «Αιών»* 1260, Atenas, 1852.

KOUMAS, K., *Ιστορίαι των ανθρωπίνων πράξεων από των αρχαιοτάτων χρόνων έως των ημερών μας*, vol. 12, Viena, 1830-1832.

TRIKOUPIS, Sp., *Ιστορία της Ελληνικής Επαναστάσεως*, vol. 1, Atenas, 1880.

DESPOTOPOULOS, A., «Η επανάσταση στη Μολδοβλαχία», en *Ιστορία Ελληνικού Έθνους*, vol. 12, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

—, «Η στάση του σουλτάνου ύστερα από την έναρξη της επανάστασεως στην Ελλάδα», en *Ιστορία Ελληνικού Έθνους*, vol. 12, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

ΙΚΟΝΟΜΟΥ, Μ., *Ιστορικά περί της Ελληνικής Παλιγγενεσίας ή ο Ιερός των Ελλήνων Αγών*, Atenas, Τσουκαλά, 1957.

QUÍOS MONTE EPOS 1822

Gracias a Dios, Isídoros y Yorgos han conseguido regresar a la cueva. Traen agua y algunas hierbas que han recogido a tientas en mitad de la noche. Ellos dos, sus mujeres y un niño de pecho lograron salvarse hace tres meses del desastre porque cuando todo empezó no estaban en el pueblo. A sus otros hijos, que sí estaban allí, no los han vuelto a ver. Hace días que ninguno de los cuatro se atreve a mencionar su pérdida porque los cuatro están ya casi locos y resistir en esta cueva es duro y el horror sigue mordiendo sus gargantas.

El día de Jueves Santo llegó a Quíos la flota de Kará Alí con siete mil soldados y se unió a la guarnición de Bahit Pachá para sofocar la revuelta de los súbditos cristianos de la isla. Los dos caudillos griegos y los muchos samiotas que habían iniciado aquella inoportuna y temeraria rebelión tuvieron tiempo y medios para huir, dejando a los quiotas desarmados frente al enemigo. Las órdenes del sultán a sus ejecutores eran claras, y así se cumplieron: dése muerte a toda criatura menor de tres años sin distinción de sexo, a todos los varones mayores de doce y a todas las mujeres mayores de cuarenta; captúrense y véndanse como esclavas todas las hembras entre los tres y los cuarenta años y todos los varones entre los tres y los doce; perdónese la vida únicamente a los adolescentes que abracen el islam. Enseguida comenzó la matanza. Primero ardieron las casas de la capital, y la biblioteca de la escuela quedó reducida a cenizas. Las iglesias se llenaron de mártires y bajo la puerta de la leprosería corría por los escalones un auténtico río de sangre. A mediodía del Sábado Santo no había una sola calle que no estuviera llena de cadáveres.

El domingo mataron a tres mil suplicantes en el monasterio de Agios Minás y al día siguiente hicieron lo mismo en el pueblo de Agios Georgios. A mediados de semana, el almirante Kará Alí mandó a los cónsules extranjeros a recorrer los pueblos con la falsa noticia de una amnistía general y todos aquellos que volvieron engañados a sus casas fueron masacrados sin la más

mínima piedad. Los soldados, después de mancillar a las mujeres, arrojaban al aire a los niños de pecho y los ensartaban al bajar en sus espadas. Bahit Pachá ofreció un estipendio por las orejas y cabezas cortadas y juntó en esos días más de mil cabezas y dos toneles llenos de orejas en sal que envió al sultán en prueba del aleccionador castigo que estaban recibiendo los infieles sublevados de Quíos.

Algunas de estas cosas las sabían los hermanos Isídoros y Yorgos cuando huyeron con sus esposas ladera arriba al ver desde el monte que los soldados habían entrado en Anávatos. Esto fue a mediados de abril; desde entonces, ocultos en esta cueva de Spilakiá, ignoran lo que pasa en la isla. No saben que en el cabo Melaniós han muerto miles a la espera de los barcos de Psará, que sólo recogían a quien mejor pagaba. No saben que los gatos y los perros han cogido la rabia por alimentarse de los muertos y se lanzan a morder como fieras. No saben siquiera que hace más de un mes que murió Kará Alí en un valiente ataque de dos navíos griegos a la flota turca; e ignoran, sobre todo, que de las costas de Anatolia han pasado a la isla más de treinta mil turcos y hebreos en busca de botín y a la caza de esclavos para venderlos en los mercados del otro lado del estrecho.

Isídoros, Yorgos y sus dos esposas sólo saben que hay turcos en el bosque, que a veces se oyen perros, que debe de haber llegado el verano. A oscuras, en la cueva, el horror levanta el vuelo y se estrella en las rocas cada vez que el pequeño, de repente, llora.

BAHIT PACHÁ, *Απομνημονεύματα πολιτικά*, Siros, 1861.

MOMOUKAS, Z., *Παράγραφος γραφής ενός Γραικού Α. προς τον φίλο του Ν. περί της καταστροφής της Χίου*, Σύρος, 1834.

ZOLOTAS, G., *Ιστορία της Χίου*, Atenas, Σακελλαρίου, 1921.

STYLIANOS, B., *Η σφαγή της Χίου εις το στόμα του Χιακού Λαού*, Quíos, 1989.

SIMOPOULOS, K., *Πώς είδαν οι ξένοι την Ελλάδα του '21*, Atenas, Στάχυ, 1979-1984.

VARDIAMBASIS, N., *et al.*, «Η σφαγή της Χίου», en *Ιστορικά*, 131, Atenas, 2002.

IORDANOGLU, A., *Ανεξερεύνητη Χίος*, Atenas, Road Editions, 2003.

MARKOPOULO

ÁTICA

1825

El viento del norte recorre los campos desolados, densas nubes cubren las cumbres del Pentele y el Himeto y, desde hace dos días, no para de llover. En el interior de una humildísima vivienda, sentado junto al fuego, el misionero protestante Samuel Wilson se calienta con su capa de lana y la sopa de harina, agua y aceite que ha preparado su anfitriona, la mujer del párroco local. A su alrededor, sentados sobre zaleas en el piso de tierra, comparten la lumbre y la cena el propio párroco Papa-Giannakis, sus tres hijos, la abuela paterna y dos jornaleros que han venido a hacer trabajos en la zona.

Los rescoldos de matorral arden en un hogar excavado en el suelo, justo debajo del pequeño orificio abierto en el techo de caña por donde el humo espeso busca una salida hacia el cielo. La casa es una única estancia cuadrada de no más de seis pasos de lado; al fondo de la misma, donde la luz del fuego llega ya muy débil, se cobijan del frío tres vacas, un caballo y unas cuantas gallinas que cacarean sin llegar a romper el silencio.

El sacerdote inglés ha venido a esta tierra en misión pastoral, encargado de dar a conocer a los cristianos griegos las razones del protestantismo. Desde hace unos días, con creciente ansiedad, espera en casa de su colega ortodoxo la llegada de las mulas que traen su equipaje desde Porto Rafti.

De repente, Wilson aparta la mirada del fuego y, en tono confidente, como volviendo a la superficie desde un profundo pensamiento, le dice en griego a su anfitrión que debería abrir una escuela en el pueblo. Pero Papa-Giannakis, separando la barba de su cuenco de sopa, le explica al extranjero que los turcos tienen prohibidas las escuelas; que apenas hay comida porque también está prohibido cultivar la tierra; y que, desde que dio comienzo la revolución, las familias de la zona huyen a las islas al final del invierno para escapar de las batidas y el pillaje de los soldados otomanos.

«Por desgracia, señor, corren muy malos tiempos...».

WILSON, S. S., *A Narrative of the Greek Mission*, Londres, John Snow, 1839.

MESOLONGUI

1826

Nadie ha insinuado nunca que la moral haya desfallecido o que el último aliento de vida no haya de entregarse luchando por la libertad. Pero el asedio dura ya casi un año. Hace más de un mes, cuando se acabaron los últimos puñados de harina, los sitiados comenzaron a comerse las algas del pantano. Después se comieron los asnos y los caballos. Ahora, se han acabado ya los perros y los gatos, y unos muchachos que andaban a la caza de ratones han visto a los soldados de Krávára cortar trozos de carne de los muslos de un muerto.

Al amanecer, reunidos en la casa de Kitsos Tzavelas, los ancianos del consejo y los mandos militares acuerdan que ha llegado el momento de salir: hay que romper el cerco y morir combatiendo, porque no queda mucho tiempo para que el hambre acabe con la vida de todos. La decisión de cruzar el foso parece irrevocable y los congregados en esta reunión secreta buscan un plan de acción. Hace un momento, se ha decidido que esta misma mañana sean ejecutados todos los prisioneros turcos, incluidos los que se han declarado cristianos. Ahora, alguien ha preguntado qué hacer con las mujeres y los niños, y ha comenzado a oírse el sonido de los leños que crepitan en la chimenea de la sala.

Desde el fondo del silencio, uno de los ancianos dice que no desea que los suyos sean deshonrados por los infieles y vendidos después en mercados de esclavos. Otro de los presentes declara que prefiere matar a su esposa y a sus hijos que dejarlos caer en manos de los turcos. Comienzan a bullir corrillos que parecen asentir. Armándose de valor, uno de los mandos enuncia la que parece ser la voluntad de todos y las voces vuelven a acallarse: que se dé muerte a las mujeres y los niños y que los hombres carguen sin ataduras contra el enemigo.

Las miradas se estrellan en los rostros y en los muros. El artillero Gunaras de Mesárísta se ofrece voluntario para llevar a cabo la matanza si alguien se compromete a dar muerte a su hermana. Vuelve a hacerse el silencio. De repente, el obispo Iosif, que en los últimos meses no ha dejado de infundir aliento a todo su rebaño en la ciudad sitiada, levanta el crucifijo y grita con

jirones de voz desgarrados de su seca garganta que las vidas de las mujeres y los niños pertenecen a Dios y, que si acuerdan esa atrocidad, le maten a él primero, que él habrá de dejarles la maldición de Dios y de la Virgen y de todos los santos para que corra sobre sus cabezas la sangre de los inocentes. Luego rompe a llorar.

Cerca de mediodía, reunidos en el pórtico de Santa Parasceve, las autoridades leen ante el pueblo el Acta de Decisión de la salida. Los hombres de la guardia se repartirán en dos cuerpos: los capitaneados por Dimitris Makrís cruzarán el foso por el bastión de la Luneta; los de Notis Bótsaris, por el bastión de Rigas. Un tercer cuerpo mandado por Tsavelas e integrado por los doscientos mejores combatientes del lugar intentará salir con las mujeres y los niños por la cañonera de Montalabert. Quienes consigan romper el cerco se reunirán en el monasterio de San Simeón. «Que Dios nos guarde».

Desde primera hora de la tarde, las mujeres corren de unas casas a otras perseguidas por las voces y los llantos. Algunas buscan opio para adormecer a los niños, otras reúnen armas y las más decididas se visten para la batalla con las *fustanelas* de los parientes muertos. Quienes no confían en sus fuerzas ni en su suerte intentan encontrar otras salidas: el viejo Petroquilo se despide de su esposa y le da muerte con su daga; el joven Profilis, a escondidas, ha hecho lo mismo con su prometida. Algunas madres abatidas abrazan a sus niños de pecho y saltan con ellos a los pozos.

Dentro de unas horas comienza el Sábado de Lázaros. «Lázaro, sal fuera». Después de un año de asedio por parte de Ibrahim, de Resit y de los mandos franceses de la artillería otomana, Mesolongui es ya sólo un sepulcro del que la voz del Salvador sacará a quienes aún se aferran a la vida. Llega la noche y la perforan los candiles de las cuadrillas de soldados que avanzan por las calles trasladando a centenares de enfermos y heridos. Se ha decidido que los impedidos se queden aquí, atrincherados en los polvorines, y que los hagan saltar por los aires cuando llegue el último momento. «Dejadnos las ventanas abiertas e id en paz. Dios nos reciba en el otro mundo».

KASOMULIS, N., *Ενθυμήματα Στρατιωτικά της Επανάστασεως των Ελλήνων (1821-1833)*, vol. 2, Atenas, Βλαχογιάννη, 1939-1942.

MEYER, W., *Έκθεση προς τον G. Cunning*, Atenas, Κέντρο Ερευνών Νεοτέρου Ελληνισμού της Ακαδημίας Αθηνών, 1976.

ATHANASIADI, G., *Δοξαστικό της Εξόδου του Μεσολογγίου*, Atenas, Πρακτικά Ακαδημίας Αθηνών, 1976.

EVANGELATOS, Ch., *Τα μεγάλα γεγονότα της ιεράς πόλεως Μεσολογγίου*, Atenas, 1954.

KOLOMVAS, N., *Μεσολόγγι. Η τραγική μοίρα των αμάχων στην τελευταία πολιορκία*, Atenas, Ένωση Αιτωλοακαρνανών Περιστερίου «Η Έξοδος», 2006.

ΒΑΚΑΛΟΡΟΥΛΟΣ, Α., «Η Επανάσταση κατά το 1826», εν *Ιστορία Ελληνικού Έθνους*, vol. 12, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

PARÍS

1826

El mes de abril termina pero la primavera no acaba de llegar. Trozos de una vieja silla arden en la salamandra del estudio de Eugène Delacroix, proyectando una luz trémula sobre los lienzos apilados contra la pared, los montones de periódicos viejos y un bodegón de granadas que ha comenzado ya a pudrirse. Arrodillada a medias sobre una pila de cojines, Laure posa mirando a la ventana con los brazos abiertos y el pecho descubierto. Lleva puesto el hermoso traje griego con túnica, casaca y fajín que monsieur Auguste, el amigo de Eugène, trajo de su viaje por Oriente. Hace frío, y a Laure, en su pose de estatua, le tiembla a veces la barbilla.

Al otro lado del caballete, como muy lejos, el joven Delacroix se agita en un silencio de ojos ardientes. El cuadro ha de estar listo para Pentecostés si quiere tomar parte en la sonada exposición que prepara la galería Lebrun. Desde que hace dos semanas llegaron a París las primeras noticias de la masacre de Mesolongui, todos los liberales de la ciudad se están movilizando para organizar actos benéficos y colectas a favor de los griegos. Quienes aún conservan su sinceridad y su conciencia ven en la causa de los griegos su propia causa, la causa de los hombres frente a la barbarie. Las ganancias de la exposición de Lebrun serán para pagar a los turcos el rescate de mujeres y niños tomados como esclavos entre los pocos supervivientes de Mesolongui, por lo que Delacroix quiere que su pintura aluda a la catástrofe.

Mezclando ahora los ocre para esa piel iluminada por la luna, comprende la distancia que le separa de sí mismo dos años atrás, cuando pintaba en este mismo caballete *La matanza de Quíos*. Su silencio sabe que entonces hubo un cierto oportunismo, la búsqueda de un tema con más garantías de triunfar en el salón que el rey Baltasar profanando los cálices de Jerusalén o el faraón de Egipto ordenando que sean arrojados al Nilo los hijos de todos los hebreos. Y acertó; por fin su obra obtuvo cierto reconocimiento. Ciertamente, las noticias de la matanza de Quíos habían sido entonces conmovedoras, pero Eugène no las vio como tema para un cuadro hasta que, pasado un año, oyó contar historias de Grecia al veterano coronel Voutier.

Ahora es distinto. Ahora Byron ha muerto. Ahora las voces de la calle le han hecho despertar al horror. Los primeros bocetos con estatuas y referencias clásicas han ardido en la estufa. También han ido desapareciendo del cuadro los cuerpos de mujeres y niños que se agitaban en el suelo. Ha quedado sólo esa figura blanca, como una bandera de lo humano.

Ahora, su cuadro ya no será el cuadro de una guerra: será el de todas. Para inmortalizar estos sucesos trágicos que aún no son historia, no pintará los ejércitos ni los combates del heroico sitio; pintará tan sólo una figura humana que, en mitad de la noche, confusa e inocente, abre los brazos para entregarse al absurdo. La pintará con el cuerpo erguido y el pecho descubierto, pisando sobre piedras ensangrentadas, captada en su rendida sumisión, en la inmensidad de su abandono, representada en el momento último en que sus ojos miran al interior con la inocencia y la nobleza de los animales.

Desde que han decidido la postura final, Laure posa con la rodilla izquierda sobre un montón de cojines y la mirada perdida en el cristal de la ventana. Mientras, Eugène, sumido en su silencio, pinta una túnica brillante sobre el fondo oscuro de la noche, un destello fugaz, una blanca llamarada.

DELACROIX, E., *Lettres de Eugène Delacroix (1815 à 1863), recueillies et publiées par Philippe Burty, avec fac-simile de lettres*, edición de Burty, Ph., París, Quantin, 1878.
—, *Journal (1822-1863)*, edición de Wellington, H., y Norton, L., Londres, Phaidon, 1995.

TOURNEUX, M., *Eugène Delacroix devant ses contemporaines*, París, Rouam, 1886.

SÉRULLAZ, A., «Delacroix et la Grèce», en *Η Ελληνική Επανάσταση*, Atenas, Εθνική Πινακοθήκη, 1997.

BAJOU, V., «Οι εκθέσεις της γκαλερί Lebrun το 1826», en *Η Ελληνική Επανάσταση*, Atenas, Εθνική Πινακοθήκη, 1997.

DIMAKIS, I., «Ο πίνακας του Delacroix “Η Σφαγή της Χίου” και η κριτική της εποχής», en *Φιλελληνικά*, Atenas, Καρδαμίτσα, 1992.

DAMALÁS-TREZÉN

1827

El viejo Sisinis da un último paseo por el huerto de los limones. En las últimas semanas, el verde y el amarillo de estos árboles se le han grabado en la retina como si fueran los colores de una bandera.

Por fin han terminado las sesiones de la Asamblea Nacional: Grecia tiene ahora una constitución, un gobernador y una capital. Dios quiera que le duren. No ha sido nada fácil reunir a los plenipotenciarios de uno y otro lado para culminar este esfuerzo iniciado tiempo atrás en Nueva Epidauro y darle a la nación las leyes que merece. Primero se intentó que los asambleístas acudieran a Poros, después a Egina; pero en ninguna de las ocasiones se pusieron de acuerdo. A finales del otoño, los anglófilos de las islas, presididos por Zaímis, se atrincheraron en Egina con el beneplácito de Karaiskakis e instauraron su propia comisión constituyente. A la vez, los afrancesados de Kolettis y los filorrusos de Kolokotronis decidieron reunirse en Hermíone y convocar allí a los nuevos representantes de las zonas sublevadas. Todo el invierno duraron las disputas entre las distintas facciones políticas; las propuestas mutuas de celebrar una asamblea en uno u otro lado fueron rechazadas sistemáticamente hasta acabar por fin reunidos aquí, en territorio neutro, en este limonar junto a las ruinas de la antigua Trezén.

La verdad es que el valle es hermoso: los limones, los olivos, los cipreses que se asoman al mar, las costas recortadas de Poros y de Métana. Trezén: la patria de Teseo, el unificador de los *demos* de Atenas. Tal vez, en el fondo, una elección acertada para el propósito conciliador de esta asamblea.

Recorriendo el lugar, vacío ahora de voces y gestos exaltados, Sisinis reconoce que la asamblea que le ha tocado presidir por ser el de mayor edad entre los presentes ha sido finalmente un éxito. Ha habido, claro está, posturas encontradas e intentos reiterados de afianzar las ambiciones políticas de unos y otros; pero ante lo esencial, se ha logrado entre todos hacer retroceder a la discordia, esa divinidad perversa que le ofrece a uno el cetro y que después, volviéndose hacia su rival, le dice sonriendo: tómalo tú también.

Tras los muchos intentos de los últimos años, Grecia tiene por fin una constitución democrática. La nueva nación regresa de este modo a una

antigua tradición iniciada por los atenienses y desaparecida del mundo en los lejanos tiempos de Augusto; a una forma de gobierno que los espíritus más libres de Europa y América reconstruyen ahora a partir del testimonio de los antiguos griegos.

Hace unos días, en este vergel, ha quedado escrito que la soberanía reside en el pueblo, que todo poder emana de él y existe sólo para su provecho. Que todos los griegos tienen derecho a expresar libremente su pensamiento y su opinión. Que la vida, el honor y los bienes de todas las personas gozan de la protección de la ley. Que queda prohibida la tortura y la confiscación de pertenencias. Y lo más importante, después de largos siglos de tiranía y de barbarie: que, en territorio griego, ni se venden ni se compran hombres, y todo esclavo, hombre o mujer, de cualquier religión, queda libre al pisar suelo griego y no puede ser ya reclamado por su amo.

Constitución Política de Grecia (Πολιτικόν Σύνταγμα της Ελλάδος), Trezén, 1827.

Disposición Jurídica de Salona (Νομική Διάταξις της Ανατολικής Χέρσου Ελλάδος), Salona, Amfissa, 1821.

Régimen Provisional de Grecia (Προσωρινόν Πολίτευμα της Ελλάδος), Epidauro, 1822.

Ley de Epidauro (Νόμος της Επιδαύρου), Astros, 1823.

KORAIS, A., *Σημειώσεις εις το Προσωρινόν Πολίτευμα της Ελλάδος του 1822 έτους*, Atenas, 1933.

Ιστορία Ελληνικού Έθνους, vol. 12, Atenas, Εκδοτική Αθηνών, 1975.

EXOYÍ, ÍTACA

1850

Llueve sin parar desde primeras horas de la madrugada y un levante racheado azota el agua contra las puertas de las casas. En una de las viviendas de Exoyí, bajo una escueta cubierta de tejas que retumba con la lluvia como un tambor de lata, cuarenta personas celebran una boda con la ropa de fiesta mojada. Apenas hay luz, porque las velas son pocas y la claraboya del tejado está cerrada.

Dinos, el novio—un muchacho del pueblo vecino de Stavrós—, mira de vez en cuando hacia su prometida que, según es costumbre, lleva el rostro cubierto con un tupido velo de seda. Se enamoró de ella hace apenas dos semanas, cuando la vio cargar haces de trigo en la era de Lanika. No le habló entonces, porque no está bien visto que un hombre honesto dirija la palabra a una joven soltera; pero se fijó bien en sus ojos y en sus caderas y, de regreso a casa, le pidió a su padre que subiera a Exoyí y tratara de arreglar el casamiento.

Lo cierto es que hubo suerte y el trato se cerró aportando la novia como dote un olivar en Himnia y otro en Bouzo. Ambos progenitores brindaron con aguardiente y decidieron que no había razones para que la boda se demorara.

Ahora, dentro de unos minutos, Dinos estará casado. Cuando la ceremonia termine, saldrá otra vez a la lluvia y la niebla, y se llevará a la novia monte abajo acompañado de un inquieto cortejo de violines. En un recodo del camino le quitará el velo y, si aún recuerda bien aquellos ojos que le miraron con recato en la era, comprenderá que no son esos que ahora ve, y al poco rato, en un aparte, su suegro le explicará que, como es natural, las hermanas mayores tienen preferencia a la hora de acceder al matrimonio.

Ω Παναγιά μου Δέσποινα με το μονογενή σου
στο ανδρόγυνο που έγινε να δώσεις την ευχή σου

[Virgen y Señora, madre del Salvador, | a los recién casados dales tu bendición].

MEGALOGENNI-LEKATSA, O., *Ιστορικά και λαογραφικά διηγήματα της Ιθάκης*, Atenas, 1999.
ANAGNOSTATOS, A., *Ιστορικά και λαογραφικά ανέκδοτα της Ιθάκης*, Ítaca, Δενδρινός, 1993.

STAVRÍ MANI 1865

Al atardecer, un grupo de doce hombres sube hacia el pueblo por un camino polvoriento. Avanzan en silencio, y bajo sus botas se oyen restallar los terrones rojos y resecos. Abajo, en Katopangui, se han quedado los otros treinta y tres que han tomado parte en el sorteo, en la *skarfía*. Los que ahora suben acompañan a casa al hijo de Ligorakis, al elegido, al que mañana mismo partirá para Egipto a asesinar a un hombre para restablecer el honor de su clan.

El hijo de Ligorakis sabe muy bien cómo son las cosas en esta tierra: en Mani no hay asuntos personales, toda vicisitud es cuestión de familia y toda afrenta a la familia mancilla la honra de tal modo que sólo puede ser restablecida con la muerte. Aquí la venganza no es un derecho, es un deber. Cuando llega la hora, se buscan testigos neutrales y se hace la declaración: «Somos enemigos y os lo hacemos saber». Y a partir de entonces los clanes enfrentados toman sus medidas, porque la venganza puede sobrevenir en cualquier momento, en cualquier lugar, por cualquier medio. Todos los hombres saben que están obligados a participar en ella; sólo alguien muy cobarde y digno de desprecio podría negarse. Pedir perdón es un acto humillante, un último recurso en el que sólo piensan quienes ven extinguirse su casa. Así se vive aquí, y a quien no le guste que se vaya.

El hijo de Ligorakis sube las escaleras de su casa y extiende un jergón sobre el suelo. En esta árida tierra, donde no hay arroyos ni manantiales, cada clan buscó en su día un lugar elevado, construyó una torre para su defensa y, alrededor de ella, algunas viviendas escuetas, cisternas para el agua de lluvia, un lagar de aceite. Estos últimos años, la lucha entre familias no ha dejado ni un solo olivo en pie. A veces, la enemistad de las familias viene de tan antiguo que los miembros de unas y otras han olvidado ya la causa que les enfrenta y se incorporan desde su nacimiento a una larga cadena de crímenes.

Mañana, Giorgos Ligorakis saldrá para Egipto encargado de matar a su rival Nikolós, pues han llegado noticias de que fue visto allí entre los peones

que construyen la línea del ferrocarril. El clan le ha provisto de una barca, un arma y dinero. Primero navegará hacia las islas. Pronto, un *miroloi* dará noticia de su suerte.

... κι ειδιαηκε τή Μανουχιά
εντύθηκε στά τούρκικα
εβάφτηκε στ' αράπικα
κι εηδάη τό σιδερόδρομο
πό δούλευε ό Νικολός
κι ανεβ' απά σ' έναν κουρμά
τούριξε μιά μπιστολιά
τούφαε πλάτες καί νεφρά...

[...que llegó hasta Manuquiá, | y de turco se vistió, | y de moro se pintó, | y se fue al ferrocarril | allá
donde Nikolós, | y que a un poste se subió | y de un solo trabucazo | los lomos le desgarró...].

KALONAROS, Π., *Μάνη*, Atenas, Πατσιλιανάκος, 1981.

HIDRA

1918

Bien pensado, esta tranquila isla apartada del mundo no es un mal sitio para pasar los días ahora que el mundo está envuelto en la mayor y más sangrienta guerra de su historia. No sólo Europa y el Imperio otomano, sino Estados Unidos, Japón, Nueva Zelanda e incluso las tierras de África y de Asia se han arrojado a esta masacre sin igual.

Desde el alto donde acaban las casas del pueblo, Calíroe Parren contempla el mar azul y las costas cercanas de Dokos y del Peloponeso. Los paseos por el paisaje agreste de esta isla ofrecen sosiego y un horizonte limpio para el alma. Hace unos meses, mientras Venizelos recorría Francia e Inglaterra tratando de recabar de la Entente créditos para armamento y promesas territoriales en caso de victoria aliada, Calíroe escribió en su periódico que sólo las mujeres, haciendo oír su voz en los parlamentos de los poderosos con las manos limpias de sangre, podrán garantizar la supervivencia de la humanidad el día que termine la Gran Guerra. Ahora, su periódico ha dejado de editarse.

Mezclados con la brisa del mar y el aroma del espliego que crece al borde del camino, le llegan a Calíroe los recuerdos de aquel ocho de marzo en Atenas, hace ahora treinta años. Desde la ventana de su oficina en la calle de las Musas, veía cómo abajo, en la plaza de la Constitución, la gente se abalanzaba sobre el primer número de su periódico, el *Diario de las señoras*, aquel valiente empeño que nacía para despertar a la mujer, para avivar la fuerza adormecida en su alma, para devolverle la valentía y la autoestima reprimidas durante siglos de servidumbre y de barbarie. Hubo que reimprimir al cabo de una hora y se vendieron en un día diez mil ejemplares.

Con una sonrisa y un enigmático suspiro, recuerda ahora también su disputa en la prensa con Roídis. El literato sostenía que las mujeres que se empeñan en escribir deben moverse dentro de los límites que impone su condición femenina, pues de lo contrario, al entrar en el terreno de los hombres, hacen aún más patentes los defectos de su género y resultan estrepitosamente ridículas. Citando a Proudhon, Roídis se atrevía incluso a defender que las dos únicas profesiones propias de la mujer son la de sus

labores y la de ramera. Hubo que decirle que desconocía por completo a las mujeres; y explicarle también que las incorrecciones gramaticales que las griegas cometen cuando escriben son la patética consecuencia de que tengan prohibido el acceso a las instituciones de enseñanza superior.

Calíroë está cansada de defender lo obvio y aún se pregunta con asombro cómo es posible que una mentalidad cimentada sobre la estupidez, el egoísmo y la injusticia haya logrado perpetuarse durante tantos siglos. Al año siguiente de aquella enconada disputa y tras varios recursos ante el gobierno de Deligiannis, las mujeres fueron admitidas en la universidad. Calíroë lo recuerda como un logro. En realidad, aunque ella sólo vea lo mucho que aún queda por hacer, su lucha por la dignidad de la mujer es un continuo esfuerzo jalonado de logros: la fundación de la Escuela Dominical de Mujeres y Niñas del Pueblo sin Recursos, la fundación de la Unión para la Emancipación de la Mujer, la del Asilo de Incurables, la del Liceo de las Mujeres Griegas y tantas otras iniciativas suyas para poner remedio a la injusticia; su participación en todos los congresos internacionales de mujeres celebrados en París y Chicago; y también el valiente memorándum que dirigió a Trikoupis solicitando el voto para la mujer y, cómo no, sus veinticinco años de lucha infatigable por ese derecho.

Ahora, Calíroë Parren se pasea por Hydra bajo el sol de invierno para llenar sus días de exilio. El gobierno de Venizelos la ha confinado aquí para acallar una voz de mujer que se pronuncia por la neutralidad en esta guerra infame. Han cerrado su periódico y la han mandado a este lugar para apartarla de una vez de la opinión política. Sin embargo, sentada en una piedra frente al mar, Calíroë Parren sigue aspirando a una política que no combata más que a un enemigo: el egoísmo. Sigue pensando y seguirá diciendo que las mujeres sostienen con su esfuerzo a la familia, enriquecen el país con su trabajo, dan hijos a la patria, apoyan a las tropas en la guerra y soportan las cargas de todo ciudadano sin disfrutar a cambio de los mismos derechos. Sigue gritando que la sociedad está hecha de hombres y de mujeres, mientras que la política sólo de hombres. Sigue confiando en que ellas pueden sanear el viciado patriarcado político y poner sus virtudes y experiencias al servicio del bien común. Y sigue creyendo que la grandeza de un país reside en la grandeza de sus hijas.

Calíroë Parren está exilada en Hydra, tiene cincuenta y siete años y se pregunta cuántos han de pasar aún para que llegue el día del sentido común.

Diario de las señoras (Εφημερίς των Κυριών, 887-1917).

- VARIKA, E., *Η εξέγερση των Κυριών. Η γένεση της φεμινιστικής συνείδησης στην Ελλάδα, 1833-1907*, Atenas, Κατάρτι, 1996.
- FOURNARAKI, E., y PSARRA, A., *Parren, Callirhoe*, en De Haan, F., Daskalova, K., y Loutfi, A. (eds.), *A Biographical Dictionary of Women's Movements and Feminisms: Central, Eastern and South Eastern Europe, 19th and 20th Centuries*, Budapest-NuevaYork, Central European University Press, 2006.
- PSARRA, A., *A Gift from the New World: Greek Feminists between East and West (1880-1930)*, en Frangoudaki, A., y Keyder, C., *Ways to Modernity in Greece and Turkey: Encounters with Europe, 1850-1950*, Londres, I. B. Tauris, 2007.
- , y MICHAILIDOU, M., «Few Women Have a History: Callirhoe Parren and the Beginnings of Women's History in Greece», en *Gender & History*, vol. 18, n.º 2, Minneapolis-Nottingham, Blackwell, 2006.
- ANGELOPOULOU, A., y BENEKI, E., «Η Εφημερίς των Κυριών», en *Το Βήμα*, cód. B123576 S182, Atenas, 16 de junio de 2002.
- CHRONAKI, Z., «Χρονολόγιο των διεκδικήσεων που οδήγησαν στην κατοχύρωση της πολιτικής ισότητας», en *Καθημερινή [Επτά Ημέρες]*, Atenas, 16 de diciembre de 2002.
- LEONTARITIS, Γ., *Η Ελλάδα στον πρώτο παγκόσμιο πόλεμο*, Atenas, ΜΙΕΤ, 2000.

GUIOZA (MATI) MONTE OLIGIRTO, ARCADIA 1925

Ya ha anochecido por completo y el arqueólogo Filadelfeo, el comisario Koutsoumaris y los cuatro hombres que han venido con ellos siguen descombrando sin descanso el pajar de la cabaña de Finopoulos, un vecino de esta remota aldea de Guioza.

El día de hoy está siendo largo. Hace ya quince horas, antes de amanecer, salieron de Trípoli en dos coches que en apenas tres horas les dejaron en la plaza de Levidi. Allí tomaron unas cabalgaduras y bajaron al valle. Después cruzaron hacia el norte toda la llanura, se desviaron al llegar al pantano y dejaron a la derecha el camino que lleva a Kandila. En Diakopi hicieron una pausa, y luego continuaron monte arriba hasta la ermita del Profeta Elías, donde tomaron el sendero pedregoso que les trajo hasta Guioza siguiendo la garganta del río. Todo el camino, Filadelfeo ha venido pensando si no se tratará otra vez de una falsa alarma, pero el comisario dice que hay algo que le hace confiar en ese aldeano que le ha venido con el soplo y que ahora vigila la puerta del establo sentado en una roca con sus *fustanelas*.

Hace nueve años, por Navidad, desapareció del pequeño museo de Ahuria la antigua cabeza de mármol que los franceses habían encontrado en las excavaciones del templo de Atenea Alea. La noticia fue sonada, aunque no se habló de ello tanto como del robo de *La Gioconda*, acaecido meses antes en el Louvre. Desde entonces, Filadelfeo y el comisario Koutsoumaris vienen siguiéndole la pista a la pieza perdida y esta ventura les ha hecho casi amigos.

Uno de los bieldos ha pinchado en duro sobre lo que parece ser una losa cubierta por el heno. Koutsoumaris acerca su farol y ordena a sus agentes que retiren con cuidado la piedra. El aldeano se ha puesto de pie, pero permanece cerca de la puerta mirando a la vez hacia el interior del establo y hacia la oscuridad del bosque. De rodillas en el piso de tierra, Filadelfeo se inclina sobre el pozo y alarga su mano hacia lo que parece la cabeza que andaban buscando. El comisario acerca nuevamente el farol. El arqueólogo despega la pieza del barro. Aquí está, por fin en sus manos, con el rostro picado y sucio

pero con esa mirada de diosa perdida en su interior a la que no parecen afectar el tiempo y las miserias de los hombres.

Todos guardan silencio porque saben que no conviene levantar sospechas. Filadelfeo se acerca a su caballo y deposita en las alforjas la antigua cabeza esculpida por Escopas. El aldeano se acerca susurrando que hay que tener cuidado, que la pieza de mármol la guardaba allí uno de los del pueblo para la dote de su hija, que el matrimonio ya estaba pactado y que abajo en el pueblo se ve mucho revuelo y es probable que anden tendiendo una emboscada.

«Η ωραιότερα κεφαλή της γης» (μαρτυρία του κ. Φιλαδελφέως), en *Αρκαδικόν Ημερολόγιον* 1937 σ. 56, Τρίπολι, Αρκαδικός Τύπος, 1937.

DALKOU, G. «Το πολύπρακτο δράμα της λαφυραγώγησης των αρχαιοτήτων της Τεγέας», Ομιλία στην ημερίδα *Αρκαδία: Ιστορία και μέλλον ενός ευρωπαϊκού ονείρου*, Τεγέα, 24 de junio de 2007.

Museo Arqueológico Nacional de Atenas, pieza 3602 (Cabeza de Higia).

Mapas «Kandila» y «Trípolis» de la serie 1:50.000 del Servicio Geográfico del Ejército Griego, Atenas, 1989.

ATENAS

1943

Extrañamente, después de tanta agitación, es como si el tiempo se hubiera quedado vacío. Es día 2 de agosto, son las seis de la tarde y el cónsul español Romero Radigales permanece sentado en su despacho de la calle Skoufa, a solas, a la espera. Dios sabe que él ha hecho cuanto estaba en su mano.

Hoy apenas ha habido llamadas, pero hasta ayer domingo el teléfono no dejó de sonar. Súplicas, estremecimientos de pánico, voces gruesas de hombre que se desmoronan convertidas en lágrimas. Los hebreos de origen español que viven en Salónica no pueden creer que España les haya abandonado. Y, sin embargo, si un milagro no lo impide, dentro de dos horas ciento cuarenta y cuatro familias partirán de Salónica en un tren con destino al campo de concentración de Bergen Belsen.

Romero Radigales tiene sobre su mesa todos los expedientes del caso: cartas, despachos, notas verbales, la lista de los pasaportes españoles que él mismo ha expedido para quienes ahora son finalmente deportados. Las caras de las fotografías encoladas sobre las partidas de registro parecen mirarle ahora a los ojos. Moisés Benadon y su esposa Julia, Daniel y Estherina Beneviste, sus hijas Mair y Ana, la familia Revah, la viuda de Saltiel. Todos le miran en silencio.

En la correspondencia acumulada está la copia del telegrama por el que, hace ya más de un mes, Radigales informó a sus superiores del ofrecimiento del gobierno sueco para que los sefardíes fueran repatriados en barcos de la Cruz Roja Internacional. Y están también los otros telegramas en los que Gómez Jordana, el ministro español de Asuntos Exteriores, le ordena mantenerse en actitud pasiva y cesar en su exceso de celo en este asunto de los sefardíes que podría crear serias dificultades a España.

También sobre la mesa, junto al calendario, está el aviso urgentísimo de su compañero Ginés Vidal, embajador de España en Berlín, diciendo que los alemanes han ampliado el plazo de salida hasta el 30 de junio y que tienen ya instrucciones de conceder visado a quienes el gobierno español se comprometa a acoger. 30 de junio, parece que ha pasado un siglo desde entonces.

Hace diez días, ya no tan optimista, Vidal volvió a escribirle con la noticia de que el Reich da por cumplido el plazo y se dispone a la deportación inmediata de los sefardíes, aunque expresa nuevamente su deseo de colaborar con las autoridades españolas en la repatriación si éstas la solicitan antes de que los detenidos sean trasladados a Polonia, de donde ya no les será permitida la salida bajo ningún concepto. El mismo día que llegó la noticia comenzaron a llegar como una lluvia los mensajes desesperados de la colonia de Salónica, suplicando que, si España no puede acogerles, interceda al menos por su traslado a cualquier otro sitio de Grecia para salvarles de la deportación.

El jueves, la policía alemana reunió a los varones de la colonia en la sinagoga de Beth Saul y los trasladó en camiones al barrio de Barón Hirsch. Esa misma tarde se llevaron también a las mujeres y los niños al *ghetto*. Radigales ha enviado a Salónica al padre Tipaldos, un hombre carismático y querido, a tratar de confortar a los desesperados, a hacerles creer de algún modo que el gobierno español no les ha abandonado. Por lo que sabe hasta el momento, le ha sido denegada la autorización de entrevistarse con los detenidos.

Cuando el reloj de la pared da las seis y media, Romero Radigales levanta la vista de la copia del despacho que le envió el viernes al ministro Jordana. En él le decía sin tapujos que el hecho de que España permita que sus súbditos sean llevados a campos de concentración en Alemania ha causado un deplorable efecto entre los griegos, y que contrasta feamente con la actitud de Italia, Suiza, Argentina y Turquía, que han repatriado ya a sus súbditos hebreos de Salónica dándoles todo género de auxilios para el viaje. Decía que aun Italia, un país invasor que ha promulgado leyes raciales, está ayudando a los hebreos de nacionalidad española y griega emparentados con familias italianas. Y advertía finalmente al gobierno del peligro político de una posible campaña de desprestigio contra España promovida por los hebreos influyentes que viven en las grandes democracias, a la que se unirían sin duda los rojos españoles huidos al exilio.

Anteayer sábado, Radigales volvió a enviar al ministerio otro despacho en términos idénticos, rogando que esta vez su súplica de auxilio fuera elevada al Generalísimo. Hoy, ha sido el propio exarca católico griego el que le ha escrito a Franco—al que llama «muy cristiano jefe de la Noble España Católica»—pidiéndole que España dé una nueva prueba de su magnanimidad caballeresca y cristiana.

Y, sin embargo, pese a tantos esfuerzos, la deportación no ha podido evitarse. En estos momentos, mientras Romero Radigales espera con agonía la llamada del padre Tipaldos, trescientas sesenta y seis personas con la estrella de David cosida en la solapa están siendo embarcadas a la fuerza en un tren de carga con destino a un campo de concentración en Alemania. Pero el cónsul español no desfallece. Sin que nadie lo sepa, ha llegado a esconder a algunos que lograron escapar de Salónica las últimas semanas. Piensa que algún día han de cambiar las cosas.

En efecto, seis meses después, el 19 de febrero de 1944, el ministro español de Asuntos Exteriores, Francisco Gómez Jordana, hará llegar a los jefes de misión en América el siguiente telegrama:

Para que pueda Vuestra Excelencia contrarrestar campañas antiespañolas atribuyéndonos política racista, comunícole que días 10 y 13 corriente se permitió entrada por frontera Port-Bou a 365 israelitas de Salónica procedentes campo concentración alemán Bergen Belsen de donde han podido salir solo por activas gestiones nuestras que continúan respecto otros grupos sefarditas. Al entrar en España dieron conmovedoras pruebas gratitud nuestro gobierno por ayuda que les dispensó.

Correspondencia diplomática en el Archivo de la Embajada de España en Atenas y el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España.

MORCILLO ROSILLO, M., *S. R. Radigales y los sefardíes de Grecia (1943-1946)*, Madrid, Casa Sefarad Israel, 2008.

SALINAS, D., *España, los sefarditas y el Tercer Reich (1939-1945)*. La labor de los diplomáticos españoles contra el genocidio nazi, Valladolid, Universidad de Valladolid-MAE, 1997.

GONZÁLEZ BARBA, J., «El Consulado Español en Salónica», discurso pronunciado con motivo de la inauguración del monumento en honor a los judíos de Salónica el 23 de noviembre de 1997.

JIMÉNEZ-UGARTE, J., *Viaje Real a Grecia*, Madrid, Dos Soles, 2003.

ISLA DE ISCHIA (ANTIGUA PITECUSA)

ITALIA

1955

La *phi* y la *ro* encajan a la perfección entre la *alfa* y la *ómicron*, luego el nombre de la diosa es sin duda *Afroditá*. Y las otras tres letras del mismo fragmento encajan a su vez con las de arriba, revelando el final del primer hexámetro. Las líneas del dibujo exterior confirman esta hipótesis.

Es la segunda vez que Giorgio Buchner se aplica a la meticulosa recomposición de esta copa de barro hallada el pasado mes de octubre en la tumba 168 del valle de San Montano. Desde que sus padres lo trajeron a esta isla, mucho antes de la guerra, Buchner supo que iba a ser arqueólogo. Las informaciones que entonces leyó con avidez en Estrabón y en Tito Livio sobre el asentamiento de los griegos de Eubea en este lugar han quedado ahora muy ampliamente superadas por sus descubrimientos: Pitecusa no fue tan sólo una pequeña base comercial de los eubeos para fundar más tarde la colonia de Cuma, sino que fue en sí misma una grandiosa colonia, la primera de la Magna Grecia, en la que en el lejano siglo VIII a. C. convivieron griegos y fenicios y llegaron incluso a formar familias mixtas con los indígenas de la Península Itálica. Sus excavaciones en el lago Ameno y en el estrecho valle de San Montano están sacando a la luz una inmensa necrópolis que ofrece evidencia de todo esto.

Ahora que han terminado las lluvias y han sido retomadas las labores de campo, tres nuevos fragmentos de cerámica aparecidos entre la tierra negra de la tumba 168 han arrastrado a Buchner a la loca tarea de volver a montar la *kotyle*. En uno de ellos aparece una *ni*, en otro se lee la sílaba *tes*, y en el tercero pueden verse tres letras pertenecientes a dos renglones diferentes. Esa pieza se ha vuelto una obsesión.

Cuando se afeita por las mañanas, cuando habla con colegas en el yacimiento, cuando se queda solo, las especulaciones y preguntas relacionadas con este sorprendente hallazgo asaltan al arqueólogo con el mismo apremio que ahora, que, sentado en silencio ante cincuenta trozos de una vasija de apenas diez centímetros, amasa con los dedos la arcilla para

intentar ligarlos. Buchner ha fechado la tumba entre el 720 y el 715 antes de Cristo y piensa que la copa debe datar del mismo tiempo o, a lo sumo, de una generación anterior al difunto. Si esto es cierto, estas palabras rotas que trata de casar con extremo cuidado podrían ser la más antigua inscripción hallada hasta el momento en alfabeto griego.

El hecho de que esta copa griega—venida con toda probabilidad de Rodas—haya sido encontrada en un enterramiento fenicio induce a Buchner a imaginar la convivencia de ambos pueblos en esta isla remota. Piensa en fenicios que aprendieron el griego y en el impulso de llevar la nueva lengua a su alfabeto. Piensa también en griegos que aprendieron fenicio y en un impulso análogo por adaptar las extrañas grafías de esta lengua a la música de las vocales griegas. Piensa que tiene entre sus dedos el testimonio más antiguo de ese nuevo alfabeto que hizo eternas las creaciones de los griegos.

La inscripción está hecha de derecha a izquierda, según el proceder de los semitas, y sin volver atrás al final de la línea, como se hará más tarde a imitación de los bueyes que tiran del arado. Los trazos tienen rasgos fenicios, pero ya están aquí las vocales griegas, el ritmo que corre y se demora a intervalos medidos buscando la armonía. La inscripción está en verso: dos hexámetros dactílicos perfectos, precedidos de un trímetro yámbico, de una voz que trota mientras dice «De Néstor... la copa, buena para beber».

Buchner coge el calibre y mide nuevamente el espacio vacío que media entre el nombre con el que da comienzo el verso y la palabra que le sigue, la laguna en la que ha naufragado el verbo de esta frase. Dos milímetros menos que en la reconstrucción anterior: todo puede cambiar.

Mientras sigue recomponiendo el asa, piensa en el hecho de que esta inscripción esté precisamente en verso. Imagina el nacimiento de la escritura griega relacionado no con el uso inventarial y de comercio, sino con el deseo de plasmar por escrito los sonidos apasionantes de la épica. Esta idea le levanta de repente las cejas, porque, en un destello, vislumbra que tal propósito justificaría a las claras la necesidad de las vocales. Piensa en esta vasija y en el nombre de Néstor, e inevitablemente, en el pasaje de la *Ilíada* que describe la famosa copa del héroe homérico. ¿Es posible que no se encuentre sólo ante el *graffito* más antiguo de la escritura griega, sino también ante la más antigua referencia literaria de Europa? ¿Es posible que la inscripción grabada en esta copa sea una referencia a la *Ilíada* hecha en vida de Homero?

Al arqueólogo le llama la atención el marcado contraste entre la sofisticación de los versos y la pobreza de la copa. Por alguna razón, esta

vasija debía de ser muy apreciada por quien decidió incluirla entre los enseres de un ajuar funerario. El difunto era un adolescente fenicio al que sus allegados quisieron honrar por alguna razón especial, pues primero quemaron sus restos, como solía hacerse con los hombres, en lugar de inhumarlos de manera directa, como se hacía con los adolescentes y los niños. Sin duda, esta copa fue usada en los simposios. Pero ¿quién se la regaló a este muchacho para que hiciera en ella libaciones? ¿Quién grabó sobre ella estos tres versos? ¿Fue su padre? ¿Su amante? ¿Qué seducción llegaron a ejercer los cantos de la épica sobre esos menestrales semitas y griegos? ¿Habrían escuchado ya los poemas de Homero?

Buchner ve en esta copa la nostálgica imagen de un muchacho fenicio enterrado como un héroe griego. Lo que sobre estos trozos de cerámica puede leerse hasta el momento, lo que puede que sea el testimonio más antiguo del alfabeto griego, lo que podría ser la primera alusión literaria de nuestra cultura y lo que es sin duda la más antigua inscripción poética del griego, dice:

De Néstor... la copa, buena para beber.
 Quien de esta copa bebe cae preso del deseo
 súbito de Afrodita, la de hermosa corona.

Copa de Néstor (inv. 166788), Museo Villa Arbusto, Lacco Ameno, Ischia.

HOMERO, *Ilíada*, XI, 632-637.

ESTRABÓN, V, 4.

TITO LIVIO, VIII, 22.

BUCHNER, G., y RUSSO, C. F., «La Coppa di Nestore e un'iscrizione metrica da Pithecusa dell'VIII secolo a. C.», en *Rendiconti*, vol. 10, Roma, Accademia Nazionale dei Lincei, 1955.

—, y RIDWAY, D., «Pithekoussai I: La necropoli: Tombe 1-723, scavate dal 1952 al 1961», en *Monumenti antichi dell'Accademia Nazionale dei Lincei*, vol. 1, Roma, 1993.

PAVESE, C. O., «La iscrizione sulla kotyle di Nestor da Pithekoussai», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 114, 1996.

RIDGWAY, D., «Georgio Buchner (Obituary)», en *The Independent*, Londres, 9 de abril de 2005.

—, *The First Western Greeks*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

RUTER, K., y MATHIESSEN, K., «Zum Nestorbecher von Pithekoussi», en *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 2, 1968.

WATKINS, C., «Observations on the "Nestor's Cup" Inscription», en *Harvard Studies in Classical Philology*, vol. 80, Cambridge, Harvard University Press, 1976.

PAGE, D., «Greek Verses from the Eighth Century B. C.», en *The Classical Review*, New Series, vol. 6, n.º 2, Cambridge, Cambridge University Press, 1956.

MEIGGS, R., y LEWIS, D., *A Selection of Greek Historical Inscriptions to the End of the fifth century B. C.*, vol. 1, ed. revisada, Oxford, Clarendon Press, 1988.

ROBB, K., *Literacy and Paideia in Ancient Greece*, Cambridge, Oxford University Press, 1994.

COLDSTREAM, J., *Geometric Greece*, Londres, Methuen, 1979.

COHEN, B. (ed.), *The Distaff Side*, Oxford, Oxford University Press, 1995.

ÍNDICE DE TOPÓNIMOS

Las coordenadas entre corchetes remiten a los mapas. Los números remiten a las fechas que encabezan los capítulos. En los casos en que una misma fecha corresponde a dos capítulos, se especifica con la información entre paréntesis. La letra negrita indica un tratamiento especial del lugar referido.

A

Abidós (Egipto) [1 C2] 359
Acarnas [3 D2] 431 a. C.
Acaya [4 A1] 174, **630**
Adana [1 C2] 1072
Adén [Yemen, 12°48'N 45°02'E] 1331
Adrianópolis [1 B1] **1305**, 1382, 1606
Adriático, mar [1 B1] 1606
África 1918
Afrodisia [2 D2] 1144
Aganipe, fuente [3 C2] 1359
Ahuria (actual Stadio) [4 B1] 1925
al-Ándalus [1 A2] 827
Albania [1 B1] 1379, 1491, 1806
Alejandría [1 B2] **295 a. C.**, **230 a. C.**, **210 a. C.**, 105 a. C., 40, **130**, 359, 380, 402, 415, 439, 525, 533, 644, 827, 853, 903
Alemania [1 B1] 1943
Alfeo, río [4 A1] 445
Alicante [1A2] 1538
Amargo [5 B2] 1667 (v. Amorgós)
Ameno, lago (v. Pitecusa) [1 B1] 1955
América 1943
Amocosto (actual Magosa) [1 C2] 1231, 1447
Amorgós [5 B2] 1538, 1667, 1691
Anafi [5 B2] 1538
Anáflistos (actual Anavyssos) [3 D2] **525 a. C.**
Anagirus [3 D2] 402
Anávatos [5 B1] 1822
Ancona [1 B1] 1447
Andros [5 A1] 1207
Anfípolis [2 B1] 167 a. C.
Antigonia [4 B1] 222 a. C., **10**, 372, **386**
Antioquía [1 C2] 70, 105, 359, **363**, 395, 428, 903
Antiparo [5 A2] 1667
Apamea [1 C2] 70

Apokouro [3 B1] 1779
 Apsós, río [2 A1] 1779
 Aqueronte, río [3 A1] 380
Arabia [1 C2] 150, **950**
 Aragón [1 A1] 1305, 1379, 1382
 Arcadia [4 A1] 174, 396, 1806, 1925
Aretusa (actual Ar-Rastan) [1 C2] **362**
 Argentiera [1 A1] 1667
 Argentina 1943
 Argólide [4 B1] 396
 Argos [4 B1] 327 a. C., 167 a. C.
 Armenia [1 C1] 644, 903
 Aroania, montes [4 A1] 1806
 Arta [3 A1] 1382
Ascra [3 C2] **720 a. C.**
 Asos [2 C1] 341 a. C.
 Astipalea [5 B2] 1538
 Atarneo [2 C2] 341 a. C.
Atenas [3 D2] 740 a. C., 443 a. C., **433 a. C., 431 a. C., 420 a. C.**, 341 a. C., 295 a. C., 222 a. C., 167 a. C., **86 a. C.**, 77 a. C., **51**, 70, **150, 267, 372, 396, 402, 443, 525, 533, 815, 1207, 1305, 1379, 1491, 1667, 1673, 1687, 1827, 1918, 1943**
 Ática [3 C2] 1305, 1379, 1825
 Áulide [3 C2] 167 a. C.
 Aviñón [1 A1] 1354, 1359, 1382, 1491
 Axiá [5 A2] 1691 (v. Naxos)
Aya Soluk (actual Éfeso) [2 D2] **1331**

B

Babilonia [1 C2] 415, 1359
 Bactria [1 D1] 327 a. C.
Bagdad [1 C2] 90, **853**, 900, 1144
 bahía de los Chinos 90
 Baleares [1 A1] 1606
 Balikh, río [1 C2] 900 (v. Carras – Harran)
 Barcelona [1 A1] 1379
 Baron Hirsch 1943
 Basas [4 A1] 337 a. C., 174
 Beocia [3 C2] 196 a. C., 105, 396, 1207, 1379
 Berbería [1 B2] 1667
 Berea [2 B1] 51
 Bergen Belsen [1 B1] 1943
 Berlín [1 B1] 1943
 Besa [1 C2] 359
 Bitinia [2 D1] 341 a. C., 267, 885
 Bogdonia [1 B1] 1606
 Bósforo [2 D1] 532, 553, 1403
 Bosnia [1 B1] 1491
 Brezo, El (Πρίνος), vía [4 B1] 222 a. C.
 Bulgaria [1 B1] 1606
 Burdeos [1 A1] 1571

C

cabo de los Sátiros 90
 cabo del Sur 90
 Calabria [1 B1] 105 a. C., 630, 805
 Calcis [3 C2] 740 a. C., 167 a. C.
 Calidón [3 B2] 337 a. C.
 Campania [1 B1] 1538
 Candia [1 B2] (v. Creta)
 Canea, La (actual Chania [1 B2] 1538
 Capadocia [1 C1] 361, 372, 415
 Capri [1 B1] 1538
 Caria [2 D2] 337 a. C., 644
Carras – Harran [1 C2] 450, 533, **900**
 Cartago [1 B2] 415
Casole (v. Otranto) [1 B1] 1235, 1491
 Caspe [1 A1] 1382
 Castalia, fuente [3 B2] 105
Castilla [1 A1] **1144**, 1403, 1601
 Cataluña [1 A1] 1305
 Caustro, río [2 D2] 1331
Cesarea [1 C1] **315**, **372**, 439, 450, 644
 Cetul – Serigo (actual Citera) [4 B2] 1403, 1538, 1667
 Cidno, río [1 C2] 363
 Cilicia [1 C2] 105 a. C., 51, 361, 904
 Cinoscéfalos [3 B1] 196 a. C.
 Cirene [1 B2] 402
Ciro [1 C2] **450**
 Citerón, monte [3 C2] 1359
 Cladeo, río [4 A1] 445
 Claro [2 D2] 359
 Cleonas [4 B1] 222 a. C.
 Cola del Dragón 90
 Cólquide [1 C1] 750 a. C.
Constantinopla — Nueva Roma — La Ciudad [2 D1] **337**, **361**, 380, 386, **395**, 402, 415, **428**, **439**, 443, **532**, **553**, **740**, 827, 885, **903**, 1072, 1203, 1207, 1231, 1235, 1354, 1403, 1447, 1491, 1538, 1555, 1601, **1606**, **1609**, 1667, 1667, 1801, 1806, 1821
 Coracesio [1 B2] 105 a. C.
 Córdoba [1 A2] 305, 827
 Corfú [2 A1] 1235, 1538, 1800
Corinto [4 B1] 740 a. C., **196 a. C.**, 167 a. C., 86 a. C., 70, 396, 805, 1382, 1687, 1806
 Corone [4 A2] 1606
 Cotieo (actual Kütahya) [1 B1] 1072
 Cremona [1 B1] 1144
Creta – Candia [1 B2] 70, **827**, 1207, 1359, 1606
Ctesifonte [1 C2] **533**
 Cuma (actual Kymi) [3 D1] 740 a. C., 1955
 Cuma (Italia) [1 B1] 740 a. C., 1955
Chang'an (actual Xi'an, China) **638**
 Chicago 1918
 Chipre [1 C2] 196 a. C., 70, 1231, 1447, 1601

D

Dacia [1 B1] 105
Dalmacia [1 B1] 1203
Damalás – Trezén [4 B1] **1827**
Damasco [1 C2] 644, 1331, 1447
Danubio, río [1 B1] 395, 1606
Dardanelos [2 C1] 1305, 1606
Delfos [3 B2] 167 a. C., 105, 359
Delos [5 A1] **105 a. C.**, 1447
Demetria [3 C1] **167 a. C.**, 904
Diakopi [4 A1] 1925
Dicearquia – Puteoli (actual Pozzuoli) [1 B1] **40**
Dodona [2 A1] 359, 1750
Dokos [4 B1] 1918
Drakoneri [4A1] 1806 (v. Solos)

E

Eburacum (actual York) [1 A1] **306**
Édessa [1 C2] 450, 644
Éfeso [2 D2] 70, 105, 363, 372, 1331
Egaleo [3 C2] 431 a. C.
Egeo, mar [2 C2] **750 a. C.**, 267, 1207, **1538**
Egina [3 C2] 431 a. C., 630, 1538, 1667, 1827
Egipto [1 B2] 740 a. C., 295 a. C., 230 a. C., 130, 150, 305, 359, 372, 386, 644, 827, 903, 1203, 1606, 1806, 1826, 1865
Elba [1 B1] 1538
Elefantina [1 C2] 443 a. C.
Eleusis [3 C2] 77 a. C., 396
Emilia [1 B1] 390
Engía [3 C2] 1667 (v. Egina)
Eolia [2 C1] 720 a. C.
Epidauro [4 B1] 167 a. C.
Epiro [2 A1] 167 a. C., 380, 1491, 1750, 1779, 1800
Epos, monte [5 B1] 1822
Eridano, río [3 D2] 267 (v. Atenas)
Escala, La (**Κλίμαξ**), vía [4 B1] 222 a. C.
Escitópolis [1 C2] **359**
Esmirna [2 C2] 70, **107**, **1653**
España [1 A1] 415, 1379, 1538, 1606, 1609, 1943
Esparta [4 B2] 222 a. C., 167 a. C., 174, **396**, **1447**, 1806
Espóradas del Norte [3 D1] 1538
Estados Unidos 1918
Estagira [2 B1] 339 a. C.
Estigia [4 A1] 1806 (v. Solos)
Estives (Tebas, actual Thiva) [3 C2] **1379**
Etiopía 395
Etolia [3 B1] 1779
Eubea [3 D1] 740 a. C.
Éufrates, río [1 C2] 443 a. C., 1207

Eurea [3 A1] **380**

Eurimedonte, río [1 B2] 196 a. C.

Eurotas, río [4 B2] 1439

Exoyí [3 A2] **1850**

F

Fenicia [1 C2] 740 a. C., 443 a. C., 105 a. C., 150

Fermene [5 A1] 1667 (actual Kythnos)

Flandes [1 A1] 1207

Florenia [1 B1] 90, 1354, 1359, 1439, 1491

Fotice [2 A1] 380 (Eurea)

Francia [1 A1] 1606, 1918

Frigia [2 D1] 267, 1354

Ftía [3 C1] 339 a. C.

G

Galilea [1 C2] 70

Galípoli [2 C1] 1305, 1821

Gaza [1 C2] 380

Génova [1 A1] 1555, 1606

Germania [1 B1] 1203

Gibraltar [1 A2] 1538

Gioura [3 D1] 1538

Gitio [4 B2] 630

Gran Golfo 90

Guadalquivir, río [1 A2] 827

Guioza (actual Mati) [4 B1] **1925**

Gundishapur [1 C2] 533, 900

H

Halicarnaso (actual Bodrum) [2 D2] 443 a. C.

Handax (actual Irakleio) [1 B2] 827, 1538, 1667

Helesponto, mar [2 C1] **1821**

Helicón, monte [3 C2] **720 a. C.**, 295 a. C.

Heliópolis [1 B2] 644

Heptaneso [3 A2] 1606

Heraclea Latmia [2 D2] 644

Hermíone [4 B1] 1827

Herzegovina [1 B1] 1491

Hidra [4 B1] **1918**

Himalaya, montes [1 D2] 327 a. C.

Himeto, monte [3 D2] 431 a. C., 402, 1825

Hipocrene, fuente [3 C2] 1359

Hungría [1 B1] 1203

I

Icaria [5 B1] 1667, 1691
Iliria [1 B1] 390
Iliso, río [3 D2] 420 a. C., 150, 267 (v. Atenas)
Illiberis (actual Granada) [1 A2] **305**
Imperio otomano 1918
Indo, río [1 D2] **327 a. C.**
Inglaterra [1 A1] 1606, 1806, 1918
Ioannina [2 A1] **1801**
Íos [5 A2] 1538, 1667
Iris, río (actual **Yeşilırmak**) [1 C2] 372
Ischia (v. Pitecusa) [1 B1] **1955**
Isfaján [1 C2] 1331
Íster, río [1 B1] 380
istmo de Corinto [4 B1] **196 a. C.**
Ítaca [3 A2] **1850**
Italia [1 B1] 167 a. C., 1606, 1943

J

Japón 1918
Jerusalén – Tierra Santa [1 C2] 40, 70, 443, 644, 1203, 1231, 1331, 1826
Jonia [2 C2] **750 a. C.**
Jónico, mar [2 A2] **167 a. C.**, 1491

K

Kalarytes [2 A1] **1800**, 1801
Kandila [4 B1] 1925
Kattigara 90
Kolikontasi [2 A1] 1779
Krávara [3 B2] 1826
Kythnos [5 A1] 1207, 1667

L

Laconia [4 B2] 1447
Lampedusa [1 B2] 1538
Lámpsaco [2 C1] 433 a. C.
Latmos, monte [2 D2] **644**
Lemesós [1 C2] 1231
Lemnos [2 C1] 1555, 1821
León [1 A1] **1144**
Lepanto (actual Navpaktos) [3 B2] 1382, 1606, 1667, 1687
Leuctra [3 C2] 337 a. C., 174
Levidi [4 A1] 1925
Libadea [3 C2] 167 a. C.
Líbano [1 C2] 1606
Libia [1 B2] 443 a. C., 950
Liceo, monte [4 A1] 1359
Liguria [1 A1] 390, 1538

Livadostro [3 C2] 1379
Lombardía [1 A1] 1144

M

Macedonia [2 B1] 341 a. C., 327 a. C., 167 a. C., 386, 396, 415, 532, 950, 1207, 1491
Magnesia de Sípilo [2 D2] 105, 174
Mallorca [1 A1] 1379, 1538
Malta [1 B2] 1538, 1606
Mani [4 B2] 1667, 1865
Mantineia [4 B1] **222 a. C.**
Manzikert, (actual Malazgirt) [1 C1] 1072
Marakanda (v. Samarkanda) [1D1] 327 a. C.
Maratón [3 D2] 196 a. C.
Markopoulo [3 D2] **1825**
Mármara, mar de [2 D1] 553, 815, 1305
Marruecos [1 A2] 1331
Marsella [1 A1] 1538, 1601
Marsias, río [2 D2] 150
Matapán, cabo (actual Ténaro) [4 B2] **1667**
Mavro Mandili [3 A1] 1779 (v. Preveza)
Mavroneri [4 A1] 1806 (v. Solos)
Meandro, río [2 D2] 150
Meca, La [1 C2] 1331
Mega Dendro [3 B1] **1779**
Megalópolis [4 A1] **174**
Mégara [3 C2] 431 a. C., 372, 396
Melaniós, cabo [5 B1] 1822
Menorca [1 A1] 1538
Mesárista [3 B2] 1826
Mesina (bahía de Mesina) [4 A2] 1606
Mesina [1 B2] 1538
Mesolongui [3 A2] **1826**, 1826
Mesopotamia [1 C2] 363, 644
Mesorrugui [4 A1] 1806 (v. Solos)
Mestá [5 B1] 1555
Métana [4 B1] 1827
Metone [4 A2] 1606
Micone (actual Mikonos) [5 A1] 1667
Mieza [2 B1] **339 a. C.**, 327 a. C., 295 a. C.
Milán [1 B1] 390, **390**, **1354**, 1359
Milo [5 A2] 1207, 1667
Misia [2 D1] 337 a. C.
Mistrás [4 B2] **1439**, 1451
Mitilene [2 C2] 1491, 1538, 1606
Moldavia [1 B1] 1821
Mombasa 1331
Monemvasia [4 B2] 630
Monte Santo (Agion Oros) [2 B1] 1305, 1555
Montecristo [1 B1] 1538
Moravia [1 B1] **885**
Morea [4] 1207, 1379, 1382, 1447, **1451**, 1667, 1687, 1806 (v. Peloponeso)

N

Nápoles [1 B1] 1601, 1606
Nauplia [4 B1] 1687
Nausa [2 B1] **1705**
Navarra [1 A1] 1379
Naxiá [5 A2] 1207 (v. Naxos)
Naxos [5 A2] 1207, 1691, **1700**
Negroponte [3 D2] 1379
Neopatria [3 B1] 1379
Nicaría [5 B1] 1667 (v. Icaria)
Nicea [2 D1] 380, 428, 492
Nicomedia [2 D1] 361, 1305, 1538
Nicosia [1 C2] **1231**
Nilo, río [1 C2] 443 a. C., 295 a. C., 150, 359, 415, 827, 1207, 1826
Nínive [1 C2] 900
Níos – Nios [5 A2] 1207, 1667 (v. Íos)
Nonacris [4 A1] 1806
Nueva Epidauro [4 B1] 1827
Nueva Zelanda 1918

O

Ofis, río [4 B1] 222 a. C. (v. Mantinea)
Oligirto, monte [4 B1] 1925
Olimpia [4 A1] 167 a. C., **445**
Olimpo, monte [2 B1] 904, 1806
Oropós [3 D2] 167 a. C., 155 a. C.
Otranto [1 B1] 1235, 1491

P

Pacífico, océano 90
Pafos [1 B2] 1231
Países Bajos [1 A1] 1606
Palacios, Los – Mileto [2 D2] 644, 1447
Palestina [1 C2] 372, 386, 415, **443**, 644, 1806
Palmira [1 C2] 386
Parga [3 A1] 1538
París [1 A1] **1826**, 1918
Parnaso, monte [3 C2] 1207
Parnes, monte [3 D2] 267
Parnón, monte [4 B2] 630
Paros [5 A2] 525 a. C., 1207, 1691
Partenio, monte [4 B1] 630
Patrás [4 A1] **805**, 1687
Paxoi [2 A1] 1538
Pela [2 B1] 167 a. C.
Peloponeso [4] 167 a. C., 805, 1207, 1439, 1491, 1918
Peneo, río [2 B1] 150

Pentele, monte [3 D2] 267, 1825
Pera [2 D1] 532, **1403**
 Pérgamo [2 C2] 174, 415
Périgord [1 A1] **1571**
 Persia [1 C2] 395, 950
 Pidna [2 B1] 167 a. C., 155 a. C.
 Pireo, El [3 C2] 396, 402, 1687
Pitecusa (actual Ischia) (v. Ischia) [1 B1] **740 a. C.**
 Plasencia [1 A1] 1555
 Platea [3 C2] 196 a. C.
 Polonia [1 B1] 1606, 1943
 Ponto Euxino [1 C1] 443 a. C., 86 a. C., 150, 372, 885
 Poros [4 B1] 1827
 Port Bou [1 A1] 1943
 Porto Farín (actual Ghar-el-Melah) [1 B2] 1606
 Porto Rafti [3 D2] 1825
Portus **546** (v. Roma) [1 B1]
 Preveza [3 A1] 1779
Proti, isla (actual Kinalhada) [2 D1] **1072**
 Provenza [1 A1] 1538
 Psará [5 A1] 1822
 Ptolis [4 B1] 222 a. C. (v. Mantinea)
Puteoli – Dicearquía (actual Pozzuoli) [1 B1] **40**

Q

Queronea [3 C2] 337 a. C., **105**
Quíos [5 B1] **1555**, 1571, 1606, **1822**, 1826

R

Racotis (Alejandría) [1 B1] **130**
 Ragusa [1 B1] 1606
 Ratisbona [1 B1] 885
 Regio [1 B2] 630, 805
 Retimno [1 B2] 1538
 Rocas Escironias [3 C2] 396
Rodas [1 B2] **77 a. C.**, **1382**, 1955
Roma [1 B1] 196 a. C., 167 a. C., **155 a. C.**, 105 a. C., 86 a. C., 40, **70**, 105, 174, 315, **367**,
 415, 546, 553, 644, 885, 1203, 1231, 1235, 1382, 1491, 1538, 1667, 1779
 Rumanía [1 B1] 1207

S

Salamina [3 C2] 196 a. C.
 Salona [3 B2] 1207
 Samarkanda [1 D1] 327 a. C., 1403
 Samos [5 B1] 443 a. C., 1667
 San Montano (v. Pitecusa) [1 B1] 1955
 Santorini [5 A2] 1691

Serbia [1 B1] 1491
 Serfavo [5 A2] 1667 (v. Sérifos)
 Sérifos [5 A2] 1538, 1667
 Serigetto [1 B2] 1667
 Serigo – Cetul (actual Citera) [4 B2] 1403, 1538, 1667
 Sevilla [1 A2] 1403
 Sibarís [1 B1] 443 a. C.
 Sicilia [1 B2] 630, 1379, 1447, 1538, 1555, 1601, 1606
Sición [4 B1] **222 a. C.**, 167 a. C., 155 a. C.
 Siena (actual Aswan) [1 C2] 230 a. C.
 Sifnos [5 A2] 1207
 Sigri [2 C1] 1555
 Sinaí [1 C2] 644, 903
 Sínope [1 C1] 130
 Sira [5 A1] 1207, 1538 (v. Siros)
 Siria [1 C2] 105 a. C., 105, 359, 372, 386, 450, 644, 903
 Siros [5 A1] 1207, 1538
Solos [4 A1] **1806**
Stavrí [4 B2] **1865**
Stobi [1 B1] **492**
 Suabia [1 B1] 1203
 Sudamérica 90
 Suiza [1 A1] 1943
 Suli, montes [3 A1] 380 (Eurea)
 Sunion [3 D2] 525 a. C.
Susa [1 C2] **341 a. C.**

T

Taigeto, monte [4 B2] 167 a. C., 396
Tarso [1 C2] 51, 363, **904**
 Tasos [2 C1] 1555
 Tauro, monte [1 C2] 1305
 Tebas [3 C2] 1207, 1379, 1687, 1806
 Tegea [4 B1] 337 a. C.
 Tempe, valle [2 B1] 196 a. C.
 Tenio (actual Ténedos) [2 C1] 1403, 1606
Tepeleni [2 A1] **1750**
 Termópilas [3 B1] 196 a. C., 396, 1207
 Tesalia [2 B1] 196 a. C., 396, 1207, 1359, 1379, 1491
Tesalónica [2 B1] 51, **380**, **390**, 904, 1207, **1433**, 1705, **1943**
Tesprocia [3 A1] **380**
 Thermia [5 A1] 1207 (actual Kythnos)
 Tíber, río (v. Roma) [1 B1] 167 a. C., 546, 1538
 Tigris, río [1 C2] 341 a. C., 363, 853
 Tinos [5 A1] 1207, 1667
Tiro [1 C2] **90**, 150
Tirreno, mar [1 B1] **740 a. C.**
Toledo [1 A1] 827, **1144**
 Toscana [1 B1] 1439, 1538
 Tracia [2 C1] 380, 386, 396, 1207, 1447, 1491
 Trales [2 D2] 107

Transilvania [1 B1] 1606
Trebisonda – Trapisonda [1 C1] 267, 1403
Trezén [4 B1] 1827
Tríkala [2 B1] 1800
Trípoli (Arcadia) [4 B1] 1925
Trípoli (Berbería) [1 B2] **1691**
Trípoli (Siria) [1 C2] 904
Troya [2 C1] 750 a. C., 402, 1354, 1403
Turios [1 B1] **443 a. C.**
Turquía [1 C1] 1943

V

Valaquia [1 B1] 1606
Valencia [1 A1] 1538, 1555
Valladolid [1 A1] **1601**
Vaucluse [1 A1] 1354
Venecia – Serenísima República [1 B1] 1203, 1207, 1354, **1359**, 1491, 1606, 1667, 1687
Vermión, monte [2 B1] 1705
Vítulo (actual Oitylo) [4 B2] 1667

Y

Yarmuk, río [1 C2] 644

Z

Zante (actual Zakynthos) [3 A2] 1538
Zara [1 B1] **1203**
Zaragoza [1 A1] 1601
Zollino [1 B1] **1491**



PEDRO OLALLA (Oviedo, Asturias, 1966) es escritor, helenista, profesor, traductor y cineasta, afincado en Atenas desde 1994. Su obra literaria y audiovisual explora y da a conocer la cultura griega y humanista combinando elementos literarios, plásticos y científicos mediante un lenguaje marcadamente personal. Por el conjunto de su obra y por su labor en la promoción de la cultura griega ha recibido, entre otros importantes reconocimientos, los títulos de Embajador del Helenismo (Estado griego), Caballero de la Orden del Mérito Civil (Estado español) y Miembro Asociado del Centro de Estudios Helénicos de la Universidad de Harvard.

Ha publicado los ensayos *Historia menor de Grecia* (2012), *Grecia en el aire* (2015), *De senectute política* (2018) y *Palabras del Egeo* (2022), la edición conmemorativa *Cervantes y Grecia* (2016) y las traducciones de *Lirio y serpiente* (2013), de Nikos Kazantzakis, y *El apuesto capitán* (2024), de Menis Koumandareas.

